LIBRARY OF PRINCETON
NOV 15 1988
THEOLOGICAL SEMINARY
BX
4705
.F47
I6
1915

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unapostolsociale00iser

RDO. P. JUAN ISÉRN, S. J.

El Rdo. Padre
Hilario Fernández

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "KOSMOS", SARMIENTO 2137
1915

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 22 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
4705
.F47
I6
1915

UN APÓSTOL SOCIAL

Rdo. P. HILARIO FERNÁNDEZ
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

UN APÓSTOL SOCIAL

El Rdo. P. Hilario Fernández

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

"Parare Domino plebem perfectam".
Preparar al Señor un pueblo perfecto.
(San Lucas, c. I. v. 17)

RESEÑA BIOGRÁFICA

POR EL

RDO. P. JUAN ISÉRN, S. J.

PRECEDIDA DE UNA CARTA-PRÓLOGO

POR EL DR. JUAN F. CAFFERATA

DIPUTADO NACIONAL ARGENTINO

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 22 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "KOSMOS", SARMIENTO 2137
1915

Imprimi potest.

Bonis Auris, 1 Novembris 1914.

RAIMUNDUS CREXANS, S. J.
SUPERIOR MISSIONIS CHILO-ARGENTINENSIS

Puede imprimirse.

Buenos Aires, 8 Febrero de 1915.

† MARIANO ANTONIO
ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

Al excelso Patriarca San José
humilde obrero de Nazaret
y celestial Patrono de los obreros cristianos,
dedica
estas modestas páginas
en que se narran las virtudes
de un abnegado servidor del pueblo

El Autor.

Colegio del Salvador de Buenos Aires,
19 de Marzo, fiesta de San José,
de 1914.

Rdo. P. Juan Isérn S. J.

Buenos Aires.

Muy estimado y Rdo. Padre:

Si he trepidado antes de escribir este prólogo, no fué a la verdad, por desconocimiento del personaje; muy al contrario, honrado con su amistad durante varios años, le ví de cerca, seguí sus pasos, penetré su pensamiento, y ello explica que temiera desfigurar el retrato que Vd. traza con fidelidad, por el retoque de mi pluma.

Pero esa misma amistad oblígame a aceptar la ocasión que Vd. me brinda, al invitarme a encabezar esas páginas, de contribuir así modestamente a su obra, lo que al par que grata tarea, es para mí mucha e inmerecida distinción.

Ha tenido Vd. una idea feliz al concebir este trabajo, que no puedo menos de aplaudirla sin reservas.

Acaso nunca fué más oportuno mostrar el ejemplo de una vida sacerdotal, consagrada al bien con tanta eficacia y con tan abundante provecho.

Pocas veces se hermanaron tan acertadamente en un religioso de nuestros días, la grave austeridad de la Orden, con el genio alegre y festivo; la estricta observancia de la regla con la libertad de la acción;

la inteligencia y el sentimiento; el pensamiento y la obra; la noción clara del presente y la visión del porvenir; cualidades que hicieron del Padre Fernández, el tipo del varón apostólico, que encarnó y personificó la figura ideal del sacerdote moderno.

Es bajo este aspecto que su vida tiene para nosotros singular importancia, porque pone de relieve una personalidad, en la que deben inspirarse el clero y los religiosos de hoy, si quieren servir eficazmente la causa del Evangelio.

El P. Fernández, sociólogo experto, consagrado por completo a la acción social, comprendió las necesidades y aplicó el remedio; fiel a la palabra de orden del gran Pontífice, «salió de las sacristías» para ir al pueblo, con la conciencia de su altísima misión, reivindicando para su credo la obra de justicia y de caridad social, que ha de contrarrestar las utopías y las doctrinas que le tienen engañado y pervertido.

Sabía bien «que los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz»; que esta reversión del paganismo no será vencida sino por la reversión a los primeros tiempos del Cristianismo; que nunca como hoy el apostolado debe cumplir al pie de la letra el mandato del *ite et docete;* y así, anciano, achacoso, atacado de su dolencia crónica, el asma, que tenía, a menudo, recrudescencias molestas, desoyendo los consejos y las prescripciones médicas, que más de una vez me cupo el honor de formular, con un celo superior a sus fuerzas, se lanzó a la calle, en medio de sus obreros, de sus pobres, de sus humildes artesanos, de los que era el padre, el protector y el amigo.

Quien como yo le conociera, puede dar testimonio de su abnegación, de sus entusiasmos, de su actividad infatigable, de su amor a los desheredados, de

su penetración, del espíritu de honda sinceridad que animaba todas sus obras.

Casas para obreros, instituciones de ahorro y de crédito, patronato de presos, mutualismo, todos los problemas económico-sociales encontraban en él un cooperador decisivo. Creía, como el P. Gratry, que la solución de la cuestión social está en dotar al obrero y al artesano de vivienda propia e higiénica, y consagróse a realizar el pensamiento con empeño tal, que el éxito superó sus previsiones.

¿Quién no conoce en Córdoba el barrio josefino del Pueblo Nuevo, y el grupo de alegres construcciones que se levantan sobre la pintoresca barranca, en las vecindades del parque Crisol?

¿Su acción en el Asilo de niños desvalidos?

¿Su pensamiento hoy llevado a la práctica de fundar un Banco Edificador, para facilitar al obrero el pequeño crédito, que le permita realizar el ideal de la casa propia?

¿El hermoso Salón social en la plazoleta de la Compañía y el impulso dado a la sociedad Artesanos de San José, que alcanzó a contar más de mil afiliados?

Pero había en él otra virtud, otra calidad, más delicada, más sutil, quizá desapercibida para los que no formaron en el círculo de sus amigos, que lejos de amenguar las demás, dábales realce y que constituía el secreto y poderoso atractivo de su persona.

En aquella vida que rápidamente se aproximaba al ocaso, en aquel cuerpo encorvado por los años y las fatigas, latía un corazón lleno de noblezas, sensible y generoso; brillaba un ingenio alegre y vivaz; alentaba un espíritu varonil; un alma de psicólogo que sabía adaptarse a todas las almas para atraerlas, para encontrar un punto de contacto, aun cuando más

no fuera que por el deseo de disminuir los sufrimientos y las injusticias del prójimo.

«Las almas son como las flores; querer abrirlas bruscamente es destrozarlas. Hay que colocarlas delicadamente en una atmósfera propicia y rodearlas afectuosamente de cuidados que aseguren y apresuren su eclosión espontánea». Y eso lo practicaba el P. Fernández con un arte que lo hacía irresistible. Una anécdota que escuché de sus propios labios podrá decirlo mejor.

Aguardaba un día pacientemente en el muelle de Barcelona la partida del transatlántico que debía conducirle a Buenos Aires, cuando advirtió con ingrata sorpresa, que llevaba por compañeros de viaje el personal de una compañía de zarzuela del género chico. La vista del sacerdote provocó, como es de suponer, el comentario de la gente alegre, que con miradas y cuchicheos hicieron al Padre motivo de sus burlas. Ante perspectiva tan poco halagüeña, cualquiera se hubiera desconcertado; pero él se resuelve a afrontar la situación, medita un plan y lo lleva a la práctica. «Si no me respetan por mi carácter, se dijo, me respetarán por mi dinero». Y las pocas monedas que llevaba en su bolsillo las utilizó al efecto. Llegó la hora del almuerzo; en un extremo de la mesa, el humilde sacerdote continúa siendo objeto del desprecio y de la ironía, contrastando su modesta persona y su traje, con la bulliciosa algazara de los demás comensales. El P. Fernández sin inmutarse llama al mozo de comedor y le ordena traer una botella de champagne para iniciar un «menú». El empleado cumple la orden, y al ruído del corcho que salta, mientras escancía el espumante en el envase, la sorpresa reemplaza a la burla. Sube de punto, cuando el vino se derrama, por orden de su dueño, en las

copas de los vecinos, y cámbiase al poco rato en simpatía y en conversación general. El primer paso estaba dado; entre los dos extremos se había tendido un puente, y aquellas almas, al parecer tan distantes, habían hallado un punto de contacto.

Algunos días más tarde, las coristas salmodiaban cantos sagrados mientras el Padre oficiaba la misa, rodeado del respeto de los viajeros. Luego escuchaban su palabra con recogimiento, y cuando el viaje tocaba al puerto de Buenos Aires, más de un pecador estaba conquistado por la mansedumbre y el celo del apóstol.

La caridad había triunfado, porque aquel espíritu superior tenía en ella el secreto y la llave de los corazones. ¡A cuántos atrajo a Cristo por el mismo camino!

Sean estas breves líneas lo que podría llamarse la presentación del héroe de esta biografía. No la necesitaba, no, el preclaro y virtuoso jesuíta, cuyo nombre y cuyo recuerdo vive imperecedero en el corazón de este pueblo.

Dejo a Vd. la pluma, Rdo. Padre, para que con más acierto, en forma más amena y con mayor abundancia de detalles, haga destacar de cuerpo entero, la figura por todos conceptos venerable y digna de elogio, del que fué en vida el P. Hilario Fernández.

Córdoba, Abril 20 de 1914.

Juan F. Cafferata

PARTE PRIMERA

EL FUTURO CAPITÁN

(1845 - 1869)

CAPÍTULO I

Una fiesta aguada. — La cárcel "ad portas". — ¿Quién era Hilario? — D. Santiago Fernández y Beltrán. — Angel en la piedad y caudillo en las travesuras. — El pequeño servidor de los pobres. — A estudiar. — La vocación del lirio. — ¿Por qué huyó de la cárcel? — Un suspiro por el claustro.

Erase la víspera del *Corpus* de 1860, y la pacífica Galilea, pintoresca población de la provincia de Logroño, en España, estaba de revuelo. Aunque picardías de niños, se hallaban afectadas las familias más conspicuas del lugar, y el clásico regocijo del próximo día amenazaba nublarse. ¿De qué se trataba?

Un grupo de muchachos acaudillados por Hilario, se había propuesto plantar un *mayo*, en lo mejor de la calle del pueblo; pues hay que notar que Galilea constaba de una sola calle. No tenía ello nada de particular; ya que sabida cosa es que en España, todo el mundo tiene el derecho, y aun el deber, de contribuir, a su modo, a aumentar las alegrías de las más risueñas y populares de todas las fiestas del año: las del *Corpus* y su octava. Por esto, ni un chico hay

en esos días, que no se eche a la calle, y no invente algo *para hacer fiesta.*

Pero como los rapaces no piensan cosa a las derechas, inspirados sin duda por el diablo, que no duerme, se habían dejado caer como una manga de langosta, sobre el álamo más bizarro de todo el término, orgullo de su dueño, no para descortezarlo propiamente, sino para cortarlo y arrastrarlo al sitio designado.

Llegar esto a oídos del propietario, acudir al lugar del estropicio, y producirse el desbande de la chiquillería, dejando el *mayo* en medio del arroyo, todo fué uno. Cuando nuestro hombre vió el desaguisado, la ira llegó a su punto. Por otro álamo cualquiera hubiera tal vez pasado, contentándose con un alarde clamoroso de fuerza, o con una amenaza solemne de vapuleo, según antigua usanza, cuando en realidad no se quiere o no se puede pegar; pero tratándose del álamo en cuestión, era imposible.

Presentada querella ante el juzgado de Ocón, villa matriz de Galilea, dióse orden para que provisoriamente fuesen detenidos los acusados, y se procediese en derecho.

He aquí la causa de la consternación del pueblo. Iban y venían los agentes de la autoridad, practicando pesquisas y visitas domiciliarias, escondíanse los chicos, lloraban las madres, levantaban la voz los padres, y todo era confusión.

Por fin, habidos la mayor parte de los presuntos delincuentes, se vió, en rueda de presos, que faltaba uno sólo: Hilario; precisamente el que, en voz baja, señalaban todos como el mayor causante del maleficio. Feliciano, su buen hermano mayor, substituía la persona del ausente, y nadie se atrevió a denunciar a Hilario.

En tanto, por el pueblo no se hablaba de otra cosa, y los pareceres, como siempre, estaban en dis-

cordia. A unos les parecía mucho escándalo, casi profanación, que se llevara por justicia un *mayo* destinado a festejar el día del *Corpus;* otros muchos, influenciados sin duda por el parentesco de los acusados, ya que en un pueblo de noventa familias, como tenía entonces Galilea, eran parientes casi todos, se inclinaban a la indulgencia, muy pocos al saludable rigor; para todos, en general, resultaba demasiado tanto ruído.

Echáronse, pues, intercesores, y el veredicto final fué un sobreseimiento total y definitivo, por voluntad expresa del demandante, en razón del poco juicio de los demandados.

Ahora bien: ¿quién era Hilario? Además: ¿por qué faltó a la rueda?

En una suave costanera de Galilea, caserío o aldea de la villa de Ocón, conocida en la historia antigua de La Rioja por el nombre romano de *Octabiolea,* levantábase una vetusta morada, propiedad del Sr. D. Santiago Fernández y Beltrán, de antiguo y algo borroso título nobiliario, en lo que es feraz la tierra, según aquellos versos que se cantan por la comarca:

Galilea, Galilea,
El lugar de los hidalgos;

y uno de los vecinos más cristianos y pudientes, que habitaban el ameno y delicioso valle, que, siglos atrás, arrebataran a la morisma, y a punta de lanza, los duques de Nájera.

Era la familia Fernández de las de más arraigo e influencia en la región, entroncada con los apellidos más ilustres de los contornos, como Escalona, Beltrán, Iñiguez, Cenzano y Balmaseda, alguno de los cuales había ya atravesado el océano, y echado retoños en la remota nación chilena, donde adquiriría bien pronto notable celebridad.

Dios bendijo el matrimonio de D. Santiago Fer-

nández con Dña. Aquilina Sancho, oriunda de Corera, resultando de esta unión numerosa prole, entre la cual se hallaba Hilario.

El día 14 de enero (1) de 1845, festividad del gran doctor de la Iglesia, san Hilario de Poitiers, vió la luz de este mundo nuestro Hilario Fernández Sancho, recibiendo el agua del santo bautismo el día siguiente, 15 de enero, según laudable costumbre de las familias verdaderamente cristianas, y poniéndole bajo la advocación del Santo del día de su nacimiento, no sin marcado acierto, pues debía tener no pocos rasgos y semblanzas del indomable campeón de la Iglesia de las Galias.

Las notables calidades de que Dios dotara al pequeño Hilario se echaron de ver muy pronto. A una viveza precoz, uníanse los rasgos fundamentales de un carácter. Parecía que el alma no le cabía en el diminuto cuerpo; tales eran las manifestaciones de inteligencia y de fuerza de voluntad que se observaban en él. Afortunadamente el santo hogar que le rodeaba, debía santificar ese carácter, y moderarlo, e influir tan poderosamente en él, que de un ser tal vez aciago para la sociedad, abandonado a sí, debía labrar un ideal de belleza moral, santo en sí y santificador de los demás. Pero esta infiltración de los principios transformadores de la educación cristiana, no debía obrarse en él sin resistencia tenaz; las flores de las virtudes sobrenaturales no debían apoderarse de él para formar un maravilloso jardín, sino después de haber abatido las malezas bravías de su natural. Por esto sus primeros

(1) Debo hacer notar la equivocación en que incurrieron todas las notas biográficas, que se publicaron a la muerte del P. Hilario Fernández. Según ellas nació el 14 de junio. No me explico el error. Yo he podido ver una copia autorizada de su fe de Bautismo, y en ella me consta que fué el 14 de enero, fiesta de San Hilario.

años ofrecen un tejido extraño de actos, que se creerían contradictorios, si no se tuviesen en cuenta los diversos principios que influían en su obrar. Angel de piedad y de pureza, era también el rayo de los olivares, el trueno de las eras, la tempestad de las dehesas y el caudillo obligado de los muchachos más traviesos del lugar. Incapaz de faltar al lado de los suyos a una función religiosa, que se celebrase en la iglesia de San Vicente, que era la iglesia de la localidad, lo era también de faltar a cualquier pedrea que se celebrase en una legua a la redonda; rendido a la voz autorizada de su padre, era, a sus espaldas, el caciquillo indiscutible, que arrastraba a la muchachada y revolvía la población. Su nombre de Hilario era, además de objeto de sobresalto para los habitantes de Galilea, un programa de revolución para la gente menuda del lugar.

D. Santiago, de blandas entrañas para sus hijos, pero también de mano fuerte, no dejaba de poner el debido correctivo a cada nueva demasía de su hijo, que llegaba a su conocimiento. No eran, a la verdad, los recursos de fuerza y vías de hecho lo que única y principalmente aplicaba a su educación; sino la entereza de carácter, la persuasión paciente y, sobre todo y antes que todo, el ejemplo de todas las virtudes, que resplandecía en aquella dichosa casa, la cual parecía *un santuario,* según atestigua quien la conoció bien. Apreciaba el buen padre, mejor que nadie, el tesoro de primorosas cualidades que se encerraban en Hilario, y por esto preveía también el resultado que de su recta y firme educación debía prometerse, y no dudaba en aplicarle aquellos saludables medios que la razón prudente aconseja y mide, cuando se trata de caracteres de suyo revoltosos. El resultado fué una magnífica comprobación de tan sabia teoría educacional.

Hoy que tanto se pretenden investigar los principios y los desenvolvimientos de las cosas, no estará por demás recordar cuáles fueron las primeras manifestaciones de la personalidad de Hilario Fernández, y cuán distinto rumbo tomaron del que tan natural, demasiado natural, parecía, a primera vista, que debían tomar; merced tan sólo a la eficacia decisiva de la educación cristiana en su cristiano hogar. Y obsérvese que la gracia no destruyó su naturaleza; lo que hizo fué purificarla, elevarla y, sobre todo, encauzar sus valiosas y potentes energías hacia la prosecución de ideales nobilísimos, como adelante se verá.

He aquí un hecho que confirma la consideración anterior, y que demuestra cuánta trascendencia tienen para el porvenir de los grandes hombres, pormenores educativos al parecer insignificantes, los cuales impresionando una rica sensibilidad, como que depositan en ella gérmenes preciosos, que se desarrollarán algún día, rindiendo copiosos frutos.

Gran parte de la vida cristiana de la familia Fernández estaba cifrada en la limosna y socorro de los pobres. No sólo se hallaban abiertas sus puertas a todo indigente que se acercase a ellas, en demanda de un pedazo de pan, sino que, a la manera de las Conferencias de San Vicente de Paul, tomaba a su cargo el socorrer metódica y constantemente a las familias necesitadas de la localidad. Pero la delicadeza cristiana de los padres de Hilario había ideado la más hermosa manera de ejercitar esta obra de caridad. A medida que cada uno de sus hijos llegaba a la edad del discernimiento, era constituído como el protector de una de sus familias socorridas. Y ahí era de ver la lucha, que entre ellos se entablaba, para que su respectiva familia fuese la más favorecida. Más aún: se concedía a los pequeños que un día al año pudiese cada uno traer a sus pro-

GALILEA.—PATRIA DEL P. FERNÁNDEZ

SEMINARIO DE LOGROÑO

CLAUSTRO DEL SEMINARIO DE LOGROÑO

tegidos para ser obsequiados en familia; y es fama que las fiestas íntimas más animadas y espléndidas de aquella edificante morada, eran las fiestas de las familias pobres; y que el día que tocaba a Hilario, superaba a todos en animación y alegría, así como él mismo era en la casa el rey del bullicio y de la gracia.

En estas ocasiones no faltarían aquellas prácticas hermosas, que la piedad cristiana, que ve a Jesucristo en el indigente, y a El dirige sus homenajes, encuentra como lo más natural. Besan los niños los pies a los pobres al entrar en la casa, sírvenles de rodillas el agua para lavarse las manos, siéntanlos a la cabecera de la mesa, permaneciendo de pie ante ellos, como ante los príncipes y los reyes de la tierra, y no se despiden sin recibir de ellos, hincados de rodillas, su bendición.

Entonces Hilario parecía otro. El, tan revoltoso, olvidábase de sus diabluras y consagraba todos sus recursos naturales, que eran muchos, a hacer lucir su fiesta, para que no resultase inferior a ninguna otra; ¡santa emulación la del niño pundonoroso, que debía algún día rebrotar y transformarse en la pasión avasalladora y ardorosa del sacerdote y del apóstol: la pasión de los humildes y de los pobres! ¿Quién sabe si aquella fué la escuela, en donde aprendió Hilario a ser con el tiempo un bienhechor de la humanidad? ¡Bendito padre, bendita madre de Hilario, que tan bien supieron educar el corazón de su hijo, enriqueciéndole con los soberanos tesoros de la piedad y de la caridad!

Decididamente Hilario tenía que estudiar. Su despejada inteligencia, los aplausos tributados a su facundia natural, y además el parecerle muy bajo el montículo de Galilea, y hasta muy estrecho el valle de Ocón, hicieron que comenzase a preocuparse de lo que podía verse y saberse del mundo, siguiendo el camino de

la ciudad de Logroño, de la que tanto oía hablar; y allá se decidió a marchar. Aprendidas ya las primeras letras en la humilde escuela del lugar, preparó su ingreso en el Instituto provincial con algunas lecciones de latinidad de D. Homobono Carrillo, maestro del Redal, otra de las antiguas hijuelas de Ocón, independizada en 1842.

En la escuela de D. Homobono aparece, por vez primera, lo que se repitió más tarde y en más honrosas circunstancias. Siendo Hilario el primero de la clase, tenía encargo de suplir con frecuencia al maestro; lo cual si bien respondía al despejo y habilidad del pequeño preceptor, no era muy del agrado de sus improvisados discípulos, de quienes era el terror, por sus ocurrencias picarescas, y por los medios pedagógicos contundentes, que no dejaba de emplear alguna vez.

Muy lejos estaba todavía Hilario de haber obrado en su carácter aquella profunda transformación moral, fruto definitivo de su educación, que hizo de él un caballero finísimo, y un amigo sacrificado, desconocedor del cansancio, en servicio de los demás.

El día 6 de septiembre de 1858, es decir, a los 13 años de edad, se matriculaba Hilario, con todas las formalidades del caso, en el Instituto de segunda enseñanza de la provincia de Logroño. Allí comenzó el bachillerato y cursó y aprobó dos años de Latín y Castellano, Doctrina Cristiana y Religión y Moral, según rezan los certificados que tengo a la vista.

Pero ni el Instituto de Logroño, ni la Universidad, terminado el bachillerato oficial, habían de ser los centros intelectuales en donde se desarrollasen las aptitudes de Hilario. En el fondo de aquel temperamento excesivamente vivaz, iba encendiéndose cada día más el fuego de una ardiente piedad. Había mucho de diamante en él; y la edad, quitando escorias, lo iba mos-

trando. Y es que en el corazón de aquel niño, sumamente agraciado al par que travieso, crecía lozano el lirio de la pureza, plantado por las manos delicadas de una santa madre, y defendido por él mismo con un amor incondicional, y con la innata independencia propia de un carácter superior. Por esto fué tan prontamente oída la voz de Dios que le llamaba al santuario. Ningún obstáculo podía encontrar en él, fuera del atolondramiento de la edad.

Su vocación fué, pues, la de las flores más bellas; aquellas que Dios crea para sí, y que, por serlo, deben ser colocadas en el altar.

Lo único que parecía detener sus pasos en el umbral mismo del templo, eran sus infinitas travesuras, de las que ya comenzaba a preocuparse. En especial le impresionó, después de haberla realizado por supuesto, la arriesgada empresa del *mayo*, que queda narrada arriba, y que tan peligroso fin pudo tener, pues de poco le cuesta el ser encerrado, de lo que le libró Feliciano, su hermano mayor. Y ya se ve, que de abrírsele las puertas de la cárcel, se le hubieran cerrado las del seminario. He aquí ahora por qué faltaba Hilario, en la famosa redada de presos, el día del *Corpus*.

Tanto, pues, le impresionó su propia fechoría, que comenzó a temer de sí, y para atacar el mal en su raíz, y ponerse a salvo contra los peligros que vislumbraba, en las demasías de su genio alegre y retozón, parece que hasta barruntos tuvo ya entonces de vocación religiosa, y cierto deseo vago de substraerse a las influencias malsanas del mundo y consagrarse a Dios en un claustro. Deseo que ya no le abandonó jamás; antes bien acrecentándose día a día, convirtióse en el anhelo más ardiente de su generosa alma, que pudo llegar por fin a realizar a los 54 años de su edad.

CAPÍTULO II

En el Seminario de Logroño. — La hacienda de Bucalemu. — D. Pedro Fernández Balmaseda. — El Arzobispo de Santiago de Chile en Logroño. — Vida de estudiante. — Cambio de frente. — Ahogándose en el Ebro. — El nuevo sacerdote. — Bachiller "nemine discrepante".

Logroño o Lucronio, arrabal de la antiquísima Varia, la que fué capital de los berones, de accidentada historia, que después de haber pasado por dominaciones diversas, ha visto en el siglo XIX aumentar su importancia y su nombre a fuerza de Reales Ordenes, gozaba ya en ese tiempo del derecho de ser capital de las diócesis de Calahorra y La Calzada, por el vigente Concordato de 1851, cuando, según cláusulas diplomáticas, se hallase todo dispuesto para ello y se creyese oportuno. De más antiguo, con todo, desde 1776, poseía un seminario conciliar, situado cabe el paseo denominado de los Reyes, y en él ingresó Hilario como alumno interno, disfrutando de una de las becas de sangre, llamadas así por haber sido fundadas por un ascendiente suyo en favor de los miembros de su familia.

Sobre esta fundación, merecen consignarse algunos datos curiosos, que tienen su relación con el porvenir de Hilario.

Sebastián García Carreto, extremeño, uno de aquellos nobles hidalgos que, yéndose *por ese mundo adelante*, hicieron de la conquista de América el teatro de sus inverosímiles proezas, aportó a Chile entre sus prime-

ros pobladores, y llegó a contarse entre los doce beneméritos del ejército, que mandó el Rey de España se propusiesen al Virrey del Perú, del cual entonces dependía Chile, para que premiara largamente sus servicios. El premio de García Carreto fué digno de un conquistador. A 20 leguas de Santiago, a orillas del océano Pacífico y junto al río Rapel, existían unas tierras llamadas de Bucalemu (cerros grandes), extensas, variadas y fértiles, y con ellas fué agraciado el capitán español.

Era frecuente en aquellos hombres de hierro que, después de haber asombrado el mundo con sus hazañas, se entregasen a las austeridades de una virtud acrisolada, y aun hiciesen servir sus bienes, con tantos sudores adquiridos, para fundar instituciones de beneficencia o de piedad.

Tal hizo García Carreto.

Careciendo de hijos, donó, ya en vida, su hacienda de Bucalemu a la Compañía de Jesús, con la condición de establecer en ella un colegio de misioneros, que tuviesen a su cargo recorrer y socorrer espiritualmente aquellas dilatas comarcas, pobladas por los indios *promocaes*, los cuales se extendían desde el Rapel hasta el Maule, más de cuarenta leguas de N. a S., y lo que hay del mar a la cordillera de los Andes, de O. a E.

Así se hizo, viendo el fundador deslizarse su larga y plácida ancianidad, muriendo santamente por febrero de 1631, rodeado y asistido siempre por sus queridos Padres jesuítas.

Pasó cerca de siglo y medio; y aquella famosa hacienda de campo, que había sido plantel de innumerables y heroicos obreros evangélicos, y centro de sus apostólicas correrías, era puesta a pública subasta por el tiránico y desatentado gobierno de Carlos III, que expulsando a los jesuítas, se incautó de sus bienes.

Poco antes, en 1740, D. Pedro Fernández Balmaseda, natural de Pipaona, pueblecillo cercano a Galilea, establecíase en Chile, fundando allí la familia Balmaseda, y a sus manos fué a parar, con el tiempo, buena parte de la antigua hacienda de Bucalemu. Pero D. Pedro Fernández Balmaseda, que era ascendiente en 5º grado de nuestro Hilario, tuvo sin duda sus remordimientos, sobre la tal adquisición; y en la hora de su muerte, hizo lo que otros, que se hallaban en el mismo caso, hicieron también; a saber: dejar consignado en su testamento que si en algún tiempo, la Compañía de Jesús pudiese y quisiese poseer de nuevo la hacienda de Bucalemu, era su voluntad que se le devolviese (1).

Además, D. Pedro fundó de sus rentas ocho becas de sangre en el seminario de su diócesis de Calahorra, número que su familia elevó luego a catorce. Acción bellísima, que fué no poca parte para que se contasen en gran número los descendientes del fundador, que honraron su familia y su nombre, abrazando el estado eclesiástico. Uno de ellos fué nuestro Hilario, a quien hemos de ver algún día trabajando cabalmente en Bucalemu, y siendo sucesor, en cuanto alcanzaban sus fuerzas aisladas, de aquella falange de legendarios misióneros, que tan célebre hicieron aquel venerable sitio.

Empero las futuras vinculaciones del joven Hilario con la nación chilena iban a asegurarse algo más.

---

(1) Cuando en 1843 se agenciaba de parte de la autoridad eclesiástica de Chile el regreso de la Compañía de Jesús, restablecida ya desde 1814, ofrecíase una dificultad formidable a aquellas familias, cuyos bienes hereditarios podían ser reclamados por la Compañía, en virtud de esa cláusula testamentaria. El asunto era grave y vidrioso. ¿Se opondrían esas familias a la entrada en Chile de la Compañía? ¿en virtud de qué derecho? Y de entrar la Compañía, ¿estarían ellas dispuestas a quedarse en la calle? Elevóse a la consideración del gobierno de la Orden el estado de la cuestión, y de Roma se envió a decir a esas familias que la Compañía, que deseaba ir a Chile para bien espiritual de sus habitantes, renunciaba a los derechos que pudiese tener sobre sus haciendas, y que nunca los reclamaría ante los tribunales.

Un hecho al parecer insignificante tuvo lugar aquel mismo año de 1860, fecha de su entrada en el Seminario, que influyó sin duda, con la suavidad con que la Providencia lleva adelante sus designios, en sus ulteriores resoluciones. El Illmo. Sr. Dr. D. Rafael Valentín Valdivieso, Arzobispo de Santiago de Chile, insigne prelado, entre los insignes que han enaltecido aquella sede primada en el siglo pasado, llamado el Gregorio VII chileno, por su indomable energía ante los gibelinos de su tiempo, y que tanta distinción debía merecer en el Concilio Vaticano, regresaba de Roma, a donde le llevara la visita *Ad limina,* e impulsado por su amor a España, quiso pasar por ella y visitar los monumentos más famosos de su historia. Hallábase vacante la sede de Calahorra y La Calzada, de la que era gobernador eclesiástico el Dr. D. José Ramón de Yárritu, y, estando de paso por Logroño el prelado chileno, se aprovechó la ocasión para suplicarle que confiriese la tonsura clerical a los jóvenes seminaristas dispuestos para ella. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia del Salvador o del Seminario de Logroño, el 24 de octubre, día onomástico del Illmo. Sr. Valdivieso, siendo uno de los agraciados con la investidura eclesiástica Hilario, que aún no contaba 16 años de edad.

El Sr. Arzobispo de Santiago de Chile trató luego familiarmente con los jóvenes seminaristas, y al saber que Hilario Fernández tenía parientes en Chile, dirigiéndose a él, le exhortó con blandas palabras a pasar a aquella República, en donde podría ser tan útil su ministerio, prometiéndole su favor en el caso de que se resolviese a verificarlo,. Estas exhortaciones y promesas quedaron por de pronto sepultadas en el olvido; pero los años y las vicisitudes de las cosas, se encargaron, como se verá, de resucitarlas.

En tanto emprendía Hilario, con el mismo entusias-

mo con que había emprendido de niño sus travesuras y correrías por los contornos de Galilea, el estudio de la Filosofía. Le costaba no poco ser dueño de sí, y parecer hombre; pero la dignidad del estado que había abrazado, el medio en que se hallaba, y más que todo el empeño decidido e irreductible de corresponder a su vocación, y llevar adelante sus estudios, ya entonces serios y reflexivos, fueron dominando sus demasías y encauzando los bríos de su espíritu, que pronto veremos radicalmente trocado.

Dada la idiosincrasia de nuestro héroe, se comprende que la vida del seminarista Hilario ofrezca no pocos rasgos simpáticos, y aún atrayentes ejemplos que imitar para la juventud piadosa y jovial, que se forma en semejantes establecimientos. Era frecuentemente el primero de la clase; demuéstranlo sus notas, que son por lo regular *sobresalientes*, y más que todo el que fuese llamado a suplir al profesor, como sucedió en el tercer año de teología y por espacio de tres meses. Mas era también juntamente el primero en los juegos y en las diversiones honestas, que no se escaseaban los estudiantes del Seminario. En las partidas de pelota era el *facile princeps;* y nunca estaba Hilario más en carácter que en medio de la cancha, y dirigiendo como jefe la acción. Tampoco le faltaban recursos para amenizar los actos y veladas literario-musicales de la casa, ya tocando la vihuela, en lo que era muy diestro, ya declamando composiciones propias, alegres y chispeantes casi siempre, aunque de muy buen gusto, rasgo que demuestra, si es lícito imitar una frase corriente, que Gonzalo de Berceo, el más famoso entre los poetas ribereños de La Rioja, no pasó de largo por Hilario. A todo esto unía lo principal: piedad sólida y delicadeza de conciencia.

Comprendiendo bien que la primera virtud de un

futuro sacerdote es la pureza, dedicóse al cultivo especial de esta hermosísima virtud, que tanto había de brillar en él, en la agitadísima vida que había de llevar. Como medios principales para defenderla empleó, además de la oración humilde y fervorosa, la determinación cerrada de huir de las ocasiones de pecado, y la práctica de la secreta mortificación, que de joven se impuso y continuó usando siempre en obsequio de la Virgen Inmaculada, a quien amaba con ternura filial.

Esta práctica de una sincera piedad fué adornando insensiblemente su alma con todas las virtudes, máxime con las que más se avenían con su índole especial. Puso él de su parte una excelente voluntad, cooperó a la gracia y la gracia lo transformó. Ya entonces comenzó a delinearse en él aquella finura de modales, aquella nobleza en el trato y aquella caridad a toda prueba, que estaban destinadas a ser los medios de que se valdría la Divina Providencia para llevar a cabo obras muy grandes, y aún la más grande y difícil de todas: la conversión de innumerables almas.

El conjunto, pues, de sus relevantes cualidades hacían de él un joven apreciadísimo, querido entrañablemente por sus iguales, y aun distinguido por sus superiores, que presentían en él un sujeto de aventajado porvenir.

Un hecho que pudo serle fatal se conoce también de ese tiempo. Un día de verano, bañábase en el río Ebro, que, como se sabe, pasa junto a Logroño, cuando faltándole el suelo, y perdiendo la serenidad necesaria, iba a ser víctima de las traidoras ondas. Había empezado a sumergirse y se daba ya por humanamente perdido; pero se acordó de la Virgen Santísima del Pilar, los muros de cuyo templo en Zaragoza son besados por aquellas mismas aguas, y encomendándose de todo corazón a la Señora, Ella, obrando como quien es,

en favor de aquel joven que tanto había de amarla y servirla, le libró de modo que, sin saber cómo, se halló fuera de peligro. Este favor de María lo refería más tarde D. Hilario Fernández aun desde el púlpito, para inspirar confianza en la intercesión de tan poderosa Madre.

Tres años de Filosofía, esto es, de 1860 a 1863, y cuatro de Teología, de 1863 a 1867, llevaba estudiados, y aunque contaba sólo 22 años de edad, había allegado ya todos los conocimientos requeridos para aspirar al sagrado ministerio del altar. Pero como le faltaba algo para la edad exigida por los cánones, acudió a Su Santidad el Papa Pío IX para la dispensa; y el Santo Padre, atendiendo a los méritos del suplicante, benignamente se la otorgó. El Illmo. Sr. D. Sebastián Arenzano y Magdaleno, Obispo de la Diócesis, le confirió las órdenes menores y mayores, parte en la iglesia del seminario de Logroño, parte en la capilla del palacio episcopal de Calahorra, siendo en esta última ciudad en donde el 21 de diciembre de 1867 recibió D. Hilario Fernández, que así le llamaremos ya en adelante, a título de patrimonio eclesiástico, la unción sacerdotal.

A este acto, el más importante de su vida, habían precedido los ejercicios literarios para la obtención del bachillerato en sagrada Teología. Después de un público y riguroso examen de toda la materia, en el que fué aprobado *nemine discrepante*, habiendo prestado, según ley, juramento solemne de defender y predicar la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima, juramento que recuerda la práctica de las antiguas universidades de España, y el de no promover ni enseñar cuestiones contra las prerrogativas regias, que trae a la memoria las intrusiones del poder civil en los asuntos eclesiásticos, el Dr. Lucas López, Vicario eclesiástico de Lo-

groño y delegado para aquel caso del Sr. Obispo de la diócesis, le hizo entrega del título de bachiller y le autorizó para subir al púlpito, en donde pronunció D. Hilario una modesta y elegante oración latina, muy en consonancia con su edad y con el respetable auditorio que complacido le escuchaba.

Pero D. Hilario era hombre de estudio. Aunque ya sacerdote y graduado en Teología, quiso añadir un año más a los estudios aprobados, y así lo hizo en el curso de 1867 a 1868, en el que coronó con buenas notas las asignaturas de Hermenéutica Sacra, Patrología y Oratoria.

CAPÍTULO III

Alcanadre. — El patronato lego. — La Condesa Viuda de Bornos. — El nuevo Coadjutor. — Primer apostolado. — La revolución de septiembre de 1868. — Desconciertos. — Los caminos de la Providencia. — Hacia las playas de Chile.

Era hora de pensar en el destino de D. Hilario. En una diócesis de escasa vida, como era entonces la de Calahorra y La Calzada, no se ofrecía otra cosa que el servicio parroquial. A él, pensó, pues, adjudicarle el Prelado, y al efecto le ofreció ocasión propicia la vacante de la coadjutoría de Alcanadre, cargo que no carecía de importancia.

A la margen derecha del Ebro, en un extenso llano, batido por todos los vientos, en donde abundan los vestigios de antiguas ruinas romanas, cerca del Campo denominado la Matanza, por la que hubo de moros, en tiempo de la Reconquista, levántase la villa actual de Alcanadre, nombre árabe por su etimología, famosa por sus vinos riojanos y por las plantas medicinales de Valdemata. La iglesia de Alcanadre tenía patrono lego, y lo era el conde de Bornos, tocándole por tanto a él el nombramiento del párroco y de sus dos coadjutores, a propuesta en terna del Prelado. Precisamente en enero de 1867, el Obispo de Calahorra había reconocido este antiguo patronato, en expediente canónico que se instruyó a instancia del patrono, como poseído desde tiempo inmemorial, y en virtud de bulas pontificias,

concordias y otros títulos legítimos. Este fué, el puesto que se ofreció a D. Hilario.

Procedióse en ello con todas las gravísimas formalidades, que exigían en España el derecho civil y el eclesiástico.

Doña María Francisca Crespí de Valldaura y Caro, Condesa Viuda de Bornos, de Murillo, de Villariezo, y de Villaverde, Marquesa de Villanueva de Duero, Grande de España, etc., en nombre de su hija menor de edad, doña María de la Asunción Ramírez de Haro, Crespí de Valldaura y Ramírez de Arellano, Condesa de Bornos, de Montenuevo, de Murillo, de Peñasrubias y de Villaverde, Marquesa de Villanueva de Duero, Grande de España, etc., nombraba a D. Hilario Fernández Sancho, propuesto en primer lugar en terna, que se sirvió dirigirle el Illmo. Sr. Obispo de la diócesis, para coadjutor de Alcanadre, cuyo patronato le era propio y privativo, y suplicaba al Prelado que se dignase otorgarle la colocación y la institución canónica (1).

Así lo hizo D. Hipólito Espinosa, abogado de los tribunales del Reino y Vicario general de Calahorra, en nombre del Illmo. Prelado, por auto expedido a 26 de febrero de 1868. Al día siguiente, leyóse el documento en la puerta de la iglesia de Alcanadre e inmediatamente se presentó el agraciado, revestido de sobrepelliz y acompañado de testigos para tomar posesión real, actual y corporal, según exigía el auto, la cual

---

(1) El título nobiliario de *Bornos* tiene en España historia larga y gloriosa. Es oriundo de la villa de este nombre, situada cerca de Jerez de la Frontera, en la provincia de Cádiz. Se sabe que en 24 de septiembre de 1304 el rey D. Fernando IV hizo merced, por privilegio, a D. Fernando Pérez Ponce, señor de Marchena, de la villa de Bornos. Más tarde fué unido este título al de *Alcalá*, no siendo su menor timbre de gloria el pertenecer a la ilustre familia poseedora de esos blasones, el bienaventurado Juan de Rivera, patriarca de Antioquía y arzobispo y virrey de Valencia, hijo de D. Perafán de Rivera, primer duque de Alcalá y virrey de Cataluña y luego de Nápoles.

le otorgó el párraco de la localidad D. Lorenzo Gil. Verificóse la ceremonia y firmaron el acta los testigos Francisco Martínez, Román Turumbay y Tomás Calderón.

Tenemos ya a D. Hilario en una casa parroquial y en camino de cura párroco, lo que nunca debía ser. Pero la Providencia lleva a los hombres por sus pasos, sin perjuicio de ofrecerles sorpresas al mejor tiempo. Por entonces estaba él muy lejos de augurar su porvenir. ¿Quién es capaz de escribir, por su cuenta y sin grave peligro de errar, una página de lo futuro? Saltaba a la vista que ni su carácter, de suyo independiente, ni su viveza singular, ni su espíritu emprendedor, podrían retenerle en Alcanadre; pero preciso es confesar que al menos no perdió el tiempo.

Cuéntase que abundaba entonces aquella villa en contrabandistas y gente pendenciera y maleante; además, que tenía un párroco anciano y achacoso, y consecuentemente, que andaban las cosas como podían.

El nuevo coadjutor vino como bajado del cielo. Con aquel celo desinteresado y puro, que había de ser una de las características de su bella alma, y los bríos de sus veintitrés años, emprendió la reforma de la parroquia, y logró mucho. Juntamente con el quinto año de Teología que cursó entonces, dedicóse con preferencia a los niños y a los jóvenes, dió vida a la enseñanza muy abatida y descuidada, fundó escuelas y no olvidó a los pobres; en suma, fué la providencia del pueblo; y el Sr. Obispo Arenzana, en el atestado que dió sobre la vida y costumbres de D. Hilario, pudo afirmar, refiriéndose a ese tiempo, que desempeñó su cargo con exquisito celo y prudencia, a su satisfacción, y con conocido fruto de los feligreses. Aun hoy recuerdan los viejos de Alcanadre el paso fugaz por su pueblo de aquel coadjutor, como un ángel, que no dejó más que memorias de bendición.

Gravísimos fueron los sucesos que se desarrollaron en España por septiembre de 1868. El trono monárquico español, sostenido en sus últimos tiempos por hombres ineptos o traidores, era volcado, con todo el estrépito y trastorno que debe producir al caer una institución muchas veces secular, identificada con la substancia misma de la patria. Una revolución singular contra la monarquía, capitaneada por los monárquicos de ayer, se consumó; y la infortunada reina Isabel II huía a Francia, dejando España abandonada a los desvaríos de quienes ignoraban por completo lo que iban a hacer con la nación. Así, no atreviéndose a implantar la república, que repudiaba el país, y como si no existiese en España descendencia real hereditaria, iban los jefes de la revuelta, llevando en sus manos, como si fuera *res nullius,* aquella corona, que lo fuera de dos mundos, ofreciéndola a príncipes extranjeros: al de Hohenzoller, que rechazó el ofrecimiento, pretexto, sin embargo, de la guerra franco-prusiana; y al de Aosta, que la aceptó; como la hubieran ofrecido a cualquiera otro, con tal de salir del atolladero en que se hallaban.

Aquella revolución antirreligiosa, lo mismo que antinacional, desencadenó sobre España un diluvio de medidas atentatorias a todas las libertades, sobre todo a la religiosa; y las ruinas morales y materiales que en poco tiempo se acumularon sobre el suelo y sobre la Historia de España, fueron deplorables e ingentes. Entonces fué cuando se eclipsó el sol que presidiera y vivificara todas las glorias nacionales españolas: su unidad oficial católica.

En el entretanto, los espíritus excitados y conturbados, o empuñaban las armas lanzándose a la guerra civil, o buscaban en lejanas tierras la paz de que carecía su patria.

D. Hilario Fernández seguía el último partido.

En lo humano, varios fueron los motivos que le impulsaron a dejar a España para dirigirse a Chile. El estado convulsivo del país, los ofrecimientos que le hiciera el Sr. Arzobispo de Santiago de Chile cuando le confirió la tonsura, el hallarse radicados en aquella república varios parientes suyos, que le llamaban, brindándole con proposiciones ventajosas, y finalmente el estado ruinoso de la fortuna de sus padres que, efecto tal vez de las últimas revueltas, había venido muy a menos.

Pero como las miras de Dios se elevan tanto sobre las miras de los hombres, lo que en realidad disponía el Cielo era proporcionar al vasto y genial espíritu de nuestro magnánimo D. Hilario, el campo proporcionado y propio; y llevar a América uno de los apóstoles de la acción social en nuestros tiempos, destinado a ensanchar los caminos luminosos de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo.

SANTIAGO DE CHILE—EL P. HILARIO FERNÁNDEZ
A LA EDAD DE 41 AÑOS

PARTE SEGUNDA

CAMPAÑA CHILENA

(1869 - 1899)

CAPÍTULO I

Mirada retrospectiva a la historia de Chile. — La obra del regalismo y del liberalismo. — En plena esclavitud. — Los grandes prelados chilenos. — Una epopeya libertadora.

Es sumamente difícil escribir la historia de las naciones hispano-americanas. En efecto; son tales las circunstancias que rodearon la cuna de su independencia; fué tal la ebullición de pasiones, a que dió lugar ese hecho fundamental de su vida contemporánea, que ha de transcurrir aun bastante tiempo para que el peso mismo de las cosas, y la justicia de los hechos, puesta a plena luz por sus naturales y necesarias consecuencias, coloquen en su punto la verdad y el error, y distribuyan con justica equitativa las alabanzas y las censuras.

Por otra parte, viven aún, o viven en sus inmediatos descendientes, los que han sido gran parte en la elaboración de esa misma historia, ya de suyo tan compleja;

personajes a las veces de pura tramoya, que por capricho o error del entusiasmo popular, han logrado una estatua en el panteón de las notabilidades nacionales, estatua que está irremisiblemente condenada a ser derribada por la crítica; y he aquí también, por qué queda aún hoy en pie la dificultad de coadyuvar al veredicto justiciero de la Historia: por no dar en carne viva.

La República chilena no fué una excepción entre las repúblicas hispano-americanas. Prescindiendo de su historia política, para fijarnos en el desenvolvimiento de su vida religiosa, campo en el que debía hacer sentir tan hondamente su influencia nuestro D. Hilario Fernández, notemos que el enciclopedismo, al cual no es posible negar grande influjo en la independencia, el jansenismo, cuyo virus mortífero había emponzoñado buena parte del clero, y el regalismo español nada corregido, pero sí inmensamente aumentado por los americanos, que lo derivaban ellos de una corona que repudiaban, fueron las furias inspiradoras, como dice un autor contemporáneo, de un estado de cosas eclesiásticas, que no difiere en nada del caos. Confundiendo la independencia política con la religiosa, aquellos leguleyos que, por una inconsecuencia frecuente en hombre obcecados, se creían católicos sinceros, acudían a Roma para obtener un Vicario Apostólico, como lo obtuvieron, en la persona de monseñor Juan Muzi, calados hasta los huesos de preocupaciones jansenísticas, y con unas exigencias regalistas tan desaforadas, que no se comprende cómo no acabó en cisma lo que empezó por sistemática y nada escrupulosa hostilidad. Así, metiendo su mano pecadora, a título de reforma, en las cosas de la Iglesia, no dejaron nada por revolver, confundir y tiranizar. Siendo de todo lo peor, el aplanamiento del espíritu del pueblo católico, y aun la criminal condescendencia y complicidad de al-

gunos mercenarios, que lejos de denunciar el lobo, se mancomunaban con él para asaltar el redil.

Pero Dios tuvo piedad de la nación chilena; y cuando estaba su Iglesia en ruinas, y la desesperación lo cubría todo con sus tristes y negras alas, intervino El, obrando uno de aquellos prodigios tan fáciles para su omnipotencia, que tiene en sus manos las riendas de los sucesos y los corazones de los hombres.

Del seno mismo de aquella Iglesia tan maltrecha por las convulsiones de los tiempos, suscitó hombres extraordinarios, a los que constituyó jefes de su pueblo. Estos hombres, de dotes sin duda excepcionales, re agigantaron aun más en la lucha titánica que emprendieron y sostuvieron con los elementos que los envolvían; y el pueblo católico chileno, a la voz de sus legítimos pastores, sintió que volvía a la vida. Levántose como del sepulcro; reconocióse y vió que disponía aún de poderosísimas reservas; y entonces, fuerte como un ejército disciplinado, descendió a la arena, para librar batallas que difícilmente tienen igual en toda la América española. Los nombres de los Prelados de Santiago Vicuña Larraín, Valdivieso y Larraín Gandarillas, son nombres inmortales en el episcopologio del Catolicismo; y los hechos que se llevaron a cabo bajo su gobierno, son, ellos solos, la honra de un siglo y de un pueblo. ¡Lástima grande que no sea más conocida la historia de las luchas y de las victorias de la Iglesia chilena! Porque no dudo que además del tesoro de edificación que ellas encierran, pueden servir de ejemplo alentador y demostrativo de cómo un pueblo, a quien el filosofismo volteriano llegó a creer para siempre esclavizado, pudo romper, y rompió, en efecto, sus cadenas, y levantó la bandera de todas las reivindicaciones católicas, y acosando al enemigo, creó ante él un poder social formidable, con quien aun hoy mismo tiene que contar.

Uno de los instrumentos elegidos por Dios para verificar esta obra del levantamiento espiritual de todo un pueblo, fué D. Hilario Fernández. Precisamente llegó él a Chile cuando el regalismo hipócrita se quitaba la máscara de la ficción para aparecer tirano y déspota. La guerra estaba declarada; pero nunca estaba más cercana la victoria.

Tiempos gloriosos en que se esculpieron como en eterno bronce las páginas imborrables de una verdadera epopeya chilena, mil veces superior a la de Ercilla; que si canta ésta las proezas del Arauco, para no ser sojuzgado por el español, comprende aquélla las proezas de todo Chile para rechazar el yugo del infierno.

CAPÍTULO II

Primeros pasos de D. Hilario en Chile. — El misionero de Bucalemu. — Mueren sus padres. — Capellán en el Buen Pastor. — Primeras relaciones. — Catemu. — Preceptor de D. Jorge Huidobro. — Caída fatal.

Hay que confesar que fueron muy indecisos los primeros pasos que en Chile dió D. Hilario, como que él mismo ignoraba a qué había ido; razón de más para ver en su misión un designio providencial.

D. Manuel Fernández Cereceda, casado con Dña. Ana María Iñiguez, tíos de D. Hilario, y dueños a la sazón de Bucalemu, lo trajeron de España. Embarcáronse en Lisboa en marzo de 1867, y a mediados de abril llegaron a Santiago de Chile. Del 28 de ese mes son las licencias ministeriales otorgadas a D. Hilario por el Sr. Arzobispo D. Rafael Valentín Valdivieso, quien reconoció y recibió cariñosamente a su antiguo tonsurado de Logroño.

En la histórica hacienda de la Compañía de Jesús, donación del capitán Carreto, según se ha dicho, habíanse formado con el tiempo dos hijuelas o capellanías, llamadas Corneche y San Enrique, propiedad la primera de D. Manuel, y la segunda de D. Domingo Fernández Mata. Excusado es decir que desde la expulsión de los jesuítas, a cuyo cargo corría, según las cláusulas de la fundación, el cultivo religioso de la hacienda, habían quedado aquellos parajes en bastante desamparo, del cual, preocupándose D. Manuel Fernández, y deseando

ponerle remedio, ofreció a su sobrino D. Hilario el cuidado especial de aquellos sus colonos.

Y esta fué su primera ocupación en el Nuevo Mundo.

Dedicóse a ella con todo el entusiasmo de una verdadera empresa. Comenzó por sentir un extraño ensanchamiento del corazón. El que había visto el horizonte de su vida cerrado por las lomas y olivares de Alcanadre, contemplaba ahora ante sí ríos infranqueables, cordilleras altísimas y llanuras sin fin; una extensión como la de una diócesis de España. Por vez primera púsose, además, en contacto con la gente humilde del pueblo chileno, cuyas necesidades comenzó a conocer, y cuyas bellas cualidades aprendió a amar. Extasiábase ante los recuerdos jesuíticos de que hallaba sembrados los valles, los cerros y las montañas; como le hablaban ellos tan elocuentemente de hazañas apostólicas, esforzábase él en emularlas; y allí fué en donde dió de nuevo una aldabada a su corazón la vocación religiosa, esta vez ya determinadamente a la Compañía de Jesús. Organizó correrías a lo misionero, y dejó sentir su acción benéfica en muchas leguas a la redonda.

Pero este ensayo debía durar poco. Efecto tal vez del nuevo clima, o del exceso de trabajo, cayó enfermo de algún cuidado. Por otra parte, su tío D. Manuel, aunque dichoso por tenerle a su lado, comprendió pronto que Hilario era para algo más que para ser capellán de un fundo, como llaman en Chile las haciendas de campo; así que resolvióse D. Hilario, una vez restablecido, a presentarse al Sr. Arzobispo de Santiago, para ofrecerle de nuevo sus servicios.

Un golpe terrible había recibido en ese tiempo D. Hilario. En los días 23 y 24 de abril de 1870, y en el corto espacio de veinticuatro horas, murieron del tifus sus piadosos padres. Herida de muerte fué para él noticia tan triste. A su edad, jamás había experimentado

dolor semejante a ese dolor; parecíale que le faltaba la tierra debajo de sus pies, y que el mundo todo desaparecía de su vista, anublada por las lágrimas. Empapándolo en ellas, comenzó a escribir un registro que podría llamarse del dolor, y que continuó después toda su vida, encabezándolo con el día y con la hora de la muerte de *su muy amado padre* y de su *muy amada madre*.

Dios quería desvincularlo para siempre de su patria y de su familia natural, para que todo entero se entregase a esa patria y familia chilena, que debía ser por entonces la de su adopción.

En cuanto a los suyos, no tuvo otra inspiración que la que le dictó su inexhausto corazón. Así que supo la infausta noticia, y que habían muerto sus padres dejando deudas de consideración, dió la siguiente orden: «cárguense a mi cuenta todas las deudas de la casa»; y para sus hermanos, que eran nueve, tres casados y seis solteros, escribió: «divídase por iguales partes entre los hermanos solteros el haber de la casa, y cárguese a mi cuenta todo lo que falte para igualar a los tres casados con los seis solteros».

Además, ordenó a D. Miguel Fernández, que si sus hermanitos huérfanos necesitasen algo más se lo diese, y lo cargase todo a su cuenta; medida que le costó algunos miles de pesos. Finalmente respecto de su patrimonio y una propiedad que sus padres le dejaron, se sabe que jamás preguntó por ello. Con razón, pues, pudo afirmarse que lo que él hizo por sus hermanos, ni un padre lo habría hecho, y con razón también sus hermanos menores le llamaban a boca llena, *su segundo padre*.

El 21 de octubre de 1872 era nombrado D. Hilario capellán del Asilo del Buen Pastor de Santa Rosa, por rescripto firmado por el Sr. Dr. D. Jorge Montes, Vi-

cario general de Santiago. Este Asilo, entregado a la dirección de la Congregación del Buen Pastor en 1864, por el Gobierno del Presidente Joaquín Pérez, era una verdadera cárcel correccional de mujeres, de las que había, a la fecha, más de cien. Era, pues, un ministerio lleno de interés para un médico celoso de almas, el que se ofrecía a D. Hilario. Cómo lo desempeñase, nos lo dejó atestiguado la difunta Madre María Fernández Concha, religiosa de grande espíritu y devotísima de la sagrada Eucaristía, llamada por sus religiosas: «la paloma del Santísimo Sacramento», y superiora, a la sazón de la Casa de Santa Rosa, la cual afirma que D. Hilario «ejerció su cargo como un apóstol, consagrando sus fuerzas con grande abnegación, a la conversión de las almas, en la predicación y en el confesonario. En este puesto comenzó D. Hilario a dar muestras de aquel su desprendimiento, que ya fué siempre después lo más típico en él. No sólo cedía a otros sacerdotes, que le prestataban ayuda, las rentas de su capellanía, como entre otros a los Sres. Felipe Souques, Ramón Sancho y Andrés Viguera Balmaceda, sino que gastaba buena parte de sus demás entradas, que pronto comenzaron a ser abundantes, en proporcionar a las presas y penitentes del establecimiento libros y útiles de trabajo, empezando para D. Hilario aquel modo de ser económico inexplicable para todo el mundo, incluso para él mismo, según el cual por mucho que fuese el dinero depositado en sus manos, se podía estar bien seguro de que carecía de él, a no ser para dar.

El cargo de capellán de Santa Rosa fué para D. Hilario una especie de modesta presentación para la sociedad de la Capital, la cual, sin embargo, se dió cuenta muy pronto de las relevantes prendas de aquel joven sacerdote español, celoso, infatigable y caritativo hasta lo increible, y de ahí la confianza que comenzaron a

depositar en él personas distinguidísimas. Su mismo oficio proporcionóle a D. Hilario múltiples relaciones con las familias católicas y pudientes, que favorecían aquel Asilo; y como su trato esmerado y fino, y sus servicios siempre a punto, convirtiesen muy pronto las atenciones de urbanidad para con él, en verdaderas corrientes de simpatía y afecto, no pudo rehusarse a ser objeto de obsequios, a que de suyo es ya muy propensa la culta sociedad chilena.

Era el mes de enero de 1873. Los esposos D. Manuel Rencoré y Dña. Josefa Huidobro Morandé, aficionadísimos de D. Hilario, no pararon hasta obtener de él que les acompañase en la estación del veraneo, y durante su permanencia en Catemu. Fue éste un sitio importante en la vida de D. Hilario, y que conviene conocer.

En la provincia de Aconcagua, la más pintoresca y áspera de todo Chile, ya que tiene sus nueve décimas partes formadas por cerros y quebradas, junto al río de su nombre, nacido en el nevado de Tupungato, fértil y bellísimo por sus risueñas riberas, levántase la aldea de Catemu, al pie de la sierra de los Altos, donde se explota una de las mejores minas de cobre, riqueza particular de Chile. Allí la familia patricia de Huidobro poseía una deliciosa finca de campo, y allí fué en donde D. Hilario, atareado en los quehaceres del sagrado ministerio, porque él no desperdiciaba ocasión para ejercitarlos, trabó amistad con D. David G. Huidobro, de la que se originó una ocupación nueva para él. Y era que a medida que se revelaban las cualidades de D. Hilario, se ganaba de tal manera los corazones de todos, que, al tratarle, lo único que se ofrecía era amarle, y confiarle, si a mano venía, lo que más se amaba, en la seguridad de que se ponía en buenas manos. Así sucedió en esta ocasión.

Tenía D. David un hijo que, por circunstancias especiales, era su Benjamín. Al conocer, pues, a D. Hilario, concibió la idea de encomendarle la educación de Jorge, que así se llamaba el niño. Es cierto que estaba destinado a frecuentar las aulas del Colegio de San Ignacio, pero era muy chico; y hasta que los jesuítas lo admitiesen, su preceptor no debía ser otro que D. Hilario.

Este episodio de la vida de nuestro héroe resulta, a mi ver, encantador. El demuestra que el corazón de D. Hilario estaba también hecho para los niños, y que si no hubiese sido otra su particular vocación, tal vez hubieran sido ellos los que hubiesen formado el empleo de su existencia. Admirable concordancia con la predilección que mostró el Maestro Divino hacia los pequeñuelos y los humildes. «Alguien observó, con sagacidad y acierto de mirada profunda, dice Toniolo, que lo que más sorprendió e irritó al mundo farisaico, desde los primeros días de la predicación de Jesús, fué la actitud de simpatía y protección que vió en Jesucristo hacia dos clases de personas: los niños y la plebe. Era aquello la aurora feliz del espléndido día de la Buena Nueva, que con la exaltación de los humildes y de los pobres, señalaba el ocaso de una milenaria civilización mundial, erigida sobre una pirámide de oprimidos».

D. Hilario tuvo una ocupación más, añadida a la capellanía de Santa Rosa. Pero ¡con qué dedicación la desempeñó! Ni que el pequeño Jorge Huidobro hubiese sido un príncipe, se hubiese desvelado más por él. Feliz aquel dichoso niño, hoy abogado afamado y católico ferviente, que tanto bien pudo gozar. Porque no sólo fué D. Hilario para él un ayo y preceptor, sino un amigo entrañable y hermano cariñosísimo. Es cierto que le enseñaba lo que convenía a su edad, y le for-

maba en la piedad y toda virtud; pero también, haciéndose niño como su alumno, jugaba y se divertía con él, y era su compañero obligado en la casa y en la calle, en el viaje y en el campo, y hasta en la era, y en las ramas y debajo de los árboles frutales, de que estaba cuajada la rica estancia de Catemu. Y cuando más tarde, ya era Jorge interno en el Colegio de San Ignacio, no faltaba D. Hilario a buscarle cada domingo en coche, provisto de juguetes y dulces, para regalarle y acompañarle a sus papás. En suma, que D. Hilario llegó a identificarse con la familia de D. David G. Huidobro, y aun diríamos que llegó a ser como el hijo mayor de aquella casa, de la que era el consuelo y la alegría.

Un hecho desagradable para él, acaecido en el invierno de 1873, lo puso de relieve.

Iba a caballo D. Hilario por las calles de Santiago, cuando acometiéndole unos ebrios desalmados, le hicieron caer en la acequia, de tan mala suerte, que de resultas de la caída se le fracturó una pierna. Fué llevado inmediatamente, como a su propia casa, a la de D. David Huidobro, y fueron tales las demostraciones de aquella familia por el percance de D. Hilario, que sin duda no hubiesen sido mayores, si hubiera acaecido a alguno de sus miembros. Procedióse a la cura, que fué larga, pues tuvo que repetirse, ya que D. David no quiso tolerar que, a consecuencia de la primera, quedase algo cojo; pasándola parte en Santiago y parte en Catemu; y siendo mucho de observar que para la asistencia del enfermo, jamás quiso el venerable señor de la casa valerse de sirvientes: él mismo en persona constituyóse como el enfermero de D. Hilario, durante su dolencia; a lo más permitía que su querido Jorge le acompañase en el oficio de servir a su maestro. Atenciones todas que demuestran la alta estima en que aquella familia

le tenía. La cual no iba a Catemu sin llevarse a D. Hilario: y esto sucedió muchos años, aun siendo Jorge ya mayor; y como él dejaba sentir su influencia por donde quiera que pasase, transformó aquel apartado villorrio en uno de los centros más florecientes de vida religiosa.

Con ojos algo envidiosos era mirada la familia del Sr. Huidobro por tener tal preceptor; y no faltaron otras familias muy distinguidas, como la de Dña. Manuela Gandarillas y la de Dña. Virginia Flores de G. Moreno, que se empeñasen en que aceptase el mismo cargo respecto de sus hijos; pero no pudo recabarse de él, porque era ya llegada la hora de la Providencia, en la cual debía emprender los grandes y trascendentales trabajos de su misión en Chile.

Los siete años que corren de 1869 a 1876, los primeros de su estancia en aquella República, parecen formar para D. Hilario como un viaje de estudio o de exploración, a través de todos los estados de la sociedad chilena, para que luego, con pleno conocimiento del terreno, pudiese entregarse al desempeño del ministerio que Dios mismo, por intermedio de sus representantes, los Prelados de la Iglesia, iba a ponerle en las manos.

CAPÍTULO III

La Compañía de Jesús y sus obras sociales en América. — Las Casas de Ejercicios en Chile. — San José. — La Casa de San Juan. — D. Hilario, director de San Juan. — Acrecentamiento de influencia social. — D. Hilario y la juventud. — Por la fe y la libertad.

Puede afirmarse sin género alguno de duda, que toda América está llena de las obras llevadas a cabo por la antigua Compañía de Jesús. Si en alguna parte de la tierra se siente la imperiosa necesidad, que la civilización tuvo un día de esa admirable Institución, es en el mundo de Colón, en ese mundo colosal, de riquezas fabulosas, y en donde el espíritu humano, aun modelado por siglos de Cristianismo en Europa, hubiera sucumbido sin duda, sepultado en la materia, si una fuerza sobrehumana no lo hubiera sostenido. Y esta fuerza sobrehumana fué el Catolicismo, obrando por las órdenes religiosas, que son las avanzadas de la civilización y de la luz, y en particular por la Compañía. Todo en la América histórica habla de la Compañía; todo demuestra su inmenso espíritu santificador. No es entonces de extrañar que aquí, antes que en ninguna otra parte, entrasen en la corriente de las costumbres, y aun de las instituciones de los pueblos, las obras sociales propias de la Compañía, y que el uso de los Ejercicios espirituales, que son su obra genuina, y aun los edificios especiales dedicados a esos Ejercicios, se hallasen por doquier.

Pero si esto puede afirmarse de toda América, de Chile de un modo especial. Chile, ya sea por las condiciones geográficas que lo aislan tanto del resto del continente, ya sea por lo selecto de los elementos étnicos que lo poblaron, es lo cierto que formó en su seno una sociedad muy apta para recibir y retener el sello de una profunda cultura cristiana. De ahí que sean tan hondas las huellas de la Compañía de Jesús en la formación moral de ese privilegiado país. En Chile todo el mundo sabía antes y sabe también ahora perfectamente, lo que significa hacer Ejercicios, y es que ellos se hacen, y las Casas en donde se hacen son las más conocidas y populares de cada ciudad y de cada comarca.

Seis eran estas casas en Chile, cuando la expulsión de la Compañía, las cuales se hallaban en Santiago, Concepción, Valparaíso, Quillota, Chillán y La Serena, todas bien dotadas para su objeto. Mas la necesidad que sintió el pueblo chileno de conservar el espíritu heredado de la Compañía, hizo que se fundasen posteriormente muchas más, siendo sus fundadores y promotores los prelados, los seglares y aun las diferentes órdenes religiosas. Al fin del siglo XIX eran unas cuarenta estas Casas de Ejercicios.

En Santiago hay actualmente dos: la de San José y la de San Juan. La de San José se debe al Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Vicuña, primer Arzobispo de Santiago, quien la erigió en terreno propio, o mejor en su propia casa, y reservó para sí, hasta su muerte, el trabajo de dar personalmente los Ejercicios, y empleó en la manutención de los ejercitantes todo lo que permitían sus rentas. Esta misma casa, agrandada más tarde con erogaciones de particulares, hasta poder albergarse y vivir en ella varios centenares de hombres, comenzó desde su fundación a llenarse periódicamente, máxime durante

los días de fiesta, que por septiembre dedica la República a conmemorar las glorias patrias, de suerte que ya no era posible recibir uno más. Desde entonces ha sido considerada como un lugar santo, en donde obra Dios las maravillas estupendas de su gracia, y el general reconocimiento del pueblo la ha rodeado de un prestigio incomparable. Porque es así que las clases humildes de Santiago la miran como su sanatorio o casa de salud espiritual, habiendo sido ella, en realidad, la gran Casa del Pueblo Chileno.

Tomo de una memoria que tengo a la vista, el siguiente movimiento estadístico, y advierto que este movimiento no ha decrecido:

CASA DE EJERCICIOS DE SAN JOSÉ

Desde el 3 de Marzo de 1879 hasta el 6 de Octubre de 1892

Personas que hicieron Retiro de uno o tres días	61.862
Personas que hicieron Ejercicios de diez días ...	79.131
Total	140.993

Además se revalidaron en ese tiempo, 6.460 matrimonios.

Pero la Casa de San José era ocupada generalmente por personas de condición inferior, como se ha dicho. Con esto los ricos se creían por entonces dispensados de practicar los Ejercicios; aquélla no parecía su casa. Mas como también ellos pueden necesitarlos, y el genio chileno tiene tan desarrollado el sentido práctico de las cosas, en vez de lamentarse, como hubiera sucedido en otras partes, de que sólo los pobres entrasen en Ejercicios, dejando las cosas por remediar, se creyó que lo más conducente era fundar una casa de Ejercicios para ricos, y así se hizo: es la de San Juan Bautista. Esta Casa situada casi en las afueras de la ciudad, en el barrio denominado de la Cañadilla, sitio

alejado del bullicio de las grandes vías, tranquila como el genio de la meditación, iba a ser el verdadero centro de aquel magnífico y avasallador resurgimiento católico de que iba a dar ejemplo Chile, y roca incontrastable en donde se estrellarían las tempestades, que ya se formaban en la Moneda (1).

La ejecución de esta obra debióse al gran corazón del Illmo. Sr. Valdivieso, quien muy entrado en años, y próximo a la muerte, que le siguió de cerca, halló aún en los recursos inagotables de su espíritu magnánimo y emprendedor los medios necesarios para realizarla. La antigua Casa de Ejercicios que la Compañía tenía en Santiago, llamada la Ollería, había caído en poder del gobierno, después de la jornada de Chacabuco, 12 de febrero de 1817, cuando el general argentino D. José de San Martín, al frente del Ejército de los Andes, entró en Santiago. Fueron inútiles todas las gestiones aun judiciales para recobrarla; mas afortunadamente no se apoderó el gobierno de las rentas que la Casa poseía, y éstas fueron la base de la fundación de San Juan. Con esto puede decirse que la actual Casa de Ejercicios dicha de San Juan, es continuación de la que tuvo la Compañía, llamada Nuestra Señora de Loreto, situada en la Ollería.

De esta Casa, pues, y de cuanto ella representó en los aciagos y también gloriosos días, que tanto recuerdo habían de dejar en la historia contemporánea de la nación chilena, fué el alma nuestro D. Hilario Fernández.

El 5 de abril de 1876 el Illmo. Sr. Valdivieso, Arzobispo de Santiago de Chile, firmaba el acta de fundación de la Casa de San Juan Bautista, y la dejaba

---

(1) En Santiago de Chile llámase la Casa de Moneda, o, más sencillamente, la Moneda, el Palacio de Gobierno, monumental edificio del tiempo del gobierno español.

a cargo de la Congregación de las beneméritas Hermanas de la Providencia, dándose la primera tanda o *corrida* de Ejercicios, como se dice en Chile, en aquella misma Semana Santa, abril de 1876, a la que asistieron 64 caballeros de lo más principal de la sociedad de Santiago, y siendo su director el Rdo. P. José León, de la Compañía de Jesús. Poco después era nombrado D. Hilario capellán-director de la Casa, y fuera de cortas interrupciones ocasionadas por viajes a Europa, u ocupaciones transitorias, asignadas por los Prelados, desempeñó este cargo hasta el 9 de abril de 1899, es decir, por espacio de más de veinte años.

Por de pronto no paró hasta que la misma casa, aun materialmente considerada, fuese un bien montado edificio, en donde nada faltase para su fin. Al objeto logró que fuese un modelo en su género. Magnífica capilla, vastos comedores y dormitorios, con piezas independientes, amplísimas galerías y claustros asoleados, y jardines frondosos, delineados por él, con paseos cubiertos por magníficos y extensos parrales, plantados y cultivados por su propia mano; en conclusión, cuanto puede apetecer un hombre de mundo al hacer el sacrificio de retirarse a la soledad. Edificio espaciosísimo, que hasta llegó a tener el honor de servir para las suntuosas fiestas y espléndidos homenajes que la ciudad de Santiago tributó a los Delegados Apostólicos Monseñor Del Frate, en 1882, y Monseñor Macchi, en 1894.

Añádase a esto el servicio esmeradísimo de las Hermanas, que tienen a grande dicha el poder coadyuvar a esta magna obra de santificación social, y se comprenderá el atractivo que desde luego tuvo la Casa de Ejercicios de San Juan.

Sin embargo hay que confesar que el atractivo mayor venía de otra parte; era de otro orden.

Aquel señor Director, desconocido aun al principio

para muchos, supo imprimir a la Casa una marcha tan seria y tan agradable a la vez; un orden y concierto tan simpático, que muy pronto fué él el corazón y el todo de aquella gran institución. Su carácter sociable y atentísimo, de que tanto se paga el mundo, el estar siempre dispuesto a servir, en realidad, y no sólo con cortesía de palabras, a cualquiera que él sospechaba que necesitaba de sus servicios, el no perdonar, o mejor, el derrochar los sacrificios para que cuantos se le acercaban se fuesen contentos y satisfechos, iba abriéndole de par en par los corazones de los que entraban en aquella morada de santidad.

En particular para los jóvenes era D. Hilario un imán.

Y como que los que iban a San Juan eran las personas más calificadas de la aristocrática y católica sociedad chilena, salta a la vista lo que pasó: por consecuencia natural de las cosas se hizo, sin pretenderlo, dueño de la situación.

Naturalmente que su influencia era toda encaminada al bien de los que trataba. Aquel hombre que jamás pensó en sí, que nunca aceptó el estipendio de una misa en los veinte largos años que estuvo en San Juan, aunque millares de veces se lo ofrecieron, que renunciaba sus honorarios en favor de la Casa, que socorría a miles de indigentes pública o secretamente, estaba dedicado por completo a los demás, empleando de continuo todo el juego de medios que le sugería su talento especial de trato humano en hacer el bien. Consejos cariñosos, suaves amonestaciones, ingeniosas delicadezas, insinuaciones exquisitas, anécdotas pertinentes y graciosas, echadas como al vuelo, he aquí el hilo de oro de su conversación constantemente santa y jovial. De aquí que nadie le oía sin sentir consuelo y sin llevarse algo para su mejora. Mas cuando se le consultaba de

veras, y se hablaba con él, en serio, de los grandes asuntos de la vida cristiana o de la salvación eterna, entonces una unción divina se desbordaba de su alma y una claridad de ideas, característica en él, brotaba de su mente, como de un potente foco de luz sobrenatural. Por donde se ve que D. Hilario ignoraba de qué modo se pierde o se hace perder el tiempo.

El Sr. Alberto Ugarte, que conoció y trató mucho a D. Hilario, escribe de él, refiriéndose a la vida que llevaba en San Juan:

«Allí le ví yo trabajar más de cerca, y puedo asegurar que jamás el consejo de San Pablo de hacerse todo para todos se ha realizado con más verdad. Han pasado muchos años, y cuando suelo, por razón de mi ministerio, ir a la casa de San Juan Bautista, aun me parece ver la sombra querida de Don Hilario llenándolo todo, dándole vida a todo y, lo que es más, embalsamándolo todo con su amor a Jesucristo».

Además daba con frecuencia él mismo los Ejercicios, no sólo en San Juan, a caballeros o jóvenes o maestros, etc., especialmente durante la Semana Santa, en que se reunía la plana mayor de la aristocracia católica para entregarse a la meditación de las verdades de la Fe, sino también en otras casas o iglesias y asilos, como en los del Buen Pastor, y en la Casa de los Pobres, es decir, en San José. A primera vista no tiene esto nada de particular; pero obsérvese que él, sobre todo en San Juan, corría con el movimiento general, y que el trasiego que le acarreaba cada nueva tanda de Ejercicios era muy grande; con todo él atendía al conjunto y a todas sus partes: al orden doméstico, a la comodidad de cada uno de los huéspedes, a las menudencias y exigencias mil que una inmensa comunidad formada de personas tan diversas trae consigo, y además de todo esto, predicaba las meditaciones y las pláti-

cas de los Ejercicios; cargo que él solo ocupa sobradamente a un hombre.

A veces esta ocupación le venía de sorpresa. En cierta ocasión enferma el sacerdote encargado de ella, y llega el aviso momentos antes de empezar la tarea; D. Hilario le suple, como si tal cosa. Otra vez tenía entre manos uno de los graves asuntos públicos, en los que tomó luego tanta parte, y un coche le esperaba con urgencia en la puerta. Llega noticia de que el que debía dar los Ejercicios está impedido de hacerlo; D. Hilario despide el coche y a los que le esperaban, diciendo: «Señores, he de dar Ejercicios; ellos ante todo».

Para él era casi una obsesión el dar Ejercicios. «En los últimos mensajes de algunos soberanos, decía, se señalan como síntomas de progreso y de civilización el aumento de juzgados, de cárceles y de nuevas cortes, todos los cuales, en verdad, son síntomas desconsoladores, que acusan el desarrollo de la criminalidad, no el verdadero progreso». Nosotros, añadía, lo haremos consistir en añadir nuevas casas de Ejercicios, y en dar a mayor número de hombres estos mismos Ejercicios, los únicos que regeneran y ennoblecen.

La abundancia de espíritu que se manifestaba en él dando Ejercicios, era, en realidad, asombrosa. De un modo especial se desbordaban los torrentes de vida de su alma en la Casa de San José, en donde la especialidad del auditorio exigía moción más viva y ardiente, y en donde llegaban a reunirse tandas de más de mil hombres del pueblo, durante las fiestas cívicas, mientras sus compañeros de trabajo se entregaban a las diversiones, y tal vez a los excesos. Porque era inútil que los reglamentos de la Casa no permitiesen más que cierto número — el que podía contener cómodamente el edificio — era inútil la oposición de la Dirección a que ese número fuese superado; se ponían

en juego tales empeños, que la casa era como arrollada por la multitud, que quería practicar los Ejercicios, y con tal de practicarlos, se contentaban con pasar los días y las noches en los corredores de la casa, y aun en los patios, al sereno. Y a esa multitud de hombres, que llenaba la capilla hasta el colmo, encerrados allí de su voluntad, para llorar sus extravíos y reconciliarse con Dios, en aquellos días de públicos y tal vez criminales desahogos, era a quiénes dirigía su palabra de fuego D. Hilario Fernández. En estas ocasiones era común en él pasarse las noches de claro en claro oyendo confesiones; lo cual no era obstáculo para que, mientras estaba engolfado en ese trabajo, desempeñase simultáneamente otro, como por ejemplo, la continuación de la solemnísima novena de la Virgen de Dolores; pues habiendo enfermado cierta vez el predicador, se acudió a él, y a pesar de que se hallaba *solo* dando Ejercicios a 1500 hombres, aceptó, y se contentó con preguntar de qué debía predicar aquella noche.

De ese primer tiempo, en que D. Hilario vivió en San Juan, data la amistad íntima que le unió con el actual Arzobispo de Santiago de Chile, Excmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio Eyzaguirre, entonces capellán de la cercana casa del Buen Pastor, amistad que tanta importancia debía llegar a tener, por el impulso que de ella debía recibir la gran obra popular chilena, de que luego se ha de hablar. No parece sino que creó Dios aquellas dos almas la una para la otra; tanto se amaron así que se conocieron; tan bien se unieron, tan bien se completaron. Pero la modestia singular del Sr. Arzobispo que conozco bien, no me permite extenderme más en este punto. Sólo aprovecho la ocasión para asociar su ilustre nombre al de su amigo del alma D. Hilario, y agradecerle desde estas páginas las señaladas y paternales muestras de bondad que de él he recibido.

He dicho que para los jóvenes D. Hilario era un imán. Sería su corazón siempre abierto, noble y generoso; sería su afabilidad; sería la mirada certera de su espíritu con la que leía en el fondo de las almas ... no lo sé; pero es indudable que D. Hilario tenía cualidades especiales para la juventud. De ahí que fuesen sin número los jóvenes que se entregaban a su dirección. Más aún: como se hagan frecuentemente los Ejercicios para proceder con acierto en la elección de estado, entonces más que nunca se mostraba la confianza ilimitada que merecían a la gente joven los consejos de D. Hilario.

Por gran dicha hay en Chile una corriente muy notable de las clases pudientes y elevadas hacia el sacerdocio. Apenas hay familia distinguida que no tenga un hijo o deudo cercano al servicio de la Iglesia. ¡Gran bendición de Dios para un pueblo, e indicio que pone de manifiesto su envidiable cultura social!

Con esto se comprende ya que no serían pocos los jóvenes, que de los Ejercicios de San Juan, pasasen al Seminario o al noviciado de una Congregación religiosa. El doctor Aurelio B. Castillo, siendo ya jesuíta, escribía desde Gandía, al ya entonces también P. Fernández, en estos términos: «No puedo olvidar que Nuestro Señor me llamó a esta santa y amada Compañía de Jesús, en gran parte, por medio de los Retiros mensuales y Ejercicios que practicaba en ésa, para mi tan querida y recordada Casa de Ejercicios de San Juan Bautista, donde V. R. con sus encendidas pláticas y siendo su director, animaba nuestras voluntades y deseos de mejor servir a Nuestro Señor».

A veces la vocación de Dios sobre alguno en particular tenía hasta visos de sobrenatural. Véase un caso.

Era un joven abogado, muy deseoso de conocer la voluntad divina sobre su porvenir, quien entró en Ejercicios, con otros muchos. Un día encuentra por los co-

rredores a D. Hilario, y le dirige una pregunta indiferente, o por lo menos nada pertinente a su vocación. D. Hilario se inmuta; y sin hacer caso alguno de la pregunta del mancebo le contesta textualmente estas palabras: «Joven: ahora mismo me comunica la Santísima Virgen que le diga a Vd., a quien no conozco, que es su voluntad que abrace Vd. el sacerdocio». Esto se lo repitió tres veces. Aquel joven quedó espantado; precisamente él no deseaba saber más que la voluntad del Cielo. No quiso, pues, investigar más; abrazó la carrera sacerdotal, y hoy es un ejemplarísimo ministro del Señor.

Está fuera de toda duda que mucho elemento joven debió a D. Hilario su formación espiritual, y el llevar una vida de señalada virtud, aun en medio del mundo. También contribuyó eficazmente a acrecentar y robustecer una falange de jóvenes seglares, que fueron la gloria de su clase y de su edad. Favorecióle para ello el ser nombrado capellán o director de la Sociedad de San Luis, luego que esta Sociedad se trasladó a San Juan, como para ponerla a la sombra de D. Hilario, con lo que se colocó en sus manos la dirección oficial de una gran fuerza católica destinada a una importantísima actuación.

Esta notable influencia religioso-social adquirida por el mérito eminente de D. Hilario debía traducirse, en las excepcionales circunstancias por que entonces atravesaba Chile, por manifestaciones, externas ciertamente a la Casa de Ejercicios, pero muy relacionadas con ella, y sobre todo muy naturales, tratándose de cristianos decididos y fervorosos y de chilenos aguerridos, dispuestos a todo sacrificio por su Fe y su libertad.

CAPÍTULO IV

La hora de la prueba. — Tiranías gubernamentales. — El Delegado Apostólico Monseñor Del Frate. — El resurgimiento de un pueblo. — La Unión Católica. — Fecundísima labor. — Ley de cementerios. — Acción general de D. Hilario. — Auroras y dianas de libertad.

El 8 de junio de 1878 pasaba de esta vida el Illmo. Sr. Valdivieso, y el 10 del mismo mes elegía el Cabildo eclesiástico de Santiago para Vicario capitular, al Illmo. Sr. Joaquín Larrain Gandarillas, Obispo titular de Martirópolis.

Esta vacante arzobispal, que había de durar nueve años, debía ser célebre por más de un concepto, en los anales eclesiásticos de Chile.

El gobierno de la República había pasado de las manos de D. Federico Errázuriz (1871-1876), cuya administración comenzó la tarea de liberalizar el país «quitando de en medio a la Iglesia», y dictó una serie de disposiciones deprimentes de sus sagrados derechos, a las de D. Aníbal Pinto (1876-1881), cuyo gobierno tomó ya ocasión de la elección del Vicario capitular para promover disensiones y escándalos. Pero esto fué el comienzo. Presentó, además, por su cuenta para Arzobispo de Santiago al Pbro. D. Francisco de Paula Taforó, uno de los pocos sacerdotes chilenos que se habían mantenido contrarios a la autoridad del prelado difunto, y la Santa Sede, por motivos sin duda justificados, y usando de sus indiscutibles derechos, rechazó la pro-

puesta, ofreciendo al gobierno preconizar a otra cualquiera persona, que fuese presentada, y que no tuviese impedimento.

El liberalismo se enfureció. Sus órganos declararon que la soberanía nacional había sido ultrajada por un *soberano extranjero,* que era un *casus belli,* y que era preciso lavar con sangre atentado semejante. Querían a todo trance un pretexto para avanzar en la guerra de exterminio decretada contra el Catolicismo, y la presentación rechazada de Taforó lo ofrecía a su gusto.

En el entretanto, el 30 de agosto de 1881, una elección llena de intrigas, proclamaba presidente de la República a D. Domingo Santa María, quien si bien al tomar posesión de su cargo, juró sobre los Santos Evangelios, y según la constitución chilena, que observaría y protegería la Religión Católica, Apostólica, Romana, con todo, su conducta fué tan impía y tiránica que su nombre debía ser sumado a los de los perseguidores famosos de la Iglesia.

Por el momento todo pareció reducirse a la cuestión Taforó.

Los círculos impíos levantaron con ella una bandera de guerra a Roma, y los periódicos sectarios estaban agresivos hasta lo insufrible.

Envióse un comisionado al Vaticano. Este fué el ministro Chileno en París, señor Bleast Gana. Allí se entablaron resueltamente las amenazas de persecución, primero embozadas, después abiertas. En 1882 enviábanse instrucciones urgentes, y el ministro de Relaciones Exteriores le decía al de Roma: «El gobierno se halaga con la esperanza de que la Santa Sede no habrá de permitir que estos escándalos crezcan en intensidad». Y añadía con falso interés por la Religión: ¿Convendría a los intereses permanentes de la Iglesia Chilena que el establecimiento del registro y del matrimonio

civil, la supresión del presupuesto del culto, y la separación de la Iglesia y del Estado hubieran de imponerse ahora y de producirse en condiciones violentas? A lo que el Cardenal Jacobini contestaba que «el Papa no podía decidir cuestiones de aquella naturaleza, por la presión que ejerciesen en su espíritu declaraciones como la aludida, ni por nada que pareciese amenaza de las consecuencias más o menos graves, que su resolución pudiese producir». Y añadía que no concebía la Santa Sede como se convirtiese la cuestión de la persona de un eclesiástico en la solución única, que pudiese alejar dificultades entre la Iglesia y el Estado de Chile.

Por una condescendencia casi inconcebible, se aceptó en Roma la idea de enviar un delegado apostólico a Chile, al objeto de informarse de nuevo del asunto y dictaminar sobre él.

Monseñor Celestino Del Frate, Obispo de Himería, llegaba a Valparaíso el 18 de marzo de 1882. El lujo de manifestaciones de adulación y de lisonja que desplegaron a los ojos del Delegado los hombres del gobierno haría reir si no indignase demasiado; ellos, los jacobinos y anticatólicos, no dejaron bajeza por cometer para granjearse la voluntad del representante del Papa. Pero no tardó él mismo en darse cuenta de la hilaza que le urdían. Rompió la jaula de oro en que le tenían encerrado y se echó en brazos del pueblo católico, que le rodeó con entusiasmo delirante. Enteróse bien de la situación, y al fin fué cosa resuelta: Taforó no sería arzobispo (1).

De ahí las venganzas. Los furores gubernamentales estallaron entonces a la vista misma del Delegado, quien, contestando dignísimamente a tanta indignidad, a mediados de enero de 1883 recibió los pasaportes.

---

(1) *Walker Martínez.*—Historia de la Administración Santa María», t. I. cap. IV.

Grandísima fué la sensación pública al saberse que el enviado del Papa iba a pasar la frontera, despedido por el gobierno. Mas, antes de recordar los sucesos que tuvieron lugar en aquella emergencia y como consecuencia de ella, bueno será retroceder un paso para contestar a esta pregunta: ¿qué hacían los católicos chilenos insultados por las rachas de la tormenta gubernamental?

En Chile, como en todas partes, fué la persecución brutal y desvergonzada la que salvó la libertad. De no sobrevenir esa hija del infierno, que Dios no en su ira, sino en su misericordia, permite a veces que salga de sus antros para hacer sentir el chasquido de su azote sobre las espaldas de los pueblos adormecidos, no se sabe lo que hubiera sido de aquella nobilísima raza, embaucada por las teorías de un regalismo imposible y absurdo.

Existía de antiguo un partido llamado conservador, que había dado ya brillantes muestras de sí en distintos tiempos, por ejemplo cuando en el gobierno de Pérez se discutió el artículo 5º de la constitución de la Nación chilena, en que se establece que la religión de la República es la Católica, Apostólica y Romana, con exclusión del ejercicio público de cualquier otra, y logró que este artículo quedase incólume, y cuando en el gobierno de Errázuriz, D. Abdón Cifuentes — aún hoy venerabilísimo general en jefe de la causa de Dios, sobre cuya nívea frente descansan todas las coronas del mérito y de la virtud, esperando sólo una, la de una recompensa inmortal — ya entonces ministro de Instrucción Pública, quiso hacer algo por la libertad de enseñanza, dando ello lugar a una campaña parlamentaria hermosísima, en la que la elocuencia y la lógica y, sobre todo, el valor del joven ministro rayaron muy alto.

Pero este partido, como tal, se había llamado al silencio después de las desvergüenzas electorales del presidente Santa María. ¿Quién iba a luchar con un un hombre que estaba dispuesto a defender, aun con arma blanca, las mesas receptoras de sus votos? Fueron necesarios los sucesos de 1883 para despertar de nuevo y recobrar la conciencia de sí.

Y ¡qué magnífico despertar! Aquella fué la aurora del día de la verdadera libertad chilena.

La comitiva que se formó para acompañar al Delegado Apostólico hasta la cordillera, límite fronterizo con la Argentina, fué, digámoslo así, la Junta histórica libertadora de Chile. D. Abdón Cifuentes, que se hallaba en Valparaíso, corrió para juntarse con los acompañantes, alcanzándoles en Llay-Llay, mientras su esposa arengaba a las señoras reunidas a miles, en el paseo de la Alameda de las Delicias. En Santa Rosa de los Andes se tuvo el acto de despedida, y allí, poniendo por testigos los montes eternos del macizo andino, se proclamó, puede decirse, la libertad de la Nación. El brindis que pronunció D. Abdón, teniendo al lado a su amigo y consejero D. Hilario Fernández, fué todo un reto lanzado al rostro del tirano presidente de la República, y un juramento prestado, firmado y depositado por todos los presentes en manos del augusto Representante del Papa, guardián supremo de los derechos de los hombres y de los pueblos, por el cual se comprometían a romper las cadenas que oprimían a su patria.

De regreso de aquella expedición memorable se echaron los fundamentos de lo que se llamó la Unión Católica, y que formó en aquellas circunstancias críticas el ejército de la libertad y de la Iglesia. D. Abdón fué elegido generalísimo. Era el antiguo partido conservador que resurgía con vida centuplicada. 200 caballeros, cada uno de los cuales desembolsó mil pesos,

formaron el núcleo central de la Unión, la cual se extendió rapidísimamente por la nación entera, sin que quedase población, por apartada que estuviese, que no participase del movimiento general. Asociaciones científicas o literarias o de piedad o de caridad, conferencias, diversiones, fiestas de entretenimiento, reuniones de todas clases, todo se utilizó para acelerar y sostener aquella unión formidable de fuerzas católicas, que se levantó como un gigante ante el gobierno opresor. Sobre todo la prensa, que en tres años duplicó el número de periódicos católicos, fué el recurso más potente de acción.

Obsérvese que estas fuerzas organizadas estaban a las órdenes de los superiores jerárquicos. A sus reunio- es decir, para representante oficial de la Autoridad ecle- asamblea celebrada el 18 de julio del mismo año de 1883, se resolvió que los Prelados podían nombrar un eclesiástico para cada uno de los consejos provinciales o departamentales, los cuales tendrían voz y voto, siendo nombrado para el consejo departamental de Santiago, es decir para representante oficial de la Autoridad eclesiástica en la dirección del primer departamento de la Unión Católica, D. Hilario Fernández.

Por todo lo dicho con anterioridad, puede ya sospecharse cuál sería la mano de D. Hilario en el despertar católico del pueblo chileno. Los hombres dirigentes de la causa eran varones sincera y profundamente piadosos, que sabían que la piedad era la raíz de su fuerza, y que se guardarían bien de pasar el año sin encerrarse en la santa Casa de Ejercicios, y además pertenecían en su inmensa mayoría a la Sociedad de San Luis. De ambas cosas era el alma D. Hilario; y ello explica cómo fué también él, en gran parte, el espíritu vivificante, emprendedor y sostenedor de aquella lucha colosal. Los jefes del partido católico lle-

garon a celebrar sus reuniones en la Casa de San Juan, y D. Hilario las presidía; no se hacía nada sin su consejo; y se ha afirmado que él era quien gobernaba. Y así era en realidad. San Juan era un ministerio. Hombres de Estado, senadores, diputados, damas encopetadas atravesaban de continuo los umbrales de la casa. En aquellos días de tanta agitación, el mayor movimiento estaba en San Juan y estaba en San Juan porque allí estaba D. Hilario Fernández.

Entretanto Santa María extremaba sus tiranías, destituía empleados, encerraba en las prisiones a ciudadanos beneméritos, asaltaba imprentas y quitaba sus rentas a los Obispos y sus subvenciones a los seminarios. Además, las cámaras de su gobierno aprobaban leyes secularizadoras sobre cementerios y sobre el matrimonio, y se declaraban reformables los artículos de la Constitución que consagran la Religión Católica como religión del Estado.

Las cosas llegaron a términos que el mismo D. Hilario, a pesar de su esforzado espíritu, escribía por ese tiempo: «la persecución religiosa arrecia; el curso de las cosas me hace creer que esto se hunde; el despotismo más escandaloso e impío impera; esto se hunde y se va».

Para prueba de cuanto influyó la personalidad de D. Hilario en el momento histórico a que me refiero, bastará recordar la consternación que se produjo en Santiago, cuando a fines de 1883 se esparció la voz de que su viaje a España era para entrar en la Compañía, como así era la verdad. El tristísimo estado de los asuntos públicos pareció como que le servía de acicate para que procurase poner en ejecución su acariciado proyecto de entrar en la Compañía; y no comprendía él que precisamente el estado desastroso de las cosas, dado su influjo, exigía su presencia; razón por la cual

se le difirió la admisión. «Casi no me dí cuenta de la magnitud de su resolución tan inesperada para mí, le escribía el Vicario general, cuando me habló de ella la víspera de emprender su viaje... Adorando los designos de Dios, no puedo dejarle de manifestar cuán sensible me ha sido la separación del amigo y del obrero evangélico, que ya por la predicación, ya por el confesonario y de mil otras maneras, difundía el bien y daba tanto impulso a las instituciones recientemente creadas para promover los intereses católicos. Estoy por desear que se frustre su deseo para tenerle luego entre nosotros. Su puesto en la Casa de Ejercicios está vacante, lo espera; y no se proveerá, sino en el caso de saberse que Vd. no vuelve». Ni faltaba quien decía ser cierto que Santa María había desterrado a D. Hilario; y otros, atribuyendo un carácter diplomático a su viaje, aseguraban que iba como enviado secreto al Papa.

Volvamos al relato general de los sucesos. La poderosa corriente, cuya dirección estaba en San Juan, lo llenaba todo, y la previsión de los católicos no se olvidaba de nada. La situación iba a salvarse. El 8 de julio de 1883 celebraba el partido católico una asamblea pública en el Círculo de Obreros del barrio de la «Chimba», y después de deliberar con un entusiasmo indescriptible, terminaba con una soberbia manifestación en la misma Plaza de Armas, en la que la juventud representó el principal papel. A esta manifestación siguiéronse mitines en toda la República. Llovían en la Moneda protestas de todas partes. 300.000 pesos se gastaban en levantar los muros de la Unión Católica de Santiago, instalábanse círculos de obreros y juventudes católicas por todas partes, decretábase la fundación, que se realizó bien pronto, de la Universidad Católica, uno de los más florecientes centros de ciencia

que hoy posee la Iglesia, y se mantenía el culto con más pompa que nunca, y con afluencia nunca vista.

La ley atentatoria a la libertad de conciencia que más indignación produjo y más convulsionó la sociedad, fué la que se dió sobre cementerios, el día 4 de agosto de 1883. Este episodio forma una página bien negra en la historia de la impiedad. Por esa ley, cerrábanse las puertas de los cementerios, que eran propiedad exclusiva de la Iglesia, y se obligaba a enterrar en los cementerios del Estado, que no eran católicos. La aplicación de esta ley dió lugar a excesos horribles y a escenas que pasan la raya de lo verosímil.

Había muertos que eran conducidos sigilosamente y a altas horas de la noche, como en tiempo de las Catacumbas, para ir en busca de la sombra bendecida de la cruz; pero la policía lanzábase en su seguimiento, para arrebatar violentamente los despojos humanos y echarlos a la fosa común, mientras dispersaba a los acompañantes o los arrastraba a la cárcel pública como malhechores. Aquella era una caza de muertos. Cuando se sabía que en una casa había un moribundo, la policía rodeaba la vivienda, y era preciso que la triste familia emplease milagros de habilidad para substraer el cadáver a aquellos sabuesos de la tiranía. Le sacaban entre muebles, entre materiales de construcción; ocultaban su muerte no sólo al público sino a los mismos parientes; emprendían con sus difuntos a veces largos viajes; y esta es la hora en que no se sabe en donde fueron enterrados en aquella confusión algunos grandes personajes. «Hay algo de tan brutal, escribía un periódico de Santiago, (1) de tan salvaje, de tan odioso en esos soldados que corren por los caminos públicos en persecución de los cadáveres, y de los atribulados deudos.

(1) "El Independiente", 19 de septiembre de 1883.

que los conducen y custodian, en esos sables que van a interponerse entre el esposo y los restos de la esposa, entre los hijos y los restos de la madre, que faltan palabras para encarecer una abominación semejante» (1).

Estas cuestiones que se dió en llamar *teológicas*, tuvieron la virtud de encender en el país una vivísima hostilidad contra el gobierno. Santa María, sin embargo, aumentaba por horas los alardes de brutalidad; lo cual era tanto como declararse vencido. Dícese que hizo llegar a oídos de D. Hilario aquella frase sacrílega, que un día oyeron también los esbirros de Enrique II, rey de Inglaterra, el asesino de Santo Tomás de Cantorbery: «es preciso desentenderse de ese hombre». A lo que le hizo contestar D. Hilario: «en todo caso habrá un mártir más».

No hubo este mártir más, ni fué vencido D. Hilario; quién fué vencido fué el Presidente. «El enemigo ha sido vencido en toda la línea, escribía el Illmo. Sr. Salas, Obispo de Concepción, a Monseñor Del Frate, la victoria ha sido completa».

La Asamblea que celebró la Unión en 1885 ya tuvo aires de triunfo. En ella dejaron oir su elocuentísima palabra oradores tan eminentes como los señores Guillermo Cox Méndez, Enrique Tocornal, José María Eyzaguirre, Benjamín Pereira, Rafael Egaña, Abdón Cifuentes y el entonces simple sacerdote D. Ramón Angel Jara, hoy dignísimo Obispo de La Serena; y se abordaron a banderas desplegadas las más vitales cuestiones.

La nación entera se preparó para las elecciones de aquel año, como para una batalla nacional. Derramóse sangre, es cierto; la misma Cruz Roja tuvo que interve-

---

(1) *Walker Martinez.* — Obra citada, de la que se han tomado muchas de las ideas contenidas en este capítulo.

nir; las ambulancias anduvieron por las calles, y el clero castrense prestó sus servicios como en un campo de combate; pero los católicos no estaban ya dispuestos a perder la jornada; confesados y comulgados, y aun algunos hecho el testamento, habían acudido a las urnas, y pudieron por fin gloriarse de haber forzado las puertas de hierro del Congreso, y de haber introducido sus representantes en él, a la cabeza de los cuales se hallaba D. Carlos Walcker Martínez, verdadera potencia político-parlamentaria, el íntimo amigo, el secretario, como el pueblo le llamaba, de D. Hilario Fernández.

D. Carlos pertenecía a la Sociedad de San Luis. Esta Sociedad compuesta por lo más granado del partido católico, celebraba periódicamente sus retiros en San Juan, dirigidos por D. Hilario, y era en esos retiros en donde se enardecían los ánimos para las luchas ciudadanas. La juventud principalmente, el elemento más numeroso de aquella Sociedad, reportó allí un bien inmenso, con el trato familiar de los veteranos de la causa, y se labró allí para heredar dignamente la bandera inmaculada de los principios católicos. Fué siempre muy célebre la reunión de lujo, digámoslo así, que tenía lugar cada año, con motivo de la festividad de San Luis. En ese día, la severa Casa de Ejercicios mudaba de aspecto, y dejando sus vestidos de tristeza, se ataviaba con todas las preseas de la alegría. Naturalmente que la ocasión se aprovechaba para estrechar los vínculos morales del ejército y atraer a la Casa algún retardatario, que nunca pueden faltar. En todo se hallaba D. Hilario.

Celebrábase la fiesta de 1887. Era aquel año presidente de la Sociedad D. Domingo Fernández Concha. Parece que a instancias de D. Hilario se vió obligado a hablar el *leader* D. Abdón Cifuentes. Tuvo que pagarlo D. Hilario. He aquí el brindis que pronunció:

«No os quejéis si mortifico vuestra modestia. La

culpa no es mía, sino de nuestro director Sr. D. Hilario Fernández, principal autor de mi condena. ¿No decís que es uno de los obreros escogidos de la viña del Señor? ¿No decís que es uno de los obreros evangélicos más ejemplares con que se honra nuestro clero? ¿No decís que es un santo? Pues ya veis cómo también los santos tienen culpas; y si culpa tiene que la pague; que reciba sobre su cabeza la lluvia de bendiciones que le envía nuestra gratitud y nuestra profunda estimación».

Así hablaba y sentía de D. Hilario, quien estaba bien en los secretos del movimiento católico en aquellos heroicos tiempos; juicio, sin duda, ajustado a la verdad, pues constaba bien que era D. Hilario quien más contribuía a sostener el ánimo intrépido y batallador de la clase dirigente de las huestes de la Cruz. Pero es ya hora de examinar otro aspecto de la acción de D. Hilario, el aspecto popular, para poder apreciar en su conjunto el importantísimo y providencial papel que desempeñó en aquellas azarosas circunstancias, en las que plugo al Cielo presentar al mundo el ejemplo de un pueblo que, revelándose contra sus ominosas cadenas, llegó a conquistar la más preciosa y necesaria de todas las libertades humanas: la de rendir a Dios el culto que se le debe.

CAPÍTULO V

Apostolado Popular. — La doble acción de D. Hilario. — Dos elementos constitutivos de la sociedad chilena. — La clase humilde. — El ideal sociológico de D. Hilario. — La Sociedad "Obreros de San José". — Espíritu y Organización. — Labor extensa e intensa de D. Hilario. — El cólera de 1887. — Derroches de actividad.

La preponderancia que D. Hilario había llegado a alcanzar en la dirección de la causa católica de Chile, no reconocía como única causa la influyente amistad que le unía a sus jefes, y el prestigio decisivo e incondicional de que gozaba ante ellos, sino también el dominio popular que había conquistado, como fruto de su trabajo social, por el cual al mismo tiempo que dirigía la alta sociedad por su actuación en San Juan, encauzaba por otra parte las masas del pueblo, por medio de una organización especial, acomodada a las exigencias de los tiempos, y a las necesidades de las clases humildes, denominada la Sociedad «Obreros de San José».

Pero de esta obra, la más simpática de todas las que brotaron del magnánimo corazón de D. Hilario, hay que hablar aparte.

La sociedad chilena está dividida en dos suertes de personas, la una procedente de los conquistadores y personas de arraigo de la colonia española, y la otra proveniente de los pobres y humildes de aquel

régimen, más o menos mezclados con los aborígenes. Estas dos corrientes humanas han subsistido a través de los siglos, sin confundirse, y así han llegado a nuestros tiempos, separadas por completo, demasiado separadas, tal vez, esperando que la inmigración europea forme una poderosa clase media y reduzca los diversos elementos etnológicos a la unidad.

En una oligarquía o aristocracia, no ofrecería peligro semejante modo de ser; pero en una democracia, sí. Porque no hay que olvidar que la clase pobre es la más numerosa, y que en una democracia deben gobernar los más. Ahora bien: si ese pueblo fuere ineducado, si no tuviese aptitud intelectual y moral para representar y defender el derecho privado y público de los ciudadanos, ya se ve el abismo, a que estaría abocada la nación.

Afortunadamente la organización social de Chile, heredada en gran parte de España, es tan fuerte, consulta tanto la robustez y consistencia de la familia nacional, que por ahora parece estar algo lejos el peligro de una guerra social. Aunque no hay que forjarse ilusiones, las ideas subversivas del orden penetran hoy por todas partes, y la demagogia será tal vez no muy a la larga un peligro para Chile, tan grande o mayor que para otros países, porque siendo allí el desequilibrio de los elementos étnicos más notable, las oleadas sociales que luchen para equilibrarse, pueden dar lugar a choques más violentos y formidables.

Como puede suponerse, este estado de relativa inferioridad en que se halla gran parte del pueblo, le coloca en situación explotable, digámoslo así, por cuantos ambiciosos quieran servirse de él para obtener el logro de sus designios, y esto fué lo que desde que se comenzó a estilar la democracia, por lo menos en cuanto a régimen basado en el mayor número de votos, otorgó el

triunfo a más de uno, que estaba muy lejos de merecerlo. Con esto, el gobierno pudo llegar a ser un buen negocio, por el cual explotándose la candidez de la plebe, se entronizase un odioso despotismo, y tal pudo llegar a ser la degradación del pueblo soberano, que hasta lo aceptase éste como la mejor de las situaciones posibles, sobre todo si, según antigua costumbre, se le tapase la boca con pan y diversiones.

En realidad nunca logró formarse con el pueblo chileno una corriente general única, máxime si esta corriente era hostil a la Iglesia; tan grande ha sido siempre el respeto que ella le ha merecido. Y no es que no se haya maquinado; pues ello fué el sueño acariciado por los partidos políticos dominantes en tiempo de Santa María, los cuales decididamente se empeñaron en apoderarse del pueblo por medio de sociedades radicales-socialistas; sueño que fracasó. Mas esto mismo ponía de manifiesto que sólo la Iglesia era la fuerza moral y social, capaz de imprimir la apetecida dirección general a la democracia chilena.

Este fué el pensamiento profundamente previsor y altamente político, en el sentido más aceptable y cristiano de la palabra, que realizó D. Hilario. Porque si bien es cierto que contribuyó a lanzarle a la realización del mejoramiento del obrero, la consideración del bien religioso que deseaba proporcionarle, y aun sin género alguno de duda puede afirmarse, que fué éste para él el móvil capital de su empresa, con todo, es también indudable que la situación presente de las cosas y las circunstancias del momento le impulsaron por sí mismas, para que contribuyese a impedir la formación de un ejército de destrucción social, por medio del elemento obrero, y a formar con este mismo elemento el gran ejército popular de la restauración católica nacional. He aquí la magna obra de D. Hilario y por la que merece

un lugar entre los bienhechores y servidores de la Iglesia y de la Patria chilena. Obra intentada por muchos, pero no realizada por nadie hasta que la emprendió él. Obra de sociología práctica de primer orden en el terreno de las reformas sociales, que hoy se persiguen en todas partes, y de las que D. Hilario fué incansable iniciador y propulsor. Hasta trabajó en su tiempo para que en el Seminario de Santiago se estableciese cátedra de acción social, asignatura que si entonces pareció extraña y rara, hoy forma parte de todos los planes completos de la enseñanza católica.

Por lo dicho aparece cuál fué el ideal que presidió a la formación de la Sociedad «Obreros de San José» o Sociedad de Josefinos, como vulgarmente se le llamó: la elevación intelectual y moral del pueblo por medio de las enseñanzas y de las virtudes del Cristianismo, y la organización de un ejército social, según la táctica y la disciplina de la democracia cristiana. La Sociedad se fundó el año de 1884, estableciéndose el primer centro en la Casa de Ejercicios de San José, y siendo su primer presidente D. Juan de Dios Hevia y su primer secretario D. Angel Agustín Herrera.

Para alcanzar su fin, proponíase, según sus estatutos: la santificación de sus miembros por medio de la imitación de las virtudes de San José; la caridad para con los socios enfermos, proporcionándoles médico, botica y algún socorro en dinero; la piedad para con los socios difuntos haciéndoles su entierro, aplicándoles la sagrada comunión y rogando por ellos; la protección de la familia del socio fallecido, dándole por una vez una cantidad en dinero; la ilustración de los socios y de sus hijos, creando y manteniendo escuelas; el desarrollo de la industria por medio de los gremios o agrupaciones de los socios, según su oficio, y por medio de exposiciones industriales; la moralidad de los asociados, pro-

porcionándoles lugares de recreo sin peligros; y la economía de los socios, creándoles cajas de ahorro. A esto se añadió más tarde el regalo de matrimonio y el derecho de jubilación, por el que quedaban exentos de las contribuciones sociales, sin perder el derecho a los beneficios, los socios que, por causas involuntarias, se hallasen imposibilitados.

Pero como el principal medio por el que debía obtenerse el objeto total de la asociación, era la piedad, ésta era la más atendida y cultivada: retiros mensuales, tres comuniones generales al año, asistencia de todos los socios a la procesión de la Virgen del Carmen, Patrona del ejército chileno, gran fiesta en honor de San José, etc., etc. El medio particular que se aplicó con gran éxito, y continúa aplicándose aún hoy, después de 30 años, son los retiros mensuales. Para ello, servían a maravilla las Casas de Ejercicios tan numerosas en Chile, y si no se tenía a mano alguna de esas casas, otra cualquiera que ofreciese comodidad.

Un día de retiro era un día al mes dedicado por completo al sustento del alma y a la marcha de la sociedad. En esos días los socios más capaces y asiduos llegaban por fin a imponerse bien del espíritu de la Sociedad, y salían hombres reformados y apóstoles de la buena causa. Lo principal en esos días era la conmoción del sentimiento de piedad y la instrucción catequística. D. Hilario quería que los días de retiro fuesen los días clásicos de la Sociedad, los días de reunión de familia, y ordenaba que en ellos se entregase el socorro a las familias de los socios que habían fallecido, y el regalo de matrimonio al que lo hubiese contraído cristianamente, y esto en presencia del consejo.

Se comprende que el Director general no pudiese acudir personalmente a todo; por esto se organizó un servicio de capellanes de la Sociedad, sacerdotes jó-

venes por lo regular, a los que, si era preciso, se les asignaba una remuneración, para que pudiesen atender más desahogadamente a su cargo, en especial a los retiros mensuales. El primer nombramiento se remonta a 13 de julio de 1885 en favor del presbítero D. Francisco Bello, hijo del famoso estadista y literato americano D. Andrés, al cual se le señala un sueldo pagadero con fondos de la secretaría arzobispal.

Por lo menos una vez al año debían los socios recibir una instrucción sobre cada uno de estos puntos: 1º, cómo deben confesarse para sacar fruto del sacramento de la Penitencia; 2º, lo que es la Sagrada Comunión; 3º, lo que es la Misa y amor que se le debe tener; 4º, ventajas espirituales y temporales que encuentran en la Sociedad de San José, y medios para perseverar en ella hasta el fin; 5º, qué corresponde a un buen socio de San José en su hogar, como esposo, como padre y como hijo, inspirando el amor, el respeto y la obediencia, con su buen ejemplo, y con su paciente prudencia; 6º, amor que las clases populares deben a nuestra santa Religión y al sacerdote, por los especiales beneficios que han recibido y reciben de la Iglesia.

Véase ahora el interrogatorio que precedía a la admisión de un socio.

— «¿Creéis en todo lo que manda la santa Iglesia Católica Romana y prometéis practicar, proteger, defender y propagar vuestra Santa Religión, y no leer libros o diarios impíos e inmorales?

— Sí, creo y prometo.

— ¿Prometéis educar a vuestros hijos en esa misma Fe y no colocarlos en escuelas o colegios impíos, donde no se enseña la Religión?

— Sí, lo prometo.

— ¿Prometéis obediencia a la Iglesia y a sus legítimos pastores?

— Sí, lo prometo.

— ¿Prometéis no afiliaros jamás en sociedades que no estén aprobadas por la autoridad eclesiástica, a menos de tener la licencia de vuestro director, y principalmente no afiliaros en aquellas que invocando falsamente la libertad, la igualdad y la fraternidad, y so pretexto de socorros mutuos y filantropía, prohiben en sus estatutos hablar de religión, como si la religión fuese una cosa mala?

— Sí, lo prometo».

Estas promesas eran firmadas públicamente y en el acto por el nuevo socio, y luego añadía el sacerdote:

«He oído vuestras promesas que son santas, y os hacen digno de ingresar en la Sociedad «Obreros de San José»; su cumplimiento os hará feliz en la tierra y digno de ingresar en el reino de los cielos».

Ya se ve que todo lo aprovechaba D. Hilario para formar en los obreros la conciencia de sus deberes cristianos y cultivar en ellos las virtudes de su estado, base única de toda regeneración popular.

La labor que él empleó en el establecimiento y organización de esa Sociedad difícilmente podría creerse, si no se tuviese en cuenta su asombrosa actividad. Ocasiones hubo en que para darla a conocer predicó tres veces, en una misma noche, y en templos bien apartados unos de otros, a los que citaba a los obreros, para su mayor comodidad. Su predicación comenzó por los barrios humildes, porque a los humildes buscaba él. Pero no se contentaba con predicar. Entrábase por las tiendas, como para comprar alguna cosa; ganábase a los dueños y de ellos pasaba a los empleados. Iba a las fábricas y hacía lo mismo con los patrones y trabajadores. En fin, ganábase uno a uno a los hombres, especialmente a los jefes de casa o de taller. En algún tiempo no descansaba

un punto; acostábase a las dos de la madrugada y muchas veces no se acostaba.

El éxito asombroso de esa obra, que en pocos años se extendía por todo Chile y contaba más de cincuenta circunscripciones, con grupos en casi todas las parroquias de la República, y con muchos miles de socios, debióse, después de la copiosa bendición de Dios, al espíritu de D. Hilario y a su celo devorador. En esa obra vacióse todo él, y en verdad que apareció lo que realmente era: un padre de los pobres y un apóstol de la clase popular.

Aquel hombre que por una parte era el obligado de toda la opulenta sociedad católica de Santiago, por otra estaba entregado por completo al pueblo pobre y bajo, de quien era asimismo el caudillo indiscutible y el ídolo, como lo fuera de los rapaces de su pueblo en su tierna edad. Y es que realizaba D. Hilario en sus obras, la unión y el consorcio amigable de lo grande con lo pequeño, aquella admirable síntesis de aristocracia y sencillez que formaba su propia personalidad, elevada y humilde, como síntesis también él de las enseñanzas cristianas. Ejemplo demostrativo de cómo sólo la Iglesia y sus hombres tienen en sus manos y en su corazón los recursos necesarios para realizar la fraternidad universal. Porque a los ricos les enseñaba a ser padres respecto de los pobres, a los pobres les enseñaba a ser hijos respecto de los ricos, y a unos y otros a amarse mutuamente, para formar juntos la familia humana y cristiana.

Si no con el cuerpo, al menos con la actividad y con el impulso de su celo, D. Hilario estaba en todas partes. El cariño que profesaba a sus pobres era inmenso y este cariño le daba alas, porque el amor lo aligera todo.

En la eficacia de su acción hay algo de asombroso. Transformaba en decididos auxiliares suyos no sólo a los sacerdotes que estaban de algún modo en contacto

con él, a quienes infundía las ideas y propósitos del apostolado social, y a quienes convertía en operarios fervientes, fascinándoles, literalmente, como me lo confesó de sí el Rdo. P. Prudencio Contardo, asociado entusiasta a las obras de D. Hilario, sino aun a personas extrañas, y hasta a impíos y enemigos de la Iglesia, a quienes ganaba, si le convenía, para sus empresas.

Para esto era indispensable que se viese en él algo no vulgar. Y no sólo se veía, sino que se palpaba. Iba delante siempre en el desprendimiento y sacrificio, sin preocuparse más que de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Los pobres eran su idea fija. Visitarles en sus miserables tugurios, consolarles en sus penas, entrar a la parte en sus alegrías, tomar a pechos sus intereses, sufrirles en sus impertinencias, reprenderles en sus desórdenes, vivir su vida, en una palabra, y esto como si aquella vida fuese la suya natural; he aquí su ocupación de cada día y de cada hora. Siempre rehusaba la limosna que se le ofrecía por sus ministerios; sin embargo, a veces, la admitía; pero era a condición de que se entregase a sus obreros o a sus pobres. Un día un brindis feliz pronunciado delante del Ministro de España, el Excmo. Sr. D. Enrique Vallés, le vale un ofrecimiento cuantioso, y él acepta el que el Sr. Ministro pague unas canchas de pelota para sus josefinos.

Creía D. Hilario, y creía bien, que una de las grandes causas de inmoralidad para el obrero es la diversión desordenada y poco honesta. Razón por la cual no perdonó medio para proporcionar a los socios de San José diversiones cristianas y honestas. Aquí fué de ver de qué medios se valió su ingenio para obtenerlas. Baste decir que cuanto pueden apetecer las gentes sencillas para su solaz y esparcimiento, dentro de lo razonable, todo se lo proporcionó D. Hilario, desde los juegos atléticos, prestidigitación, títeres, rifas, tómbolas,

repartos de comida y vestido y juegos de mil clases, hasta las representaciones teatrales y paseos campestres, en que se echaba el resto. En estas cosas era digno de estudio y de admiración aquel varón virtuoso, haciéndose no ya niño con los niños, sino necio también, si era oportuno, como se hacía el Apóstol, para atraerlos a todos a Jesucristo.

Sobre todo eran célebres y apetecidas las expediciones al campo. Ellas solían ser o bien al fundo de D. Luis Ossa, en la parroquia de Ñuñoa, o bien al celebérrimo fundo de Santa Rita, propiedad de D. Domingo Fernández Concha. Este gran católico y gran ciudadano chileno preocupóse de que las sociedades católicas tuviesen un lugar a propósito para su recreo. Empeñóse, pues, en formarlo en su hacienda de Santa Rita, departamento de Maipo. Y en verdad que logró su objeto. «Allí no falta nada, y todo es espléndido: la gran viña, el extenso parque, las excelentes bodegas, los campos abonados, los animales de reproducción, y de servicio, y coronándolo todo, las incomparables casas y hermosísima capilla». Allí «es admirable la organización del servicio religioso e higiénico de los numerosos empleados y trabajadores, así como las cajas de ahorro, los entretenimientos honestos, etc. Y como resultado de la vasta y prolija organización, Santa Rita es la felicidad de cientos de familias cristianas y honorables que allí moran y trabajan (1)».

A esa regia morada de campo, solía acompañar D. Hilario a varios centenares de hombres del pueblo para solazarse. Como el sitio es fresco, era el lugar preferido para el verano. Ibase de mañana, comulgábase en la preciosa capilla de la hacienda, y después de tomar el desayuno comenzaban las diversiones.

---

(1) "La Estrella de Chile", Nos. 55 y 56.

Las fiestas patrióticas, precisamente por ser las más expuestas a los desórdenes públicos, preocupaban mucho a D. Hilario. En ellas, si no los llevaba al campo, les hacía asistir a algún espacioso templo, como al de San Salvador, en donde después de una numerosísima comunión general había Te Deum. A veces les llevaba a Ñuñoa, para que allí mismo asistiesen al Te Deum y pasasen santa y alegremente el día, como de campo josefino. La cuestión era enseñarles a santificar también esos días, alejándoles de sitios malsanos y de tabernas, pues es cosa sabida que en dichos días, por ser de mucho bullicio popular, suelen cometerse más abusos.

En esos días, D. Hilario no se olvidaba de los Asilos del Buen Pastor. «En Santiago, varias veces, en las fiestas patrias de Septiembre, dice la Rda. M. María San Agustín, se preocupaba de que nuestras asiladas sentirían estar recogidas, privadas de asistir a las diversiones populares; y su celo le sugería cómo entretenerlas piadosamente, las hacía reunir en la capilla, les hacía distribuciones, catecismos, dando premios a las más adelantadas, y todo con tanta animación, que lograba su santo intento».

Ciertamente, D. Hilario creía en los saludables efectos educativos de la alegría sana; por esto la procuraba a todo trance a aquellos por quienes más se interesaba. Resulta de todo lo dicho que D. Hilario iba al fondo de las cosas, y que no se contentaba con que su Sociedad de obreros tuviese sólo un barniz de religión; quería que su obra fuese no accidental sino substancialmente religiosa; sólo así esperaba recoger los frutos que promete la santidad cristiana.

Aun hay que agregar a las prácticas enunciadas, otras espléndidas funciones y actos de piedad y de culto, ese culto cuya fuerza reformadora para la sociedad es insustituíble. El día de San José, Patrón de la Socie-

dad, había comunión general, que era preciso celebrar en varios templos, por no ser bastante capaz ninguno de ellos para tanta multitud de hombres. Pero como ese día cae en cuaresma, hacíase preciso trasladar la fiesta externa a otro día, y se celebraba en el del Patrocinio. Para esta solemnidad, invitábanse los jefes del partido conservador y los principales personajes católicos, que nunca faltaban, puesto que aprovechaban con gusto la ocasión que se les brindaba para ponerse en contacto con los obreros. Entonces el inmenso comedor de alguna de las dos casas de Ejercicios de Santiago se transformaba como para un banquete: colgaduras, guirnaldas, ramos de flores, banderas, alfombras, bandas de música. Había misa solemne por la mañana y procesión por los claustros por la tarde. Era un bello día de fusión de clases, en que la poesía misma se hubiese quedado corta para pintar las vivas expresiones de fraternidad social que allí se derrochaban.

El ejército josefino estaba también en su puesto para hacer la guardia de honor a Jesucristo sacramentado en la procesión del Corpus, por la Plaza de Armas. Para ese día sacaban a relucir las mejores galas las 18 secciones de Santiago. Cada una asistía con su estandarte propio. Lo mismo sucedía con la procesión de la Virgen del Carmen, Patrona del ejército chileno.

Pero la manifestación típica era la visita corporativa que hacía cada año la Sociedad al cementerio católico. Cuando la malhadada ley de cementerios, los católicos de Santiago no pudiendo hacer retroceder aquella disposición tiránica ni con protestas, ni con los innumerables arbitrios de que se valieron para burlarla, y con los que mostraban bien su disgusto y oposición, concibieron y realizaron el proyecto de construirse por su cuenta un cementerio propio. Esta idea fué acogida con gran entusiasmo por el público. Demuéstranlo los capitales

que allí se acumularon, y el que a los pocos años el monumental cementerio católico de Santiago, podía ya competir ventajosamente con los mejores y más artísticos del mundo. D. Hilario que contribuía a la realización de ese plan, no se olvidaba de dirigir hacia el nuevo cementerio las corrientes josefinas. Elegíase para la visita solemne, el segundo domingo de noviembre, después del retiro del mes. Ordenábase una reunión general en la Viñita, y de allí en formación rigurosa, como en batallón, yendo delante D. Hilario, a guisa de general, por calles y paseos, se dirigían al Campo santo, en donde visitado el mausuleo de la Sociedad, se hacía el Vía-crucis por las avenidas de la necrópolis.

Era grande el interés que D. Hilario se tomaba por todos y cada uno de los miembros de la Sociedad. Este interés llegaba hasta el extremo de salir él, personalmente, por las calles de la ciudad, a fin de buscar trabajo de sastrería o de zapatería, por ejemplo, para algún socio necesitado de él.

Nada que tuviese atingencia con la clase proletaria le era indiferente; lo bueno para favorecerlo, lo malo para condenarlo. Para fomentar el ahorro, contribuyó a que D. Domingo Fernández Concha, fundase el Banco Popular, como había contribuído también a que fundase otro Banco católico, el Banco de Santiago, y aun él mismo se convirtió en agente para buscar accionistas.

En 1887 presentóse el cólera en Santiago con caracteres alarmantes, D. Hilario se hallaba fuera de la capital, y comprendiendo que serían sus pobres, aquellos en quienes más riza haría el terrible flagelo, a no tomarse las medidas que el caso demandaba, corrió inmediatamente a Santiago; pero se encontró con que el cordón sanitario le impedía la entrada. Empero no se arredraba él por tan poca cosa, cuando le asistían razones superiores. Burló el cordón, y llamando a los principales de

la Sociedad, les aseguró que si se ponían a sus órdenes, y obtenían que los socios de San José obedeciesen las prescripciones que les dictaría, serían poquísimos los que morirían del cólera. Así se hizo, y sucedió así. Por de pronto prohibió que los josefinos fuesen conducidos al lazareto común, y permanente de los variolosos, y esto por el mal trato que allí, según fama, recibían los enfermos. Además, habiendo almacenado un gran acopio de medicamentos, montó doce depósitos de medicinas y de alimentos en diferentes barrios, los cuales eran entregados gratuitamente, no sólo a los miembros de la Sociedad, sino a cuantos los pidiesen. Distribuyó seis hombres a caballo, los cuales debían recorrer de continuo los diversos cuarteles de la ciudad, con el objeto de impartir órdenes y recoger datos. Empero todo esto fué nada al lado de su trabajo personal. Por espacio de tres o cuatro meses recorrió él mismo a pie o a caballo, y hasta las dos y las tres de la madrugada, todos los depósitos, proveyéndolos, enterándose del estado de sus enfermos, y ordenando providencias para el día siguiente. Este gasto generoso de energías, del que salió enfermo, no sólo salvó a sus pobres, pues habiendo muerto miles y miles de personas en Santiago, de los josefinos sólo faltaron tres o cuatro, sino que también fué parte para que los hijos del pueblo que le habían visto en tantos trabajos, y expuesto a tanto peligros por su causa, se le uniesen más y más, y con un amor entrañable e incondicional.

Eco de ese afecto y del interés que D. Hilario les inspiraba, es un documento que tengo a la vista presentado a D. Hilario por los miembros del Directorio general de la Sociedad de San José, el año del cólera, 1887, del que no puedo menos de copiar un párrafo:

«Señor ... : no ambicionamos otra dicha que la de ser siempre conducidos por vos ... por esto os pedimos

con toda la elocuencia de que son capaces nuestros humildes corazones que no os entreguéis tan a menudo a los arranques generosos de vuestro corazón, que os impulsan a sacrificaros por cada uno de nosotros, siempre y en todo momento, sin daros tiempo siquiera para recuperar vuestras fuerzas perdidas; ¿no veis, señor, que si seguís así quedará abandonado el numeroso rebaño confiado a vuestra celosa vigilancia?... Ah, señor, el sólo pensarlo nos arredra, y por eso os lo volvemos a pedir, que por el amor que le tenéis a nuestra buena Madre María, os conservéis mucho ... Aceptad, pues, señor, junto con esta nota, el humilde obsequio que os hacemos, que si algún valor tiene, es el de estar empapado con las lágrimas de nuestra eterna gratitud».

CAPÍTULO VI

Frutos sociales. — Elevación moral del pueblo. — Organización y actuación de las fuerzas católicas. — Testimonios del adversario. — Testimonio de la Iglesia Chilena. — La Asamblea general de 1898. — La población "León XIII". — Perpetuidad de la obra de D. Hilario.

Tan intenso cultivo espiritual no pudo menos de rendir opimos frutos. La elevación moral del pueblo fué un hecho; lento sí, pero verdadero y real.

El paisano chileno tiene ya de suyo un fondo de nobleza no común, vestigio de aquel hidalgo pueblo español, en sus grandes siglos, del que desciende y conserva los rasgos más salientes, y aun el lenguaje sentencioso y pintoresco. Mas, cuando estas dotes naturales se unen a la probidad y alteza de miras que inspira la Religión, a la que es muy asequible el hijo del pueblo chileno, entonces es hasta sorprendente el tipo resultante. Tal vez creería uno encontrarse con ese ser degenerado, que ha engendrado en todas partes la impiedad y el libertinaje moderno, y se halla con un verdadero aristócrata de la urbanidad y de la moral: lenguaje culto, respeto afable, conciencia delicada y recta, trato atento y apacible, y además, frugalidad inverosímil y valor a toda prueba; en suma, un conjunto de cualidades bien deseables en las clases humildes de toda sociedad.

Júzguese, pues, cuál sería el mejoramiento en las costumbres privadas y públicas que traería consigo la

metódica formación espiritual de ese simpático pueblo. Esto explica el entusiasmo que despertó la Sociedad de San José. Los pobres, que se sentían favorecidos, y los ricos que veían mejorados a los pobres, todos la aceptaron como un don singular de Dios.

Además, esta Sociedad halló la fórmula tan deseada para la organización de los elementos católicos populares, entonces más útil y necesaria que nunca. Veinte mil hombres disciplinados, dispuestos a acudir al primer toque de llamada, diseminados por toda la nación, con numerosos centros para mantener el orden, no era una fuerza despreciable, y menos en la época en que se fundó la Sociedad.

Se vió en las elecciones. No sólo acudían los josefinos para votar todos, como una tabla, por los candidatos católicos, sino que se constituían la policía del partido, y en su nombre custodiaban las mesas electorales y defendían el derecho cívico, derramando, si era preciso, la sangre de sus venas. Vióse también cuantas veces fué oportuna una manifestación pacífica o no tan pacífica, en aquellos difíciles tiempos, en que el derecho se amparaba de los puños. Allí estaban ellos. «La influencia electoral y política de la Sociedad de San José, escribe el ya citado Sr. Ugarte, fué temible para los enemigos, y el más firme apoyo para la causa de Dios».

Este poder, aun del orden material, de la Sociedad de San José, estaba tan en la conciencia de sus enemigos, que sirvió de fundamento más de una vez para groseras calumnias. Por manera que no le ha faltado a la Sociedad la nota laudatoria que proviene del odio de un enemigo perverso.

Santa María estaba interesadísimo en ganar unas elecciones. La policía misma dirigía asaltos contra la gente pacífica, si era adversa al gobierno; esparcíanse hojas incendiarias incitando a las vías de hecho contra los con-

servadores. En cambio, celebraban éstos sus reuniones, en las que si reinaba el interés, estaban muy lejos de incitarse al crimen. Al salir de una de estas reuniones pacíficas en el club «Diego Portales», hubo un ataque en regla contra los católicos, dirigido por el jefe de policía al frente de sus satélites, que esperaban en las bocacalles, apostados y a caballo. En este ataque hubo escenas espantosas; además de muchos otros atropellos se contaron nueve muertos y 130 heridos: célebre hecho de sangre ocurrido en medio de una populosa ciudad, que se conoce en la historia de las elecciones chilenas con el nombre de la Cañadilla, por el sitio del degüello. Luego salieron los liberales acusando a D. Hilario y a los josefinos de que fueron ellos los que provocaron a la policía. La fábula eterna del cordero que tuvo la osadía de provocar al lobo.

El sucesor de Santa María fué D. José Manuel Balmaceda (1886-1891), antiguo campeón de la buena causa y aun miembro de la Sociedad de San Luis. Más tarde, radical y sectario, estaba tal vez dispuesto a llevar adelante los planes de su antecesor; pero empezó por transigir. Con todo, pronto apareció lo que era. Se puso enfrente del congreso y de los partidos todos, y entonces fué cuando la guerra civil arrolló al presidente, quien refugiado en la legación argentina acabó sus días con un cobarde suicidio (1891). La derrota decisiva del balmacedismo tuvo lugar en las acciones de Concón y Placilla, en donde murieron unos 3.000 hombres, y adonde corrió D. Hilario para auxiliar a los heridos, como se dirá en mejor ocasión. Sólo hay que notar aquí que como en aquellos días de confusión se cometiesen en Santiago robos y saqueos, principalmente por gente del pueblo, que nunca deja de haber quien se aproveche de las revueltas, no faltó la prensa impía acusando a la Sociedad de San

José de haber cometido tales desmanes, y al mismo D. Hilario de haberlos dirigido.

Esta acusación calumniosa causó un serio disgusto a D. Hilario, quien cabalmente estaba en aquellos días del saqueo, atendiendo a los heridos balmacedistas, habiendo expuesto su vida para lograrlo, después de lo cual se había dirigido a la legación norteamericana, en donde se hallaban refugiados algunos de los más conspicuos del partido derrotado, a fin de prestarles sus servicios personales y pecuniarios, y aun estuvo comprometido para trasladar y acompañar a Mendoza a uno de ellos, D. Ricardo Vicuña, a quien nunca había tratado. Pero como la prensa impía es la misma desvergüenza y es difícil aplicarle las elásticas leyes que el liberalismo, nada escrupuloso, ha dictado para esos casos, tuvo D. Hilario que contentarse con la publicación de cartas y testimonios que demostrasen su inocencia.

Empero, si esta burda calumnia se cae por su propio peso, demuestra al menos que los sectarios y liberales atribuían a los josefinos y a D. Hilario un poder que ciertamente no empleaban para el mal, y ponían a su cuenta los hechos reprensibles, que quizás hubieran ellos cometido si hubiesen triunfado.

No eran sólo los de enfrente, es decir, los adversarios, los que atribuían a la Sociedad de San José un poder nada despreciable para sus ataques: era también la Iglesia chilena la que le reconocía una potencia considerable para su defensa.

Del 7 al 15 de septiembre de 1895, celebróse en Santiago un sínodo diocesano con todas las solemnidades requeridas por los cánones. Más de un siglo había transcurrido desde el anterior, que tuvo lugar en 1763, en tiempo del Illmo. Sr. Manuel Alday y Aspee, y se remontaba a una patria y a un régimen político, bien distintos de los que tenía Chile en la actualidad. De nuevo

abría la Iglesia chilena sus asambleas, sujetas a las mismas leyes de otrora; prueba palmaria de que si puede cambiar todo lo humano, nada puede cambiar de lo divino, como no cambia la Iglesia, que es el órgano de la Divinidad. El sínodo de 1895 fué un acontecimiento grandioso. Hospedáronse los Padres del Sínodo en San Juan, en donde se celebraron también las sesiones privadas, y fué D. Hilario el director del hospedaje, del que quedaron todos grandemente satisfechos. Los cánones del sínodo manifestaron ser obra de gran empuje; los hay entre ellos que son una verdadera señal de ataque para los católicos contra las exigencias tiránicas del Estado, y demuestran la potencialidad y vitalidad de aquella Iglesia, que tales órdenes puede dar a sus huestes, en la certidumbre de que serán ejecutadas, No puedo analizarlos; tan sólo mencionaré el artículo 1811, porque hace al caso, en que se encarga al clero que especialmente recomiende para las clases trabajadoras la Sociedad de Artesanos de San José. Señal evidente del aprecio que hacía el sínodo de la obra de D. Hilario, cuando en aquellos momentos solemnes de reconstrucción social, la ofrece al clero como la tabla de salvación de las clases obreras.

Obsérvese por fin que la asociación popular chilena que alcanzó una influencia social más vasta, un desarrollo más extenso, y un grado de prosperidad moral y material más considerable, fué la Sociedad de San José. Púsose ello de manifiesto en el magnífico alarde de fuerzas que presentó en la primera asamblea general, que celebró la Sociedad, los primeros días de enero de 1898, en el espacioso Teatro Popular de la calle de Arturo Prat, para preocuparse de los males morales, legales y económicos de la clase obrera.

Ya en ese tiempo, D. Hilario no era el director efectivo; pues, comprendiendo la conveniencia de que

la dirección ostensible de la Sociedad estuviese en manos de algún respetable sacerdote chileno, la había depositado, a fines de 1891, en las de su entrañable amigo y consejero el Dr. D. Juan Ignacio González Eyzaguirre, de las que había pasado a las del dignísimo señor D. Miguel León Prado. Pero aquella era su obra, de la que conservaba el título oficial de Director honorario y Protector, y todos los delegados a la Asamblea traían el encargo de saludarle y aclamarle en nombre de toda la clase obrera católica de la República, como el fundador y el padre de la magnífica institución. Lo cual se tuvo tan en cuenta, que al formar la comisión ejecutora de las resoluciones del Congreso, se nombró a D. Hilario no el primero de sus miembros, porque él no lo hubiera permitido, sino el segundo, después de D. Carlos Walker Martínez, que como se ha dicho era el *alter ego* de D. Hilario.

Bellísimo complemento de la obra josefina fué la fundación del pueblo o barrio obrero, bautizado con el acertadísimo nombre de León XIII, debido a la munificencia de D. Melchor Concha Toro, y a las iniciativas e instancias de D. Hilario.

En Chile, como en otras muchas partes, la mayor de las dificultades materiales en que tropiezan los pobres, es la casa. El alquiler es el ogro que los devora a ellos y a sus propios hijos; y a trueque de rebajarlo algún tanto, viven en condiciones imposibles, por antihigiénicas y antinaturales. D. Hilario, que vivía entre pobres, sentía vivamente esta necesidad, y no paró hasta que el acaudalado propietario nombrado emprendiese la benéfica obra de urbanización obrera.

A raíz del esbelto cerro de San Cristóbal, coronado por la estatua colosal de María Inmaculada, atalaya de Santiago, en sitio ameno y delicioso, resguardado de los vientos y acariciado por los rayos del sol, leván-

tase la población de León XIII, que consta ya hoy de centenares de viviendas, verdadero paraíso de vida feliz y cristiana, en donde parecen haberse dado cita todas las bendiciones de Dios. Porque allí nada falta. Casa cómoda y barata, tanto que se les viene a dar a los obreros casi de balde y más parece un premio que otra cosa, condiciones higiénicas inmejorables, caja de ahorros, escuelas bien atendidas, teatro, banda de música, y sobre todo, alegría intensa e intenso espíritu cristiano que lo penetra y vivifica todo, y que se manifiesta en la piedad pública y privada, en la desaparición de los escándalos, en las fiestas religiosas solemnísimamente celebradas, acompañadas de regocijos públicos, y en la asistencia a los pobres y enfermos, a quienes atiende la Conferencia del mismo barrio.

Colígese, pues, que la Sociedad de San José siguió prósperamente su camino, aun después que dejó su gobernalle el fundador de ella D. Hilario Fernández. Hoy sigue como ayer; los retiros mensuales y las Casas de Ejercicios son las fraguas en donde se forjan los josefinos más fervorosos y se reclutan de continuo nuevos adeptos. En fin, ella merece un aprecio tal, que el actual Arzobispo de Santiago, el Rdmo. e Illmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio González Eyzaguirre, bien conocedor ciertamente del estado religioso de la República y del valor de cada una de las obras católicas, de que tanto abunda la nación chilena, me decía estas textuales palabras: «la que creemos de más importancia y más tenemos en el corazón, es la Sociedad de San José».

CAPÍTULO VII

Ministerio de la palabra. — Carácter de la predicación de D. Hilario. — Los temas de sus discursos. — Su eficacia en el púlpito. — Claridad de lenguaje.

No se crea que las energías de D. Hilario quedasen agotadas por las obras que se han mencionado. Ellas representaban, digámoslo así, los extremos o los polos del plan total de su actividad: los ricos y los pobres; la dirección de unos y de otros para obtener en un conjunto armónico la unidad social. Ideal bellísimo sólo concebido y realizado por la Iglesia.

Pero la actividad inconcebible de D. Hilario abarcaba mucho más: comprendía todo el medio social en que actuaba, y nada había a que se rehusase aquel su inmenso corazón.

No sólo daba Ejercicios frecuentemente en su propia Casa de San Juan, a sacerdotes y a seglares, y en la otra Casa de Santiago, la de San José, en donde veinticuatro veces al año se abrían las puertas a numerosísimos penitentes, sino también en todas las demás Casas de Ejercicios de Chile. Los prelados le firmaron diferentes veces carta blanca, autorizándolo para ello, y su dirección era deseada y disputada.

La repetición de este santo ministerio llegó a engendrar en él una facilidad asombrosa. Aunque no era entonces jesuíta, se empeñaba en dar los Ejercicios de

San Ignacio al estilo de los jesuítas. Este trabajo, con ser pesado de suyo, máxime si se trata de grandes auditorios, por revestir entonces el carácter de misión, era para él un entretenimiento. Así es que rara vez daba una sola tanda o se ocupaba en este solo ministerio; con frecuencia daba Ejercicios en dos o tres partes simultáneamente, o bien desempeñaba el oficio de la predicación de otras diferentes maneras.

La predicación de la divina palabra, en el sentido amplísimo que ella abarca, comprendiendo todas las especies contenidas en la oratoria sagrada, excepto tal vez una sola, el panegírico, fué también una de las relevantes manifestaciones de su actividad religiosa; de tal modo, que considerando sólo la obra del púlpito de D. Hilario, puede afirmarse que es asombrosa y que parece superior a las fuerzas de un hombre.

He dicho que no se dedicó al panegírico. Se sabe que de joven predicó alguno, y hay memoria de uno floridísimo que pronunció en la iglesia de San Ignacio, en honor de Santa María Magdalena, y de que en 1871, ya predicaba sermones de tabla en la catedral; pero se sabe también que entonces mismo, es decir en el verdor y lozanía de su juventud, hizo renuncia solemne de esa especie de discursos, en los que, si bien podía prometerse abundantes laureles y frescas flores de alabanzas, no preveía del mismo modo los frutos copiosos de virtud y santidad que él deseaba. Desde entonces fué rarísimo el que aceptó. La regla que se impuso fué la de rehusarlos siempre; sin embargo, como no hay regla sin excepción, la hubo en él, justificada sin duda, en honor de la Virgen Santísima, cantando más de una vez las ternezas y las glorias de su Purísimo Corazón y de su Concepción Inmaculada, y más tarde, cuando jesuíta, en honor de su Padre San Ignacio, siendo el último sermón que trabajó en su vida un magnífico panegírico

en alabanza del Santo Patriarca, que no llegó a predicar, porque se lo impidió la muerte.

Los temas de sus discursos eran, por lo general, morales, sociales y de apologética popular. Los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, en sus fundamentos filosóficos y teológicos, y en sus aplicaciones prácticas, las virtudes domésticas y las propias de cada estado, la confesión, la Iglesia y sus beneficios a la sociedad, en el pasado, en el presente y en el porvenir, el progreso por el Cristianismo, el liberalismo y cada uno de sus errores con sus desastrosas consecuencias sociales, y por último la caridad, sobre todo la caridad, eran sus argumentos perpetuos e inagotables. Parece imposible la facilidad con que concebía un plan de conferencia sobre cualquiera de estos temas. Tan saturado estaba de ellos. Sus apuntes son numerosísimos, pero también brevísimos; pocos de ellos alcanzan a llenar una página ordinaria, y esto que a veces comprenden la distribución de toda la materia de una novena y aun la de toda una cuaresma. Además, con la misma facilidad con que los ha concebido en una ocasión, los varía en otra.

En cuanto a la ejecución misma del plan de sus discursos era D. Hilario un consumado artista de la palabra. Pocos como él habrán elevado la conversación oratoria, porque éste era el estilo de D. Hilario, a la dignidad de arte trascendente y superior. Su presencia en el púlpito ya ganaba los corazones de todos; tanta era su modestia y la afabilidad de su rostro. La sencillez de su lenguaje que nunca llegaba a trivialidad, era más que encantadora, fascinadora, por servir de espejo a ideas transparentes, que brotaban de su alma, como un límpido arroyo de diáfana corriente. Jamás sus palabras, como medio material para la expresión de sus conceptos, eran un obstáculo para la inteligencia de ellos; en el

fondo de su lenguaje aparecían siempre tersas y puras las ideas, como brillan en el fondo de los lagos cristalinos las estrellas del firmamento.

Pero aquella su claridad meridiana no estorbaba al juego del ingenio. D. Hilario, ni en la conversación ni en el púlpito atacaba jamás de frente. Sólo en el cumplimiento del deber propio aplicaba la línea recta; respecto de los demás, poseía a maravilla toda la complicadísima ciencia matemático-moral de la curva, aunque sin perder punto para llegar artística y noblemente al término. Se presentaba siempre como cultísimo y finísimo diplomático; con nadie, ni por nada, dejaba rotas las relaciones; advirtiendo que su táctica principal consistía en encauzar las negociaciones de tal modo, que jamás el rompimiento fuese una necesidad. Esto sucedió sólo alguna que otra vez al tratarse de enemigos públicos, y que se suponían obstinados en el mal: un Santa María, por ejemplo.

Lo ordinario en él era el valerse de graciosas figuras de lenguaje, tan expresivas y representativas, que el tránsito de la figura a lo figurado lo sacase el mismo oyente como por consecuencia obligada. Sus discursos eran una serie de cuadros arrancados de la naturaleza o de las costumbres, modificados por el habilísimo pincel de su autor, a fin de presentarlos del modo más conveniente para producir su efecto. De ahí la suspensión y el arrobamiento que producía en su auditório. D. Hilario no deslumbraba con rasgos vívidos de imaginación, ni conmovía y agitaba, de ordinario, la sensibilidad con las pasiones de la oratoria; pero en cambio poseía el secreto de convencer profundamente y de persuadir con arte exquisito y maravillosa eficacia. Puede decirse que tenía en sus manos el dominio del alma y todos los resortes del corazón. Esto explica por qué sin ser un tribuno popular arrebataba las masas. Se iba

a oir a D. Hilario, con la persuasión de que se le entendería, y de que lo que se le iba a entender, era cosa de mucho interés.

Por lo demás, él abordaba los temas de más actualidad; no eran para él los argumentos arcaicos o rutinarios, plaga que inutiliza buena parte de la oratoria sagrada. El se inspiraba en las necesidades del día: el matrimonio civil, el lujo, las diversiones, los peligros de la juventud, el grave descuido de los padres, las obligaciones de los ricos, las obligaciones de los pobres, los vicios del momento; él seguía paso a paso los planes masónicos, las maquinaciones del gobierno liberal; y esto, sin duda alguna, al dar actualidad a su predicación, aumentaba su popularidad. Lo cual explica también las polémicas y las defensas y los ataques apasionados, a que sus sermones daban lugar.

Además, predicaba siempre. «El día que no predico estoy ronco». Estas sus palabras demuestran que el predicar era para él una necesidad. Un hombre así, tenía forzosamente que mover. Así que, saberse que D. Hilario predicaba, era un anuncio irresistible. En especial el pueblo se conmovía hondamente, y acudía de todas partes para oirle, pues no ignoraba que aquel sacerdote de tanto prestigio y autoridad, al fin era su hombre, era su apóstol.

De entre todos los temas de sus discursos, dos había en los que su grande y hermosa alma echaba el resto, como suele decirse. Eran la caridad y la oración del Padre Nuestro. El primero lo trató de mil maneras y siempre de un modo admirable. Especialmente impresionaba al auditorio y le hacía derramar torrentes de lágrimas, cuando recordando la doctrina del paganismo sobre los pobres, pintaba cuadros de esclavitud, bordándolos con testimonios de Aristóteles y Platón, y la contraponía luego a las divinas enseñanzas del Cristianismo,

expuestas soberamente en el discurso de Bossuet sobre la *Dignidad de los pobres en la Iglesia.*

Del Padre Nuestro no se cansaba de hablar. Lo explicaba en todos sus sentidos y enseñaba á meditar sobre él. En esas pláticas parecía excederse a sí mismo, y que el orden de la materia, la claridad de ideas, la unción de las palabras y el fuego del amor de Dios que penetraba y encendía el corazón de sus oyentes, era mayor que nunca. Fué tan viva y duradera la impresión que dejó grabada, que aun hoy, después de 40 años, hay personas en Chile, a quienes les basta recordar a D. Hilario explicando al Padre Nuestro para entrar en crecido fervor.

La eficacia de su palabra era célebre.

Durante varios años predicó en la iglesia de San Agustín la novena del Carmen, que allí se celebraba con gran solemnidad por octubre, concluyendo con una procesión espléndida por lo más central de la ciudad. Su fama era tal, que en las casas de la mejor sociedad de Santiago se cambiaba la hora de la comida, para estar toda la familia lista a las 7 de la noche, y asistir a las conferencias. Pero lo notable era la comunión general que cerraba las conferencias; veíanse siempre comulgar allí caballeros y jóvenes que habían olvidado por largos años sus deberes religiosos. Este día lo era de alegría intensa para gran número de madres y esposas, las cuales llorando de consuelo se expresaban así: «lo que yo nunca pude conseguir con mis ruegos y cariños lo consiguió la santidad de D. Hilario, o mejor dicho, Dios por su medio; Dios es el que inspiró sus palabras; mi marido, mi hijo se han confesado; hoy los he visto comulgar».

Un día predicó en el Sagrario sobre los deberes que tienen los padres de familia respecto de sus hijos, pintando con su inimitable claridad, los excesos a que se

entregan los hijos, cuando les permiten sus necios padres salir de noche, mientras ellos descansan confiados en que sus hijos ya tienen juicio; excesos de los cuales son también los padres responsables. En esto una señora, que estaba presente, se pone a llorar a gritos, de tal manera que tuvo que salir del templo. ¿Qué pasaba? Pues era una madre de familia, que se daba cuenta de su tremenda responsabilidad.

En los tristes tiempos de persecución, fué D. Hilario un defensor acérrimo de los derechos de la Iglesia de Dios, y un oráculo del pueblo católico chileno. En aquellas circunstancias, su oratoria revistió algunas veces una magnificencia sublime, sin dejar jamás la claridad y la lógica, que era lo que desesperaba a sus adversarios. Un día, el 20 de agosto de 1884, unos jóvenes desgraciados destruyen y hacen añicos una imagen de la Virgen Inmaculada, objeto de la pública veneración, en una de las calles de Santiago. Esta profanación horrenda y sacrílega, produjo el efecto que debía producir: una conmoción popular. A las barbas y a despecho del gobierno liberal, verificóse una manifestación de desagravios tan grandiosa, que no recordaban los nacidos haberla visto igual. Llevábanse en triunfo los destrozos de la veneranda imagen, y su vista arrancaba lágrimas y gritos de dolor. D. Hilario fué el orador de la jornada, y los que lo oyeron, afirman sencillamente que su discurso fué incendiario. La imagen fué repuesta, no de piedra, sino de bronce, y hoy se la venera en su antiguo sitial.

En ese tiempo, me decía un testigo ocular, D. Hilario levantaba tempestades. Su sola presencia producía revoluciones. «No fundéis capellanías, decía frecuentemente desde el púlpito, dirigiéndose a los ricos; ya veis a dónde pueden ir a parar las capellanías que fundaron vuestros abuelos: a manos de los masones del gobierno. No dejéis nada a los hospitales del gobierno; no dejéis nada

a las obras de filantropía del Estado, que de todo se sirve él para engordar a los suyos, que son enemigos y tiranos nuestros. Dejad vuestras mandas para hospitales católicos, para Casas de Ejercicios, que son hospitales de almas, para sociedades y obras netamente católicas, o en manos de la autoridad eclesiástica, para que disponga, según convenga». Así hablaba D. Hilario, y el pueblo que lo entendía y lo aplaudía, aprendió a hacerlo. Empezaron los ricos a dirigir convenientmente sus bienes hacia obras sociales católicas, y esta es la hora en que se guarda fielmente costumbre tan prudente y laudable, de tal modo, que sería muy mal visto en Chile el que una persona pudiente al morir se olvidase de los intereses de la Iglesia.

CAPÍTULO VIII

Obras diversas. — Reforma católica en Valparaíso. — Las maestras. — La Sociedad de la Inmaculada Concepción. — El templo de la Gratitud Nacional. — La Hermandad de Dolores.

El ministerio de la palabra entraba en combinación, como era natural, con la difusión de su obra de los obreros y con otras muchas, en la capital y fuera de ella. D. Hilario estaba en continuos viajes; su vida era la de un apóstol. Se le creía en Santiago y se hallaba en Valparaíso, o en Talca, o en Curicó o en La Serena o en Concepción. A guisa de ejemplo véase este fragmento de una carta suya: «Como judío errante, de una en otra parte, mis tareas apostólicas me privan de cumplir con mis más caros deberes. No podrá formarse una idea de mis múltiples ocupaciones. He pasado 10 días en Catemu dando una misión, 10 días en julio en Curicó, dando Ejercicios, otros 10 en el mismo punto, en agosto; mañana o lunes salgo para Concepción a dar Ejercicios a los sacerdotes, y tengo compromiso de dar diez misiones». De esta suerte escribía a la secretaria de la Sociedad de obreras de Valparaíso, pidiendo disculpa por su tardanza en contestar.

Los que le habían encargado algún sermón entraban en angustias, al ver que se acercaba el día y aun la hora fijada, y él se hallaba lejos; pero no faltaba, y fre-

cuentemente se trasladaba de la estación del ferrocarril al púlpito.

Valparaíso, sobre todo, la segunda ciudad de la república por su población, y el primer puerto del Pacífico, fué, después de la capital, el teatro de su mayor actividad.

Cuando apenas empezaba a ser conocido D. Hilario llamóle a aquella ciudad el Sr. Dr. D. Juan Ignacio González, que se hallaba entonces al frente de la parroquia de los Doce Apóstoles. Valparaíso, que topográficamente es de lo más bello que pueda imaginarse, es también por ser puerto de mar y escala casi obligada de los numerosos extranjeros que desembarcan en las playas chilenas, la ciudad de la república que menos manifiesta el carácter nacional y forzosamente corre el peligro de ser lo que son las poblaciones que se hallan en iguales circunstancias: un mercado internacional sin otro ideal que la especulación y el placer. Para desgracia mayor, en el tiempo a que me refiero, el termómetro religioso estaba tan bajo, que, al menos aparentemente, marcaba cero. En prueba de lo cual bastará recordar que el único periódico de tirada que allí existía, «El Mercurio», apenas si, rogado, se dignaba insertar los anuncios del culto; que el clero podía ser insultado impunemente de palabra y por escrito; y que las disposiciones vejatorias contra la Iglesia dictadas por Santa María, ya que a ese tiempo hago referencia, se recibían allí sin resistencia de ninguna clase. Nada extraño, pues, que al anuncio de unas conferencias que se iban a predicar en diferentes templos, el intendente de la ciudad escribiese al Presidente de la República que estuviese tranquilo, porque «en Valparaíso no se levantaría una paja».

Se creía que realmente había desaparecido la religión. Y este fué el momento de la Providencia, y D. Hilario el instrumento que escogió Dios para despertar

del sueño de la muerte y tornar a la vida cristiana a aquella hermosa ciudad, reina del Pacífico.

Si alguna vez se hizo evidente la asistencia del Cielo a las obras de D. Hilario, fué a la sazón. Tres iglesias bien capaces se escogieron para predicar en ellas misiones simultáneas: Espíritu Santo, Doce Apóstoles y Matriz. En las dos primeras predicaba D. Hilario dos veces cada día, en la última, tres; total, siete sermones diarios. Pero si gran trabajo se puso, buen fruto se consiguió. Por de pronto una conmoción nunca sentida agitó la ciudad. No hay Semana Santa comparable con el aspecto que ofrecían sus calles llenas de gente, con su típico traje de iglesia. Los templos rebosaban siempre y las confesiones y comuniones finales fueron innumerables. Empero, tiempos aquellos de lucha, era preciso hacer algo más que recibir los sacramentos. El fruto de recibirlos debía ser echar a los católicos a la calle para defender sus conculcados derechos. Propuso D. Hilario elevar al gobierno de la nación una protesta firmada por todos los católicos de Valparaíso contra sus tiranías. Dispusiéronse tres y cuatro mesas en las puertas de cada templo, y allí fué de ver la afluencia inmensa de gente que acudió para firmar.

Estaba dado el primer paso; mas D. Hilario no se quedaba a mitad del camino; así que podía llevaba adelante la organización de las fuerzas católicas. Proyecta, pues, un mitin grandioso y se va a ver al dueño del teatro para celebrarlo en él. El propietario recibe la propuesta con terror, pues ve ya su teatro envuelto en llamas.

— No puede ser, contesta; me quemarían el edificio.

— ¿Y si se le asegura por 50.000 pesos, lo prestará Vd?

— Con esta condición, en seguida.

Y se celebra el mitin. Van los católicos, pero con

ellos van también los liberales. Empiezan los discursos, elocuentes todos y fogosísimos; la atmósfera arde; de repente una protesta, a deshora, hace saltar la chispa, y se produce un tumulto colosal. Pero los católicos eran más, muchos más, y con esto dicho está que llevaron la mejor parte. Desalojado el teatro de gente intrusa, prosiguió el mitin con entusiasmo aun mayor. Allí brotó la idea de la Unión Católica Nacional, esa organización que fué por el momento la valla insuperable que se opuso a los avances sectarios. Desde aquella fecha Valparaíso *fué gente,* como me decía un personaje chileno. Aquella ciudad con la que para nada bueno podía contarse, entró resueltamente en el movimiento general, movimiento de avance que no ha cesado jamás; y hoy mismo, a pesar del sorprendente progreso material de aquel puerto, y del inevitable aire de extranjerismo y cosmopolitismo que allí se respira, Valparaíso es una fortaleza de la causa católica en Chile; sus obras sociales, la prensa en especial, gozan de gran predicamento, y con la prensa lo tiene todo. Dícenlo dos grandes edificios, tal vez los más grandiosos y atrevidos del Valparaíso moderno: el de la catedral y frente a él el de la prensa católica, con la particularidad que este último tiene la forma de fortaleza, símbolo expresivo para significar que la defensa de la Iglesia del siglo XX está en la prensa.

D. Hilario no se olvidó de Valparaíso. Derrotado el liberalismo en varios encuentros, se dió a pensar de qué manera penetraría con fraude en el redil de Cristo, y al efecto fundó una mutualidad para obreros, aparentemente laica, y en realidad masónica. Cuando los buenos se percataron, el mal era inmenso. Acude D. Hilario. Poniendo en juego sus recursos, monta una gran sociedad católica de socorros mutuos, que llamó de Santa Filomena, a la que en poco tiempo se habían adherido

dos mil hijas del pueblo obrero de sólo Valparaíso y Viña del Mar. Fúndase también una especie de círculo de obreros de carácter laico; va D. Hilario y lo transforma un círculo católico y «La Unión Social de Orden y Trabajo» lo aclama socio honorario de su corporación, porque, como dice el oficio en que se le comunica el nombramiento, «por ella no ahorrasteis sacrificio alguno y le disteis la existencia y guiasteis en los primeros pasos».

De nuevo, pues, había fracasado en Valparaíso la obra de las tinieblas.

El celo de D. Hilario era, como de buena ley, intenso, constante y universal. Nada omitía, que sus fuerzas permitiesen, para remediar las necesidades ocurrentes.

Es cosa sabida el empeño que pone el liberalismo en envenenar la enseñanza primaria, comenzando por la formación sectaria de los maestros en las Escuelas Normales del Estado. En Chile hasta se dió el caso de hallarse algún establecimiento de esta naturaleza en manos de protestantes. D. Hilario se preocupó de las maestras, y dedicó gran parte de sus esfuerzos a salvarlas, pues con ellas salvaba casi toda la infancia. Al efecto organizó tandas de Ejercicios para maestras solas en el Sagrado Corazón, que estuvieron concurridísimas. Quien observase el empeño que ponía D. Hilario en asegurar el éxito de esos Ejercicios, se hubiera persuadido de que aquella era la obra que más tenía en el corazón. Y tal vez no se engañara. Estos Ejercicios le ponían en relación con muchísimas preceptoras, con quienes continuaba después de ellos su obra de santificación. Así, sabiendo que no se pueden enseñar las verdades de la fe sin conocerlas bien, les proporcionaba libros para instruirse y formarse, siendo una de las obras predilectas y que más distribuía, el precioso «Manual del Apologista» por Perujo, como también las ob-

sequiaba con cuadros sinópticos de los misterios de la Religión, y con otros instrumentos pedagógicos que facilitasen la enseñanza.

No se contentaba con esto. Empleaba su influencia, que era mucha, en colocar ventajosamente a las maestras católicas, las defendía si eran atropelladas en sus derechos por la burocracia sectaria del gobierno, mantenía correspondencia con las profesionales que acudían a él en demanda de consejo o favor, y de sus labios brotó más de una vez una frase que no olvidarán fácilmente las personas dedicadas al nobilísimo arte de enseñar:

«Si la esposa de un ministro y una maestra solicitasen hablarme, preferiré a la maestra; pues ella tiene una misión más alta y debe ser atendida primero».

A propósito de lo cual añadiré aquí lo que de sí cuenta una maestra normalista de Santiago: «Cuando le hablé para que quisiese ser director de mi conciencia, le dije que era normalista; a lo que él contestó: no podía Vd. darme un gusto más grande; esta es mi porción preferida; si me hubiera dicho Vd. que era una princesa, no la hubiera atendido con tanto gusto. Desde entonces fué para mí un verdadero padre y me atendía con tanta delicadeza, que era de admirar. Si me veía llegar cuando había mucha gente, se ingeniaba para confesarme luego, para que no perdiese el tiempo, pues estaba yo muy ocupada».

No organizó D. Hilario una Sociedad de maestras católicas, al menos con leyes escritas; pero reunió los elementos y los trabajó y vinculó para que fuese viable la institución de una Sociedad, como sucedió en mayo de 1903, con el nombre de «Maestras de Chile», la cual le reconoce a él como a su precursor o a su primer fundador.

Muchas otras fueron las obras, en las que se dejó sentir la acción benéfica de D. Hilario. Bastaría decir

que se dejó sentir en todas partes y que la frase «*Lo que diga D. Hilario*», se convirtió en un axioma práctico para los católicos chilenos de aquel tiempo. Cuanto se proyectaba para el bien se consultaba con él, en la seguridad de que su criterio sería el más acertado.

A principios de 1885 una comisión de señoras acude a la curia solicitando formar una Sociedad de personas de su sexo, que se pusiese bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen, con el fin de trabajar en su santificación y coadyuvar a las obras católicas de salvación social, entonces más que nunca amenazadas. Y la curia, en 3 de enero de aquel año, nombra a D. Hilario para llevar a cabo el proyecto, preparar los estatutos y organizar los retiros espirituales. Es decir que la Sociedad se fundó en San Juan, residencia de D. Hilario, aunque más tarde se trasladó al templo del Salvador, continuando, sin embargo, sus retiros en San Juan.

Después de la victoria de las armas chilenas sobre las peruanas, la nación agradecida resolvió levantar un magnífico templo en la Avenida de las Delicias, que se titularía templo de la Gratitud Nacional. Pues bien; la curia de Santiago nombra a D. Hilario, rector de ese templo, a 10 de enero de 1890; y como el edificio, no terminado del todo aún, tenía también un carácter cívico, el Presidente de la República, entonces D. José Manuel Balmaceda, nombra asimismo a D. Hilario, a 30 de abril del mismo año, miembro de la comisión fiscal de la fábrica de dicho templo, comisión que debía integrar D. Hilario, en su calidad de Director de la Sociedad de Obreros de San José, con D. Ventura Blanco Viel y D. Alejandro Murillo.

Existe en Santiago una antigua y venerable institución, denominada Hermandad de Dolores, fundación de los Padres de la Patria, quienes después de la derrota de Rancagua, confinados muchos de ellos en la

isla de Juan Fernández, recogiéronse allí mismo e hicieron Ejercicios (1), y, en aquellas soledades del océano, formularon el voto de consagrarse a la Virgen Santísima, y de fundar una Sociedad en su honor, que tuviese por objeto la caridad cristiana, si terminaban para ellos aquellas aflictivas circunstancias, como lo hicieron después de la victoria de Chacabuco, devueltos ya a sus hogares, en la iglesia de la Compañía, año de 1818. Esta Sociedad, hoy floreciente como el primer día, cuenta con una organización vastísima, que comprende toda la ciudad de Santiago, y es una fuente de beneficios para los pobres y enfermos, que hallan en ella gratuitamente médicos, medicinas, alimentos y abrigos. Como se trataba de pobres, D. Hilario tenía para la Hermandad de Dolores un cariño especial. Había conocido esta Sociedad recién llegado a Chile, y en seguida se le había aficionado. Sabíanlo muy bien sus directores, los cuales podían contar con él para todos los ministerios religiosos de la caritativa institución.

---

(1) *Enrique Tocornal.*—Discursos, pág. 52.

CAPÍTULO IX

El confesor. — Método de D. Hilario. — Predilección por los pobres.— Las misiones rurales. — Poesía y fruto de estas misiones. — Excursiones. — Jahuel. — Puente del Inca.

La multitud de asuntos, cargos y empleos en que se ocupaba D. Hilario, daba origen para él a infinitas relaciones, que se difundían en numerosos y extensos círculos. De aquí que a pesar de que su actividad externa, digámoslo así, era tan intensa y vasta que parecía más que sobraba para absorberle, no pudo substraerse al desarrollo de otra clase de actividad, que podríamos llamar interna, en la dirección y cultivo espiritual de innumerables almas, en el sacramento de la Penitencia.

D. Hilario confesaba muchísimo; lo hacía en San Juan y en otros varios puntos, si no a diario, al menos un día a la semana o al mes, y el público, que lo sabía, le buscaba con afán. Su dirección era ansiada por todos; él era el confesor de todas las clases sociales: sacerdotes, seminaristas, ricos, pobres, señoras y niños.

En el confesonario su método era serio y sólido. Distinguíase por la insistencia con que exigía la observancia de las reglas de conducta que dictaba a cada uno, según su condición y estado. Cultivaba la piedad, pero no la que se contenta con dulzuras y sentimientos, sino la que va acompañada de espíritu de mortificación. Deseaba que sus dirigidos frecuentasen la sagrada comunión

y que distinguiesen los tres últimos días de la semana, el jueves, viernes y sábado, comulgando en ellos, respectivamente, en honor del Santísimo Sacramento, del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen Santísima. Cada semana, o cuando se presentaba el penitente, le tomaba cuenta de las prácticas y reglas que le tenía encomendadas brevemente, pero con constancia. A las señoras nunca preguntaba el nombre de familia, y para distinguirlas les daba un número, el que preguntaba de cuando en cuando, como para asegurarse de quien trataba; y esto lo hacía con tanta dignidad, que, lejos de ofender, inspiraba un santo respeto, que en nada perjudicaba la confianza. Aunque no fué confesor oficial del Seminario, con todo eran muchos los jóvenes seminaristas que se dirigían por él, y era grande la entrada que tenía en aquella casa, sobre todo después de los Ejercicios que allí dió por los años de 1880 y 1882, en los que se hizo dueño de los corazones de los estudiantes, por el gran conocimiento que mostró tener de un seminario, y por su cariño entrañable a la juventud destinada al sacerdocio, por la que ningún cuidado ni sacrificio creía que era demasiado. Para ellos más que un padre, quería y mostraba ser un amigo. Las vocaciones religiosas que brotaron y se cultivaron en su confesonario son incontables.

Con los pobrecitos su paciencia era inagotable. Una pobre anciana desaseada y llena de miseria, acababa de oírle una hermosa plática sobre las obligaciones de los padres de familia. Perturbada la buena mujer se acercó a confesarse manifestando con signos exteriores su arrepentimiento; después de su confesión, pasa por delante del confesonario, y dando la mano a D. Hilario, según declara quien estaba presente, le dice en voz alta: «Que Dios se lo pague, mi Padre; Vd. me ha sacado de las puertas del infierno. Adiós, estoy muy contenta; hoy nos

ha pegado muy fuerte a las madres de familia, que Dios se lo pague; espero que mañana les pegará a los hijos, porque yo tengo unos que son malazos (1), peores que yo, que es cuanto le puedo decir». Esta inesperada despedida la oyó D. Hilario, sin levantar los ojos del suelo ni desplegar los labios.

Sin embargo, sabía muy bien manifestarse severo, cuando las circunstancias lo exigían. Todos los jueves confesaba en la Capilla del Sagrario, de 1 a 5 de la tarde. Allí agolpábase la gente, que acudía con anticipación para tomar sitio. Uno de esos días presentóse en la rejilla una joven; cuando de repente vieron todos que poniéndose D. Hilario de pie, y dirigiéndose a la que parecía penitente, le dice en alta voz y con aire severo: «Retiraos de aquí, enviada de Satanás, desdichada criatura, instrumento del infierno! De esa miserable, continuó diciendo, se sirve el demonio para desacreditar al clero». Pero como la perversa mujer no se quitaba de la rejilla, continuó D. Hilario con tono aun más resuelto: «Retiraos, infeliz mujer; no me obliguéis a que mande a buscar a la policía». Por fin la desgraciada salió como una víbora, y desapareció del sagrado recinto. D. Hilario se quedó con las manos juntas, los ojos cerrados y en actitud de la más profunda oración. Después fué sabido de todos que aquella mujer era pagada por los bribones impíos, y que traicionaba a los sacerdotes más autorizados, entregando, para que se publicasen en papeluchos infames, los consejos y decisiones que ella pedía en el tribunal de la Penitencia, fingiendo casos extraños y comprometiendo la reputación de personas honorables, por lo que D. Hilario tenía orden del Prelado de que, si se le presentase, la despidiese del modo que lo hizo.

---

(1) *Malazo a;* chilenismo muy corriente, significa *muy malo.*

Otra manifestación notable del carácter apostólico de D. Hilario fueron las misiones rurales.

En Chile estas misiones son tan populares como los Ejercicios. Nacidas ambas prácticas de los ministerios acostumbrados por la Compañía de Jesús, ambas tomaron idéntico incremento. D. Hilario ejerció repetidas veces este santo ministerio, máxime en verano, cuando las poblaciones quedan casi desiertas y se pueblan las campiñas. Y no es que el calor sea excesivo, que nunca lo es en Chile, sino por la costumbre admitida, y por ser tantos los encantos que ofrece la vida campestre en aquel bellísimo vergel o parque natural, que así puede llamarse Chile, entonces más que nunca deslumbrante por todas las bellezas de la naturaleza y rebosante por todas las munificencias de Dios. De ahí, en verano, la afluencia al campo, y el que los trenes partan en todas direcciones abarrotados de gente regocijada, derramando nuevos torrentes de alegría por entre aquellas praderas y alamedas chispeantes de luz y de hermosura; y de ahí finalmente la animación del fundo chileno, esa obra ideal en la organización agrícola de un pueblo, si es que el ideal puede existir.

Es el fundo una hacienda de campo, vasta por lo regular, en donde viven con vida patriarcal el dueño de la propiedad y sus colonos, cuyas viviendas constituyen a las veces verdaderos pueblos, formando corona en torno de la de su señor. Este, en virtud de una especie de derecho consuetudinario, religiosamente aceptado y observado por las partes, y transmitido de generación en generación, deja a sus colonos el uso gratuito de la casita en que viven, paga un módico jornal a los individuos de la familia que están en disposición de trabajar, y de hecho trabajan en la hacienda, les concede una parcela del terreno para que lo exploten en provecho propio, una parte del monte para el pastoreo de sus animales

propios, y finalmente el uso de las corrientes de las aguas de riego, en días y horas determinados. En cambio, el colono da su trabajo, aunque retribuído, en la hacienda misma, y es una especie de *hombre* del señor. Como se comprende, la influencia del propietario en sus colonos es grande. Y si este propietario, como sucede en muchas grandes familias chilenas es un buen cristiano, y tiene en su fundo templo o capilla, y aun capellán, como tiene escuela y médico y botica, y se preocupa del bienestar y de la religiosidad y moralidad de sus subordinados, la influencia sube de punto, y más que un amo es un padre, a quien profundamente respetan, aun los ancianos colonos, que tal vez le conocieron niño y le vieron nacer. Fundo hay en el que se halla cuanto puede darse en un pueblo culto y bien organizado, y en donde se lleva una vida intensamente cristiana, reuniéndose hasta tres veces al día los colonos en el templo para rezar las tres partes del rosario, presididos por la casa del señor, quien dirige la oración de todos, en la que no falta un recuerdo por los que fallecieron de la familia, antiguos dueños de la hacienda, cuyo nombre se pronuncia con respeto y se conserva como en bendición.

Es en verano, pues, cuando aprovechando los dueños su estancia en los fundos, se organizan las misiones rurales; ministerio fructuosísimo en Chile y de un encanto sin igual. Con muchos meses de anticipación comprometen los señores a los religiosos de la diversas órdenes y a los sacerdotes seculares, para asegurar la misión de su fundo; llega el tiempo, y entonces son muchísimos los misioneros que se esparcen por los campos para sembrar la divina semilla de la palabra evangélica. D. Hilario fué en su tiempo uno de los eclesiásticos más solicitados para estas misiones. Prestábase él con gusto a darlas, y de un año para otro ya tenía com-

prometidas las vacaciones, que para él consistían no en dos meses de descanso, sino en dos meses de distinto y quizás más pesado trabajo. Tenía a veces la dicha de contar con un compañero; repetidas veces lo fué un eclesiástico español, que había intimado con él, llamado D. Salvador Aulet; pero otras estaba solo, y en ningún caso se negaba a cargar con cuantos ministerios se ofreciesen. El predicaba tres o más veces al día, enseñaba el catecismo, preparaba a los niños para la primera Comunión, en los tiempos libres del día confesaba a mujeres, y por la tarde o noche después de la distribución postrera, cuando más fervorosos estaban todos y más cansado él, mientras se deshacía el auditorio en grupos para dirigirse a las alquerías cercanas, llenando los aires con el canto sentimental de aquel estribillo que sabe todo el paisanaje de Chile:

Un cuidado sin cesar
Me atormenta noche y día,
¡Ay Jesús del alma mía,
Si me tengo de salvar!

entonces se sentaba D. Hilario para confesar hombres, porque decía él y bien sabía el porqué: «a los hombres hay que pescarlos a la luz de la luna». En esta ocupación se le pasaban las horas de la noche; y aquí entraba en angustia la familia del señor del fundo, porque D. Hilario no iba a comer. Avisábasele que se hacía tarde, y contestaba él que precisamente para que no se hiciese tarde a aquellos pobrecitos debía despacharlos y no podía moverse. Y sucedió más de una vez tener que ir el señor en persona para obligarle a dejar el confesonario antes de las doce de la noche, a fin de que alcanzase a tomar alimento y pudiese celebrar Misa el día siguiente. Mas él, siempre de buen humor, repetía: «es verdad, aquí

no estarían de más diez orejas, y yo no tengo más que dos».

Las misiones de los fundos terminan con un día de regocijo, que es todo un cuadro de poesía y de belleza cristiana. Este día es la fiesta mayor del fundo; es el día de la comunión general. Todos contribuyen a su manera para festejarlo; se componen los caminos, se engalanan las casas, y hasta se iza en un morro o altozano la bandera nacional, que es cuanto puede decirse. Los hijos e hijas del señor han ayudado a preparar a los niños, enseñándoles el catecismo, y aquel día regalan trajecitos a sus alumnos, que reciben como ahijados, las muchachas de servicio preparan a calderadas el chocolate y la leche, mientras los criados mayores ultiman las reses, y la señora y el señor, que están en todo, presiden la fiesta, empezando por presidir la misa y el banquete eucarístico, rodeados de la familia.

D. Hilario aprovechaba esos días de concurso y de alegría para atraerse los trabajadores del campo, y extender hasta ellos la Sociedad josefina, estableciendo aún en los fundos las obras religioso-sociales que tenía establecidas en las ciudades. Y fundos había y hay aún, en que hasta se practica el día de retiro mensual, con todo el recogimiento que exige la Sociedad de San José.

No siempre, sin embargo, aceptaba D. Hilario la misión de un fundo. Instábale una vez cierto caballero para que fuera a misionar al suyo. Negábase él e insistía el otro. Por fin le dice:

— Iré, pero con una condición.

— La que Vd. quiera, D. Hilario.

— Sólo con ésta: que de los nueve sermones que he de hacer, ocho han de ser para Vd.

Excusado es decir que aquel caballero no insistió más. Comprendió que él mismo era un obstáculo para

el éxito de la misión, y que de no corregir su conducta escandalosa, era imposible darla.

En estas excursiones campestres todo para D. Hilario eran ocasiones de santificación. Un puestero o tabernero del campo le suplica que reuna en su propia casa la gente de los contornos para predicarles. Sin juicio temerario puede suponerse que, a vueltas del sermón, lo que él pretendía era un buen despacho de bebidas. Acepta D. Hilario, llámase la gente, llénase la casa y echa un terrible sermón contra la borrachera. El puestero calló, pero a buen seguro que se arrepintió de la jugada.

Dos centros rurales hubo, en donde la acción de D. Hilario fué mayor, tan sólo porque en ellos moró más. Estos fueron Catemu y Jahuel. De Catemu ya se habló; pero hay que añadir que merced a él, se convirtió aquel lugarejo de la montaña en un foco de extraordinaria piedad, tanto que llegó a llamar la atención, y en Santiago mismo se hablaba con entusiasmo de los ejemplos de edificación que llegaban de aquellos abruptos cerros. D. Hilario recorrió también las regiones circunvecinas, misionándolas con mucho fervor, y estableció los josefinos, que llegaron a contarse por centenares.

En Jahuel pasó otro igual. En los cerros de este nombre, departamento de San Felipe, provincia de Aconcagua, poseía la familia Galisasti una hacienda y unos baños que, por sus cualidades terapéuticas, le fueron recomendados a D. Hilario, a quien fuertemente aquejaba el asma, efecto de su predicación continuada, y de los resfriados contraídos por predicar en los fundos al aire libre. Aquella afortunada y piadosa familia, que pronto se dió cuenta del tesoro que gozaba en tener consigo a D. Hilario, le dedicó un departamento de su propia casa, de suerte que quiso constituirse como su familia, y allí le tenía preparada siempre mesa y habitación.

Pero bien largamente correspondió D. Hilario a aquella hospitalidad. Jahuel llegó a ser célebre por él. Mas, como su estancia en un punto, jamás era sin provecho de muchos, dedicábase a la predicación por los contornos, y era tan nombrado D. Hilario en ellos, que al saberse que estaba en Jahuel, acudían de lejos los trabajadores y los pobres, como quien iba a su refugio.

La expedición de verano terminaba a veces en Puente del Inca. Es este uno de los parajes famosos de la cordillera de los Andes, situado en la vertiente argentina y en el valle del río Mendoza entre Punta de Vacas y Las Cuevas. Una mole de piedra caliza minada y caprichosamente horadada por las corrientes, le da el nombre fantástico que tiene; y los ricos manantiales de sus aguas, juntamente con la altura de 2.700 metros sobre el nivel del mar le dan su salubridad. Conviniéndole a D. Hilario los aires enrarecidos de las alturas, aprovechaba el corto descanso que alguna vez podía tomarse en verano, para gozar unos días de aquella grandiosa soledad. Como en la fecha no existía aun el ferrocarril de la cordillera, iba en cabalgadura propia, un caballito tordo, al que llamaba *el cuyano,* o porque le llevaba a la antigua región argentina de Cuyo, o por la denominación general que suele darse en Chile a todo lo trasandino.

Partía de Jahuel o de Santa Rosa, y se embreñaba por aquellos altísimos desfiladeros y gargantas de los Andes, salvando abismos y doblando sierras y cordones de montañas, atalayado siempre por las cimas inaccesibles del Aconcagua, de unos 7.000 metros sobre el nivel del mar, gigante entre las montañas gigantescas del globo. Aires purísimos, saturados de los acres perfumes de una naturaleza bravía e intacta, panoramas de una majestad arrebatadora, siempre grandes, siempre nuevos y extraños, silencios sublimes en aquellas alturas tan cercanas a Dios, cuya justicia y cuyos juicios tan

vivamente representan, según el Salmista, los altos montes y los profundos abismos (1); todo contribuía a restaurar sus fuerzas físicas y más aun sus energías morales, que no podían menos de sufrir desgastes las de un hombre que, amando tanto a sus semejantes, tenía que sentir, y mucho, sus ingratitudes.

---

(1) *Justitia tua sicut montes Dei: judicia tua abyssus multa.* Pslm. 35, v. 6.

CAPÍTULO X

D. Hilario era español. — No se olvidó de su patria. — La Sociedad Española de Beneficiencia. — Los coléricos de 1887. — Con ocasión de la guerra con Cuba. — El refugio de sus compatriotas. — Un gran servicio prestado a España.

D. Hilario no podía ni debía olvidar que era español. Aunque las vicisitudes de los tiempos o, hablando en cristiano, los designios de la Divina Providencia le habían conducido muy lejos de su patria, es lo cierto que la llevó siempre en el corazón, como lo demuestran los viajes que hizo repetidas veces a España y los buenos oficios que prestó a sus compatriotas residentes en Chile.

Ha sido observación muy general que el amor a la patria crece en razón de la distancia que separa de ella. Y si esta patria es la noble y grande España, este amor crece en proporción aun mayor, sin que deje de haber excepciones, pues en la escala de la degradación humana siempre serán posibles unos seres que sean indignos de amar lo noble y lo grande.

D. Hilario, pues, como de nobilísimo corazón, amó mucho a su madre España; jamás se mostró indiferente a sus prosperidades y a sus desgracias; leía con avidez su prensa y le buscaba subscripciones, y mantenía activa correspondencia con personajes dirigentes y con escri-

tores distinguidos de su política católica, con cuya amistad se honraba, y a quienes en España visitaba.

Existía en Santiago de Chile una Sociedad Española de Beneficencia, la cual habiendo resuelto celebrar, el 5 de noviembre de 1884, unos funerales solemnes por el descanso eterno de los socios sepultados en su mausoleo social, pidió a D. Hilario que aceptase el sermón u oración fúnebre, lo cual hizo él con sumo agrado, y lo desempeñó tan a satisfacción de sus oyentes, que su palabra llena de unción evangélica quedó indeleblemente grabada en el ánimo de todos.

Cuando la epidemia del cólera de 1887, de la que ya se ha hablado, no se olvidó D. Hilario de los españoles atacados. La antedicha Sociedad de Beneficencia tuvo la feliz idea de establecer un lazareto español para los enfermos españoles, y aquel fué uno de los sitios preferidos por la caridad de D. Hilario, en aquellos inolvidables meses en que el derroche de su abnegación y de su celo llegó a su colmo. La junta directiva de la Sociedad no sabiendo cómo expresar su agradecimiento le escribía en estos términos el día 2 de mayo: «Los nobles y desinteresados servicios prestados por Vd. en el lazareto español, durante la última epidemia, han interesado vivamente la gratitud de esta Sociedad... que nunca podrá olvidar la generosa conducta de Vd. y lo mucho que con su iniciativa, ayuda y consejo contribuyó a realizar los propósitos de esta corporación en tan aflictivas circunstancias».

Los españoles, que consideraban a D. Hilario como una gloria propia en Chile, sabían que podían contar con él para cuanto redundase en servicio de su patria. Al estallar la guerra separatista de Cuba, fué general el entusiasmo de los hijos de España diseminados por sus antiguas colonias de América, al objeto de auxiliarle en la empresa pacificadora, dotándole de los buques

de guerra necesarios o proporcionándole dinero para obtenerlos. En Chile, como en todas partes, formóse un comité patriótico español presidido por D. Antonio Montero, quien no se olvidó de nombrar a D. Hilario miembro de él, haciéndole presente en una nota que «con la aceptación del nombramiento daría mayor impulso a la causa santa que el Comité había iniciado». Aceptó D. Hilario sin hacerse de rogar, y aun aceptó también el encargo que le hizo el mismo Comité de que, formando comisión con D. José de Respaldiza, recogiese erogaciones voluntarias entre sacerdotes y religiosos españoles, destinadas al engrandecimiento de la marina de guerra española.

La popularidad de D. Hilario era, como es natural, mayor aún entre los españoles. Entre ellos nadie había que no le conociese y venerase. A propósito de lo cual, transcribiré lo que dice el Sr. Juan Puigjané, acaudalado comerciante catalán residente en Córdoba, y fino amigo de D. Hilario:

«En un balneario de España donde me encontraba, se hallaban también dos españoles venidos de Chile, y como yo sacara en la conversación a D. Hilario, les pregunté si le conocían. A lo que contestaron ellos:

— Y ¿quién no le conoce en Chile?

— Pero, ¿en qué sentido? añadí yo..

— Pues en el mejor que pueda darse de un hombre, me contestaron. Tales son sus cualidades, que le hacen acreedor a la estimación, respeto y consideración de todo el mundo.

Así dijeron ellos, y cuidado que no me parecieron católicos demasiado fervientes».

En general puede decirse que de cuantos españoles le conocían pocos había que no le debiesen algún servicio, y ni uno solo que no tuviese grande estimación por él.

D. Emiliano Cid, abogado de Salamanca, llega a Chi-

le, se encuentra sin colocación, resuelve volverse a España, y como no tuviese recursos, D. Hilario le da todo lo que le era necesario para el viaje.

Un caballero español acusado injustamente de quiebra fraudulenta, estaba a punto de ser encarcelado; lo sabe D. Hilario, y va y compra al acreedor por algunos centenares de pesos el documento de crédito y lo hace pedazos. Pasaron años sin que el favorecido supiese nada, hasta que por casualidad vino a entender lo que D. Hilario había hecho por él.

El presbítero D. Julián Palacios cae enfermo y le colocan en una casa de salud; pero apenas lo sabe D. Hilario da los pasos necesarios para sacarle y mandarle al seno de su familia en España, con una persona de confianza, acompañándole él hasta el barco, en donde le deja recomendado, y luego se hace cargo de sus intereses, y los remite a la familia.

La misma conducta observó con otros varios. Lo cual hacía que los españoles, y en particular los sacerdotes, le mirasen como el mejor de los amigos (1).

Pero el mayor servicio que D. Hilario prestó a España fué otro. Recuérdese que él llegó a Chile el año 1869, cuando apenas habían pasado tres años después del famoso bombardeo del puerto de Valparaíso, dirigido por Méndez Núñez. Una reclamación de España enviada al Perú, había encendido la guerra marítima contra aquella República, a la que se había unido Chile, creyendo ver amenazada, como se decía, la independencia del Pacífico. Entonces fué cuando se declararon bloqueados los puertos chilenos y se dió orden de bombardear el de Valparaíso, el día 31 de marzo de 1866, hecho que, por tratarse de un punto indefenso, fué mal mirado aun tal

---

(1) Tomo estos últimos datos de la *Carta-Contestación* de D. Andrés Viguera Balmaceda.

vez por el mismo Méndez Núñez, que tan alto había de dejar el pabellón y nombre español bajo las fortalezas inexpugnables del fuerte y puerto del Callao, cuyos fuegos llegó a apagar.

Compréndese, por tanto, que siendo tan recientes estos sucesos, fuese muy viva la antipatía reinante en Chile contra España, con la que diplomáticamente tenía rotas las relaciones, cuando llegó a aquella República D. Hilario. El gran servicio, pues, prestado por él a su patria consistió en contribuir poderosamente por medio de su inmenso prestigio, a acercar los ánimos distanciados y a crear la nueva corriente de olvido de lo pasado, que terminó con la reanudación de las relaciones diplomáticas entre ambos países, siendo D. Enrique Vallés, el ministro español acreditado en Chile después de aquellas diferencias, el primero en reconocer que se debía a D. Hilario, en gran parte, el cambio favorable de la opinión. Por esto profesó a D. Hilario una cordial amistad.

Cierta exclamación que podría traducirse: «¡parece imposible que sea español!», y que era común en Chile al oir, en los comienzos de su predicación, a D. Hilario, reconociendo sus méritos y sus virtudes, demuestra cuán prevenido estaba el ánimo del público, y cuánto debió cambiar para llegar a donde llegó.

CAPÍTULO XI

Un asunto enojoso. — Por hacer el bien. — El pleito de los frejoles. — Poderes amplísimos de D. Hilario. — Mal suceso del negocio. — Calumnias e insultos contra D. Hilario. — Defensa brillante. — Condena del calumniador. — Sentencia final.

El ser servicial era para D. Hilario algo que formaba parte de la substancia de su sér. No concebía él mirar con indiferencia una necesidad ajena; era lo mismo conocerla que procurar remediarla, aun con sacrificio de su parte. Pero esta facilidad en ofrecer sus buenos oficios, fué ocasión para él del mayor contratiempo que tuvo en su vida, y que se puede decir le acompañó hasta la tumba. ¡Adorables designios de la Providencia, que permitió que se convirtiesen para él en espinas de abundantes sinsabores, lo que debían ser flores y frutos de agradecimiento, debidos a sus virtudes!

Hallándose en España D. Hilario en 1884, se encontró con un lejano pariente suyo llamado Ildefonso Fernández, quien habiendo vivido varios años en Santiago de Chile, y sido administrador de la hacienda de Bucalemu, perteneciente como se dijo a D. Manuel Fernández Cereceda, tío de D. Hilario, debía cobrar de la testamentaría de dicho señor, que había muerto en junio de 1882, una fuerte cantidad; para lo cual, comprendiendo que de nadie podría valerse mejor que de D. Hilario, le suplicó que, de regreso a Chile, quisiese él encargarse

de recibir aquel dinero y de girárselo del mejor modo que pudiese; a no ser que, dadas las diferencias desventajosas del cambio, y, dados también los precios de los productos chilenos, creyese mejor enviarle la cantidad no por medio de giro bancario, sino en trigos u otros productos que luego vendería él en España, para cobrarse lo que se le adeudaba, y aun tal vez hacer negocio con la venta.

Aceptó D. Hilario, y nunca tal hiciera. Porque no preveía que de suceder mal el negocio, como podía ocurrir, y como sucedió en efecto, aunque bien independientemente de su voluntad, no era el tal Ildefonso hombre que aceptase las consecuencias, sin imputarle a él, y públicamente, los negocios más sucios, con calumnias las más desaforadas.

Adviértase, sin embargo, que D. Hilario se armó desde el principio con documentos incontestables. Ellos son los que, a mi modo de ver, concluyen y cierran de golpe este malhadado asunto.

En Logroño, a 1º de marzo de 1884, ante notario y testigos, y con todas las exigencias de la ley, otorgó Ildefonso Fernández a D. Hilario el poder más amplio que imaginarse pueda para los trámites del negocio. En este instrumento consta que Ildefonso *otorga, da y confiere todo su poder cumplido, amplio y tan bastante como legalmente se requiere a* D. Hilario *para que en su nombre y representación administre, cuide* y *gobierne todos los bienes que le pertenecen y puedan pertenecer en la República de Chile... para que compre en su nombre bienes y practique cuantas diligencias y cuestiones sean necesarias hasta la completa terminación de los asuntos y negocios; pues el poder que para todo lo referido, sus incidencias y dependencias necesite, el mismo le da y confiere, sin ninguna limitación. Y a tener por válido cuanto en virtud de este*

poder de D. Hilario Fernández y sus substitutos obraren, se obliga en legal forma.

También en Madrid, a 6 de marzo de 1884, reunidos a presencia de testigos, se repitieron y firmaron las estipulaciones antedichas, añadiendo que toda contienda que pudiera surgir entre ellos debía ser dirimida, sin ulterior recurso, por los amigables componedores que allí se nombran.

Finalmente en carta privada, firmada en Madrid a 11 de marzo, le dice Ildefonso a D. Hilario estas textuales palabras: «Si acaso te surgiese alguna dificultad, te confiero por ésta las más omnímodas facultades, para que las resuelvas con tu criterio, *que es y será siempre el mío*».

A pesar de todo lo cual, los hechos estuvieron muy lejos de estar conformes con estas declaraciones tan expresas y solemnes.

El 17 de abril de 1884 llegaba D. Hilario a Montevideo, camino de Chile. En Montevideo se entera de que el cambio chileno está malísimo, y por lo tanto que de ninguna manera conviene hacer el giro, puesto que sería inmensa la pérdida, cosa ya prevista por Ildefonso. Entonces D. Hilario concibe el proyecto de enviar productos chilenos a la capital del Uruguay para que, vendidos allí ventajosamente, le sea remitido el dinero a Ildefonso. Hallábase a la sazón en Montevideo un conocido suyo, de una de las casas de comercio más fuertes de Valparaíso, hombre piadoso y que pareció a propósito a D. Hilario para que fuese su agente en aquella plaza, aunque sólo para recibir y vender los productos; porque para girar el dinero, pidió al Rdo. P. Ramón Morel, de la Compañía de Jesús, Rector del Seminario de Montevideo, muy amigo de D. Hilario, que quisiese encargarse de ello, y el P. Morel aceptó el encargo. De manera, pues, que D. Hilario desde Chile enviaría pro-

ductos a su agente, él los vendería, y, deducida su comisión, entregaría el dinero al P. Morel, que se encargaría de girarlo a Ildefonso.

Llega D. Hilario a Chile, y habiendo cobrado, después de infinitas diligencias, y molestias de su parte, el dinero de la testamentaría que se debía a Ildefonso, hace comprar una gran cantidad de frejoles, y envía un cargamento de ellos al agente.

Aquí comienzan las dificultades. Por de pronto, los frejoles no pudieron ser vendidos sino a un precio bastante inferior al que se habían figurado. No se pudo enviar, pues, mucho dinero a Ildefonso. Pero hubo más. El agente de Montevideo, aunque instado de continuo por cartas de D. Hilario, para que liquidase el negocio, iba dando largas; pero el dinero correspondiente a los productos que se le habían enviado, no parecía. Para colmo de desgracia, un Banco de Buenos Aires que tenía los depósitos del agente, se declara en quiebra. Por fin, nuestro hombre confesando el mal estado de sus negocios, declara a D. Hilario que «si algo se pierde, él se considera obligado a reponerlo, y que, una vez pasadas estas calamidades, cuente con seguridad que él repondrá el dinero que ha tenido la confianza de depositar en su poder». Más tarde, ante notario y testigos, en Valparaíso, a 28 de junio de 1888, da el agente testimonio de todo el proceso del asunto, y en él se hace constar que *D. Hilario no tiene culpabilidad ni responsabilidad en el negocio confiado al declarante*, y que si algo debe o falta, lo pagará el declarante a medida que sus circunstancias lo permitan.

He aquí, en resumen, y en sus líneas generales, el hecho en cuestión. Teniendo presentes los amplísimos poderes que asistían a D. Hilario, para obrar libremente según su criterio, el resultado desgraciado de la negociación debía ser sencillamente aceptado por Ildefonso,

como suyas, y aceptadas hubieran sido las ganancias, si el negocio las hubiera producido. Se necesitaba o ser un perverso para creer, sin prueba alguna, en la falta de honradez de D. Hilario, o ser casi un desequilibrado o por lo menos un hombre sumamente caviloso, para imaginar tachas en su proceder. Y este último fué, a mi ver, el partido que siguió Ildefonso, y no como quiera, sino hasta un exceso inverosímil.

Habiendo pedido instantemente D. Hilario, por lo mucho que interesaba a su honra, el que nombrase Ildefonso una persona de su confianza que recibiese y examinase sus cuentas, proponiéndole al efecto el Ministro de España en Chile, Excmo. Sr. Vallés o D. Domingo Fernández Mata o D. Juan N. Iñíguez o D. José Bernales, personas todas honorabilísimas, aun en su concepto, u otra persona cualquiera que él quisiese, lo rehusó siempre Ildefonso, y apeló al medio indigno e infame de publicar un folleto, lleno de las más groseras calumnias contra D. Hilario, contra el mismo que poco antes había merecido de él pruebas de tan omnímoda confianza, quien por documentos fehacientes y que tenía a la vista, sabía bien que D. Hilario había tomado aquel negocio con mucho más calor que si fuera suyo propio.

Afortunadamente fué grande la repugnancia que causó ese folleto aun en la familia misma de Ildefonso, que conocía bien a D. Hilario; y un amigo y pariente de entrambos, el Sr. Presbítero D. Andrés Viguera Balmaceda, residente en Chile, habiendo recibido un ejemplar con una carta de Ildefonso, en que le pedía su parecer, tomó a su cargo la refutación de aquella sarta de insultos, escribiendo una Carta-Contestación, en que dejó brillantemente vindicada la reputación y honradez de D. Hilario, tejiendo un panegírico de aquel eximio varón, como exigían su vida y su virtud de todos

conocida y admirada. Y como el folleto se había impreso también se imprimió esta Carta-Contestación.

Las cosas, sin embargo, no debían quedar así. La obra de Ildefonso termina con estas insultantes palabras: «Yo te digo: me has estafado 20.000 pesos próximamente. Como ves te calumnio: la vindicación es llevarme a los tribunales por calumnia. Tienes, pues, dos caminos, o el de venirte a España a vindicar tu honor... o cargar con el sambenito de estafador. ¡No vendrás! ¡no vendrás! ¡no vendrás!».

D. Hilario le contestó que iría pronto, y que si le enviaba el importe del viaje de ida y vuelta, que no tenía, iría en seguida.

Entretanto, por poderes, que envió D. Hilario a su hermano Gavino, Ildefonso fué acusado de calumniador ante los tribunales de Logroño, en los que tuvo que hacer el depósito de dos mil pesetas, consignadas para las resultas de la causa. En ella se consideró que, aunque los conceptos vertidos en el folleto de Ildefonso Fernández, y en trece lugares distintos, que se especificaban, eran constitutivos de un delito de calumnia definido en el artículo 467 del Código penal, puesto que se imputaba falsamente la comisión de un delito perseguible de oficio, calumnia que, por haberse propagado por medio de la imprenta, se había hecho por escrito y con publicidad... delito castigado con el arresto mayor y multa de 250 a 2500 pesetas... Y que de este delito era autor el procesado por haber tomado parte directa en su ejecución, y que no existía mala fe... ni cabía imputar la temeridad en este caso al querellante D. Hilario Fernández, sin embargo, considerando que se extingue la responsabilidad penal... por la prescripción del delito, y que el término de la prescripción de la calumnia es de seis meses, se falla

que se absuelve a Ildefonso Fernández por haber prescrito.

Absolución fácil, como se ve, ya que basta medio año para que quede borrado por sí mismo un delito de infamia, que puede tiznar el honor de un hombre para toda su vida; pero D. Hilario apeló de la sentencia, basándose en que estando en el extranjero no podía aplicársele a él el mismo tiempo de prescripción que a los españoles residentes en la patria, y ganó el pleito, y fué condenado el Ildefonso Fernández.

Más tarde, el asunto del dinero fué puesto en manos de amigables arbitradores, los cuales, aun haciendo grandes alabanzas de la persona de D. Hilario, dividieron la pérdida entre ambos contendientes; pero a esta sentencia jamás quiso avenirse D. Hilario.

CAPÍTULO XII

Virtudes especiales de D. Hilario. — Desprendimiento. — Modestia y piedad. — Sencillez en el trato. — Humildad. — Valor. — Respeto a los Prelados. — Vocación de D. Hilario a la Compañía de Jesús. — ¿Por qué no era admitido en ella? — La pacificación de dos naciones. — El adiós a Chile.

Cabalmente le proporcionó la divina Providencia el cáliz de amargura de las molestias, que acabamos de referir en el capítulo anterior, cuando estaba D. Hilario más engolfado en sus trabajos apostólicos, y cuando el sacrificio por sus semejantes, que era la única ley de su existencia, había llegado a su máximum, sin que pudiese pedirse más a aquel corazón que rebosaba de caridad. El folleto de Ildefonso Fernández, tejido de insultos y calumnias contra él, llegó a Chile el año de 1887, el año del cólera, cuando toda la ciudad de Santiago acababa de ver con espanto las estupendas muestras de abnegación y desinterés de D. Hilario, sin que ni chilenos ni españoles supiesen cómo justificarle su gratitud, ya que muchos aun la vida le debían.

De ahí que ninguna mella hizo en su crédito y fama aquella difamación; antes sirvió para acrecentar su mérito, añadiendo el título de víctima, y víctima inocente, a los muchos que ya tenía ante la pública opinión.

Porque a la verdad allí estaba su conducta misma para deshacer cuantas imputaciones calumniosas podía

dirigirle la malicia humana. ¿Quién no conocía en Santiago su desinterés y su profunda piedad?

La Sociedad de San José le acarreaba gastos ingentes. Sólo los retiros espirituales del primer año de su fundación, costaron más de mil pesos, y los pagó D. Hilario. El favor que recibían los socios en las necesidades temporales se extendía al médico, botica, socorro pecuniario en la enfermedad, ataúd, entierro y protección a la familia del difunto; todo esto por la cuota de diez centavos al mes, la cual estaba muy lejos de cubrir los gastos, a los que tenía que acudir D. Hilario con no menos de tres mil pesos al año. Viendo la conveniencia de dedicarse por completo a esa Sociedad, y llevado de su amor irresistible a los pobres, solicitó repetidas veces de los Prelados, hasta que al fin, en parte al menos, lo logró, que lo exonerasen de todos los demás cargos, incluso del de director de San Juan, el único que tenía retribuído, para consagrarse de lleno y desinteresadamente a la dirección general de sus obreros, cargo para el cual ninguna retribución pidió ni admitió jamás, aun cuando eran grandes los gastos de coche y viajes a provincias y a todas partes, y en los que él nunca reparó; y aun cuando se empeñó y obtuvo que fuesen remunerados los capellanes que le auxiliaban en su obra, ya que es muy justo que se recompense al que trabaja.

Los datos que acreditan su ningún apego a los bienes de este mundo, son innumerables.

Una señora anciana y rica quiso dejarle en legado una suma muy considerable. D. Hilario revistiéndose de severidad, se contentó con decirle estas palabras: «Si Vd. me deja algo lo renunciaré, y jamás la encomendaré a Dios». Y añadió que, en su opinión, esto era hacer un mal a los sacerdotes. Con lo cual la buena señora desistió de su intento.

Habiendo su tío D. Ramón Sancho comprado una chacra en los suburbios de Santiago, le dijo a D. Hilario: «He comprado esta chacra con el fin de dejártela al fin de mis días; porque tú eres un derrochador, que nunca tendrás nada». A lo que contestó él: «Tengo la Providencia y esto me basta».

Tanto se le decía sobre la necesidad de la previsión y de que mirase por sí, que llegó a persuadirse, por un momento, de que en realidad le convenía ser menos manirroto; pero comprendiendo que él era incapaz de guardar dinero, pidió a D. Salvador Aulet que quisiese ser su tesorero, y le entregó 500 pesos, para empezar el capital de reserva; mas esta resolución tuvo la vida de las rosas; a los pocos días una limosna reclamaba los 500 pesos, y fué necesario entregarlos, acabándose para siempre la tesorería del señor Aulet.

No tenía con que vestirse, a pesar de lo cual no admitía limosnas de misas.

El Dr. Jorge G. Huidobro Morandé da testimonio de haber presenciado él cuando niño, y cuando joven, cómo se presentaba a lo mejor D. Hilario a su señor padre D. David, con la cuenta de una sotana, para que se la pagase, pues no tenía con qué.

Frecuentemente se encontró no tener cómo pagar el coche que había usado, teniendo que acudir a algún amigo, que, en verdad, hallaba pronto.

Pasaba, pues, verdaderos apuros pecuniarios; por esto nadie se explica cómo tratándose de dar, siempre tenía, o por lo menos fácilmente hallaba.

Las religiosas de San Juan, con ser tales y comprender el mérito de la pobreza, le aconsejaban repetidas veces que no fuese tan dadivoso, y aun procuraban que otras personas le hablasen en este sentido, pues creían que su desprendimiento era excesivo.

Cuando se le proponía alguna misión rural era con-

dición indispensable para la admisión, el que no se le diese nada. Me decía la Rda. M. Victoria Vicuña, Superiora de San Juan, que en estas y otras ocasiones parecidas, se había atrevido a reprenderle y a decirle: «No le entienden a Vd.; Vd. se figura hacerles un bien y en realidad lo que hace es ofenderles, porque se creen despreciados». Pero era inútil.

Un caballero caído en la miseria creyó que podía proporcionarse recursos con detrimento de la moral. Su familia, que era piadosa, acudió a D. Hilario, pidiéndole que quisiese tener una conferencia con él. La tuvo; y en ella D. Hilario le ofreció por el momento, y mientras salía de apuros, todas sus entradas, prometiéndole que por su parte jamás se sabría el hecho, y lamentando no poder darle más.

Cuando se sabía que debía emprender un viaje a Europa, no faltaban amigos que le enviaban limosnas en dinero; mas él lo devolvía a sus dueños, quienes no tenían más remedio que enviárselo sin tarjeta y entonces, por ignorar la procedencia, tenía que aceptarlo.

El día de su onomástico, 14 de enero, fiesta de San Hilario, eran tantos los regalos que recibía, que tuvo alguna vez que poner aviso formal de que no se recibía más. Por supuesto que los objetos comestibles, después de obsequiar a los amigos, en lo que nunca fué escaso D. Hilario, pasaban a diferentes asilos de caridad.

En suma, su falta de bienes materiales fué de tal suerte, que en caso de enfermedad hubiera tenido que ser atendido por algún amigo, como lo fué cuando se quebró la pierna; y aun para entonces estaba dispuesto a ir a un hospital, como lo aseguraba, cuando se le urgía sobre este punto.

Es de notar con todo, que para obsequiar a los demás procuraba que no le faltase. En San Juan, fre-

cuentemente tenía convidados, a los que se esmeraba en dejar contentos; pues jamás llegó a comprender él lo que es tener el corazón estrecho. Lo que sí se observaba constantemente era que en la mesa, sólo se preocupaba de obsequiar a los otros; y que en cuanto a él, se contentaba con ser el último y ocupar el último lugar.

«Un día, escribe el Rdo. Sr. Alberto Ugarte, se celebraba en la casa de Ejercicios de San Juan Bautista la fiesta de San Luis, patrono de la Sociedad para caballeros y jóvenes de este nombre; de pronto y a mitad de fiesta, comenzó a llover reciamente; la concurrencia era numerosísima y escogida; muchos, sorprendidos por la intempestiva lluvia, no habían traído de sus casas reparo alguno. El Director de la Sociedad no sabía que hacer en tan inesperado evento; mas al salir a la calle en sus idas y venidas, vió con sorpresa una larga hilera de coches de alquiler, que esperaban *pagados* la salida de los socios de San Luis. Era Don Hilario, el gran caballero de la caridad, que atendía a sus amigos».

La modestia, piedad y humildad, formaban juntamente el más bello ornato de la persona de D. Hilario.

Siempre fué modesto; pero cuando joven lo era tanto que parecía ruborizarse al hablar, y jamás levantaba la vista para fijarla en personas de otro sexo, hasta el punto que algunas jóvenes, que tenían frecuentes ocasiones de hablar con él, nunca consiguieron ver el hermoso azul celeste de sus ojos. Hecho que demuestra que aquella su antigua vivacidad de niño, estuvo muy lejso de ser la desvergüenza tan común en nuestros imberbes.

Notable era su piedad. Su espíritu siempre elevado parecía habitar en regiones superiores a las de la materia, de donde sólo descendía para hacer las obras de Dios, y aplicar a ellas todo el caudal de sus talentos

y recursos que era inmenso, pero sin pegarse a las cosas, ni a sus éxitos, que dejaba a la mano de Dios, aun cuando hubiese agotado en ellas todas sus fuerzas. Lo cual explica la eterna juventud de aquella alma nunca cansada por los reveses, ni decepcionada por los desengaños, ni entristecida por las ingratutides de los hombres; sino henchida de flores de esperanzas y de frutos de sacrificios. Entre él y los sucesos de sus trabajos estaba interpuesto Dios; y El y su voluntad adorable eran el único norte de su vida. En el altar, al celebrar el santo Sacrificio de la Misa, y en especial al distribuir la sagrada comunión, parecía como que se desbordaban los afectos de su pecho, sin que estuviese en su mano reprimirlos.

He aquí una preciosa síntesis de las virtudes religiosas de D. Hilario trazada por la autorizada pluma de la Rda. M. María San Agustín, Visitadora del Buen Pastor, religiosa de gran espíritu, y a la que los intereses de Jesucristo y de la Iglesia son deudores, en estas repúblicas sudamericanas, de trabajos admirables y ciertamente apostólicos:

«El Rdo. P. Hilario Fernández, dice, dejó en las Casas del Buen Pastor ejemplos de heroicas virtudes; su modestia era angelical; su lenguaje delicadísimo en toda materia, y cuando en pláticas a la comunidad debía tratar del santo voto de castidad, decía: «de esta virtud, sólo los ángeles pueden hablar». Su ferviente actitud en el templo, su reverencial devoción en el santo Sacrificio eran edificantísimos. Su prudencia, acendrada. Su espíritu religioso, el que trataba de inculcar en todos; una vez decía: «tengamos cuidado, estemos alerta, el liberalismo trata de entrar en los claustros». Su celo apostólico era el fundamento de esa abnegación sin límites, con que ejercía la caridad hacia todos, especialmente con los pobres. Su profunda humildad realza-

ba sus méritos, parecía ignorar la estima en que era tenido. Su cultura, su lealtad, su delicadeza parecían prendas nativas, que le acompañaban en todo. Le conocí estimado de los grandes y de los pequeños. En las comunidades religiosas era llamado para Ejercicios de comunidad y para confesiones. Fué verdaderamente amado de Dios y de los hombres y su memoria permanecerá en bendición».

Además de su afecto íntimo a la Compañía de Jesús, en la que aspiraba a entrar, tenía gran aprecio y respeto por las órdenes religiosas en general, habiendo logrado sin embargo manifestaciones especiales de simpatía, la Congregación del Purísimo Corazón de María. Fué D. Hilario un decidido protector de la dicha Congregación, en la que tenía siempre tantos amigos cuantos eran sus miembros. Más en particular aún, estuvo D. Hilario unido con delicada amistad al venerable P. Pablo Vallier, religioso ejemplarísimo del Purísimo Corazón, muerto en olor de santidad; tanto, que mutuamente se auxiliaban y suplían en sus ministerios los dos siervos de Dios. Amistad a que puso el sello el santo P. Vallier poco antes de morir, con un encargo tierno y conmovedor hecho al Rdo. P. Crescencio Marqués, que se hallaba junto a su lecho de muerte, a quien dirigió estas hermosas palabras: «No olviden nunca a D. Hilario, páguenle siempre con amor y cariño, el que nos ha tenido a todos, y en particular a mí». Palabras que también demuestran cómo se aman los santos.

Sus conversaciones y sobre todo sus cartas, que las escribió en gran número — de 20 a 30 al día solía escribir estando en San Juan — estaban siempre embalsamadas por el perfume de la más exquisita piedad.

Era ocurrente, pero siempre piadoso. Un día bendice una nueva capilla levantada por el Sr. Pedro Oróstegui, y al terminar le dirige estas precisas palabras:

«Venerable anciano, podéis bajar tranquilamente a la tumba; dejáis un templo para gloria de Dios; grandes beneficios para los pobres, y hermosísimos ejemplos para vuestros hijos». Palabras que pudieron ser el epitafio del Sr. Oróstegui, ya que murió a los pocos días, y que sus hijos no han olvidado.

Pero lo verdaderamente típico en él era la sencillez. Tal vez esta virtud unida a su trato finísimo y a su discreción y perspicacia, era el talismán misterioso con que se atraía de un modo tan absoluto, y por lo general tan rápido, los corazones de los demás. Su porte era digno, suavemente reservado, pero al propio tiempo amable y atrayente.

Un año, el día de S. Hilario, se hallaba en el fundo rústico de Jahuel. Júntase en Santiago un buen golpe de josefinos y se dirigen al monte para felicitar a su Director y llevarle sus regalitos. Sábelo él y sencillamente se esconde en un cañaveral. Hubo un contratiempo atroz. Envíansele recados; pero él no comparece. Por fin se le amenaza con que se pegará fuego al cañaveral, y entonces sale y recibe los obsequios de aquella buena gente, y pasa con ellos el día con agrado, y como él sabía hacerlo. Esta llaneza casi de niño, en un hombre de virtudes y cualidades eminentes, acababa por ganar a aquellos pobres obreros, que por él se hubieran dejado hacer pedazos. Bien lo mostraron en los tiempos malos, cuando parece que hasta se llegó a buscar a D. Hilario para la muerte, y él tenía que ir armado, y le acompañaban ellos, y no le dejaban nunca, sobre todo de noche.

Esta sencillez hacía que para él no hubiese molestias.

Una mujer pobre y enferma que le tuvo de confesor veintitantos años, asegura, lo que es mucho asegurar, que siempre notó en él una caridad sin límites para con los pobres, y que siempre los atendía con

preferencia. Una vez iba ella misma a buscarle, y le halló que iba en coche a sus ministerios del Seminario. En el acto que la vió hizo parar el coche, entró en la iglesia más cercana, la confesó con toda paz y tranquilidad y como si nada más tuviera que hacer, le dió la sagrada Comunión, y siguió su camino al Seminario. En otra ocasión D. Hilario estaba en Ejercicios en una casa religiosa; esta misma pobre lo llama para confesarse, pero se niega el portero a avisarle, creyendo que D. Hilario no saldría; insta la pobre mujer, hasta que enterado D. Hilario, acude luego, la confiesa y le da la Comunión, porque era de lejos.

Cierto día había predicado varias veces y visitado varios obreros enfermos; llega la noche, y aquella era la hora en que no había probado un solo bocado. Con ligeras variaciones este programa se repetía con frecuencia. Porque en todo pensaba D. Hilario menos en sí.

Presentóse en Santiago uno de esos predicadores mundanos de gran ruido y auditorio nada piadoso, que acaban no pocas veces con desgraciado fin. Era un día del Carmen y debía predicar el famoso Padre, estando ya llena la Iglesia de las monjas Carmelitas, mucho antes de empezar la función. En esto, se avisa al público que el orador anunciado estaba imposibilitado para hablar, y en vez de él, subió al púlpito D. Hilario. Verlo aquel gentío y mover un alboroto infernal, saliéndose de la iglesia, todo fué uno. D. Hilario impasible y sereno, cruzóse de brazos, y esperó en silencio. Una vez que concluyó el movimiento, dirigiéndose a los pocos que habían quedado, les dice con mucho sosiego: «desearía saber si hay alguna otra persona que quiera retirarse para poder empezar». Y empezó, y predicó un fervoroso sermón como si nada hubiese pasado, y como si estuviese llena la iglesia; humildad de la que quedaron todos espantados.

Su Santidad el Papa León XIII le tenía concedido por Breve especial de 21 de junio de 1889, que pudiesen lucrar indulgencias cuantos oyesen sus sermones; mas él nunca divulgó esta gracia, por temor de la vanagloria, de lo que tuvo algún remordimiento al fin de su vida, temiendo haber defraudado a los fieles de un bien espiritual que tan fácilmente había podido proporcionarles.

Enfermó un sacerdote amigo suyo, y fué necesario llevarle al hospital. D. Hilario se constituyó su compañero casi continuo, pues mientras duró la enfermedad, estuvo a su lado mañana y tarde.

El haber podido asistir a los heridos de Concón y Placilla, acto heroico que casi le costó la vida, se debió a otro acto de caridad. Enfermó un amigo suyo, párroco de aquellas cercanías, y él se ofreció para suplirle mientras durase la enfermedad. Allí estaba, cuando ocurrió la horrenda matanza de Concón. Toma un caballo de D. Evaristo Gandarillas, y se dirige al sitio de la catástrofe, que se hallaba a siete leguas. No contaba con los peligros de aquel camino erizado de espías. A mitad de él, cae en poder de una avanzada, y se le comunica que va a ser fusilado. Dirígense con él al campamento, y eran las diez de la noche, cuando llegaban al sitio de parada. Allí pasó horas de agonía, puesto en capilla, pues debía ser pasado por las armas al amanecer. Pero para redimir una injusta vejación él tenía recursos, que difícilmente dejan de surtir efecto. Toda la cuestión estaba en que se persuadiesen sus guardas de que él iba solamente a asistir a los heridos, sin misión política de ninguna clase; pero es posible que dada la personalidad de D. Hilario nunca llegase a persuadírselo, si no hubiese hecho brillar el oro ante sus ojos. Entonces cayeron en la cuenta y lo comprendieron todo. Fué, pues, puesto en libertad y aun

conducido a la escuadra por amigos que no le faltaron, en donde estuvo durante la batalla de Placilla, y de donde pasó al campamento, para confesar y auxiliar a los moribundos, regresando a Santiago en tren de heridos.

Los rasgos de valor abundan en la historia de D. Hilario.

Predicando en cierta ciudad, supo de un funcionario nada recomendable por sus procederes, que había jurado tomar venganza de él, por haberse creído aludido en uno de sus sermones, y no ciertamente para alabarle. D. Hilario se va derecho en busca de su gratuito adversario, y le halla en una calle apartada de la ciudad. Párase enfrente de él y le dice:

— He sabido que Vd. me busca; ¿qué quiere?

— Me han dicho que Vd. se ocupó de mí en el púlpito.

— En el púlpito no me ocupo de seres tan despreciables como Vd.

Y agregó D. Hilario:

— En cambio a mí me han asegurado que Vd. ha jurado matarme. Aquí estamos solos; ¿por qué no lo hace?

Aquel pobre diablo, que no esperaba habérselas con un hombre de tanta presencia de ánimo, volvió la espalda y desapareció.

En Valparaíso sucedió que habiendo predicado un día contra ciertos abusos estudiantiles, la turba del gremio se la juró y aun se complotó para hacerle pasar un mal rato al salir del templo. No faltó quien le avisase del peligro que corría y le ofreciese acompañarle en coche. D. Hilario le dió las gracias, y consecuentemente con su noble proceder, se fué solo a pasar por entre los grupos de los exaltados mozalbetes, saludándoles con cariño, y dejándolos estupefactos al ver con cuánta seguridad y frescura se metía entre ellos.

Eran los peores tiempos del Presidente Santa María. Hallábase D. Hilario en Puente del Inca, teniendo de compañero de hotel a un personaje muy liberal de aquella situación, quien vivía con una señora casada. En esto preséntase de improviso el marido, muy bien armado y acompañado, y en disposición de dejar en el sitio a aquel infeliz. Al verse éste reducido a la impotencia, corre a D. Hilario humillándose a sus pies y pidiéndole la vida, ya que estaba perdido, y él solo podía salvarle en aquellas soledades. Se lo prometió D. Hilario, y aun cuando se trataba de un enemigo público de la Iglesia y por lo tanto suyo, le salvó, procurándole medios para evadirse ocultamente.

Su serviciabilidad manifestábase antes que todo en obsequio de la autoridad eclesiástica. Un desgraciado preparó un libelo que era una sarta de indignidades contra el Arzobispo de Santiago. Sábelo el Prelado y sábelo D. Hilario, cuando iba a darse a luz. Corre D. Hilario y no pára hasta arrancar del autor el original mismo del libelo, que con inmensa satisfacción deposita en manos del Prelado, quien mientras lo echa a las llamas, le manifiesta con lágrimas en los ojos, su eterna gratitud.

Cuando debía emprender un viaje a España, aparecía poco más o menos el siguiente suelto en los periódicos católicos: «En la imposibilidad de despedirme de todas las personas a quienes debo aprecio y gratitud, me sirvo de la prensa para pedirles me dispensen, si por este órgano pido sus órdenes para España, do partiré el día tal, colmado de reconocimiento por las mil atenciones inmerecidas con que se ha dignado distinguirme la católica sociedad chilena, por cuya felicidad y verdadero progreso elevaré súplicas constantes al Cielo.—Hilario Fernández». Y adviértase que el pedir órdenes no era un cumplimiento. Eran muchos los que se las

daban, y las recibía él como si de asuntos propios se tratase. La lista de encargos ocupa buenas páginas de sus carteras de apuntes, en donde se anota también cómo se han cumplido, los gastos que han ocasionado y la cuenta que de todo se ha dado.

A su vez estas despedidas daban lugar a expresivas manifestaciones de afecto de parte de los numerosos amigos de D. Hilario. En el viaje que hizo en noviembre de 1894, en el que acompañó a la Universidad de Deusto, en Bilbao, al excelente joven chileno D. Rafael Irarrázabal, se expresaba así un periódico de Santiago: «El miércoles han partido de esta capital en dirección a Montevideo, donde deben tomar el vapor que los trasladará a Europa, el presbítero don Hilario Fernández y el distinguido joven don Rafael Irarrázabal Correa. El señor Fernández fué objeto en las estaciones entre Santiago y los Andes de significativas manifestaciones de parte de los señores párrocos y de miembros distinguidos de la Sociedad de San José. Las siguientes personas acompañaron hasta el punto cordillerano denominado «Salto del Soldado» al señor Fernández, y a su apreciable compañero de viaje.. : Bernardo Irarrázabal, Conde de Osma, Carlos Irarrázabal, Carlos Segundo Irarrázabal, Hernán Prieto, Ernesto Costa, Ruperto Lecaros, Juan de D. Lecaros, Ligorio Irarrázabal, Víctor Grez, Juan de D. Correa Fontecilla, Aníbal Correa, Carlos Correa».

D. Hilario era asequible para todos, hasta para los niños. Un día hallábase de visita en casa del Sr. Díaz Cruchaga. En el decurso de la conversación le ocurre a la familia pedirle a D. Hilario que enseñe una oración a Hernancito, el ángel de la casa, para que la diga al acostarse. D. Hilario pide papel y pluma y le escribe allí mismo una oración en verso. Hela aquí:

Mi Jesús es mi cariño;
Y al Sagrado Corazón
Rinde pura adoración
El corazón de este niño.

Y pues que ingrato sería
Si al sueño yo me entregase,
Si amante no venerase
Al Corazón de María.

Recibid, oh Madre mía,
El corazón tiernecito
De aqueste vuestro niñito,
Hasta que amanezca el día.

D. Hilario Fernández había acariciado casi desde niño la idea de ser jesuíta. En épocas diversas, como ya se ha hecho notar, le aguijoneó con más fuerza este deseo, y puede asegurarse que nunca murió del todo en él. Por otra parte, es innegable que el largo manejo del libro de los Ejercicios de San Ignacio le había hecho conocer y apreciar más y más a la Compañía, y finalmente salta a la vista que su espíritu apostólico tenía mucho del de la Compañía de Jesús.

En distintos tiempos pidió formalmente ser admitido en ella. Consta que dió pasos para lograrlo en 1879, en 1884 y en 1895. Hasta esta última fecha estos pasos siempre resultaron infructuosos. ¿Por qué no se le admitió? ¿Carecía de cualidades para la Compañía aquel varón eminente, gloria de España y de Chile, ornamento y decoro del clero, y que a primera vista podía afirmarse que sería honra y prez de cualquiera orden religiosa? Muy lejos de esto. No se le admitió en la Compañía, porque era mucho, muchísimo el bien que hacía fuera de ella, y veían los Superiores que siendo religioso, no podría alargarse tanto, para no poner en contingencia el nombre y los respetos del cuerpo, en

el manejo de ciertos asuntos públicos, por otra parte muy relacionados con la gloria de Dios. Esta fué la única causa de la dilación.

Empero, D. Hilario no cedía. A medida que avanzaba en edad, amaba más la Orden de San Ignacio y la concebía como el puerto, a donde Dios en sus amorosos designios dirigía el bajel de su vida. Obsérvese asimismo, y sea ello en honor de su espíritu magnánimo y generoso, que se acrecentaba su deseo de romper con el mundo, precisamente cuando se acrecentaban también para él las vinculaciones de los hombres y se multiplicaban las manifestaciones de respeto y afecto de aquella sociedad chilena, tan intensa y extensamente beneficiada por él. Nada de esto le hacía apartar los ojos del blanco de sus anhelos; lo único que le aconsejaba era proceder con cautela mayor. Sabía él la oposición que se hubiese levantado al traslucirse su intento. Hasta con los Padres jesuítas de Santiago tenía que ser moderado en público; aunque privadamente los trataba con suma confianza y gran afecto. Y así preguntado por el Rdo. P. José Reverter por qué, queriendo ser jesuíta no frecuentaba más nuestra Casa, contestó: «Porque si lo notasen sospecharían lo que hay, y me pondrían dificultades mayores».

Pero esto debía terminar. Como se ha dicho, había logrado D. Hilario poner en buenas manos la Sociedad de San José, reservándose tan sólo un título honorario. La otra obra principal, que traía también entre manos, era la Dirección de la Casa de Ejercicios de San Juan, respecto de la cual, ya en el año 1888 había presentado la renuncia, que se le había aceptado, pero a condición de que continuase viviendo, aun perpetuamente, en la misma Santa Casa, como si tuviera el cargo de director y las prerrogativas de tal, y ayudase como antes, en los retiros y Ejercicios de hombres; de manera que,

en realidad, no hubo aceptación de la tal renuncia. Viendo, pues, que no le era fácil desprenderse de San Juan, lo que hizo fué enviar a buscar a un sobrino suyo, llamado D. Cesáreo Fernández, joven sacerdote español, para colocarlo a su lado, y adiestrarlo en la dirección de de aquella Casa, hasta que llegase la hora de dejarlo en su lugar.

A esta última etapa de su estancia en Chile pertenece un hecho memorable, que no puedo silenciar.

Chile y La Argentina han sentido de tiempo en tiempo turbarse sus amistosas relaciones por cuestión de límites. Siendo el macizo de los Andes la frontera entre ambos países, tuvo forzosamente que suscitarse esta cuestión desde la Independencia misma; pues, midiendo este macizo en algunas partes hasta cien kilometros de amplitud, es tal el laberinto que se forma con sus bosques de montañas, que, ya sean las más altas cumbres, ya la división de las aguas lo que se tome como norma de demarcación, resulta siempre un pleito forzoso y complicado, de solución difícil, en el que, como es natural, cada contendiente tiende a salir con la parte más favorecida. Hacia 1895 llegaron las cosas a un período álgido; pero la habilidad diplomática supo disipar el peligro de la guerra, y aun se llegó a manifestaciones de ruidosa cordialidad, pasando el Arzobispo de Santiago de Chile, Rdmo. Dr. Mariano Casanova, como embajador ultra-oficial a Buenos Aires, en donde el gobierno y el pueblo se excedieron en agasajos. Pero he aquí que sin saber cómo ni porqué encendióse tan rápidamente de nuevo el fuego, y se pusieron otra vez las cosas tan tirantes, que de un momento a otro se temía un rompimiento, con todas las consecuencias de una guerra internacional. Tratábase de una porción extensísima de cordillera, sobre la cual no se entendían los demarcadores, y no parecía sino que

serían las armas las que cortarían el nudo gordiano. Los aprestos de guerra se hacían en ambas partes y la alarma era general. Era entonces ministro del Interior en Chile D. Carlos Walker Martínez, y ya se ha dicho que D. Hilario influía en D. Carlos de un modo decisivo. Muchas eran las notas, que por una y otra parte se habían enviado sin poder avenirse. ¿Qué pasó por fin? En la Casa de Ejercicios de San Juan, en presencia de D. Hilario, y fruto de sus reiteradas instancias, se redactó el borrador de un documento que debía satisfacer la cancillería argentina, dejando en buen lugar también a la chilena. Este documento, que señaló el principio de la suspensión de hostilidades, fué también el comienzo de la mutua paz, que hasta hoy vienen gozando las dos repúblicas hermanas, ya que son hijas de una misma madre: España.

En marcha, pues, como se ha dicho, las grandes obras de D. Hilario, y no siendo ya necesaria para ellas su presencia, llegó la hora de abandonarlo todo en 1899. Sólo barruntos tenía el público de ello; pero esto bastó para que hubiese un sentimiento general. Sabíase que D. Hilario pretendía entrar en la Compañía, y los chilenos, y sobre todo las chilenas, que no dan paz a la mano cuando de obtener o de impedir algo se trata, es increíble lo que hicieron y los resortes que tocaron para que no se verificase lo que ellos juzgaban que era para sí una irreparable desgracia. Las visitas asediaban a D. Hilario; las preguntas importunas le acribillaban; de suerte que se vió obligado a huir de sus amigos y esconderse. Entonces comenzó la oración, y en muchos hogares las madres hacían rogar a sus hijitos, como más a propósito para alcanzar los favores del Cielo, y obtener de la Santísima Virgen, que D. Hilario no entrase en la Compañía. Hecho en el que se ve que los pensamientos de los

hombres son a veces muy diversos de los pensamientos de Dios. En Chile, me decía una persona respetable, nadie hubiera dado permiso a D. Hilario para ser jesuíta, pero Dios prescindía de esos permisos de los hombres y ordenaba otra cosa.

Entretanto D. Hilario permanecía como oculto en Jahuel. Muchas eran las familias en Chile, que habían aspirado a ser como la familia de D. Hilario; pero ninguna lo logró tanto como la modesta familia Guilisasti, la propietaria de aquel fundo. En su seno pasó largas temporadas; fué Jahuel una especie de Betania para D. Hilario; y fué la venerable Dña. Ceferina Guilisasti, quien más que nadie tal vez pudo haber merecido de D. Hilario el respeto y el cariño de un hijo para con su propia madre. Allí pasó hasta el último instante, sin despedirse de nadie, ni acabar de revelar su propósito, ni aun a aquella santa familia, que había sido confidente de todos sus planes y secretos. Y es que quiso D. Hilario que se anticipase al sacrificio de la vida religiosa el sacrificio de su corazón.

A principios de abril de 1899, D. Hilario transmontaba los Andes, oculto esta vez, y casi confundido con el acompañamiento de los Prelados chilenos que iban al Concilio Plenario Americano de Roma. Dejaba a sus espaldas la nación de Chile, que había sido su segunda patria, y a la que había regado copiosamente con sus sudores y santificado incansablemente con sus desvelos. Treinta años hacía que pusiera los pies por vez primera en aquel suelo privilegiado. Durante este largo lapso de tiempo eran incontables los beneficios que había dispensado a los hijos de aquel noble país, e incontables por lo tanto las relaciones amistosas que en él había adquirido. Marchaba cuando llegaba la hora de recoger el fruto de tantos trabajos. Todo lo ofrecía en holocausto a la voluntad del Señor que le llamaba a la

vida de perfección. ¿Volvería a Chile? ¿Hollaría de nuevo aquella altísima cordillera que sus ojos habían tantas veces contemplado? No quería pensar en ello. Lo único que le preocupaba era seguir la voz de Dios, y esta voz le llamaba a la Compañía de Jesús.

CÓRDOBA.—JUNTA DIRECTIVA DE LA ASOCIACIÓN JOSEFINA

CÓRDOBA.—EL P. FERNÁNDEZ
ASISTIENDO A UN CONDENADO A MUERTE

PARTE TERCERA

CAMPAÑA ARGENTINA

(1899 - 1912)

CAPÍTULO I

D. Hilario en Buenos Aires. — Conferencias en Montevideo. — Entrada en la Compañía de Jesús. — El P. Fernández. — Córdoba del Tucumán. — El noviciado. — La infancia espiritual del claustro. — Virtudes del nuevo estado. — Programa de vida. — Otra vez al púlpito.

Buenos Aires, capital de la República Argentina, es también el centro del gobierno de la Compañía de Jesús que comprende la Argentina, Chile y Uruguay. Al pretender, pues, entrar en ella, D. Hilario fué llamado a Buenos Aires, para recibir órdenes del que iba a ser su superior. Lo era entonces el Rdo. P. Antonio Garriga, quien antes de admitir a D. Hilario en la Orden y enviarle al noviciado, le manifestó su deseo de que aceptase una serie de conferencias, que se le habían pedido para la catedral de Montevideo, y que tanto

la Archicofradía de Esclavos del Santísimo Sacramento como el Club Católico, promovedores de ellas, estaban empeñados en que asumieran las proporciones de un acontecimiento religioso.

Aceptó con gusto D. Hilario, pues desde entonces se consideraba ya libre de elegir por propia voluntad sus ocupaciones y ministerios, para inspirarse por completo en la voluntad de Dios, interpretada por la voz del Superior. No era aún jesuíta; pero tenía a gran gloria y satisfacción suya el ensayarse para serlo.

En Montevideo, Dios bendijo a manos llenas aquellas conferencias que llegaron a ser famosas y adquirir una resonancia mucho mayor de lo que se habían propuesto sus iniciadores. No sólo los católicos fervorosos, que tanto abundan en la capital del Uruguay, sino los indiferentes y aun los impíos, percibieron la eficacia de aquella elocuencia embelesadora, que tan diestramente manejaba las reglas de la dialéctica, aplicadas a la verdad católica, como las pasiones que anidan en el humano corazón.

Verdaderos aires de triunfo parecían respirar los buenos, y de confusión y derrota los malos, ante el éxito de aquel sacerdote desconocido hasta la víspera, y que desde el primer momento se había presentado dominando por completo la situación. Lo cierto es que las amplísimas naves de la espaciosa iglesia metropolitana se veían llenas de público, que aun en buena parte tenía que renunciar a entrar por no caber; que hombres bien alejados de la Iglesia formaban en el auditorio; que la policía tuvo que desplegar sus fuerzas para evitar desmanes; y finalmente, y es lo principal, que menudearon las conversiones y que los esforzados católicos uruguayos recibieron poderosos alientos para los combates formidables por la Fe, que presentían acercarse, y que toda aquella piadosa sociedad se sintió regenerada,

estimulada y consolada por las enseñanzas de D. Hilario, a quien no debía olvidar jamás.

Pasaba esto en mayo y junio de 1899. Pusiéronse en juego varias influencias para lograr que D. Hilario estableciese su morada fija en Montevideo; pero los que tal hicieron ignoraban qué clase de vientos impelían a D. Hilario, y cuál debía ser el fin de su navegación.

En este mismo tiempo fué admitido D. Hilario al trato y conversación familiar de los Padres jesuítas del Colegio Seminario de aquella ciudad, y aun a sentarse habitualmente a su mesa, cosa que causó en él la hondísima impresión que se puede suponer al verse casi miembro de una familia religiosa. No pudo disimular esta impresión, y con palabras corteses y humildes y llenas de reconocimiento a Dios y a la Compañía, lo manifestó así a los Padres, la primera vez que asistió a la recreación, después de almorzar.

Llegábase, pues, la hora suspirada de vestir la sotana humilde, a la vez que gloriosa de los hijos de San Ignacio. Al efecto fué enviado a Córdoba, para que en la Casa de probación que tiene allí la Compañía, empezase su noviciado, y el día seis de julio de aquel año, se inscribió su nombre en el libro de oro, en donde constan los soldados noveles de la milicia ignaciana, y comenzó a llevar el nombre de P. Hilario Fernández, con que en adelante se le llamará también en estos Apuntes.

Está situada Córdoba del Tucumán en el corazón de la República Argentina, y, ya por su posición, ya sobre todo por su abolengo nobilísimo en la historia de la inteligencia y del saber, representa aún hoy, sin duda alguna, el centro de mayor y mejor cultura de la nación. Nobleza cultural que debe a su famosa y antiquísima Universidad, que así pienso poder calificar la institución más venerable de la República, que cuenta con tres siglos de existencia, edad larguísima en estas nuevas

naciones americanas, y que ha dado ella sola más hombres ilustres al país, ora como colonia de España, ora como nación independiente, que todos juntos los demás centros de educación.

Pero la Universidad cordobesa está íntimamente vinculada a la Compañía de Jesús, pues aun cuando fué fundada por el Illmo. Sr. Fr. Fernando Trejo y Sanabria, Obispo del Tucumán, de la gloriosa Orden de San Francisco, en realidad quien la sostuvo y dirigió y llevó todo el peso de sus cátedras, y la elevó a tan alto grado de esplendor, que la hizo célebre en toda América, fué la Compañía de Jesús, en cuyas manos la depositó Fr. Fernando Trejo, y en las que estuvo hasta que el gobierno liberal de Carlos III ordenó el destierro de los jesuítas y el secuestro de sus bienes.

Ahora bien; como sea Córdoba hechura de su Universidad, y la Universidad de Córdoba hechura de la Compañía de Jesús, ya se ve qué relaciones tan íntimas deben existir entre la que, con toda razón, ha sido denominada la Atenas argentina o la Ciudad doctoral, y la Orden de San Ignacio. En una palabra: Córdoba es ignaciana porque es, de un modo especial, hija de San Ignacio.

Por otra parte, fué también Córdoba el centro de la celebérrima Provincia jesuítica del Paraguay, ya que en ella residía su noviciado, su Colegio Máximo, su Casa de Tercera probación y su Provincial. En ella se formaron, pues, y de ella partieron para evangelizar las selvas y los bosques vírgenes de la América guaraní gran parte de aquel ejército misionero, en conjunto, el más brillante y benemérito de la civilización indiana y de la historia de las misiones católicas en los tiempos modernos; y Córdoba fué la capital, digámoslo así, de aquel imperio espiritual y santo, el más estupendo y admirable que haya existido jamás.

Por esto al tener que elegir asiento a propósito para el nuevo plantel, que la Compañía restaurada deseaba establecer en estas regiones, tan llenas de sus recuerdos gloriosos, saltaba a la vista que ningún otro podía ser que Córdoba.

Nuestro P. Fernández entró en el noviciado con aquella ansia ardiente que suelen traer los jóvenes, a quienes Dios en su temprana edad, y para incomparable dicha suya, abre las puertas de su Casa y conduce de niños por los caminos luminosos de la perfección evangélica. Por supuesto que a los 54 años de edad, él tenía otro motivo, fuera de los que suelen tener los jóvenes, para aspirar a la santidad y al claustro: las lecciones de la vida, de elocuencia tan abrumadora.

Pero si a una avanzada edad hay más tesoros de prudencia y luces de razón, por otra parte suele haber mayor dificultad moral para obrar un cambio, absoluto tal vez, en el régimen de la vida, para acomodarse a la minuciosa reglamentación que exige la vida ordenada de comunidad, y para sujetarse a las mil menudencias de la legislación de la Orden, trazada para hombres dispuestos a sacrificarse cada día y cada hora. Y aquí fué en donde la vocación religiosa del P. Fernández dió la más brillante prueba de sí, y aquella voluntad de hierro la más elocuente demostración de lo que podía y debía esperarse del futuro hijo de Loyola.

He aquí algunas circunstancias que rodearon los comienzos de esta segunda vida, digámoslo así, del P. Fernández; encantadoras como gracias de infancia, que espiritual infancia es la que debe pasar el cristiano al entrar en Religión. Las refiere con elegante pluma el Rdo. P. Sebastián Raggi, entonces joven novicio, que tuvo la fortuna de ser elegido para instructor del P. Fernández, oficio que recibe entre nosotros el hermoso nombre de

ángel, denominándose *alma* el encomendado a su instrucción.

«El 6 de julio de 1899, dice el P. Raggi, me hizo llamar mi querido P. Maestro, el P. Juan Cherta, y me dijo: «H. Raggi, le vamos a dar un *alma* grande, grande...». Fuimos a los aposentos destinados para los que estaban en primera probación, y en uno de ellos me encontré con un sacerdote por muchos conceptos venerable. La impresión gratísima que me produjo no se ha borrado aún de mi memoria. Aquella amable dignidad sacerdotal, coronada de blancas canas, que caían como flor de azahar o campo de auzcenas; aquella perpetua sonrisa que brotaba de sus labios y bañaba siempre su semblante, como eterna primavera de paz y de alegría; aquella dulce mirada de sus ojos vivos, penetrantes y al par modestos, que se insinuaba luego y penetraba hasta el fondo del alma, unida a sus modales finos y correctos, mas sin remilgos y empalagosos cumplimientos mundanos... todo en fin cautivaba en el P. Hilario Fernández».

Luego añade el P. Raggi:

«Al escribir la fórmula que en el noviciado llamamos el *Ego*, por empezar con este pronombre latino, le pregunté cuánto tiempo hacía que deseaba entrar en la Compañía, y me contestó al punto con fervoroso entusiasmo que me edificó mucho: «Hace 30 años, y nunca vacilé en mi vocación». En dicha fórmula escribió el mismo Padre: «*Vocatio mea cœpit antequam pervenissem ad vigesimum quartum ætatis annum, et in ea semper perseveravi*».

«Cuando hubo el Padre terminado los días de su primera probación y pasado a vivir en común con los demás novicios, muy pronto se constituyó el centro e imán, que atraía insensiblemente y sin pretenderlo, el corazón de los jovencitos sus compañeros de noviciado.

Todos deseábamos estar con él y oírle hablar... Era un hombre tan espiritual, tan santamente erudito y experimentado, tan conocedor del corazón humano, y sobre todo tan prudente y de una paciencia tan inagotable, que a todo se plegaba, y para todos tenía en su repertorio palabras apropiadas a su edad y carácter y hasta su granito de sal muy oportuna. Con gusto, pues, hasta los más locuaces callábamos buenamente en su presencia, para escuchar de sus labios bondadosos y risueños sus amenas y edificantes conversaciones. El, a su vez, sin darse jamás la menor importancia, y con encantadora sencillez evangélica, sabía insinuar buenas conversaciones y dar lugar a que todos hablásemos. He aquí un ejemplo de sus piadosas insinuaciones. Preguntó un día a sus connovicios reunidos en torno suyo: «¿Quién fué aquel niño, a quien su madre al nacer lo ofreció a la Virgen Santísima de los Dolores, y la Virgen de tal manera le tomó bajo su amparo, que le elevó a la más alta dignidad que hay en la tierra, y el niño de tal suerte correspondió a la Santísima Virgen, que puso en su imperial corona la más linda perla que fulgura en ella? — ¡Pío IX! ¡La Inmaculada!».

Adviértase que el P. Fernández, aunque había llevado a cabo obras muy grandes del servicio de Dios, sin embargo había gozado siempre de omnímoda libertad, dentro del ministerio sacerdotal, de modo que sus empresas, una vez examinadas y aprobadas por el tribunal de su razón y de su conciencia, ya nada más necesitaban para la ejecución; obsérvese que precisamente debido a esta misma libertad de acción había sido tan vasto y variado el campo de su gloriosísima labor y tan extensos los círculos de sus relaciones y amistades; no se eche en olvido, además, que aunque nunca sobrado de recursos, gozó siempre de un buen pasar, y añádase por fin que a la edad en que atravesó los umbrales

del noviciado suele hacerse muy cuesta arriba el tener que modificar el modo de sentir y proceder, y se sacará la consecuencia de cuán grande debió de ser el sacrificio que le exigió a él la vocación religiosa, y que él tan generosamente ofreció al Señor. Porque para decirlo ya desde ahora, el P. Fernández, como religioso, manifestó tener virtudes muy superiores a las que nunca había manifestado de sacerdote secular; superiores tal vez a su misma previsión.

«Pareció natural, escribe también el P. Raggi, eximirle de uno de los más humildes oficios que practicábamos los novicios, cual era el cuidar por turno de la limpieza y aseo de los servicios. Mas al darse él cuenta muy pronto de aquella exención, vino a querellarse dulcemente. Y nunca tuve más claras señales de su profunda humildad como en esta ocasión. Se me presentó con un aire de tan sincero pesar por la distinción que se le había hecho... al par que de rendida obediencia a cuanto de él quisieran disponer sus Superiores, al mismo tiempo que suplicaba encarecidamente que le igualaran a todos y le pusieran en los cargos comunes de los novicios, que me dejó sumamente confundido y edificado. Condescendimos por fin con sus ruegos, y le pusimos como a los demás en tan humilde oficio. Y era entonces de ver la diligencia y esmero con que se aplicaba a desempeñar su cargo cuando le tocaba, y la solicitud y agilidad con que andaba afanoso para tenerlo todo bien limpio y aseado, como si no tuviera en este mundo más en que pensar, y como si nunca hubiera ocupado puesto más honrado.

«Ni era espectáculo de menor edificación el que ofrecía a veces en la iglesia. Solíamos barrer los novicios la iglesia pública y sacudir sus alfombras una o dos veces por semana. A esta distribución acudía como los demás el buen P. Fernández. Y acontecía a las veces

que, en vísperas de las grandes festividades, había afluencia de penitentes, y no pocos pedían que les oyera en confesión el P. Hilario. Dejaba entonces el Padre su escoba apoyada en los bancos y se metía en el confesonario, y cuando había satisfecho a los penitentes, tornaba a salir y con la mayor naturalidad del mundo seguía barriendo la iglesia».

Esto sin duda es admirable. Pero hay cosas más admirables todavía que el fregar pisos y barrer. Todo aquel que está versado en achaques de perfección sabe bien, que la fortaleza más difícil de rendir es el juicio propio y la voluntad propia. Y a esto más admirable es a lo que llegó también generosamente el P. Fernández. Pues que aquel hombre que desde joven había dispuesto libérrimamente de sí para trabajar, para viajar, para gastar, y sobre todo para hablar y opinar, viniese ahora a hacerse un niño a las órdenes y juicios del Superior, como un soldado bisoño a la voz de su capitán, que aquel hombre que si no había nadado en la opulencia había sido amigo sin duda de no tratarse mal, viniese luego a los 54 años de edad, cuando la naturaleza comienza a pedir cuidados especiales, a acomodarse en un todo a la mesa modesta y frugal de la casa religiosa, sin que nunca después, hasta los 67 en que acaeció su muerte, tuviese o manifestase tener necesidad alguna particular, esto, para quien se dé entera cuenta de las cosas, no dejará de parecer lo más grande y lo más extraordinario.

He aquí ahora una página de sus propósitos de novicio, página preciosa desprendida de su bellísimo corazón y programa de su conducta, al que bien podemos asegurar que ajustó su vida, y que es tanto más digna de consideración, cuanto que no se trataba de un joven inexperto, llevado tal vez en alas de un indiscreto fervor,

sino de una persona madura, avezada a la vida y hecha a las dificultades prácticas de la virtud. Dice así:

Países y casas. — A. M. D. G. — Me inclino a donde menos me conozcan.

Cargos. — A. M. D. G. — pero estimando el primero, el que sea más oculto; y el último, aquel que reclame mayor comunicación con personas de otro sexo.

Superior. — A. M. D. G. — Tenerle el amor, respeto y obediencia posibles, y mucha confianza. Ver en él al mismo Dios, y rogar por él. Defenderle.

Mandatos. — Considerarlos como dogmas. Si alguna vez la voluntad o el juicio pretendiesen resistirlos, pedir al Superior penitencia por la culpa. Amar mucho las santas Reglas.

Castidad. — Seguir la costumbre de no mirar personas de otro sexo. No hablar de esta materia más que por razón del ministerio, y esto lacónica y delicadamente. Tener mucha devoción a la SS. Virgen.

Penitencia. — Las de regla y las que el P. Director me ordene o permita. Estimar en mucho el santo silencio.

Comida. — No hablar de esta materia. Beber poco vino. Rectificar la intención al comenzar cada guiso o cosa. Comer, cuando hay variedad, lo que menos me guste o apetezca; y conservar la costumbre que tengo desde la juventud, de obsequiar a la Sma. Virgen, privándome de algo de lo mejor.

Pobreza. — No quejarme en las enfermedades; y en general, dar las menos molestias y pedir solamente las cosas indispensables.

Piedad. — Tener delicada conciencia en el cumplimiento del ministerio. Hacer de los exámenes y meditación la materia más importante que tratar con el P. Director. Meditar de cuando en cuando sobre la tibieza, rectitud de intención, perfección de las acciones ordi-

narias y humildad. Distinguir la devoción al SS. Sacramento.

Fraternidad. — Considerarme el último, y como tal servir a todos, sin particularidades, a no ser en la oración, rogando más por aquellos que tengan la caridad de advertirme las faltas. A. M. D. G.».

No era fácil que un varón tan ilustre como el P. Fernández pudiese ocultarse, ni aun dentro de las paredes del noviciado. Mas cuando hizo su aparición oficial, digámoslo así, y se dió a conocer de aquella ciudad de Córdoba, a la que con el tiempo debía cultivar tanto su apostólico celo, y de la que debía ser también tan ardientemente amado, fué durante el mes de María, o sea en noviembre de aquel año de 1899. Tiempo hacía que el venerable y magnífico templo de la Compañía, monumento de piedad y de arte, herencia de gloriosos tiempos, y arca santa, junto con su Universidad, en donde encierra la católica y docta Córdoba sus amores tradicionales y los recuerdos de todas sus glorias, no había visto bajo sus policromados techos de cedro, tanta muchedumbre de pueblo fiel. Se había apoderado ya de la ciudad aquel entusiasmo que solía apoderarse de las poblaciones cuando aparecía en el púlpito el P. Fernández. Además, su predicación, sin dejar de ser piadosa, como lo requería el culto mariano, era social; tema favorito del orador, y que presentado con claridad, arrastra y conmueve indefectiblemente al auditorio, que se apasiona en seguida por lo que consulta su verdadero interés.

«Recuerdo, dice el citado P. Raggi, que me encantó la sencillez de su oratoria y aquella su nativa elocuencia y facilidad de palabra que iban brotando de sus labios llenas de unción sagrada, algo así como concibo que brotarían de los labios de Nuestro Divino Salvador, cuando desde la montaña hablaba a las muchedumbres que le

escuchaban con religiosa atención. Pues, también a nuestro P. Fernández observé que un gentío inmenso, que llenaba la iglesia de la Compañía, entre el cual se veían muchísimos caballeros de los más distinguidos de Córdoba, le escuchaba con visibles muestras de agrado y atención».

Pronto hizo también blanco en la masonería, cuyas emboscadas tanto persiguió siempre.

«Habló muy fuertemente contra la masonería, dice el H. escolar Guillermo Fúrlong, en una de sus conferencias dadas en nuestra iglesia de Córdoba. Pocos días después había una multitud de pasquines en las paredes y postes de las calles, en los que se decía que el P. Fernández había calumniado *a la benéfica institución,* etc. y acababa con un párrafo, diciendo que no tardaría el P. Fernández en sentir los efectos del enojo de la masonería. Yo fuí a él para decirle lo que acababa de leer.

— «Ya lo sé, me contestó; pero no me espanto, pues los perros que ladran no son los que suelen morder.

— «Pero, Padre, le dije yo, parece que le quieren matar; y si V. R. sale de casa, se expone.

— «No me matarán; lo que ellos quisieran es que me quedase en casa.

«Así pues, no se preocupó de nada, y salía de casa tan frecuentemente como antes».

Sobre la predicación tenía el P. Fernández ideas que no conviene desperdiciar.

«Una vez, prosigue el mismo H. Fúrlong, se predicó en Córdoba un sermón, y como yo sabía que el P. Fernández lo había oído, le pregunté qué le había parecido. «No era práctico, me contestó, no se dirigía a enseñar. Había muchos afectos; pero estoy cierto que ha habido pocos efectos. La gente es sumamente ignorante. Por esto nuestros sermones debieran enseñar, convencer y

mover. Mover sólo no basta». Sobre oratoria me hablaba muchas veces; siempre me decía lo mismo: muchos sermones que se oyen serían muy buenos para la España del siglo XVI; pero no para la América del siglo XX».

CAPÍTULO II

Período de transición. — ¿Por qué el P. Fernández alargó el noviciado? — Apostolado en Montevideo. — Es enviado a Mendoza.— Pasa definitivamente a Córdoba.

En esta segunda y última etapa de la vida del P. Fernández, casi idéntica a la primera en los ministerios, que fueron el objeto de su actividad, la Córdoba argentina debía ser el campo de operaciones de ese general siempre en campaña por la gloria de Dios, de ese apóstol de la acción social contemporánea, hombre destinado por la naturaleza y por la gracia a la lucha contra el mal, y modelo y ejemplar de sacerdotes y de religiosos sociales. En ello se puso de manifiesto que, a la par de la vocación religiosa, existía otra en él al apostolado popular y que la vida del claustro no se opuso a ella; antes la perfeccionó, dándole mayores garantías de acierto en sus empresas, por la vigilancia y dirección de los Superiores, y elevó y valorizó sus actos añadiéndoles el mérito de la obediencia religiosa.

Pero en la Argentina sucedió al P. Fernández lo mismo que le sucediera en Chile. Así como allí, antes de fijar definitivamente su acción en las grandes obras sociales de Santiago, estuvo algún tiempo como indeciso y sin orientación, así también acá: antes de asentar su

pie firme en Córdoba, anduvo por diferentes puntos de la República y aun del Uruguay, ofreciéndose con esto ocasión, a él para conocer estos países, y sus semejanzas y diferencias con respecto a Chile, y poderlos así apreciar en lo que valen; y a estos países para conocerle a él y admirarle y desearle como ocurrió dondequiera que se presentó.

Poco duró para el P. Fernández el tiempo de riguroso noviciado. Si este estado de prueba es principalmente para que la Orden religiosa conozca a fondo y tome experiencia del pretendiente, y a su vez para que éste conozca de cerca y experimentalmente la Orden religiosa en que pretende entrar, bien podía dispensarse algo en el caso presente, en el cual nada podía echarse de menos respecto del conocimiento mutuo que tenían él y la Compañía.

Pero si fué corto este tiempo de probación, en cambio su noviciado real se prolongó bastante más de lo ordinario. He aquí el porqué.

Se recordará la disposición de ánimo en que quedó Ildefonso Fernández por el malhadado pleito de los frejoles, que se ha narrado en un capítulo anterior. Los Superiores de la Compañía no creyeron conveniente, pues, que mientras ella durase el P. Fernández pronunciase sus votos religiosos. Pero habiendo fallecido Ildefonso, con quien había sido la contienda, y habiéndose persuadido de que ya no sería nuestro Padre molestado, se le otorgó el hacer los votos, lo que verificó con inmensa alegría de su alma uniéndose más estrechamente con Dios con el triple vínculo de pobreza, castidad y obediencia en la Compañía de Jesús. Verificóse este acto en la histórica capilla del antiguo noviciado de Córdoba, el día 7 de junio de 1908, celebrando la santa Misa el Rdo. P. José Barrachina, quedando así el P. Fernández verdadero y legítimo hijo de san Ignacio.

En el año 1900 había sido destinado a Montevideo. Las conferencias pronunciadas en la catedral el año anterior habían dejado recuerdos imborrables, y no faltaron de entre los católicos conspicuos uruguayos, quienes se empeñasen en llevarle de nuevo a aquella su querida ciudad, en donde tan empeñada estaba a la sazón la lucha contra el infierno. Existía allí una vasta organización llamada la Unión Católica, cuyo principal objeto era formar e ilustrar la opinión por medio de la prensa, y dirigir las fuerzas católicas en los combates por la Fe, que a diario se debían sostener. El Excmo. Sr. Arzobispo Dr. Mariano Soler, nombró consultor de la Unión al P. Fernández confiando, como dice el oficio de su nombramiento, que «podrá aportar el contingente de su experiencia e ilustración, para los delicados e importantes trabajos que incumben a su Directorio».

Por marzo de 1901 estuvo en Buenos Aires para pronunciar las pláticas de Ejercicios o Misión para hombres, que tuvieron lugar en la iglesia del Salvador. Es cierto que los sermones estaban a cargo de otros notables oradores, pero sin duda alguna que le cupo al P. Fernández gran parte de la fama que obtuvo aquella misión. Difícilmente nuestra preciosa iglesia había logrado jamás un lleno tan completo de hombres. Fué aquello cosa de espanto, de tal suerte que no se recordaba un hecho igual.

Todavía volvió al Uruguay, en donde llegó al colmo aquel año de 1901 la persecución religiosa, bajo el gobierno del Presidente Cuestas, hasta el extremo de cerrarse los puertos de la República a toda persona que llevase sotana, extranjera o no, de manera que ni siquiera por atenciones de parentesco o amistad, le era lícito a un sacerdote o religioso bajar a saludar a sus parientes o amigos, y estar unos momentos a su lado, como le

pasó al que esto escribe (1), siendo así que el anarquismo y el tráfico más infame de carne humana tenían sus agencias en aquella plaza, y entraban y salían sus representantes con todas las garantías de la ley. ¡Excesos de ceguedad y de odio satánico, naturalmente inexplicables en el corazón del hombre, por dagradado que quiera suponérsele!

Desempeñó el P. Fernández por este tiempo el cargo de Prefecto de espíritu en nuestro Colegio y Seminario de la capital del Uruguay, y amén de otras ocupaciones domésticas, y de cooperar seriamente en cuanto estuvo de su parte a la fundación de dos sociedades, una de sacerdotes, con el fin de auxiliarse espiritual y materialmente los asociados, y otra de señoras, titulada «La Mujer Católica», desempeñó asiduamente el ministerio de la palabra, para el cual era de continuo solicitado. Los Círculos católicos de obreros, ya de la capital, ya del interior, fueron los que más utilizaron sus servicios. Predicó incansablemente, hasta que rendido por el asma, antigua dolencia suya, cuyos ataques menudeaban más

---

(1) Era una brillante mañana de invierno, domingo, 2 de septiembre, cuando el majestuoso buque de la Transatlántica española "León XIII" entraba en el puerto de Montevideo, procedente de Buenos Aires. Debíamos pasar un día entero anclados allí, y dicho se está que los pasajeros aprovecharon la escala para gozar de los bellísimos atractivos naturales de aquella incomparable ciudad, entonces en manos de los enemigos encarnizados de la Iglesia. El P. Luis Canudas, Rector actual del Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, y yo, que íbamos de paso para España, contemplábamos con indiferencia los preparativos que todos hacían para bajar; nosotros no podíamos hacerlo, porque una ley nos acababa de desterrar de aquella hermosa tierra, en donde nunca habíamos habitado, y a la cual ningún mal habíamos hecho, ni deseábamos hacer. Pero esta indiferencia se trocó en tristeza cuando descubrimos desde el mar las torres de nuestro Colegio e Iglesia, en donde tantos hermanos nuestros queridísimos pensaban sin duda en nosotros, pero no podían visitarnos, porque de pisar el barco ya no les era lícito, volver pie atrás. Ofrecimos a Dios el sacrificio, y nos resignamos a pasar aquel día solos y tristes. Entretanto una gran lancha de recreo, en donde venían arracimados un buen número de alegres y desconocidos jóvenes, se acercaba volando al barco, sin que su vista lograse arrancarnos de la indiferencia, ni desvanecer las melancólicas reflexiones sobre las tiranías e injusticias humanas, a que nos había-

con la edad y el clima húmedo de la población cercana al mar, pensaron los Superiores proporcionarle otro más a propósito para él, y lo enviaron a Mendoza, a donde llegó el 24 de junio de 1903. Allí, repuesto al menos como para pasar, había comenzado ya a desplegar de nuevo las velas de su actividad predicando cinco novenas en corto tiempo; pero los designios de la Divina Providencia, queriendo que hasta el fin de sus días diese el P. Fernández un constante ejemplo de apostolado social, le habían destinado a Córdoba, suelo más dispuesto para el experimento amplio y eficaz de las doctrinas sociales de la Iglesia, y fué enviado a esa ciudad, que como había sido la cuna de su vida religiosa, debía ser también el segundo de sus grandes teatros de acción, y el asiento definitivo de su ancianidad.

---

mos entregado. Pero llega la lancha al pie de la escalera, y encaramándose por ella aquel alegre pelotón de simpáticos mancebos, corren hacia nosotros, nos rodean, y habiendo preguntado nuestros nombres, para cerciorarse de quienes éramos, comienzan efusivamente a besarnos la mano y abrazarnos, como si fuesen antiguos amigos o hermanos nuestros. Fué tan honda la impresión que, en las circunstancias del momento, produjo en nosotros escena tan grata e inesperada, que no pudimos contener las lágrimas, ni nosotros ni otros de sobre-cubierta que, ante la novedad del caso, se acercaron para presenciarla. ¿A qué se debía aquella cariñosa visita? En pocas palabras nos lo explicó todo el que los capitaneaba, el Señor Elizario Boix, virtuosísimo joven, de grandes esperanzas entonces, según supimos más tarde, y hoy catedrático de la Universidad de Montevideo: "Los Padres del Colegio, dijo, han estado vigilando desde la azotea para ver si entraba el barco, y cuando lo han visto, nos han venido a despertar, porque hoy, siendo domingo, debíamos levantarnos más tarde. Nosotros nos hemos vestido ligero, hemos oído misa y comulgado, y entonces nos han encargado lo siguiente: vayan al puerto, buscan al "León XIII", allí encontrarán a los Padres tal y cual; díganles que los Padres del Colegio les envían a Vds. para que, ya que ellos no pueden ir a abrazarles, les den Vds. un abrazo en su nombre".

Esta bellísima escena, como recuerdo de la caridad de nuestros Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, del afecto de nuestros queridos colegiales, y del despotismo de ciertos gobiernos que se llaman liberales y democráticos, no se borrará jamás de nuestra memoria.

CAPÍTULO III

Prosiguen en Córdoba las obras apostólicas de la antigua Compañía.— El P. Carlucci. — La Asociación Josefina. — Su espíritu de piedad. — El P. Fernández toma la dirección de la obra. — Carácter económico que le imprime. — Resultados.

Es indudable que Córdoba del Tucumán representa una tradición gloriosísima en los anales de la Compañía. Ella da testimonio de un modo irrefragable de los meritísimos trabajos que llevaron a cabo, y de la profunda influencia que adquirieron allí los hijos de san Ignacio, cuando de generación en generación llegó su memoria inmaculada, rodeada de una aureola de veneración, a los tiempos actuales, habiendo atravesado incólume las tempestades del odio valteriano de fines del siglo XVIII, y las agitaciones revolucionarias de principios del siglo XIX. Es lo cierto que apenas independizada de España la naciente Nación Argentina, cuando la ciudad y provincia de Córdoba gozaron por vez primera del derecho de enviar un representante a la Junta Provisional Gubernativa de Buenos Aires, uno de los encargos que le hicieron fué que trabajase para el restablecimiento de la Compañía de Jesús (1); y que cuan-

(1) "La Junta de Comisión había convocado a cabildo abierto con el objeto de que se designara un diputado a la Junta Provisional Gubernativa... y por ciento tres votos fué elegido el deán doctor don Gregorio Funes... El señor don Ambrosio Funes, después de la proclamación del diputado electo, dijo: "Que asentado el principio de que el nuevo gobierno de la capital, no tiene otras miras que restaurar la felicidad pública, mediante la firme conservación de los augustos derechos

do en 1838 entraron en aquella ciudad los Padres Fondá, La Peña y Colldefórns, los primeros jesuítas de la nueva Compañía, hubo tal explosión de cariño y entusiasmo popular, que tal vez no lo registra igual la historia de la Compañía restaurada, en este nuevo siglo de su existencia, que se cierra en el presente año de 1914, y en el que tantas tribulaciones y tantos triunfos cuenta.

La Compañía no ha amado menos al pueblo cordobés. Demuéstralo la solicitud con que ha continuado los trabajos apostólicos de sus antepasados, y el empeño que ha tenido siempre de enviar a Córdoba hombres eminentes que la ilustrasen con sus talentos y la santificasen con sus virtudes. Uno de esos hombres eminentes fué, a no dudarlo, el Rdo. P. Cayetano Carlucci, que bajaba a la tumba el 12 de junio de 1900. Orador de unción y majestad, talento claro y bien cultivado, dedicó su vida, abnegada del todo, al apostolado de los niños y de los obreros, siendo objeto de admiración para católicos e impíos, y granjeándose un prestigio sin segundo en esa ciudad de Córdoba, saturada de sus beneficios y embalsamada de sus virtudes. Entre otros frutos

---

de nuestra Religión, de nuestro rey y de la patria, mediante el fomento de nuestro comercio, de las ciencias, de las artes, de la educación de la juventud, de la reforma de costumbres, y propagación de nuestra fe, se comunique al Diputado en las instrucciones que se le confíen para desempeñar su importante destino, un artículo que contenga el medio más fácil, el de mayor entidad y el más religioso para conseguir el éxito deseado y análogo a todos aquellos objetos, el cual no puede ser otro que la restauración de la Compañía de Jesús. Este vasto designio no es fruto inmaturo de mi opinión particular, antes bien es el voto de los mayores sabios políticos e imparciales, y aun de sus propios émulos. A pesar de su catástrofe, la célebre Catalina la conservó en su imperio de la Rusia; el gran Federico intentó lo mismo en su reino; la Inglaterra acogió a sus individuos en su seno; España los llamó últimamente; Portugal vindicó la conducta de tan famoso cuerpo; Nápoles lo restituyó con sumo aplauso; el rey de Saboya ofreció practicarlo: en suma los dos últimos Pastores de la Iglesia han testificado con su celo, con su protección y aun con sus bulas, que sólo este portentoso acontecimiento será suficiente para reparar los estragos que ha causado y está causando la impiedad, la ignorancia y el despotismo con todos los crímenes que le son consiguientes". La proposición del señor Funes fué aceptada por aclamación, e incorporada a las instrucciones del diputado". — Ignacio Garzón. — *Crónica de Córdoba*, t. I. pág. 134.

de su celo, fundación suya fué una Sociedad de artesanos llamados Josefinos, y otra de señoras dichas Josefinas, que alcanzaron gran vuelo y echaron en Córdoba los fundamentos de la primera obra social católica de toda la República.

Difícil era la sucesión del P. Carlucci. Los hombres muy notables suelen ser únicos en sus especialidades; pero las Ordenes religiosas pueden por lo general sostener el peso de sus instituciones, sin que la desaparición de alguno de sus hijos sea causa suficiente para derribarlas.

El P. Antonio Ortélls fué el encargado de dirigir entonces, y por el momento, las asociaciones josefinas, y preciso es confesar que se sostuvieron a muy buena altura durante los tres años que transcurrieron, desde la muerte del P. Carlucci, hasta que se puso al frente de ellas el P. Fernández. En este intermedio construyó la Sociedad su magnífico panteón, el mayor sin duda, del cementerio de Córdoba.

Según la mente y plan del P. Carlucci la Sociedad Católica de Artesanos fundada por él en Córdoba, bajo la protección de la Inmaculada Virgen de Lourdes y del Patriarca San José, era principal y casi exclusivamente una sociedad piadosa. Pero lo era muy de veras.

Al efecto disponían los estatutos diferentes actos de religión, en especial la frecuencia de sacramentos, la predicación asidua sobre las verdades de la Fe, los Ejercicios espirituales cada año, por espacio de ocho días, la visita de las Estaciones o Monumentos el Jueves Santo, la asistencia a la procesión del Corpus, la asistencia, en procesión, a la iglesia de Sto. Domingo, el tercer domingo de octubre, la comunión en el cementerio el tercer domingo de noviembre, etc.

Para gloria de Dios puede afirmarse que llegó a ser un hecho la restauración de la piedad en la ca-

tólica ciudad de Córdoba, gracias a que las clases trabajadoras se apresuraron a engrosar las filas de las Asociaciones Josefinas, y a que se impregnaron en ellas del más acendrado y fervoroso espíritu cristiano.

Así las halló el P. Fernández, coincidiendo del todo en esta parte con sus ideales sobre el particular. No estaba él por sociedades católicas sólo a medias, y que tienen metida en funda su bandera de religión. Es ella demasiado hermosa para que no merezca mostrarse a la luz del día; y si esto fuese preferible en tierra hostil y enemiga, de ninguna manera debería ser en Córdoba, en donde reina con todo su esplendor la verdad y la luz católica.

Con todo, el P. Fernández, como hombre avezado a las luchas abiertas por la causa de Dios y capitán experimentado en las lides de la Iglesia de hoy, comprendió también que aquella inmensa fuerza que representaba en Córdoba la doble sociedad josefina en el terreno meramente religioso, podía y debía, sin perder nada de su piedad, adquirir otro tinte de carácter económico, para convertirla así en una verdadera fortaleza social, inexpugnable y poderosa para soportar y repeler los próximos y seguros ataques de la masonería y del socialismo. Como se ve, el P. Fernández conocía pronto el terreno que pisaba y era previsor. En los tiempos de rudo contraste de ideas y de intereses que alcanzamos, cuando caen derribadas por doquiera, cubiertas por el descrédito, las creaciones del capitalismo liberal, y el socialismo ofrece a la sociedad humana sus quiméricas teorías, es muy útil y muy honroso para la Iglesia que aparezca ella, por razón de sus eternos principios de justicia y caridad, como fautora y propulsadora de todas las grandes iniciativas beneficiosas para el hombre. Porque, como por los frutos se conoce el árbol, por estos frutos de bendición será bendito el árbol que los produce

y se conocerá y amará la Iglesia y su divino Autor.

A realizar este ideal claramente concebido y determinado, dirigió el P. Fernández las energías nunca en decadencia de su alma juvenil. Resonaba de continuo en los oídos de su alma aquella voz de mando, que el Vaticano ha dado a las clases dirigentes del mundo católico: «Id al pueblo», e iba al pueblo con los brazos abiertos y el corazón henchido de ternura.

Tratándose de hijos del trabajo, era preciso proporcionarles al menos aquellas ventajas más esenciales, que hoy proporcionan todas las agrupaciones populares, de cualquier clase que sean. De no anticiparse las instituciones católicas para asegurarse con ellas la dirección del pueblo, lo harán las instituciones masónicas o semi-masónicas. El P. Fernández se dedicó, pues, a organizar sólidamente esos servicios sociales que tanta cohesión y robustez debían proporcionar a su Asociación.

Los beneficios temporales que podía reportar el socio o la socia abarcarían tres épocas: en buena salud, en tiempo de enfermedad, y después de la muerte. En buena salud tendría derecho a los servicios profesionales de los abogados protectores de la Sociedad; a las recomendaciones para personas que solicitan empleados de confianza; a las rifas gratuitas que se harían en favor de los socios; al uso de la biblioteca todo el año y del salón social los domingos por la tarde. En la enfermedad, a un subsidio en dinero por espacio de sesenta días, y al servicio de médico y botica. En caso de muerte, le proporcionaría a la familia el ataúd, la capilla ardiente, el coche mortuorio de segunda clase, el coche para los deudos, el entierro en el panteón de la Sociedad y una especie de seguro sobre la vida. A esto agregó aún el P. Fernández el pago de los derechos de la curia a las jóvenes que se casasen.

Todo esto no ofrecería nada de particular, si no fuese

por el movimiento ordenado y regular que imprimió el P. Fernández a todo el mecanismo de su Asociación. Razón por la cual entró en un período de magnífica eflorescencia. Estableció comisiones de propaganda, de piedad, de contabilidad, de recreo y de biblioteca; dividió la ciudad en seis secciones de gobierno con once centros; abrió cinco farmacias al uso de la Sociedad y obtuvo para ella los servicios profesionales de veinticuatro médicos y de diez y ocho abogados.

A bandadas acudían los obreros y las obreras para inscribirse entre los Josefinos, y la Sociedad de Artesanos de San José llegó a ser en Córdoba, como lo era su similar de Santiago de Chile, la primera fuerza social católica de la ciudad.

CAPITULO IV

Movimiento pogresivo en las obras del P. Fernández. — Necesidad de casas para obreros. — Actividad constructora del Padre. — La Comisión Protectora. — El primer barrio obrero en "Pueblo Nuevo". — Más construcciones por cuenta del gobierno. — El barrio de Nueva Córdoba.

El P. Fernández aferrado como nadie a los principios inmutables y fecundos del Catolicismo, era eminentemente progresista: exactamente como la Iglesia.

Se vió en Chile que su actividad social había tenido, aunque incidentalmente, una manifestación edificadora, por la parte que tomó, con su consejo, en la construcción del barrio o pueblo obrero «León XIII». En Córdoba ésta fué su característica; y no como quiera, sino como nota principal. Vió él que en Córdoba, como en todas partes, la habitación es hoy la pesadilla del obrero, y causa frecuente de la falta de orden e higiene, y aún de bienes mucho más elevados e importantes para la familia del pobre; y comprendió que sería un beneficio múltiple y comprensivo de otros muchos, el proporcionar al hijo del pueblo casa bien acondicionada, barata y hasta propia, con lo que haciéndole propietario, se le aseguraría contra las falacias del socialismo; y no paró hasta realizar tan noble deseo, que nadie creía posible, añadiendo a su vida de apóstol de los pobres y humildes una de sus páginas más gloriosas.

El asunto era grave y serio. Necesitábanse terrenos

bien ubicados, capitales y personas ricas y de representación que se pusiesen al frente y respondiesen de todo. El P. Fernández no se arredró. Obsérvese de paso que distaba él mucho de ser sólo el hombre del pueblo. En esta banda de los Andes, como en la otra, continuó siendo el que había sido: un vínculo de inteligencia y unión entre los extremos sociales; el padre y el jefe de los obreros y el consejero y director de los ricos y grandes. Pero de esto se hablará con detención más adelante.

Tenía la Asociación Josefina una sección de socios denominados Protectores, entre los cuales se contaban las personas más conspicuas y de más arraigo de la ciudad. De estos tan honorables caballeros se valió el P. Fernández para formar lo que llamó Comisión Protectora de los Artesanos de San José. Esta Comisión debía ser la depositaria de los altos ideales del Padre, la ejecutora de sus proyectos y el núcleo dirigente que debía obrar la regeneración del conjunto social, pues cosa sabida es que, naturalmente hablando, las infiltraciones morales se verifican en la sociedad, como las físicas en las capas de la tierra: de arriba a abajo.

El día 15 de junio de 1904 tenía lugar en un salón de la Casa de la Compañía de Jesús, la primera sesión de los fundadores de esa benemérita Comisión, á los que el P. Fernández propuso el fin de la obra. La idea fué acogida con adhesión e interés, e inmediatamente se organizó el consejo directivo compuesto de los miembros siguientes: Director, el P. Hilario Fernández; Presidente, el Dr. D. Temístocles Castellano; Vicepresidente, el Dr. D. Benjamín Otero Capdevila; Secretario, el Dr. D. Fidel Centeno; Vicesecretario, el Dr. D. Ignacio E. Ferrer; Tesorero y Vicetesorero, los Sres. D. Juan Echenique y D. Alejandro del Corro; Vocales, los doctores D. Rafael Moyano, D. Juan F. Cafferata, D.

Fernando García Montaño, D. Francisco Silva, D. Manuel Perea Muñoz y D. José L. Nores. He querido recordar aquí los nombres de estos señores para honrar con ellos estas páginas, ya que se trata de bienhechores desinteresados y abnegados del pueblo, que en unión de su venerado P. Fernández tanto se desvelaron y trabajaron por él.

En concreto, el objeto que debía proponerse la Comisión Protectora era, o bien proporcionar a los artesanos lotes de terreno que pasasen fácilmente a ser de su propiedad, y en donde ellos necesariamente tenían que construir sus viviendas, sujetas a determinadas condiciones, o bien el proporcionarles estas mismas viviendas ya construídas, para que asimismo llegasen ellos con facilidad a ser sus propietarios. Y el modo de apropiarse los lotes de terreno o las viviendas ya labradas debía ser, o abonando cuotas periódicas hasta tantos años, o lo que se estipulase, de una sola vez.

Grande fué la actividad del P. Fernández y de su Comisión Protectora, que obtuvo muy pronto la personería jurídica. Creáronse cinco comisiones auxiliares: informante, de terrenos, de ahorro, de higiene y de títulos. La informante recibía las solicitudes de los socios e informaba sobre los méritos de los interesados; la de terrenos debía formar planos y líneas de calles, y designar a cada solicitante la localidad y número que le correspondía; la de ahorros, debía recaudar las cuotas que los socios protectores diesen para este fin, y recibir las cantidades que los socios agraciados les fuesen entregando para comprar el terreno, depositándoselas en el Banco a su nombre, hasta entregarles la escritura de propiedad; la de higiene, debía velar por el cumplimiento de las condiciones aceptadas por los compradores y por todo lo concerniente al ramo, y por fin la de los títulos debía correr con todo lo per-

teneciente al título de propiedad, hasta proporcionar al comprador la escritura correspondiente.

Al poco tiempo, al sud del llamado Pueblo Nuevo, junto al camino de San Roque, entre las calles Ayacucho y Bolívar, alzábase ya el primer barrio de San José. Un terreno de veinte mil metros de superficie, dividido en tres cuerpos, y éstos en 61 lotes de 10 por 30 metros, contenía la ubicación de 50 casas que ocupaban 250 personas. Divididas las viviendas en pequeños boulevares con árboles de sombra y con una espaciosa calle central, que se llama: «Pasaje Domingo Funes», por ser el dignísimo caballero de este nombre, el principal bienhechor de la obra, presentaban en su conjunto un aspecto muy distinto de los antiguos *ranchos*, que siempre constituyeron el albergue de las clases proletarias.

La bendición de las primeras casas fué un acontecimiento en su género. Lo verificó el Rdo. P. José Barrachina, asistido por el P. Fernández, y siendo padrino el venerable anciano D. Domingo Funes. Asistieron numerosos miembros protectores y socios josefinos y humildes obreros con sus familias, que no pudieron menos de prorrumpir en vivas y aclamaciones al P. Fernández, y a los demás bienhechores, aquellos caballeros cristianos que precisamente por serlo, se preocupaban de ellos, hasta regalarles terrenos y construirles viviendas cómodas y tan baratas, que con un módico alquiler de algunos años — el mismo o menor que el que pagarían en cualquier otra parte — las hacían suyas.

Para que se entienda lo cual, y se vea el espíritu de protección al obrero que ha presidido estas obras, pondré algún ejemplo.

Un lote fué avaluado el 5 de abril de 1907 por el ingeniero del Banco del Hogar Argentino en 4.551 $, y al momento preséntanse varios obreros ofreciendo 40

pesos de arriendo mensuales, lo que no es de admirar, por ser esquina, teniendo tres piezas y 495 metros de superficie. Esto no obstante, la Comisión Protectora lo avalúa en 3.000 pesos, y se lo da a un obrero por 25 pesos mensuales, como arriendo y amortización en diez años.

Otro lote tenía un terreno de 240 metros y casa con dos piezas, y fué tasado por la Comisión en 1.200 pesos, pagando en los diez años sólo 10 pesos mensuales por arriendo y amortización juntamente. Y así los demás.

Sistema ingenioso, por el que, si bien se obliga al obrero a interesarse y trabajar para pagar el arriendo de la casa que habita, con todo se le inspira el trabajo con gusto, pues trabaja para sí, ya que en breve, con sus propios esfuerzos, queda dueño de la finca, y en realidad no paga indefinidamente un alquiler a manos extrañas, sino que amortiza día a día en su favor una deuda que ha contraído al recibir la casa, hasta que queda suya. Procedimiento que consulta mucho más la laboriosidad y honradez del obrero, que si se le diese de regalo. Nótese también que si durante los diez años, que es el plazo para extender el título de propiedad, se rescindiese el contrato, se devuelve al inquilino la cantidad amortizada.

Al beneficio de las habitaciones debe añadirse la prolongación de cañerías de aguas corrientes, el sostenimiento de una escuela gratuita para el barrio, el seguro contra incendios y aun una capilla en que se atiende a sus necesidades espirituales; todo lo cual demuestra el empeño del P. Fernández para que nada falte a sus obreros.

Por supuesto que no podría cualquiera aspirar a poseer en el barrio de San José, una casa ni un lote de terreno para construírsela. Desde el principio se fijaron algunas condiciones. Por ejemplo: pertenecer a

la Asociación de San José: carecer de casa propia y no proponerse el lucro. Además: que una vez designado el lote de terreno al socio, éste no debía dejar pasar más de seis meses sin empezar a construir su casa; que la casa tuviese más de una pieza, pues es preferible, decía la instrucción, para la moral e higiene, dos piezas de barro y pobres, a una sola, por buena que sea; y no poner en ella venta de licores, ni juegos prohibidos, ni dar escándalo. La infracción de cualquiera de esta cláusulas daba a la Comisión el derecho de retrocompra, en cuyo caso ésa devolvería al comprador la cantidad recibida por el terreno, y le abonaría además el valor de los edificios en él construídos.

Teníase ya terminada y poblada una barriada obrera; pero no debía quedar por eso agotada la actividad constructora del P. Fernández, que si Enrique IV de Francia deseaba que todos sus súbditos comiesen bien, es indudable que el P. Fernández aspiraba no sólo a que todos sus josefinos tuviesen abastecida la mesa, sino además a que viviesen con comodidad, lo que llamaba él la *mitad de la civilización*.

Necesitábanse más terrenos y más dinero. Para lo primero pusiéronse los ojos en unas manzanas baldías situadas al sud de la ciudad, en lo que se llama Nueva Córdoba. Pertenecían al gobierno provincial y no se perdía nada con elevar una solicitud, y mover los cubiletes, como se dice, para que fuese apoyada y convertida en ley. Así se hizo. El señor Dr. Benjamín Otero Capdevila, en calidad de presidente de la Comisión Protectora de la clase obrera, se dirigió a la legislatura de la Provincia, pidiendo la donación a favor del Obispado de la diócesis de una manzana de terreno. Formóse expediente administrativo, se informó favorablemente, y en junio de 1906 el senado y la cámara de diputados sancionaban con fuerza de ley la disposición siguiente:

«artículo 1º. Dónase al Obispado de Córdoba la manzana de terreno Nº 104, comprendida en la zona de Nueva Córdoba, con el exclusivo objeto de construir en ella casas para obreros, miembros de la Asociación: «Artesanos de San José». La cuestión del dinero no fué tan fácil por esta vez. Se acudió al mismo gobierno provincial. El P. Fernández había llamado al seno de la Comisión Protectora, a los legisladores, senador D. Rodolfo Reyna, y diputados doctores D. Félix Garzón Maceda y D. Mardoqueo Molina, y señores D. Pablo Argañarás y D. Sergio Malbrán, para imponerles bien del asunto. «Si las honorables Cámaras, decía luego en la de diputados, el gran adalid de la causa católica en Córdoba, el médico Dr. D. Félix Garzón Maceda, si las honorables Cámaras, en vez de limitar su dádiva a una manzana de terreno para la Sociedad Protectora de Artesanos de San José, hubiesen ampliado su generosidad, acordándole una ayuda pecuniaria, habrían realizado la más grande, la más útil, la más práctica empresa en pro de la clase obrera». Fué inútil. Parece que se temían las *exclusiones* es decir, el que resultasen sólo favorecidos, en este lance, los socios de San José, como si no entrase en las atribuciones de los gobernantes el estimular y el premiar la pública honradez. En cambio se dió otra vuelta al asunto y se obtuvo dinero. El mismo Dr. Garzón Maceda, el incansable Amigo de los obreros, como se complacía en llamarle el P. Fernández, presentó un proyecto de ley pidiendo 150.000 $ para la construcción, a cuenta del gobierno, de casas para obreros. No hacía mención de josefinos, y el proyecto fué viento en popa. El Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia Dr. D. Félix T. Garzón lo tomo bajo su protección, y para demostrar el interés que le inspiraba, lo presentó en las sesiones extraordinarias. En el entretanto el Dr. Garzón Maceda, autor del proyecto,

había sido nombrado Ministro de Gobierno, y dicho se está que ya no pudo haber dificultad. El proyecto fué ley el 21 de octubre de 1907, y aun cuando no parecía obra josefina, lo era en realidad, siendo nombradas personas conspicuas de entre los socios protectores, para que administrasen los fondos votados y ejecutasen la obra. Así se realizó y el P. Fernández, inspirador de todo, tuvo la seguridad de ver levantadas otras cincuenta casas más para obreros, que aunque no fuesen josefinos precisamente, pero eran obreros, y esto era más que suficiente para que él los favoreciese.

Sin embargo, y admírese de nuevo la actividad del P. Fernández, no debían construirse esas casas antes que se construyesen las de los josefinos, para las cuales negóse la Provincia a dar dinero.

Erogaciones particulares debidas a familias sumamente beneméritas de la Iglesia y de la sociedad cordobesa, y que coadyuvaron siempre incondicionalmente las empresas del P. Fernández, tales como las de Funes, Perea Muñóz, Castellanos, López, Garzón, Martínez, etc., formaron el capital necesario para empezar. Se acudió a las cámaras nacionales; presentaron su proyecto de ley los diputados señores Cárcano, hoy Gobernador de Córdoba, Olmedo, del Barco, Roca, Bouquet y Peña, pidiendo 80.000 $ de subsidio a favor de los Artesanos de San José; y el gobierno de la República, aunque agobiado entonces por los gastos del Centenario de la Independencia, — nos hallábamos en 1910 — entrando de lleno en este movimiento favorable al obrero, iniciado en Córdoba, votó 60.000 $ para la Asociación de San José.

Más aún: entonces el superior gobierno de la Provincia se dignó incluir en el programa oficial de festejos del Centenario de Córdoba, la bendición de una bandera argentina, propia de la sociedad de San José, y la co-

locación de la primera piedra de la serie de casas que iban a construirse para los josefinos. El día 29 de mayo, pues, durante las fiestas oficiales, y como una de ellas, llena la iglesia de la Compañía y cantado el himno de los Artesanos de San José, el Illmo. Sr. Obispo de la diócesis bendijo la bandera patriótica y de allí se dirigió la concurrencia al lugar del nuevo pueblo josefino, en donde bendijo el Sr. Obispo la primera piedra y el Sr. Gobernador la colocó, entregando él mismo a los socios agraciados los títulos correspondientes a la primera serie de lotes. Tan grata fiesta terminó con un elocuente discurso del Dr. D. José Cortés Funes, Presidente del Consejo provincial de educación, y el himno nacional tocado por la banda de la Provincia.

Como fecha de grandes festejos, se prestaba el año 1910 para dar a la instalación y apertura del nuevo barrio todo el relieve y resonancia de un hecho de transcendencia. He aquí cómo se combinaron los sucesos.

La Universidad de Córdoba celebra la colación de sus grados con solemnidad y aparato desusados en nuestros tiempos. Nunca la pontificia y regia Institución cordobesa aparece tan majestuosa como en esta ocasión. Es cierto que no forman ya parte del programa los regocijos populares, que eran imprescindibles en la época colonial y que bordaban el marco alegre y risueño de un cuadro lleno de gravedad; pero permanecen inalterables las grandes ceremonias de la iglesia de la Compañía, que es también la iglesia de la Universidad, y del aula máxima o salón de grados de la Universidad, que deben celebrarse, según los cánones universitarios el 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción. Para ellas invítanse personajes principales, no siendo raro que el Ministro de Instrucción Pública de la nación, y aun el mismo Presidente de la Reblica las presida. No hay que decir que el claustro

acude en pleno y de oficio, y que los jóvenes universitarios se consideran obligados a asistir.

En 1910 se invitó al Excmo. Sr. Presidente de la República Dr. D. Roque Sáenz Peña para que honrase con su presencia los actos de la colación, y él no sólo aceptó la invitación, sino que, recordando que las cámaras nacionales acababan de votar 60.000 $ para los obreros cordobeses, creyó que ninguna oportunidad sería más a propósito que aquella para llevárselos, y entregárselos él mismo en persona, y así lo nizo, como se verá.

En la misa solemne celebrada en la Compañía predicó de la Virgen Inmaculada el P. Fernández. Sermón delicado por el argumento y de compromiso por el auditorio; pero lo desempeñó tan lindamente, llamaron tanto la atención del Sr. Presidente las oportunas y sabias alusiones al gobierno, a la política y hasta a su propia persona, que después del sermón le envió a decir estas palabras: «de aquí en adelante le tendré a V. R. por hombre y medio».

Celebrada la fiesta universitaria, debía tener lugar el día siguiente, 9 de diciembre, la entrega de las llaves de las nuevas casas a los socios que las habían merecido. El P. Fernández, poniendo de intermediario al Sr. Gobernador de la Provincia, logró que fuese el mismo Dr. Sáenz Peña, quien las entregase a los obreros. Este acto fué, a no dudarlo, el más grato al pueblo cordobés, y el que granjeó más simpatías al Presidente. Reunidos, pues, los caballeros que formaban la Comisión Protectora y multitud de josefinos en el magnífico salón de recepciones del palacio del Gobernador, el Presidente de la Comisión dirigió estas palabras al primer magistrado de la Nación:

Excmo. Sr. Presidente de la República:

Toda dignidad lleva consigo consuelos y amarguras; líbrenos la Providencia de cooperar a estas últimas. An-

tes al contrario, abrigamos la esperanza, Excmo. Señor, de ofreceros el cuadro más consolador, que viene acariciando vuestro corazón.

«No creáis que nos es desconocida vuestra historia en orden a la popularidad que hace ser digno del primer puesto a un ciudadano.

«Lo consignaron los romanos como ley suprema, y S. E. como suprema ley: «La salud del pueblo». — *Salus populi suprema lex.*

«Y digo que no nos es desconocida vuestra historia porque tenemos noticia de vuestra correspondencia con la Argentina desde los altos puestos diplomáticos que en Europa ocupabais. Y aquel ideal acariciado por S. E. lo tiene realizado en estos momentos.

«¿No es vuestra noble aspiración que los grandes se acerquen a los pequeños? pues aquí lo tenéis realizado; mezclados estamos los honorables imembros de la Comisión Protectora y los modestos hijos del taller, los Artesanos de San José.

«Y como en la diplomacia humana habréis escuchado más de una vez palabras más ricas en cumplimientos, muy distintas las nuestras, las confirmamos con hechos.

«Y en prueba de ello, Excmo. Señor, aquí tenéis las llaves de las diez hermosas casas levantadas por los miembros de la honorable Comisión Protectora, y a la par nuestra queremos goce con nosotros por el noble título de padre y amigo del obrero.

«Hacemos votos porque llevéis un viaje feliz, y nosotros cooperaremos al orden social, bajo la dirección de nuestro digno representante, el Excmo. Señor Gobernador, amigo y protector nuestro».

Acto seguido el Sr. Presidente de la República fué entregando las llaves de las nuevas casas a los obreros, dirigiendo a cada uno palabras de benevolencia, y recibiendo de aquellos honrados cristianos, hijos del pue-

blo, las pruebas más sinceras de respeto y gratitud. Con esta ocasión, el Dr. Sáenz Peña se enteró largamente de la organización josefina, de sus ideales, de los medios con que contaba para realizarlos, y hablando con el P. Fernández quiso saber el costo de cada una de las recién construídas casas y habiéndoselo dicho el Padre, le contestó el Presidente: «sólo Vd. ha podido obtenerlas tan baratas».

Por una delicadeza muy notable, y que entonces se reparó poco, no quiso el Presidente aprovechar aquella precisa ocasión, para hacer la entrega de la cantidad que había traído para continuar cabalmente aquellas mismas casas, cuyas primeras llaves acababa de entregar. Esto hubiera dado lugar a una ovación, que hubiera parecido demasiado buscada; no lo hizo entonces, pues, sino más tarde, al retirarse, y como si dijésemos, en secreto.

Empezóse, con esto a habitar la nueva población josefina, situada en el ensanche de la ciudad, llamado «Nueva Córdoba». Es este un sitio a la verdad encantador, y que reune todas las condiciones apetecibles para su objeto. Suelo elevado, junto a las grandes vías Buenos Aires, Independencia y Avenida Argentina, con magníficas vistas a la hermosa ciudad, apellidada la Roma argentina por sus cien templos que levantan a las nubes sus cúpulas y campanarios, y a la pintoresca sierra cordobesa, que ciñe a lo lejos su horizonte, oreado por el ambiente perfumado y fresco del grandioso parque «Crisol», situado a sus espaldas; todo es bello en aquel pequeño barrio levantado por la caridad de Jesucristo y habitado por fervientes cristianos. Y en verdad, que de todos los atractivos que el sitio ofrece, el mayor de todos es la alegría cristiana y el aire de paz y felicidad que allí se respira. Observación que se me ofreció también al visitar la barriada josefina del Pueblo Nuevo.

Imagínese un conjunto de viviendas independientes, en cuya construcción se ve que no se ha tenido en cuenta la apariencia y la especulación, sino la solidez y el buen gusto. Dos calles las dividen que llevan hoy, como no debía ser otra cosa, los nombres de calle del P. Carlucci y calle del P. Fernández. Tiene cada casa su huertecito y jardín que cuando yo las visité estaban hechos un primor. Casi en ninguna faltaba el parral y la higuera, símbolos de la felicidad doméstica, que ofrecían ya tupida sombra y empezaban a prometer sabroso fruto. Cubrían el suelo alhelíes y albahacas, rosales y clavelinas, mientras la madreselva y el jazmín, el heliotropo y la glicinia se encaramaban por todas partes, hasta por la tapia y por la verja, asomándose por la puerta, como para saludar al viandante y anunciarle que aquella es una morada de ventura. Después supe que la Comisión Protectora proporciona semillas y plantas a los que las solicitan. Y si del jardincillo se penetra al interior, la sorpresa es más grata todavía, al hallarse con hogares que respiran el aroma de todas las virtudes cristianas, sobre todo la afabilidad, la modestia y la honradez; verdaderos trasuntos de la Casa de Nazaret, cuya santa imagen con la de Cristo Crucificado y el retrato del P. Fernández, mezclados con los de la familia, suelen ser su adorno principal. En suma, que ya material ya moralmente consideradas son estas barriadas muy agradables, y en ambos órdenes representan un progreso positivo digno de consideración. Lo cual es tanta verdad, que no pocos artesanos, por sólo gozar de las ventajas morales que les ofrece un vecindario tal, se han empeñado en ir a vivir en él.

Reinando, pues, en esos parajes el espíritu de cordial expansión que se deja suponer, había que ver y oír la algazara que se armaba cuando por allí asomaba el P. Fernández. El era su padre. Los niños saltaban

de alegría y los ancianos le bendecían llorando. Todos debían hacer acto de presencia en la puerta de su linda casita, como para decirle al Padre: «ya ve qué limpia la tenemos, y qué contentos estamos de vivir en ella; Vd. nos la ha proporcionado». Y el Padre, al verse rodeado de niños contentos y de trabajadores agradecidos, ofrecía aquel espectáculo que tanta veces presenció complacido el cielo y la tierra, y que Córdoba no olvidará jamás. Porque era entonces cuando aquel venerable e incansable anciano parecía transformarse; tal era la celestial alegría que irradiaba su rostro y el cariño y el interés que se desbordaba por sus ojos y por sus palabras llenas de unción y de ternura. Por esto el pueblo de Córdoba amaba y reverenciaba a aquel sacerdote santo, consagrado del todo a su felicidad temporal y eterna.

CAPÍTULO V

Socorros mutuos. — La prensa entre los josefinos. — Fiestas y regocijos. — Grandioso salón social. — Expansión de la obra cordobesa por diferentes puntos. — El pequeño ahorro. — Las huelgas y el P. Fernández.

Por lo que queda expuesto, resalta la actividad constructora desplegada por el P. Fernández para proporcionar viviendas higiénicas y adecuadas a los obreros, en contraposición a los miserables tugurios usados en los suburbios de Córdoba, y a las casas llamadas *de renta*, estrechas e incómodas, de donde el afán de interés desmesurado ha proscrito la higiene y toda razonable comodidad.

Pero no se ciñó a la casa la solicitud del P. Fernández. Ya se ha dicho que se propuso desde el principio que la Asociación josefina tuviese también el carácter de socorros mutuos, y lo logró bien; porque más que de socorros mutuos basados en la paga de la cuota y en la exacta aplicación del reglamento, al fin letra muerta, lo cual tampoco olvidó, obtuvo por la piedad sincera y ardiente que supo inspirar a los socios, y la práctica de la abnegación, en la cual él iba delante, que fuese el amor cristiano el alma social que penetrase y vivificase toda la corporación; y que el dulce nombre de *hermanos* que llevan y se dan los miembros de la Aso-

ciación josefina no fuese un nombre vano, sino una hermosa realidad. Sobre todo con ocasión de desgracias y enfermedades, abundaron los actos caritativos, hasta heroicos, unos conocidos, otros ocultos, con los que se acrecentó el caudal social de méritos ante Dios, se aumentó la pública edificación, y se hicieron más estrechos los vínculos de la solidaridad de los miembros entre sí y con la Asociación.

Así se expresa un pobre obrero, que da testimonio de lo dicho:

Córdoba, 7 de septiembre de 1908. — Sr. Presidente de la Asociación de San José. —Estimado Señor: Antes de retirarme de la ciudad para irme a mi campo, quiero dar las gracias a todos mis hermanos josefinos por las atenciones y protección que me han dispensado, durante mi larga enfermedad. Las frecuentes visitas que muchos hermanos me han hecho, los beneficios pecuniarios que he recibido, y la caridad del Dr. Castellano, que me ha tratado como si perteneciese a su familia, todo me obliga a dar gracias a Dios y a Vds. Pues tengo la convicción que sin una atención tan fraternal y cristiana, como la que han tenido conmigo, me hubiera muerto; y no hubiera podido resistir las dos operaciones que me han hecho, ni hubiera podido contrarrestar por la multitud de sacrificios y trabajos que consigo llevaban. Reciban todos las gracias, y en particular el R. P. Director, y Vd. el celador Quiñones, y el jefe, incansable Sr. Ortega, y el amable y bondadoso Dr. Castellano. Su seguro servidor J. G...

El P. Fernández, como hombre prudente y de su tiempo, amaba la prensa católica con delirio. Por fortuna Córdoba, como Santiago y otras ciudades de Chile, está en esta parte a una altura envidiable. Grandes órganos de publicidad, respetados y autorizados ante el público, representan las enseñanzas y defienden los derechos de la

Iglesia. Pero por carecer Córdoba de una hoja sencilla y popular, acomodada a las exigencias de los pobres, la fundó él con el título de «El Amigo del Obrero». Este periodiquito, redactado en gran parte por el mismo P. Fernández, solía contener todo aquello que más de cerca podía interesar a los josefinos: documentos pontificios y episcopales sobre el espíritu que deben revestir las organizaciones sociales católicas; noticias edificantes de obras similares, leyes de protección social, comentarios de los sucesos del día, y finalmente proyectos y empresas de la Asociación josefina de Córdoba y hasta anuncios y avisos de sus funciones y fiestas.

Porque eso sí, el P. Fernández no olvidó jamás, que las sociedades de hombres, especialmente si son del pueblo, necesitan para gozar vida robusta, reuniones frecuentes para conocerse y tratarse, entrar en los planes de la obra, respirar el aire saturado del espíritu corporativo, que se respira cuando se ven muchos, y vivir en una palabra la vida de la colectividad.

De ahí que aprovechase cualquiera coyuntura para congregar a los adheridos. Además de la reunión dominical en el templo de la Compañía, y de las funciones reglamentarias, procuraba otras, bien de piedad, bien de regocijo y expansión. Las rifas, por ejemplo, solían ser motivo de gran concurso, ya que no pocas veces se sorteaban premios de gran valor para un obrero, como un lote de terreno valuado en 500 o 1000 $, pudiendo aspirar a él gratuitamente, con sólo los boletos que acreditasen su asistencia ordinaria a los actos de la Sociedad.

Los anuncios de estas reuniones pintan ellos solos el carácter popular de la Asociación josefina, y cuán bien sabía acomodarse el P. Fernández a los gustos y necesidades del pueblo humilde que trataba. He aquí un modelo:

«Fiesta del Patrocinio de San José. — A las tres de la tarde se reunirán los socios en la Nueva Córdoba — población josefina — con el fin de bendecir una preciosa estatua de San José, que se colocará en la parte más preferente de la calle pública, y también se bendecirán las 16 casas construídas por la Comisión Protectora. Inmediatamente se hará una rifa gratuita y fraternal, compuesta de muchos premios, siendo el mayor de ellos un lote de terreno que vale más de mil pesos. A continuación se inaugurará el teléfono y la luz eléctrica, en señal de progreso y civilización; esta última obsequio muy estimable de la nueva Compañía de luz eléctrica de Córdoba. También es probable que se dé lectura al decreto o disposición expedido por la Municipalidad, en virtud del cual se exoneran de impuestos municipales por 10 años las casas arriba mencionadas; y se repartirá impresa la lista de los socios dueños de ellas... Pueden asistir todos los que simpaticen con esta benemérita Asociación, y en particular los obreros, aun cuando no pertenezcan a ella».

Muchas de estas fiestas, lo mismo que las conferencias públicas y otros actos extraordinarios, tenían lugar en el salón social, situado en la plaza de la Compañía. Este salón, cuyo solar se compró en abril de 1907, se inauguró el 9 de diciembre del mismo año, bendecido por el Excmo. Sr. Internuncio Apostólico, Mons. Aquiles Locatelli. Pero dado el incremento de la Sociedad, y comprendiendo cada día más el P. Fernández que era indispensable poseer un local amplio, en donde cómodamente cupiesen sus josefinos, y aun otras personas, cuando así conviniese a los intereses de la corporación, deseoso de marchar siempre a la vanguardia de las mejoras y de de los progresos útiles, para que nada se echase de menos en su obra, ya que no se atrevió la Comisión Protectora a alquilar al gobierno el teatro «Rivera In-

darte», como hubiera sido su deseo, concibió el proyecto de agrandar inmensamente el primer edificio y convertirlo en la verdadera Casa del Pueblo obrero cordobés. Y como lo concibió lo realizó. Obra magnífica y de las de mejor gusto que hoy posee Córdoba, ha sido el mejor monumento y el último recuerdo que ha legado el gran corazón del P. Fernández a la clase obrera, construyéndole un palacio arquitectónico al fin de sus días, como le tenía formado, desde su infancia, un palacio de amor en el fondo de su alma.

En la plaza, pues, de la Compañía, frente a la vetusta iglesia, y ocupando por entero uno de sus lados, levántase el edificio obrero, formando ángulo con el elegante y severo palacio del Municipio, al cual, sin embargo, no es inferior, y con el cual compite en elegancia y majestad. Corónale una artística imagen de mármol blanco del santo Patriarca y ostenta con grandes letras y en el balcón de honor esta inscripción: «Artesanos de San José». Es de dos pisos, en cada uno de los cuales hay un grandioso salón y diferentes piezas para biblioteca, archivo, reuniones del Directorio, despacho de asuntos de la Sociedad y habitación del conserje. Preside el salón superior, que es el más capaz, un precioso cuadro de la Sagrada Familia, y cubren sus paredes diferentes series de cuadros religiosos y científicos, en lo cual se descubre el empeño de contribuir a la cultura y educación del obrero cristiano, aun por medio de los objetos que penetran por los ojos.

Grata es, en efecto, y honda la impresión que se experimenta al entrar en ese espacioso y magnífico local, que sin ser lujoso, porque sería impropio, reune todas las condiciones que puede apetecer un obrero para su honesto y cristiano solaz. Su inauguración tuvo lugar el 28 de abril de 1912, día del Patrocinio de San José, con una linda fiesta cívico-religiosa, presidida por las dos

primeras autoridades de Córdoba, el Sr. Gobernador y el Sr. Obispo, en la que el Presidente de la Comisión, Dr. Benjamín Otero Capdevila, pronunció un bellísimo discurso historiando aquella obra de unos pocos hombres dirigidos y estimulados por el P. Fernández: «carácter enérgico, añadió, brazo de luchador y alma de apóstol»; el artesano Sr. Tomás Arnaldes cantó un dulce y tierno himno de agradecimiento a sus protectores, en especial al P. Fernández «por su amor, dijo, por sus insomnios, su paternal cariño hacia nosotros, digno sólo de pagarse con las oraciones de todo amoroso hijo, que pide a Dios le conserve muchos años de vida para bien de sus amados obreros»; y el grandilocuente y fervoroso orador bonaerense D. Mario Gorostarzu echó tal vez la mejor pieza de su ya larga carrera tribunicia, panegirizando las glorias sociales del Cristianismo. En este brillantísimo discurso, también hubo sus palabras para el P. Fernández. Allí estaba él al frente de aquella Comisión Protectora que había levantado el edificio y de la cual era el alma, y al frente de toda la Sociedad josefina, de la cual era el todo. «¡Loor, eterno loor, dijo refiriéndose al Padre el Sr. Gorostarzu, loor, eterno loor a ese venerable anciano, apóstol de Cristo y de su credo, que en los amorosos secretos de su paternal corazón fundó esta obra, bella corona de sus canas y grandiosa consagración de sus esfuerzos!».

Cuando el P. Fernández emprendió la construcción de sus barrios obreros, fueron varias las personas que desearon ofrecerle terrenos para el mismo objeto; pero como además del suelo se necesitaba dinero, no fué posible apresurarse a aceptar tales donaciones, que, por sus términos, excluían toda otra dedicación; y fué necesario proceder al paso que permitían los recursos. Con todo aceptóse la de D. Augusto López, quien donó media manzana de terreno, ubicada en la ampliación del

pueblo General Paz, y en ella, como también en otro terreno situado en el Abrojal, se convino en continuar las construcciones, una vez terminadas las de Nueva Córdoba.

No sólo en la capital, sino también en distintos pueblos de la provincia, se dejó sentir eficazmente la influencia social cristiana del P. Fernández. Tiénesele por el fundador o reformador de los círculos católicos de obreros en Alta Gracia, Villa Dolores, Río Cuarto, Santa Rosa, Villa María y Bell Ville. En Alta Gracia estableció los socorros mutuos, el 25 de diciembre de 1907, y obtuvo de su gran amigo el Dr. D. Juan F. Cafferata el obsequio de una cuadra entera de terreno, que el ilustre facultativo y campeón de la causa católica, donó en 1909 a los obreros de aquel Círculo. En Villa María formó también la Comisión Protectora de obreros al estilo de la de Córdoba, con las personas de más viso y se propuso la construcción de casas, a cuyo objeto la Sra. Elisa C. de Pereyra contribuyó con media manzana de tierra. Además, para que los josefinos del pueblo de San Vicente tuviesen salón propio, obtuvo del Sr. Domingo Acosta la donación del terreno necesario.

En orden a la construcción de casas para obreros hizo todavía más el P. Fernández, contribuyó a la creación del «Banco Edificador de Córdoba», cuyos Estatutos provisorios publicados en 1912 establecen que el objeto de la Sociedad será el estimular el ahorro y facilitar el crédito a sus asociados, concediendo préstamos a cortos o largos plazos, para que construyan su hogar propio; construir y adquirir casas-habitaciones a beneficio de los asociados, en calidad de locatarios primero, para conseguirlas en propiedad, aceptar depósitos en caja de ahorros, etc.». Se ve palmariamente que el P. Fernández era ejecutivo; quería perseguir el *rancho* y des-

terrar el *conventillo,* y no se contentaba con brillantes y utópicas teorías: señalaba los medios más prácticos, y si era preciso se ponía al frente de las obras mismas para realizarlas en persona.

Pero el ahorro, por pequeño que sea, tan necesario al obrero, tropezaba con una dificultad insuperable. Precisamente por ser tan corto y estar representado por cantidades insignificantes, no podía ser recibido por los Bancos; con lo que se privaba a los pobres del estímulo y de la seguridad que trae consigo el tener hecho su depósito en la caja bancaria, en donde puede multiplicarse, y además está seguro. El P. Fernández obvió la dificultad. Por medio de la Comisión Protectora se dirigió al Banco de Córdoba pidiendo respetuosamente a su directorio, que limitase a la menor cantidad posible los depósitos que pudiesen hacer los Artesanos de San José, y que les acordase las condiciones más favorables, com prometiéndose por su parte la Comisión a sellar los boletos de depósito del artesano, a que ésos no se retirarían sin justa causa a su juicio, y a que estos depósitos se harían por la mayor cantidad y tiempo posibles, para compensar de algún modo la molestia que la concesión de la solicitud pudiera ocasionar. A tan cristiana y benética petición contestó el Banco de Córdoba, que su directorio resolvía recibir depósitos de los obreros josefinos, desde la suma de dos pesos papel, y felicitaba a la Comisión Protectora de la clase obrera por su noble iniciativa. Ventaja que fomentó y facilitó el ahorro a los obreros de San José, declarándoles una clase privilegiada.

La complicada y vasta actuación del P. Fernández en favor del pueblo cordobés le constituyó de hecho director y padre de la clase obrera en general. Sin duda alguna que llegó a ser el hombre más popular de Cór-

doba en el sentido más digno y aun más amplio de la palbra. El Padre podía firmar recomendaciones en favor de sus obreros, para ser dirigidas a personas que le eran por completo desconocidas, en la seguridad de que él no era un desconocido para nadie, y de que serían atendidas. Cuando fundó los socorros mutuos en su Sociedad josefina dirigióse a los dueños de las fábricas sometiendo el proyecto a su consideración, y «aunque sin título alguno personal para molestarles», como decía la circular, se prometía que aprovecharían aquella buena ocasión para cooperar a la formación de la Caja, y estrechar así las relaciones paternales y filiales que deben reinar entre patrones y operarios. Y no faltaron dueños de las fábricas que aprovecharon la buena ocasión con que les brindaba el Padre.

En diciembre de 1907 surge un conflicto entre oficiales y patrones sastres, que llega a la huelga de los primeros con notable trastorno público. Interviene el P. Fernández, como la cosa más natural del mundo, celébranse varias conferencias, y por medio del Dr. Rafael García Montaño, se firma un compromiso el 12 del mismo mes, en el cual el Sr. José Sainza por los patrones sastres, y el Sr. Abraham Granado por los oficiales, acuerdan lo siguiente: «que los operarios volverán al trabajo, obligándose los patrones a recibirlos con la benevolencia a que son acreedores». En esa misma huelga, que se hizo casi general, y en la que los dueños de fábrica y taller negáronse a recibir por muchos días a ningún trabajador, como si todos fuesen huelguistas, el P. Fernández se introdujo en las reuniones de los patrones, para hacer oir allí la voz de la justicia:

— ¿Con qué derecho, les dijo, perjudican Vds. a los buenos operarios, confundiéndolos con los indignos?

— Porque no nos conviene, contestaron, trabajar con poca gente.

— Está bien, repuso el Padre; pero entonces yo les daré de comer a ellos, mientras dure la huelga.

— Hágalo, le contestaron, y luego se lo remuneraremos.

Y les dió de comer el P. Fernández; lo que no hizo fué aceptar el importe de sus dispendios en favor de los pobres honrados, por más que se lo ofrecieron.

La amplitud que en su natural desarrollo había llegado a alcanzar la obra josefina del P. Fernández, hizo que los Superiores de la Compañía, atentos siempre a que no fuese sobre sus fuerzas la carga que se imponía, diesen orden para que dejando del todo la parte administrativa, se contrajese sólo a la espiritual y moral, y a la alta dirección del conjunto, como así se hizo, nombrándose una comisión de seglares, que atendiesen a los asuntos financieros.

Además, para que tuviese quien compartiese de oficio con él los trabajos de la dirección, y aun se formase a su lado ¸recibiendo las lecciones de tan experimentado maestro, fué nombrado el P. Fernando Vives, joven sacerdote chileno de la Compañía de Jesús, que con seguridad podía entrar a la parte del ministerio social por su preparación y cualidades personales.

CAPÍTULO VI

Otras obras de celo y apostolado.—La Asociación del Divino Maestro.— El Asilo de Niños Desvalidos. — El Patronato de Presos.

En la Argentina, como en Chile, comprendió el P. Fernández que una de las profesiones más dignas de atención y cuidado, era la del magisterio primario, abandonado en general por el sexo masculino, por ser muy molesto y poco lucrativo, y dejado por ende en mano de las señoras que lo aceptan con gusto, según lo demuestra el crecido número de diplomadas que egresan todos los años de las Escuelas Normales. Por otra parte, dado el sistema de monopolio docente, reinante en la República Argentina, no sólo respecto de la formación intelectual del escolar, sino también de la de los maestros, y soplando los pestíferos vientos de la impiedad y del laicismo en las regiones de la enseñanza oficial, es muy de temer que la nobilísima profesión de la enseñanza, representada por personas, a quienes sistemáticamente se ha procurado envenenar la sangre con el error antirreligioso o irreligioso, el más fecundo en delirios intelectuales y en monstruosidades morales, se convierta luego en el ariete destructor de toda virtud y en una espantosa plaga y desgracia nacional. No creo excederme al calificar de esta manera la enseñanza oficial de la República Argentina (1). En este país cuyo him-

(1) No me refiero, pues, a la enseñanza privada, la cual dirige numerosos establecimientos de enseñanza católica.

no nacional en todas sus estrofas, y cuya constitución nacional en todos sus artículos, respiran derechos y libertades individuales, civiles y políticas, se niega, o se desconoce al menos prácticamente, el primero de todos los derechos y consiguientemente la primera de todas las libertades que tiene el hombre, el derecho a la verdad religiosa, y la libertad para adquirirla. Aquí están las Escuelas del Estado, en donde reciben enseñanza obligatoriamente irreligiosa la inmensa mayoría de los niños argentinos, o si a duras penas se permite la enseñanza de la Religión, es en condiciones tan deprimentes, que la hacen moralmente imposible. Atentado cruel e inhumano contra la conciencia y la persona del niño; atentado cruel y sarcástico contra la conciencia y la autoridad de los padres, que, si son pobres, se ven obligados por la ley a mandar sus hijos a las escuelas oficiales, donde son educados sin Religión, cuando no contra la Religión; extorsión tiránica del dinero de una nación católica, ya que se la obliga a pagar una enseñanza que, en conciencia, debe condenar; mentís indigno a la libertad de conciencia que se promete a los extranjeros católicos, que lo son en su gran mayoría, ya que se obliga a sus hijos a ser educados contra conciencia; y ofensa por fin a la santa Iglesia, cuyos derechos se conculcan. Desorden enorme e incalificable, y que entre otros trastornos naturales, ha producido ya el fenómeno sociológico de transformar con una sola generación, la corriente europea cristiana, honrada y laboriosa, en el socialismo argentino, del cual se decía no ha mucho que jamás existiría, porque no tenía razón de ser. Idea por lo menos necia, concebida por hombres obcecados, que se fijaban sólo en las abundantes cosechas y en los altos jornales del país, sin tener en cuenta la escuela pública, que es y será siempre el plantel de la nación. Todo el oro del mundo será siempre in-

suficiente para curar el alma nacional, si ésta está enferma de irreligión.

En cuanto estuvo de su parte, el P. Fernández trabajó para atajar en Córdoba tamaño mal. Y no sólo trabajó para que en las esferas superiores fuese religioso el espíritu directivo de la educación popular, sino que estableció, en unión del Rdo. P. Posada, de la Orden de santo Domingo, para las señoras dedicadas a la enseñanza y alumnas aspirantes a serlo, la asociación del Divino Maestro, a imitación de la que existe en Buenos Aires, y que tan excelentes frutos ha venido produduciendo. Algo, con todo, añadió él como muy propio de su espíritu, a las prácticas de piedad comunes a esa clase de asociaciones, y fué el socorro mutuo, medio eficacísimo de atracción, y estrecho lazo de solidaridad, como lo prueba la experiencia.

Esta obra enardecía su alma. El magisterio católico era uno de sus bellos ideales, de sus fervientes anhelos. Cuando alguna maestra de capacidad y piedad notorias rehusaba por particulares razones, aceptar algún puesto, en donde podría servir a la santa causa, él entraba en movimiento y no cesaba hasta colocarla en el cargo. Cuando se lanzó la idea de levantar en Buenos Aires una Escuela Normal católica, iniciativa del virtuosísimo y apostólico Sr. Guillermo Etchevertz, Párroco de la Concepción, se regocijó el P. Fernández con regocijo intensísimo, y trabajó con celo en favor de una institución, en que cifraba fundadas y bellísimas esperanzas.

Entre los numerosos asilos que la beneficencia pública tiene abiertos en Córdoba a la pobreza y orfandad, hay uno, el de Niños Desvalidos, que por hallarse en circunstancias especiales de decadencia y falta de recursos, se creyó que ningún otro medio sería más apto para levantarlo y proporcionarle favor que colocarlo en manos del P. Fernández. Por decreto, pues, de la In-

tendencia Municipal, expedido el 9 de junio de 1911, fué nombrado el Padre miembro de la comisión directora de aquel establecimiento, en compañía de los Sres. Benigno Acosta, Froilán del Viso, Manuel Mota y S. Dutari Rodríguez. Aceptó de buen grado el P. Fernández, y fué elegido presidente de la comisión. Se trataba de un antiguo asilo de caridad, en donde con escasos medios, a la verdad, se mantenía y educaba a gran número de jovencitos, más o menos indigentes, que fuera de él estarían destinados al arroyo. Esta casa, que había estado muchos años en manos del gobierno, se hallaba necesitada de medidas reformatorias. Se empezó por reformar los estatutos. El P. Fernández y sus dignos compañeros, en especial el Sr. Dutari Rodríguez, se preocuparon seriamente de ello y los redactaron cual convenía. Primeramente se empeñó el P. Fernández en asegurar en el establecimiento la educación religiosa y la acción del sacerdote, quien, según él, debía ser no un mero gendarme o guardián del orden, sino el verdadero director de la casa y el maestro obligado de Religión y Moral. Además debía establecerse la frecuencia de Sacramentos; por lo menos cuatro comuniones generales en la iglesia de la Compañía; y finalmente, misa diaria. En cuanto a la enseñanza, quería que fuese completa, cuanto puede necesitarlo un artesano o trabajador. Quería establecer dos secciones prácticas: la de profesionales en talleres de diversas industrias fabriles y la de agricultores, la cual se ensayaría inmediatamente en la apicultura, lechería, mantequería y quesería. Obtuvo también para el Asilo la personería jurídica. En suma, el buen Padre, que en donde quiera que veía pobres e hijos del pueblo pobre, allá se le iba el corazón, tomó muy a pechos el progreso del Asilo de Niños Desvalidos, e ignoro hasta qué grado de perfección lo hubiera levantado, si la vida se lo hubiera permitido.

Otra obra, que tuvo también el privilegio de atraer las miradas y el afecto del P. Fernández, fué el Patronato de Liberados, o sea encarcelados y ex-encarcelados. Aunque oculta a los ojos de la sociedad esa clase despreciada de hombres, no deja de tener necesidades bien urgentes y dignas de que las tengan muy en consideración las personas que se dedican de veras a la regeneración social. Ya mientras dura su reclusión, necesitan que se les proteja para que sus causas se activen, para que se les procuren defensores celosos y abnegados, y para que se interese la voluntad de los jueces hacia la substanciación de los juicios y el fallo de las causas, dentro de los términos fijados por la ley. El facilitarles toda esa tramitación legal, es de ordinario un gran paso, que facilita su regeneración moral, quitándoles el obstáculo del odio a la ley y a las instituciones, de las cuales con frecuencia los presos se creen víctimas, y depositando así en su corazón el principio del agradecimiento y del amor hacia aquellas personas que, desinteresadamente, les procuran su favor. De mayor protección necesitan aún al obtener su liberatd. Es indudable que la reincorporación del delincuente al medio en que actuó está erizada de dificultades, porque debe borrar el estigma de su acción delictuosa, porque no consigue, de ordinario, hallar ocupación, y porque aun su misma familia, que sería su refugio natural, le cierra muchas veces las puertas, y se niega a reconciliarse con él que la deshonró. Todo lo cual hace que abandonado al ocio y a un aislamiento peligroso, se entregue por fin a la vagancia, y reincida una y muchas veces, hasta convertirse en el malhechor de oficio. Para remediar semejantes males, pensó el gobierno de Córdoba en crear una organización semejante a la que actúa en diferentes naciones europeas, como España, Italia, Bélgica, Francia e Inglaterra, con el nombre de Patronato de Presos, en las cuales las estadísticas

criminales han demostrado que el porcentaje de los delincuentes reincidentes ha disminuído notablemente, desde que funciona el Patronato (1).

Por decreto, pues, del Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, fecha 24 de abril de 1909, fué creado el sobredicho Patronato, nombrando para constituirlo el P. Fernández juntamente con los caballeros Dr. Juan F. Cafferata, Dr. Robín Ferreyra, Sr. Rodolfo Reyna, y Sr. Antonio A. Amaya, y las señoras Andrea S. de Ortiz y Herrera, Angélica D. de Achával, Marta Elena C. de García, Teodosia O. de Guiñazú y Mercedes A. de de la Torre. La nota del P. Fernández al Sr. Ministro de Gobierno, aceptando el nombramiento, es digna de conocerse:

«Córdoba, 4 mayo de 1909. — Al Sr. Ministro de Gobierno, Culto, Justicia e Instrucción Pública. — Los cristianos y elevados fines que el Patronato de presos, creado por V. E. en hora de inspiración, obligan a todo hombre de nobles sentimientos a mirar como una distinción muy honrosa el ser invitado a coadyuvar para que tan cristiano y humanitario proyecto se convierta en pronta y bella realidad. En esta virtud, dígnese S. S. recibir mis más sinceras felicitaciones por una disposición tan paternal y patriótica, mis más expresivas gracias por haberme dispensado una distinción tan honrosa como inmerecida al nombrarme miembro de la comisión fundadora, y mi más profundo respeto y atenta consideración. Dios guarde a V. S. muchos años. — Hilario Fernández».

Constituída la junta de gobierno, fué nombrado presidente el P. Fernández y secretario el Dr. Cafferata. Redactóse el reglamento bajo la dirección del mismo Padre y del Sr. Amaya, y repartióse el trabajo en dos

(1) *El Patronato de Liberados*, por el Dr. Juan F. Cafferata.

diferentes subcomisiones, reservándose especialmente el P. Fernández con el Dr. Cafferata los asuntos que se originasen después de la salida de los presos, como su alojamiento, trabajo y traslación a sus pueblos respectivos.

Para gloria de nuestro Padre y de sus dignos colaboradores, hay que consignar que fueron grandes los frutos de su abnegada actuación. Como es inútil esperar la verdadera regeneración del hombre, hállese o no se halle preso por sus delitos, fuera de las enseñanzas y de las virtudes cristianas, lo que principalmente procuró el P. Fernández fué que la enseñanza del Catecismo y la instrucción religiosa y moral se generalizase en la penitenciaría. Además obtuvo que las prácticas de piedad se verificasen con la debida regularidad, inclusos los ejercicios espirituales de ocho días cada dos años, y el triduo pascual cada año. Estas enseñanzas y prácticas piadosas iban acompañadas de toda suerte de favores a los recluídos; se les proporcionaba abogados defensores, se activaban sus causas y se les recomendaba a los jueces. En el orden material se les atendía para que nada les faltase de lo necesario. Bien lo sabían los penados que acudían al P. Fernández como a su protector y a su padre. Acercándose el Centenario de la Independencia argentina de 1910, conciben algunos, como era natural, el deseo de indulto, y se dirigen al P. Fernández, quien les contesta con una carta paternal y les promete llamar inmediatamente a sesión a la junta del Patronato, la cual, les dice él, «se hará un honor en poner su interseción en servicio de Vds.» Grandes afanes le costó al buen Padre obtener este indulto. Ellos fueron tales, que habiendo llegado a noticia de los presos le dirigieron, firmándola todos, una muy expresiva nota, en la que le dicen:

«Llega a nuestro conocimiento su evangélico y apos-

tólico afán de conseguir por medio de su autorizada y persuasiva palabra una ley de clemencia... Su noble proceder, Rdo. Padre, si bien nos alegra en alto grado, puesto que nos hace concebir esperanzas muy halagüeñas, no nos sorprende, por cuanto sabemos a ciencia cierta, que tiene Vd. bien justificado su apostolado de piedad, caridad y perdón, como digno e ilustrado miembro de la Compañía de Jesús. Reciba, Rdo. Padre, en la presente el testimonio sincero del profundo agradecimiento de sus humildes servidores».

En otra nota se le dice:

«Hemos estado sabiendo todos los sacrificios que Vd. se impusiera... sin tregua ni descanso tan necesario para sus años, trabajando en pro de esta parte de la humanidad... que se ve hoy sumida en una triste cárcel. Es Vd., Rdo. Padre, en este naufragio de nuestro porvenir, la única y santa tabla de salvación».

Para cuando saliesen de la cárcel organizó el Patronato todo un sistema de salvamento para esos náufragos de la sociedad. Se les pagaba el viaje a sus hogares, se les reconciliaba con sus familias, si era necesario, y se les proporcionaba ocupación honrada. En conclusión, que esa hermosa obra de misericordia, que fué la última que tuvo la honra de ocupar la atención y los desvelos del incansable P. Fernández, fué también la que engastó una de las piedras más valiosas en la rica corona de sus méritos, proporcionándole la ocasión de su enfermedad postrera y de su muerte, como luego se dirá.

CAPÍTULO VII

Ojeada general. — Cabida con las clases elevadas. — Influencia universal. — Confianza del P. Fernández en la Divina Providencia.— Generosidad. — Actividad increíble. — Tropiezos en el camino.— Virtudes heroicas — Amor del P. Fernández a la Compañía de Jesús.

En las notas que preceden, apenas he presentado al P. Fernnádez en Córdoba, más que desde el punto de vista obrero, y en la dirección de diferentes instituciones encaminadas todas al bien popular. Pero se equivocaría mucho quien pensase que a esto se redujo su labor. A medida que sus cualidades y sus virtudes fueron mostrándose, fueron más extensos los círculos de su acción e influencia; y cuando fué del todo conocido, esta influencia llegó en Córdoba a un poder moral sin límites. Allí fué también el P. Fernández el hombre de las clases elevadas, y el medio de atraerlas a sí, o mejor, el medio de atraerlas a Jesucristo, fué el mismo que utilizara allende los Andes: la revelación de su elevado y noble espíritu en el dirigir los ejercicios espirituales. Tienen éstos lugar, para caballeros, todos los años en la iglesia de la Compañía, como preparación al cumplimiento pascual, y en ellos le apreció y le admiró la alta sociedad cordobesa que, como se ha dicho, es la más culta de la República Argentina.

Oigamos a un testigo ocular, el Dr. Benjacín Otero

Capdevila, que debía ser bien pronto el amigo entrañable y el brazo derecho del mismo P. Fernández:

«Tuve la suerte de conocerle en ocasión de predicar los ejercicios espirituales para caballeros, que anualmente se dan en la Compañía; fué admirable la impresión general que produjo en aquel auditorio, el más representativo de hombres de posición social de todos los gremios de la actividad...

«La facilidad de expresión, la unción y autoridad de la palabra del conferenciante, la oportunidad y actualidad de sus observaciones y consejos, su actuación sobresaliente, social y patriótica en Chile, su afabilidad, su distinción, su afecto para nosotros y por nuestros asuntos, su penetración, su celo apostólico, su tino para presentar las cuestiones, y para granjearse la voluntad de los hombres de fe, como la de los tibios, y aun la de los enemigos, y hasta su porte atrayente y persuasivo, todo contribuía a hacer más interesante y buscada su conferencia y su opinión; y recuerdo perfectamente con cuánta avidez se deseaba, año tras año, que fuese él el encargado de las conferencias».

Desde aquella fecha memorable en Córdoba, el P. Fernández se adueñó de las altas cumbres, como suele decirse, y se reveló una inteligencia superior y una fuerza espiritual, a la que era nobleza rendirse, y con la que era un triunfo contar. Ninguna puerta hubo ya cerrada para él, y su nombre fué bien pronto el más popular de toda la ciudad. Lo cual subió de punto, cuando fueron todos testigos de su dedicación a los humildes y a los desheredados de la fortuna.

Quien pudo saberlo bien, me ha asegurado que ningún acontecimiento de importancia ocurrió en la historia de Córdoba, durante los años que inmediatamente precedieron a la muerte del P. Fernández, en el que él mismo no tomase parte decisiva. Esto, que alguno podrá

calificar de exagerado, podría confirmarse con autoridades y pruebas asaz fehacientes; pero por ser hechos casi de ayer, y sobre los cuales cabrían hoy tal vez criterios divergentes, y por otras consideraciones de prudencia, que a nadie se ocultan, me creo imposibilitado de verificarlo; pero no sin predecir — predicción bién fácil ciertamente — que la historia futura se encargará de hacerlo.

Lo mismo debo hacer notar sobre otros hechos importantes relacionados con la vida del P. Fernández, cuya comprobación documental existe íntegra, y que expresamente no toco, porque no puedo. Otros biógrafos venideros podrán hacerlo.

El pueblo de Córdoba contemplaba a nuestro Padre admirado y complacido. Veíale de continuo atravesar sus calles con la franca sonrisa en los labios, sobre todo cuando iba acompañado de obreros ,distribuyendo y recibiendo saludos de todos, pues nadie había que no se descubriese a su paso. Estaba en la conciencia de todos que aquel respetable sacerdote, cuya historia era gloriosísima, cuya alma encerraba tesoros de experiencia, cuyo corazón rebosaba torrentes de bondad, sin que ni una sola gota de la hiel de las decepciones humanas hubiese amargado la dulzura de su espíritu, se desvelaba de día y de noche por su bien, por su felicidad, por la paz de los hogares, por el alivio de los pobres, por el bienestar de todos, y de ahí la incomparable autoridad de su palabra y la confianza ilimitada en su persona. Su prestigio fué indiscutible y absoluto, porque a una preclara inteligencia unía los destellos de una preclara santidad.

«Fué una tarde del verano pasado, decía un periódico de Córdoba (1), refiriéndose al de 1912, cuando

(1) "La Voz del Interior".—13 julio de 1912.

tuvimos ocasión de comprender el porqué de este cariño ciego con que las clases populares miraban el paso por las calles del insigne hijo de Loyola.

«En la sastrería de Manuel Homs — daremos nombres, que el homenaje póstumo rendido a la memoria del que acaba de sucumbir, bien lo merece — se lamentaba aquél de la crisis que sufría su negocio, y la poca ayuda que le prestaban las personas de sus conocimientos.

«Estando en estas lamentaciones, un carruaje se detuvo a la puerta de la casa, y de él descendió el P. Fernández, acompañado de un caballero, con el que penetró en el establecimiento.

«¿Qué creen los lectores que había hecho el sabio sacerdote? Pues, sencillamente, convertirse en corredor de la sastrería, buscando clientes para ayudar a Homs a salir de la mala época.»

Sí; fué respetado y amado el P. Fernández, pero es porque se sacrificó y amó mucho. «Aquel, ha escrito el P. van Tricht, que no ama a los pobres y a los pequeñuelos, a los despreciados y desdeñados del mundo, no entiende nada del amor a Jesucristo»; y el P. Fernández que entendía mucho de ese amor a su Divino Modelo amaba entrañablemente a los pobres y a los pequeñuelos; por eso era tan amado de ellos.

De las autoridades obtuvo también grandes cosas a su favor. Ingenua y bondadosamente me decía el Excmo. Sr. Gobernador de Córdoba, que el P. Fernández le llevaba a donde quería; por ejemplo, a visitar sus diferentes barriadas obreras; y es natural que esto no sucediese sin que se promoviesen en el vecindario manifestaciones públicas de simpatía hacia su persona. También obtuvo de él y de su dignísima consorte Dña. Carmen G. de Garzón, que fuesen padrinos en el bautismo de una persona adulta, verificado con gran so-

lemnidad por el Illmo. Sr. Obispo en el templo de la Compañía.

He dicho que no había puerta cerrada para el P. Fernández. Este hecho hay que hacerlo notar más. Ocasiones hubo en que elevados personajes políticos necesitasen favores de enemigos suyos irreconciliables, los cuales a su vez ninguna relación tenían con el P. Fernández. El remedio era, sin embargo, acudir al Padre. Como se lo hacía, parece un secreto para los que no poseemos la delicadeza de su trato, en que estribaba gran parte de su fuerza; pero es lo cierto que el favor se obtenía, y el asunto de que se trataba marchaba como una seda.

Nada hay más terrible para una familia que el caer de la opulencia en la miseria. En este caso se pasa por todo, antes de sufrir la humillación de recibir públicamente una limosna. Si el P. Fernández lo sabía, el negocio estaba arreglado, aunque por lo demás se tratase de personas que le eran completamente desconocidas, porque él era el amigo obligado de todo aquel que sufriese. En estos casos se ofrecía un cuadro de una belleza moral embelesadora. Había que ver con qué humildad se llegaba a la puerta de la casa, preguntando por el señor o por la señora, y como quien iba a pedir un favor. Lo que pasaba dentro se ignora; lo que luego se veía era salir toda la familia con los ojos arrasados en lágrimas, acompañando al Padre hasta la entrada, y dando visibles muestras de agradecimiento y conmoción.

Los que más de cerca le trataban más le admiraban. Porque motivo de admiración era, sin duda, aquella su ilimitada confianza en la Divina Providencia, con que emprendía y llevaba adelante todas sus obras. Afirmaba que nunca se arredró por la falta de dinero, y que con frecuencia halló más de lo que necesitaba. «Más de una vez, dice el Dr. Otero Capdevila, el buen Padre

sometía a la aprobación de la Comisión Protectora de Artesanos, uno de sus proyectos, de construcción de algunas casas para obreros, por ejemplo, y lo primero que se le observaba era la necesidad de tener los fondos suficientes; pero él contestaba que «eso, corría por su cuenta», de modo que la consulta se convertía en asentimiento a un hecho preparado y dispuesto, desde que la única dificultad estaba allanada».

Adviértase, sin embargo, que él no pedía directamente su ayuda a nadie, y que frecuentemente rehusaba los ofrecimientos individuales, que pudiesen dar cima a sus proyectos, prefiriendo el concurso colectivo que imprimía carácter popular a sus obras, haciéndolas más simpáticas. Así, se sabe que no aceptó dos grandes sumas, con las que de golpe hubiera podido dar cabo a sus empresas. Decía sobre esto que si hubiese odiado tanto el pecado como odiaba el dinero, que no hubiera pecado jamás. Pero también aseguraba que nunca por el dinero había dejado de emprender una cosa que entendiese ser de gloria de Dios.

Su generosidad era ilimitada, como ya se ha notado muchas veces; por lo general, excedía a los merecimientos del agraciado; siempre tenía a mano el estímulo del premio positivo, que permite inmediatamente al desheredado de la fortuna, apreciar la satisfacción del bien obrar; mas cuando a esa prodigalidad y a ese estímulo de su parte, correspondía el pobre con la ofensa y la calumnia, entonces él correspondía extremando las larguezas.

De los ingratos no quería ni oír hablar. No le permitía a su corazón afligirse con su recuerdo; rogaba en general por ellos; con todo, hacía una excepción: aquel Ildefonso Fernández, que fué sin duda quien más feamente correspondió a las generosidades hasta imprudentes del P. Fernández, era todos los días, el primero

en sus oraciones. Por Ildefonso oraba, mientras él esparcía folletos, denigrándole y calumniándole.

La actividad incansable de este apóstol es algo inaudito. El P. Fernández era de suyo pronto en el obrar; no concebía poder hacer una cosa y no hacerla en seguida. Ni los años ni los achaques le pesaban para el trabajo.

Un día de verano fué a pasar unas horas con los Padres y Hermanos, que se hallaban en una quinta de la sierra de Córdoba, situada sobre una loma, por cuyo pie serpentea un arroyo. Durante la comida se habló de la conveniencia de abrir un camino, por entre las piedras y la maleza, que uniese la casa con el arroyo. No se dijo una palabra más del asunto; pero he aquí que durante la siesta, mientras todos estaban retirados, él, provisto de pico y azadón, comienza por su cuenta y a pleno rayo de sol, a desbrozar y abrir el paso proyectado. Fué necesario disuadirle de su rudo trabajo, que a él le parecía lo más natural.

Si así procedía en cosas de ningún interés, júzguese cómo obraría con lo que traía entre manos, y a lo que concedía suma importancia. En estos asuntos él lo era todo, si es que no lo hacía todo, desde buscar el dinero para levantar sus casas, hasta llenar para los futuros propietarios de ellas, él mismo y por su propia mano, las solicitudes de conexión para el servicio de aguas, dirigidas al Inspector de Obras de Salubridad.

«Puedo asegurarlo con conocimiento de causa, dice el tantas veces citado Dr. Otero y Capdevila, las Comisiones Directivas y Administradoras de la Comisión Protectora, como de las demás Asociaciones que dirigía, eran elementos decorativos; y que la vida y la prosperidad providenciales de ellas se debían casi exclusivamente a su esfuerzo de cabeza y de brazo en las mismas; y

siempre he considerado imposible que otro hombre pudiera reemplazarlo en trabajos, que correspondían a 20 hombres».

Y para que no se crea excesiva, esta afirmación, bastará decir que la residencia de la Compañía de Córdoba tuvo durante algunos años un movimiento tan extraordinario debido al P. Fernández, que parecería inverosímil, si no lo aseguraran personas bien enteradas; pues hubo día en que el buen Padre tuvo que ser llamado hasta setenta veces a la portería, para atender a las visitas y consultas de los que deseaban hablarle.

Esto dentro de casa. Cuando salía de ella, manifestábase su actividad del mismo modo, sobre todo si se trataba de auxiliar enfermos, y más aún si eran josefinos. *Bullía* entonces, como me dijo un Padre de Córdoba. Su agilidad y sus fuerzas se multiplicaban de un modo asombroso. He aquí cómo el H. Pedro Borreguero nos describe *un día del P. Fernández*, advirtiendo tan sólo que como ese día había muchos:

«Sería como la una de la tarde de un día festivo del mes de diciembre, cuando una señora se presentó en la residencia, pidiendo al P. Fernández para que fuese en seguida a visitar un enfermo de gravedad, en una de las casitas de las afueras de Córdoba. A los pocos minutos, avisados el Padre, como confesor, y yo como compañero, aparecimos en la portería. Tomamos las direcciones de los domicilios del enfermo y de la señora, interesada en la salvación de aquella alma y subimos al coche que en la puerta nos esperaba. A los tres cuartos de hora de andar llegamos a la hermosa quinta de la señora. En ella fué recibido el Padre por toda la familia con muestras de gran afabilidad, y tomando la palabra la señora, dijo al Padre: «De lo que aquí se trata es de traer al estado de la gracia a un enfermo de gravedad; es decir, ver primero de

confesarlo y después unirlo en matrimonio con la mujer, con quien hace bastantes años que vive ilícitamente, y de la que tiene varios hijos. Pero, Padre, añadió, el enfermo está tan completamente obcecado en no querer confesarse ni casarse, que veo el asunto sumamente difícil, y sólo una gracia especial del Señor podría ablandar su duro corazón». Oída esta narración, el P. Fernández dijo: «Como la misericordia de Dios es muy grande, confiemos en ella»; y luego dirigiéndose al esposo de la señora le suplicó que nos acompañase a casa de su amigo. Era esta una humilde casita, dando fachada a un camino. El Padre y el señor conocido del enfermo penetraron en el interior de la pieza, en que se encontraba postrado. En ella quedó luego el Padre solo, y al poco rato apareció en la puerta de la calle, donde yo le esperaba, con semblante risueño. Subí con él al coche, y díjole al cochero: «llévenos Vd. a la calle tal, casa del Sr. Obispo». Y a mí me dijo: «al enfermo ya lo he confesado, y dejado en disposición de recibir el santo matrimonio; ahora vamos a pedir el correspondiente permiso al Sr. Obispo, para casarlo». Al llamar a la puerta, salió un angelical niño de 8 o 9 años, y «qué desean Vds?» nos preguntó. «Pues hablar, hijito, díjole el P. P. Fernández, con el Sr. Obispo». «Pues hasta las 5 de la tarde no podrán verlo Vds. por estar ocupado». Entonces el Padre, lanzando un suspiro de ¡alabado sea Dios!, dijo al infantil porterito: «Pues, adiós, hijito; a las 5 volveremos para hablar con el Sr. Obispo». Metidos de nuevo en el coche, dijo al cochero: «llévenos Vd. a la Compañía». En el trayecto díjome el Padre: «he prometido al enfermo volver en seguida para casarlo; pero ahora con este inconveniente, y además con tener que predicar a las 4 a los josefinos (o josefinas) y a las 6 en nuestra iglesia, veo serme de todo punto imposible el poder cumplir con mi palabra. He aquí lo

que voy a hacer. Voy a encomendar la terminación de este asunto al P. Vilarrubias». Llegamos a casa, e informado el P. Superior de lo que pasaba, dijo delante de mí el P. Fernández al P. Vilarrubias: «vaya, pues, Padre, acompañado con el H. Borreguero, a sacar del Sr. Obispo las licencias para casar a ese pobre enfermo, del que acabo de hablar; y obtenidas, no pierdan tiempo, vayan en seguida, y cáselo; y aquí tiene unos pesos para pagar el coche. El P. Vilarrubias, al mostrarle el dinero, dijo no ser éste necesario mientras tuviese pies para caminar. Pero el P. Fernández reconociendo la distancia, lo urgente del caso, y lo despacio en caminar del P. Vilarrubias, por razón de los años y lo entorpecido de los pies, que llevaba medio arrastrando, díjole al Padre: «no sea así, V. R.; admita estos pesos para el coche; pues cuando es necesario gastar el dinero se gasta, y no hay que figurarse que se falta a la santa pobreza». A estas palabras, dichas con energía, el P. Vilarrubias admitió los pesos para el coche. Salimos, pues, de la residencia y no encontrando coche a mano, fuimos andando hasta la casa del Sr. Obispo. Llegamos a las 5, e interrogado de nuevo el niño porterito si se podría ver a Su Ilustrísima, nos contestó que sí, que podíamos pasar. Pasó solo el Padre, esperándole yo en una antesala; y a los pocos momentos volvió a salir, acompañado del Sr. Obispo, hasta la puerta de la calle. En seguida, me dijo: «ahora vamos a tomar un coche para ir al enfermo». Pero ¿dónde encontrar ese coche, en un día festivo, y a la hora del paseo? Perdida la esperanza, tuvo el P. Vilarrubias, con sus pies medio arrastrando, y el compañero que llevaba, que volverse a la residencia, y poner lo ocurrido en conocimiento del P. Fernández. Al entrar en casa y preguntar por él dijéronme que estaría por la sacristía. Efectivamente allí lo encontré con el ro-

quete puesto y en actitud de ir a subir al púlpito. Y habiéndole contado lo ocurrido, «bien, bien, díjome él, en seguida que predique este segundo sermón, volveremos a salir Vd. y yo para el enfermo». Eran ya las 7 de la noche, cuando terminado el sermón, volvimos a salir de la residencia, encontrando inmediatamente coche. Aquí veo cómo la Divina Providencia parece tenía dispuesto que el Padre, que debía casar al enfermo y terminar el asunto no había de ser otro, sino el mismo P. Fernández, que con el gran arte de un santo lo había antes preparado, o mejor dicho, convertido, con admiración y asombro de amigos y vecinos. Subimos, pues, al coche, y a las pocas cuadras de ir en él dijo al cochero: «pare Vd. aquí un momento»; y dirigiéndose después a mí, díjome: «Hermano, voy a entrar en un instante a esta casa, a ver cómo continúa un enfermo que tengo también bastante grave». Visto este enfermo, dirigímonos a la casa del primero. Eran las 8 de la noche cuando llegamos. Al sentir el coche, salieron a recibirnos el señor y la señora de aquella quinta de que antes hablé. Penetramos en la casa, que era de un solo piso, y ví en medio de una pieza, que sería la única que tendría la casa, una cama, y sobre ella el enfermo, gravísimo. Después de una breve exhortación del Padre sobre el acto que iban a realizar, y el beneficio grande que a toda la familia hacía el Señor, dió comienzo a las oraciones de la Iglesia referentes al santo sacramento del matrimonio.

«Después de este solemne acto y en medio de la gravedad del enfermo, se vió cómo la alegría y satisfacción de todos se aumentó por las tiernas y conmovedoras palabras que el Padre últimamente les dirigió. Salimos también nosotros alegres y contentos, despidiéndonos hasta la puerta de la calle la esposa del enfermo, sus hijos de 12 a 20 años, y cuantas personas

se hallaron presentes al acto. Y con una noche (recuerdo) sumamente serena, e iluminados los caminos, campos y ciudad por la claridad de una hermosa luna, llegamos a la residencia, sobre las 10 de la noche, en la que nuestros buenos Hermanos nos estaban esperando con nuestra modesta y ligera cena». Hasta aquí el H. Borreguero.

Relacionada con su actividad estaba su teoría sobre el servirse del coche de alquiler para sus viajes. Cuéntase de su antecesor, el P. Carlucci, que, por su austeridad, nunca se le vió ir en coche. El P. Fernández tenía otro modo de ver. El creía que siempre que sirviéndose de él podía ahorrar del tiempo que necesitaba, y así atender más rápidamente a los negocios urgentes que solicitaban su atención y despacho, podía y debía servirse del coche. En este caso, el coche era como otro instrumento cualquiera de gloria de Dios. Veíasele, pues, con frecuencia en coche. Más aún; si iba a pie, cuantos cocheros le encontraban, se ofrecían para llevarle, pues ya sabían ellos que el P. Fernández iba siempre de prisa y alcanzado de tiempo, y era frecuente el caso de no querer cobrarle nada. Pero su coche se convertía muy pronto, según una frase pintoresca que oí en Córdoba, en *una verdadera arca de Noé*. El tenía que llamar y hablar a todo el mundo, y para muchos lo más cómodo para oirle era entrarse en el mismo coche, hasta que se cupiese. Con esto llegaba muchas veces tarde a donde iba, si es que llegaba.

A pesar de que él era así, y de que era arrastrado al ejercicio de la caridad por todas las fuerzas de su espíritu, dispuso Dios que no le faltasen tropiezos en su camino, los cuales lejos de lastimarle, no sirvieron sino para poner más de relieve la nobleza de su grande alma, y abrillantar su valiosísima corona.

Se comprende que un operario como él tuviera siempre, como tenía, mil negocios particulares, enderezados

todos a la gloria de Dios y al bien de las almas. Quien haya estado más o menos en contacto con un hombre así, sabe que su vida llega a ser una pasión por su ideal; y como que la pasión es ciega, no ve nada más que sus cosas, si es que tiene la dicha de verlas como son, pero fuera de ellas no ve más, y les está tan adherido, que sólo con violencia suma y desagrado manifiesto puede de ellas arrancarse. Tal vez no podrán aplicarse en un todo estas consideraciones al P. Fernández; sin embargo, él, en cuanto dependía de sí, se había circunscrito lo suficiente para no preocuparse más que de lo suyo. Se ocupaba poco en confesiones de mujeres, y hasta de los niños se apartaba, cosa casi inaudita, tratándose de un corazón tan hermoso como el suyo. «Decía que nos quería, pero de lejos», me decía refiriéndose al P. Fernández, un pequeñuelo cordobés.

Ahora bien; para un espíritu de esta naturaleza, parece indispensable una independencia casi absoluta; pero en la vida religiosa esta independencia ni existe ni puede existir. Y ahí estuvo, al parecer de cuantos conocieron íntimamente al P. Fernández, su mérito singular. No sólo en la región de las ideas rindió siempre su juicio al del Superior, como pudiera hacerlo un niño inexperto; sino que prácticamente dejó también cualquier otro asunto, por importante y grave que fuese en sí mismo y a su propio parecer, para ocuparse en lo que el servicio de la comunidad exigía, o para tomar a su cargo el oficio o trabajo, que, por cualquier motivo, no pudiese otro desempeñar. Y como el objeto de las biografías es el estudio de los modelos en sus detalles mínimos, porque sólo así son provechosas, permítaseme desdender en esto a minuciosidades.

Se le esperaba v. gr. una tarde para una reunión importante de su Comisión Protectora, o tenía cita de algún personaje de importancia, con día y hora fija,

para tratar asuntos de trascendencia; cita, cuya obtención había costado al Padre tal vez muchos días de molestias. Pues ocurría por ventura que precisamente en aquel día y en aquella misma hora, era conveniente enviar un Padre a hacer una platiquita de devoción a unas monjas, que vivían en un barrio apartado u otra cosa por el estilo, tan ajena como ésta a sus ideales, y como no hubiera otro, o aunque lo hubiese, como era considerado él como un miembro de la comunidad, sin exención de ninguna clase, una palabrita de quien pudiera mandarle, le tenía ya en marcha, abandonando por completo sus negocios. Y nótese mucho que nunca puso reparos a ningún superior, en ocasiones semejantes, como le hubiera sido tan fácil, que nunca representó el perjuicio que aquello le causaba, como hasta parece que debía hacerlo, que nunca brotó de sus labios la menor queja sobre el particular, y que en este su edificante y costoso modo de obrar, mostraba tal agrado, que cualquiera hubiera creído que le habían adivinado el gusto. Proceder heroico y más en un hombre de sus antecedentes y de su edad, en que no se sabe qué más admirar, si la obediencia o la caridad con sus hermanos, o el dominio de sí mismo.

Su amor a la Compañía de Jesús fué intensísimo. Bien lo demostraron sus treinta años de pretenderla y aquel *Nunc dimittis*, que respiran todos sus escritos privados, cuando finalmente la obtuvo, por lo que creía que había hallado ya la felicidad. Dijo repetidas veces que antes se dejaría hacer pedazos que permitir que por su causa se mancillara el buen nombre de la Compañía. Se alegraba al levantar el salón de los josefinos, porque así proporcionaba a la Compañía una buena vecindad; y repetidas veces aseveró que pisotearía con gusto su honor personal, si ello debía ser útil al honor de la Compañía.

Tratóse cierta vez de una fiesta de caridad con baile de niños: un absurdo unido a una infamia. El P. Fernández habló públicamente con tal vehemencia sobre aquel propósito, y dijo cosas tan candentes que levantó ampollas. Algunas señoras, que deseaban sacrificarse en favor de los miserables haciendo bailar a sus tiernos hijos, se dirigieron al P. Superior de la Residencia de la Compañía, afectando estar llenas de indignación. No atreviéndose a habérselas cara a cara con el mismo P. Fernández, se atrevieron con su Superior, al que llenaron de baldones. Al saber el Padre lo acaecido, entró en tanta indignación, que tronó como nunca; no tanto contra el baile, que ya estaba desconceptuado y muerto; sino contra el proceder incorrecto de aquellas damas, que a tanto se habían atrevido. En esta ocasión mostróse como nunca cuán en el alma tenía el P. Fernández la defensa y la autoridad de sus Superiores.

Gloriábase de obedecer a éstos como lo haría un niño de cuna, que hasta tales delicadezas descendía aquella elevada y grande alma. Decíale un día al R. P. José López, que era su Rector: «Si V. R. me manda que duerma, dentro de tres minutos estoy durmiendo». El P. López tomando a broma semejante ocurrencia, cedió por fin a sus instancias, y le dijo que efectivamente se lo mandaba. Pues a los tres minutos dormía tan real y profundamente que fué difícil despertarle.

CAPÍTULO VIII

El distintivo del P. Fernández. — Su amabilidad. — Su facilidad en ganar corazones para llevarlos a Jesucristo.—Escenas de viajes.— Junto al lecho del moribundo. — Gracia para consolar.

El distintivo del P. Fernández, lo que más brilló y campeó en él, fué la exquisita distinción de su persona, y la finísima y cristiana diplomacia de su trato, con la que sin darse cuenta quedaba cautivado todo aquel que se ponía a tiro, como se dice, o trataba con con él, porque como escribe el Sr. Juan Puigjané, «era su amistad tan franca, lea y desinteresada, que no creo poder hallar otra igual».

«En mi concepto, dice también el Dr. Otero y Capdevila, el rasgo más característico de la personalidad del Padre era el don de gentes, el *savoir faire,* que por el pleno conocimiento de los hombres, de sus necesidades, de sus gustos y flaquezas, le aseguraba el dominio de aquéllos, y la complacencia, adhesión y entusiasta apoyo de los mismos, en sus empresas. El vencía todas las dificultades, quebraba todas las resistencias, allanaba con habilidad todos los obstáculos, y rara vez su acción perseverante y enérgica no conseguía su noble propósito».

Las corrientes de simpatía y buenas voluntades que hizo brotar en torno de sí y de sus obras, mediante esta finura y nobleza de trato son innumerables. Es

indudable que él tenía conciencia del tesoro que poseía en su táctica y en sus medios, y usaba de él como otro podría usar de sus riquezas particulares.

Me refirió un alto funcionario de la Administración provincial de Córdoba, respecto de quien deseaba el P. Fernández que no abandonase su puesto, que le tenía dicho el Padre que si algún día creyese tener motivo para presentar la renuncia de su cargo, le avisase a él antes de presentarla. Que, efectivamente, llegó ese día, y que, cumpliendo el encargo del Padre, se lo avisó. Preséntase el Padre, y

— Dígame, doctor, le dice, ¿cuáles son esos motivos por los cuales quiere Vd. presentar la renuncia de su cargo?

— Tal y tal.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— Y si ellos desapareciesen al momento, ¿Vd. retiraría la renuncia?

— Indudablemente.

— ¿Me da Vd. unas horas de tiempo?

— Las que guste.

Sale el Padre, y vuelve dentro de algunas horas, diciéndole:

— Tal cosa se ha arreglado de tal modo; y tal otra cosa de tal otro modo; ¿acepta Vd. la solución?

— Aceptada, Padre.

— Y ahora ¿ya no presentará la renuncia?

— ¿Cómo la he de presentar, si no tengo ya motivo de presentarla?

Y continuó en su puesto.

Pero lo de más precio es, que fueron también sin número las almas que por su afabilidad y buen trato llevó a Dios.

Era un embeleso oirle tratar con un pecador, preocu-

pado contra la Religión, obstinado o incrédulo. Revelábase entonces toda la fuerza avasalladora de su clarísima inteligencia y de su corazón de oro purísimo, y no había quien se le resistiese, máxime cuando el medio empleado para ganárselo, y lo empleaba a menudo y en diversas formas, era el dar alguna prueba de confianza a su adversario. Parece que se gozaba en esos triunfos tan fáciles para él, porque ni siquiera esperaba al contricante; él le buscaba y atacaba, en donde quiera que le hallase.

Sus viajes eran famosos por la redada de pecadores o impíos, que seguían detrás, e iban luego a confesarse. Cuando él llegaba a una Casa de la Compañía, era cosa sabida; a las pocas horas era llamado a la portería o a la iglesia por compañeros de viaje, que iban a terminar en el confesonario la conversación que habían empezado en el tren o en el vapor.

Referiré algunos hechos particulares.

Debía una vez subir al tren, y observó que en una ventanilla había dos caballeros, que al verle, mostraban mucho empeño en asegurar que el departamento aquel estaba ocupado. Tanto empeño les hizo traición. El sospechando que se trataba de un engaño, y de que aquellos caballeros serían tal vez pájaros anticlericales, se metió sin más ni más entre ellos, y halló ser cierto todo lo sospechado, porque en realidad el sitio estaba vacío, y nuestros hombres eran liberales y de la cáscara amarga. Al poco rato los había ya acometido y provocado a la disputa, proponiendo un contrato preliminar con esta base: «nuestra discusión no ha de ser por pasatiempo; si Vds. me rinden a mí yo me comprometo a quedar a sus órdenes, y a hacer cuanto gusten; pero a condición de que Vds. quedan a las mías, si yo les rindo a Vds.». Cerróse el trato, y el desenlace final fueron sus fervorosas confesiones al terminar el viaje.

En viaje de mar tuvo lugar el hecho siguiente. Un joven argentino de muy buen apellido, llevaba consigo un teatrito de piezas de marfil, nada moral; era objeto de gran precio y aun de mérito artístico; una de esas bagatelas con que los pobres explotan la vanidad y la lascivia de los ricos. Entreteníase sobre cubierta mostrándolo a los pasajeros, con el escándalo que es de suponer en las personas cultas y honradas, que no faltaban. El P. Fernández se dió cuenta de lo que ocurría, y como sin darle importancia, esperó a pie quedo, hasta que cansados todos y retirándose, quedó solo el joven con su pequeño artefacto. Entonces acercándose el Padre, y saludando al mancebo con muy buena gracia, en pocas palabras le hizo comprender su mala acción, tirando sin embargo, como siempre hacía, a no ofenderle. Quedó el otro tan corrido, que ni una palabra siquiera tuvo para excusarse.

— Vea, padre, le dijo, yo no soy malo; me llamo fulano de tal, y me he educado en tal colegio, con lo que ya puede Vd. suponer que he recibido educación muy cristiana y moral; pero tengo la cabeza ligera, y reconozco que estoy cometiendo una ligereza imperdonable.

— Conque, prosiguió el Padre, ¿Vd. se ha educado en tal Colegio? Pues entonces, es indudable que Vd. ha querido mucho, y aun tal vez quiera ahora a la Virgen Santísima.

— Sí, Padre, que la quiero.

— ¿De manera, pues, repuso el Padre, que haría Vd. un obsequio a la Virgen?

— Sí, que lo haría, Padre.

Y creyendo él que el obsequio debía consistir en entregar al Padre el maldito teatrillo, lo mismo fué oír hablar de obsequio a la Virgen, que alargárselo para que lo tomase.

— No, hijo mío, le dijo él. Su obsequio ha de ser más hermoso y mayor; ha de consistir en que Vd. mismo lo eche al mar.

Oírlo y hacerlo nuestro joven argentino, fué lo mismo.

— Y ahora, a prepararse para una buena confesión, añadió el Padre.

— Cuando Vd. guste, Padre, contestó él.

Este suceso, reparado por el pasaje, edificó más que no había desedificado la falta, y fué ocasión de que otros siguiesen el buen ejemplo del arrepentido muchacho.

Quien poseía tales cualidades, debía poseer también un don peculiarísimo para asistir y confesar enfermos, aun cuando fuesen grandes pecadores y aun impenitentes. Los que conocieron a fondo a nuestro Padre afirman que en esto era único, y que es fama que nadie se le resistió. Su gran táctica consistía en poseerse bien de las condiciones del enfermo y en enterarse de su lado vulnerable, si es que tenía alguno; táctica que empleaba siempre en el trato humano; a la que añadía la precaución de no ser nunca fastidioso. Jamás él apuraba una dificultad; si ella no cedía a tiempo, la abandonaba por entonces y daba vuelta al asunto. Apoderábase, pues, del alma del moribundo no por medios melindrosos, sino por los recursos de una santa e inimitable diplomacia.

Moría un militar de alta graduación, impío empedernido, tanto que había conjurado a sus hijas a que no llamasen a un sacerdote en su última hora, amenazándolas en caso de verificarlo, con que había de hacer pedazos su testamento y no dejarles un centavo.

Las pobres hijas acuden al P. Fernández, enterándole de su tristísima situación, y asegurándole que ellas, en cuanto estaba de su parte, estaban resueltas a que-

darse en la calle, con tal que su papá recibiese la visita del Padre. Las consoló él, y se dirigió a la cabecera del moribundo. Este al verle entrar dió un rugido como de león, y se volvió de cara a la pared. El P. Fernández no se asustó. Toma asiento muy cerca de la cama del enfermo, y comienza a hacer un coloquio ternísimo con Jesucristo crucificado, confesando sus faltas propias y pidiendo perdón de ellas con dolor tan sentido, que partía el corazón el escucharle. Esta escena duró poco. Al rato vuélvese hacia él el enfermo, y arrasados los ojos de lágrimas, le dice:

— Padre, yo también he hecho esto; yo quiero confesarme.

Y se confesó y murió como un santo.

En 1909 un crimen horrendo enlutó la ciudad de Córdoba. La justicia humana tuvo que descargar tres sentencias capitales sobre otros tantos culpables. La ejecución iba a verificarse; pero el P. Fernández, que había logrado reconciliar con Dios a aquellos desgraciados, logró también reconciliar a la sociedad con ellos, y promover una verdadera agitación pública que inclinó por fin el ánimo de la suprema autoridad, para conceder el indulto. Dió un estrecho abrazo al Sr. Gobernador, cuando se cercioró de que el indulto era un hecho, y corrió lleno de alegría, al lugar del patíbulo, en donde se hallaban ya los condenados a muerte.

El P. Fernández tenía también gracia especial para consolar. Como tenía el arte experimental de consolarse a sí mismo, así lo poseía para consolar a los demás. Desde joven fué achacoso; le acompañó hasta el sepulcro el asma contraído en la predicación de las misiones de los fundos chilenos, que se dan al anochecer, y a campo raso, allí donde el relente es fatal; esta dolencia se le acrecentó hasta hacerle difícil el descanso nocturno, que con frecuencia le impedía del todo, con fuertes

ataques. Mas él no se rindió jamás; nunca se preocupó gran cosa, ni de su edad, ni de que estaba enfermo. Al revés; cuando sus obras reclamaban su asistencia, era en balde que le saliera al paso el estorbo de un dolor y aun de una herida viva. Un día tenía un paseo de campo con sus josefinos; una especie de úlcera enconada, que había llegado a comprometer el hueso, parecía empeñada en impedírselo. Todo inútil; se la hizo curar momentos antes de partir, y así anduvo toda la jornada, manando sangre y rebosando al parecer de salud y alegría. Y es que el espíritu dominaba en él, de mucho, la materia, y en los principios sobrenaturales hallaba de continuo fuentes de salud y de rejuvenecimiento, o al menos, motivos de resignación. Pero su gracia particular estaba en hacer participantes a los demás de este estado de su alma. Su palabra era bálsamo que cicatrizaba todas las heridas del espíritu. Su trato consolaba siempre. Nadie se acercaba a él, que no se sintiese más animado y más contento. Tenía el don de embellecer y endulzar la vida, aun la vida del sufrimiento, con rayos de la divina luz, con reflejos de la divina bondad, de que estaba inundada su alma. Sábenlo bien los que perdieron algún sér querido, los que se vieron caídos, o en la pobreza o en el desvío de la sociedad, o en alguno de los dolores del cuerpo o del espíritu, que punzan tan frecuentemente los pasos de la vida del hombre sobre la tierra, valle de lágrimas, y que tuvieron la buena dicha de conocerle y tratarle.

CÓRDOBA.—SALÓN SOCIAL DE LA ASOCIACIÓN JOSEFINA

CÓRDOBA.—INTERIOR DEL SALÓN DE LA ASOCIACIÓN JOSEFINA

CÓRDOBA.—VELANDO EL CADÁVER DEL P. FERNÁNDEZ

CAPÍTULO IX

El tránsito a la vida. — Ultimo viaje a Chile del P. Fernández. — Los estudiantes del "Montserrat". — El postrer obsequio a San Ignacio. — Presentimientos del cercano fin. — Una plática difícil. — Enfermedad rápida. — La muerte del justo. — Conmoción extraordinaria de Córdoba en las exequias y en el entierro del P. Fernández. — Enseñanzas de una vida.

Como mereció Córdoba ser el segundo teatro de las brillantes proezas del P. Fernández, en su labor evangélica y social, así mereció también ser el lugar de su tránsito a la patria, cuando llamado por Jesucristo, su eterno y divino Capitán, pudo responder como soldado fiel: Señor, aquí estoy.

Nueve años había gozado la privilegiada ciudad cordobesa de los afanes y solicitudes del Padre. En el decurso de ellos pocas veces la había abandonado, y aun entonces por breve tiempo. Algún rápido viaje a Buenos Aires, como cuando en noviembre de 1907 asistió, en representación de su Sociedad, al Congreso Católico Nacional, en compañía de los doctores Temístocles Castellano y Juan F. Cafferata e ingenieros Manuel E. del Río y Raimundo Alonso; alguna misión pasajera en las provincias de San Juan, La Rioja, Santiago del Estero y Tucumán; alguna pequeña excursión por pueblos comarcanos, para establecer o mejorar las instituciones obreras; y un corto viaje a Chile en 1910. Tales fueron

sus salidas de Córdoba en este tiempo. La más importante fué su visita a Chile. Creo que, sin darse cuenta el P. Fernández, este su postrer viaje trasandino, fué fruto de oraciones. Había personas en Chile que pedían instantemente al Señor que no les permitiese salir de esta vida, sin que viesen sus ojos a D. Hilario, y sin duda que eran muchos los que deseaban verle y comunicarle, a cuya cabeza me atrevo a colocar el actual Sr. Arozbispo de Santiago, el antiguo y consecuente amigo y colaborador de nuestro Padre, cuya amistad, como la de San Gregorio y San Basilio, tan útil había sido a la santa Iglesia. Por él pudo saber el P. Fernández que su querida Sociedad de San José continuaba en el mismo pie, en que él la dejara. En efecto; poco antes de esta visita, le escribía así el Sr. Arzobispo de Santiago:

«Yo continúo con tranquilidad y firmeza la obra que Vd. me encomendó. La Sociedad de San José es la única que tiene carácter oficial de todas las instituciones de la Arquidiócesis, encaminadas al bien religioso y material de la clase obrera... Mi trabajo, por ahora, se concreta en poner en cada cabecera de provincia un centro de la Sociedad de San José, que sea muy numeroso e influya en todas las secciones de la parroquias vecinas. Para esto en cada cabeza de provincia estoy montando bien las casas de Ejercicios, y, una vez bien arregladas, las entrego a los Padres del Corazón de María, con encargo de todas las misiones de la localidad, y de correr con todos los Ejercicios de la casa de esa provincia. Ya tienen a su cargo Curicó, San Fernando, Rancagua, y luego tal vez la de Talca. Ya hay dos de esos centros con más de mil socios cada uno, y luego creo que tendremos con más de mil otros dos más. Los estatutos de la Sociedad son los mismos que hicimos los dos, con ayuda de Dios. Hasta ahora no se les ha cambiado ni una coma, y cada día los en-

cuentran mejores todos los que los conocen... Desde luego en esos grandes centros, voy a proporcionar casa independiente de la casa de Ejercicios, para entretención en los días de fiesta, y para escuela en los días de trabajo. Mucho me apuro para arreglar bien estas cosas, porque estoy persuadido de que Dios me va a llevar muy luego. Me siento muy viejo y achacoso. Encomiende a Dios a su amigo antiguo. *I. Ignacio González, Arzobispo de Santiago*».

Contando con la benignidad de su autor he querido copiar esta carta reveladora no sólo del estado de la Sociedad de San José en Chile, sino también de la confianza que al eminente Prelado de Santiago inspiraba el P. Fernández.

Por lo demás no desperdició el tiempo en su rápido viaje a Chile. He aquí un fragmento de carta del mismo P. Fernández, escrita desde Santiago, el 4 de abril de 1910:

«Hoy empiezo los Ejercicios a los seminaristas, el 12 los de los sacerdotes, el 25 las conferencias para señoras en el día, y para los obreros en la noche. Terminan el 5 de mayo, día de la Ascensión, el mismo día continúo la predicación en Talca, donde hay 1.500 josefinos, hasta el domingo 8; el 9 volveré a Santiago, y el 10 probablemente partiré».

De vuelta de su inolvidable República de Chile, consagró de nuevo todas sus fuerzas a las distintas obras de Córdoba, que en aquel tiempo llegaban a su apogeo: barrios obreros, salón social josefino, asociación de maestras, patronato de presos. Cuando en abril de 1912 hubo terminado e inaugurado el salón, manifestó claramente que aquella sería su última obra, y que ya deseaba descansar en el seno del Señor.

La última manifestación pública de su dignidad y entereza de carácter tuvo lugar con una ocasión bien

poco satisfactoria por cierto, y que preferiría pasar en silencio, si no se tratase de un hecho notorio, que adquirió publicidad. Junto a la Universidad jesuítica de Córdoba, existe el célebre Colegio de Montserrat, otra de las instituciones docentes que debe la docta ciudad a la Compañía de Jesús. Sin duda que entre el oro acrisolado de religión y moralidad, que abunda en la juventud cordobesa, no falta la escoria de la impiedad e inmoralidad. La masonería argentina ha tenido un empeño tenacísimo en pervertir a Córdoba (1), considerada como el primer baluarte del Catolicismo y del orden público en la República, y ya se ve que ningún elemento es más a propósito que la juventud, para recibir las influencias deletéreas de la secta.

Sucedió, pues, que una tarde del frío junio de 1912, al retirarse el P. Fernández, acertó a pasar junto a un grupo de estudiantes del Montserrat, que abandonaban las aulas. Alguno de ellos, contando sin duda con la impunidad que ofrecen a los cobardes los grupos anónimos, se atrevió a insultar al venerable Padre, profiriendo palabras groseras. El Padre, a quien ni habían intimidado los seides de Santa María, ni las balas de Concón y Placilla, deja tranquilamente su acera, se dirige recto al grupo en cuestión, y encarándose con ellos les dice: «Niños inconsiderados, ¿qué quieren Vds? Aquí tienen un jesuíta, mátenlo». Y como callasen todos espantados y comenzasen a mirarse mutuamente, como para buscar a los delincuentes, añadió él: «Adelante el que ha insultado». Empero, no sólo no se adelantó nadie, sino que uno de ellos, el joven Bialet Laprida, levantando la voz, increpó a los desgraciados que habían tenido tan

(1) Véase la revista masónica de Buenos Aires "Regeneración", sobre todo en su año II, núm. 5 y 6.

grande atrevimiento, dió satisfacción al Padre, y acabó vivándole, a lo que hicieron coro todos.

Este hecho incalificable en sí mismo e inaudito en Córdoba, de haber sido insultado el P. Fernández, dió la vuelta inmediatamente por la ciudad y la llenó de severa indignación contra aquellos sus indignos hijos.

El P. Fernández, siempre tan atento y fino, escribió a vuela pluma una tarjetita al simpático joven, que dió tan buena cuenta de sí en aquel comprometido trance. Esta esquela, que reprodujeron los periódicos, decía de esta manera:

«Muy estimado joven, señor Bialet Laprida: Me felicito de tener la oportunidad de reiterar a Vd. y por su intermedio a sus dignos compañeros, mi reconocimiento por su noble e hidalga conducta ante la inculta y cobarde de unos pocos mozalbetes, que tuvieron no sé si decir el valor o el atrevimiento de insultar a un religioso de 67 años, y que increpados por él se ocultaron entre la multitud, haciéndose dignos de mandarlos a una escuela de niños chicos, y de que los borren del registro de los ciudadanos argentinos, como les dije.

«Para ustedes mi agradecimiento, y para ellos mi compasión. — Hilario Fernández, S. J.».

Riguroso fué el invierno de 1912. El P. Fernández agobiado ya bajo el peso de una respetable ancianidad, apenas podía con la influencia del tiempo y las molestias y fatigas de sus dolencias, que cada día se agravaban y le aquejaban más. Con todo para muestra de lo inquebrantable de su ánimo, recordaré que habiéndosele ofrecido poco antes un viaje a Buenos Aires y aun a Montevideo lo hizo, por más que le fuese muy penoso el viajar. Más aún; en Buenos Aires se comprometió a volver por julio, a fin de predicar el panegírico de San Ignacio, y de vuelta a Córdoba, lo comenzó a escribir con tanto empeño, que hizo borrador de él, y luego lo hizo

trasladar a máquina y por fin le añadió numerosas notas marginales, cosas todas notables en él, que nunca tal vez en su larguísima vida de púlpito había dedicado tanta prolijidad a una pieza oratoria; y también notables en otro sentido, pues revelaban el especial obsequio que con su panegírico quería tributar el P. Fernández a su Padre y Patriarca San Ignacio, obsequio que debía ser recompensado en sola la preparación de él, pues no estaría ya en este mundo el día en que debía predicarlo.

Cualquiera diría que el buen Padre tuvo ciertos barruntos que el día feliz de su partida se acercaba. Pocos días antes de contraer la enfermedad de que murió, es decir, a fines de junio de 1912, hablaba con una persona que sufría mucho, de la dicha grande de morir, a no ser que se resigne uno a tener el purgatorio en vida; y esto lo decía con tanto gozo que llamó la atención de todos los presentes. Y escribiendo a un amigo de Catamarca, se expresaba en estos términos: «Estoy esperando una buena y fiel amiga, aunque fea, la muerte».

Sobre lo cual escribe también el H. Borreguero: «Unos veinte días antes de su fallecimiento, hizo el P. Fernández un viaje a Buenos Aires, para arreglo de alguno de sus asuntos; y el día de su regreso para Córdoba, tuve el gusto de acompañarle a la estación del ferrocarril. Pues bien; sabido es ser costumbre entre nosotros, religiosos de la Compañía de Jesús, el no darnos la mano cuando uno llega de un sitio, o se le despide para otro. El P. Fernández subió, pues, al coche de su tren, y no obstante de habernos despedido con nuestro acostumbrado abrazo antes de salir del Colegio, estando yo en la plataforma de la estación, en los instantes en que iba a partir el tren, se asomó a la ventanilla, y llamándome con semblante risueño, alargó su brazo, diciéndome: «déme la mano»; y al dársela, me

dió un apretón, que fué el primero y el último de su vida, pues no le volví a ver más. Esta despedida me ha hecho pensar si le habría Dios Nuestro Señor revelado el fin de sus días».

He dicho que el P. Fernández había tomado muy a pechos el Patronato de los presos. Grandemente le preocupaba el mejoramiento material de los penados, pero muchísimo más la salud y el bien moral y religioso de aquellos desdichados.

Había un judío recluído en la cárcel de Córdoba, y el buen Padre se encargó de disponerle, para que penetrase en él la luz evangélica. De dura cerviz era el joven, como hijo legítimo de su raza, pero él, para quien no había imposibles al tratarse de la rendición de las almas, empezó y llevó adelante con perseverancia su instrucción. Varios días habían transcurrido ya en esa tarea molestísima para el Padre, pues tenía que pasar largas horas en una pieza desabrigada y entre corrientes frías, cuando al llegar a casa, regresando de la cárcel, uno de los primeros días de julio, manifestó al Hermano portero con tono de profunda sinceridad que se encontraba mal.

— Cabalmente, le replicó el Hermano, hay aquí un coche, que está esperando a V. R. para llevarle a las religiosas Esclavas del Sagrado Corazón, en donde dicen que debe predicar.

— ¿Yo? pues no recuerdo, contesta el Padre.

Y reflexionando un poco,

— ¡Ah, sí! ahora recuerdo, dice; es verdad, debo platicar; pero el caso es que me encuentro mal. Con todo, iré.

Y subió al coche, y se dirigió a la casa Noviciado, que tienen las Esclavas en las afueras de Córdoba.

Tratábase sencillamente de un acto de caridad. Hacía un año que misionando por La Rioja, había dado con

una familia, cuya hija acababa de entrar religiosa en el dicho noviciado de Córdoba. La familia, como era natural, se hallaba algo afligida por la ausencia de la hija, y el buen Padre, que estaba siempre dispuesto a sacar de sí propio los motivos del consuelo ajeno, además de hacer lo posible para consolarles en el Señor, les prometió que él mismo haría la plática de costumbre el día que su hija profesase en Córdoba. Esta promesa, que pronto fué sabida en el convento, no se olvidó. Llegó el día, y el coche fué a buscarle.

Al llegar a las Esclavas, el P. Fernández se encontraba peor. Tenía el pecho muy cargado, y además sentía frío, así se lo manifestó ingenuamente a las religiosas, quienes hasta un braserito le pusieron a los pies, para que hiciese la plática con menos incomodidad. La hizo, con la dificultad que se puede suponer, y se retiró de allí a la residencia de la Compañía, de la que no debía ya salir. Pasaba esto el primer viernes, 5 de julio. Cuando la familia de la religiosa, por la que hizo el P. Fernández su último acto de ministerio y último acto público de caridad, estuvo en Córdoba para darle las gracias, él había muerto.

Aunque animoso siempre, sin embargo creyó conveniente recluírse por unos días, a su parecer, pues creía él que no pasaría de un ataque de asma, como tantos otros. Así transcurrió hasta el miércoles siguiente, sentado siempre, y atendido con sumo cuidado por los Padres y Hermanos de la casa, a quienes daba mala espina el estado de abatimiento físico que notaban iba acentuándose en él, por más que se esforzase en disimularlo.

El 6, recibió una tarjetita muy cariñosa de su gran amigo, el Sr. Gobernador de Córdoba, a quien, por sus asuntos, casi todos los días tenía que visitar el P. Fernández. Decía así:

«Mi estimado Padre y amigo: Acabo de saber que

está dispuesto. Siento no poder disponer de autoridad bastante para ordenar; pero sí cuento con la necesaria para pedir al amigo viejo que se cuide, y a esta altura no desobedezca al Superior. Su afmo. Félix T. Garzón».

En la noche del miércoles al jueves descansó algo en la cama; mas he aquí que en la mañana del jueves, 11 de julio, acercándose a la puerta de su aposento, muy de madrugada, el P. Florencio Font, oyó como un ronquido desagradable; entró, y halló al P. Fernández agitado y como en delirio. Llama inmediatamente al R. P. Salvador Barber, Superior de la Casa, quien acude en seguida, y se da orden de llamar con urgencia al Dr. Pizarro. Entre tanto el P. Font acude de nuevo al lado del enfermo, y como Padre espiritual de la comunidad y confesor del P. Fernández, le pregunta al buen Padre, si desearía confesarse, mientras llegaba el médico. La respuesta del P. Fernández fué la más propia de él, la misma que hubiera dado, si hubiese estado en todos sus cabales:

— ¡Cómo! le dijo, eso no se pregunta; ¿por ventura soy un masón, para que no quiera confesarme?

Y como llegase en aquel momento el Dr. Pizarro,

— Vea, doctor, dijo, dirigiéndose a él, vea lo que me ha dicho el P. Font: ¡si quería confesarme! eso es poca confianza; claro está que quiero confesarme.

Y se confesó, en efecto, aprovechando un momento de sosiego y lucidez.

A las 11 de la mañana, los doctores Escalera, Decano de la Facultad de Medicina, Pizarro, Morra y Nores, le dieron ya por deshauciado, aunque convinieron en reunirse de nuevo a las 4 de la tarde.

Aquella tarde estuvo el Sr. Gobernador a visitarle, a quien él recibió muy afablemente, preguntándole por

la familia y encomendándole diversos asuntos. Luego le dijo:

— Ya ve, Excmo. Señor, un soldado de la Compañía que cae deshecho.

Al salir la primera autoridad civil de la provincia, entraba a visitar al Padre el Illmo. Sr. Obispo de la diócesis; visita que agradeció cordialmente el moribundo mostrándose afectuoso y complacido.

A las 4 de la tarde, reunida la segunda consulta de facultativos, no se varió el desfavorable dictamen precedente; pero se resolvió sangrarle, y al efecto convinieron en reunirse de nuevo a las 9 de la noche.

El Padre entretanto, dándose perfecta cuenta de su estado, pues tenía ratos de conciencia plena, pidió él mismo el santo Viático, diciendo que convendría aprovechar aquellos momentos, porque entonces estaba bien.

Así se verificó, acompañándole en aquel acto solemnísimo toda la Comunidad y muchos amigos, que llenaban de continuo la casa, pues toda Córdoba estaba conmovida con la noticia del grave estado del P. Fernández.

Acto seguido pidió que se le administrase la Extremaunción. Y como se tardase algo en traer los santos Oleos, reiteró varias veces su petición, diciendo: «venga pronto, pues de nuevo se me va la cabeza».

A las 9 p. m. se vió que no convenía sangrarle. El examen del paciente demostró la existencia de la uremia; era, pues, inútil aligerarle de alguna cantidad de sangre, cuando toda ella estaba inficionada.

Algo más tarde quiso hacer confesión general de toda su vida, y así lo hizo, quedando luego en estado de semi-conciencia.

Hablaba mucho; pero sus delirios fueron todos sobre obras de caridad y sociales: las que habían llenado y agitado toda su vida aquel magnánimo corazón. Ha-

blaba de organizar las fuerzas obreras cristianas, de buscarles un campo vasto de acción, de orientarlas para el bien de la Iglesia y de la Patria, de que en todo ese movimiento no se comprometiese al Sr. Gobernador. Recomendaba, finalmente, aquel joven judío, cuya conversión tanto le había preocupado los últimos días.

Aun cuando se veía que estaba fuera de sí, con todo al llamarle la atención sobre un objeto, al presentarle el Crucifijo, por ejemplo, atendía, y se fijaba en lo que se le decía.

Antes de retirarse la Comunidad aquella noche del jueves, a cosa de las 10, reunióse alrededor del lecho del moribundo, y el Rdo. P. Superior leyó, acompañándole todos sus Hermanos, las oraciones propias de aquel trance y la recomendación del alma.

Quedóse entonces con él el H. Domingo Vinaixa, que le había asistido desde el principio, y pasando el P. Font a descansar en el cuarto inmediato, pero dejando encargo de que se le llamase inmediatamente que ocurriese alguna novedad.

Esta ocurrió a las 2 de la madrugada. Una fatiga mayor anunció que se acercaba la hora, en que aquella alma invicta iba a romper las cadenas de la carne. Corre el Hermano a llamar al P. Font, quien llega a tiempo para ser reconocido por el P. Fernández, que fijando en él su dulce mirada y estrechando su mano, recibió con agradecimiento su última absolución. Entonces, sugeriéndole el P. Font tiernas jaculatorias, y pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, pasó plácidamente de esta vida mortal, a la inmortal y dichosa, siendo las 2,30 de la mañana, viernes, 12 de julio de 1912.

Revestido el cadáver con las vestiduras sacerdotales, fué trasladado a la iglesia de la Compañía, y expuesto bajo aquellas sagradas bóvedas, en las que tantas veces había resonado el apostólico acento de su voz.

No se sabe cómo supo Córdoba la muerte del P. Fernández. Lo mismo fué abrirse las puertas del templo, que acudir toda la ciudad a venerar los despojos del hombre de Dios. El espectáculo que se presenció todo aquel día fué de una soberana elocuencia. Nadie se acordaba de haber visto nunca tanta gente en la iglesia de la Compañía, ni el día de san Ignacio, ni el Viernes Santo. Pero la muchedumbre entraba y salía, renovándose a cada rato, de modo que no es aventurado afirmar que la casi totalidad de los habitantes de Córdoba pasó por delante del cadáver del P. Fernández. Quien lloraba, quien rezaba en particular, quienes formando grupos. Fué necesario establecer un servicio ordenado para llegar a tocar a las manos del Padre los rosarios y demás objetos de piedad. Toda la mañana se dijeron misas en los altares del templo, pues a este fin acudieron muchos sacerdotes seculares y religiosos de diversas Ordenes.

Por la noche del viernes al sábado, 13 de julio, no fué posible cerrar las puertas del templo; permanecieron abiertas, a pesar de hallarse en el corazón del invierno, y el concurso seguía alrededor del cadáver velado por los josefinos, que le formaban guardia de honor.

El entierro debía verificarse a las 9 de la mañana. En este día amaneció Córdoba como de luto. Los trabajadores se dispensaron de acudir al trabajo, y muchas tiendas aparecieron cerradas. A las 8 se rezó una misa de cuerpo presente en el templo de la Compañía, que rebosaba de gente de todas las clases sociales; el Illmo. Sr. Obispo entonó un responso, y las Comunidades religiosas hicieron otro tanto, después de rezar el oficio de difuntos.

Cuando a la hora fué sacado el cadáver, el acto fué emocionante. Todos se abalanzaban para llevar el fé-

retro, siendo el Sr. Gobernador de la provincia el primero que le tomó. Al salir del templo, el gentío inmenso que llenaba la plaza y sus alrededores, formado principalmente por hombres de tez bronceada por los rigores del trabajo, y que lloraban como niños, se unió al acompañamiento, presidido por los Padres de la Compañía, señor Gobernador, señor Obispo, legisladores, jefe de policía, comunidades religiosas, y demás altas autoridades, a las que seguían las asociaciones josefinas y demás sociedades pías. Al pasar por delante de Santo Domingo, doblaron las campanas y la Comunidad Dominicana se agregó también. En la calle Colón se colocó el cadáver en el coche fúnebre, y se formó el cortejo, encabezado por la banda del Asilo de Niños Desvalidos y seguido por una hilera interminable de coches, particulares en su mayoría, que ocupaba manzanas enteras, amén de la muchedumbre de pueblo, que asaltó los tranvías o seguía a pie. El Sr. Gobernador hizo subir a su coche el Rdo. P. Superior.

Nunca probablemente había visto Córdoba una conmoción semejante. Nunca había presenciado una manifestación de sentimiento público tan único en su objeto y tan heterogéneo en sus elementos, ya que la formaban todos los ricos y todos los pobres, todos los católicos y todos los disidentes de la ciudad. Nunca habría congregado tan gran número de concurrentes espontáneos para acompañar un muerto ilustre, no por curiosidad, ni por atenciones sociales, sino por el impulso del propio corazón, conmovido como ante una desgracia nacional, que necesitaba exteriorizar de algún modo su dolor. Es difícil formarse idea exacta de lo que allí pasó, sin ver llorar a hombres y mujeres, sacerdotes y niños, y en el semblante de todos el sincero pesar por la muerte de aquel bienhechor insigne de la humanidad.

Al llegar al cementerio de San Jerónimo, el P. Rincón, de la Compañía de Jesús celebró otra misa de cuerpo presente en la capilla del panteón josefino, y a continuación pronunciaron sentidísimos discursos el diputado nacional doctor Juan F. Cafferata, el senador Sr. Dutari Rodríguez y el Dr. José I. Bas, a los cuales contestó con algunas palabras el Rdo. P. Salvador Barber, agradeciendo la grandiosa manifestación de duelo tributada a su benemérito hermano en religión (1).

En el modestísimo nicho señalado con el número 341, del piadoso panteón, que posee la Asociación de Obreros de San José, fueron depositados los venerandos restos del insigne P. Hilario Fernández. Ninguna señal lo distingue de los demás, fuera del santísimo Nombre de Jesús, que como fué el tesoro de su vida, y es en la gloria el tesoro de su eternidad, debía ser también el sello de su tumba. Nada más deseó aquella grande alma, más grande que el mundo, que vivir y morir por Jesucristo, rodeado de obreros humildes, como su Divino Maestro. Por esto los obreros y los pobres, que le acompañaron en vida, le acompañan aun en su muerte. Vivió con ellos: con ellos espera la universal resurrección.

La piedad elevó en diferentes partes preces al Altísimo por el alma del P. Fernández. Los RR. PP. Misioneros del Inmaculado Corazón de María celebraron solemnes honras fúnebres por el llorado amigo, y por el bienhechor de sus Comunidades de Chile y en particular de la de Tucumán y de Alta Córdoba, que le consideraban como su fundador y protector, según decía la invitación. En Santiago de Chile, el Illmo. Sr. Arzobispo quiso que la Sociedad de San José ofreciese

(1) Véase el Apéndice.

una comunión general por su fundador, que él mismo distribuyó en la iglesia de San Agustín.

Aun hizo más la cristiana piedad: obtener favores del cielo que creyó poder atribuir a la intercesión y a los méritos del siervo de Dios, P. Hilario Fernández. Cítase, v. gr., el hallazgo de un documento importante extraviado en un Banco; la devolución de una cantidad de dinero, que se creía perdido del todo; la curación repentina de varias dolencias al contacto de objetos que pertenecieron al P. Fernández.

Recibiéronse sentidas y expresivas muestras de condolencia de personajes eclesiásticos y seglares.

El Illmo. Sr. Dr. D. Juan Martín de Yaniz y Paz, obispo de Santiago del Estero, escribía: «La Compañía ha perdido un hijo distinguido, y la Iglesia un apóstol».

El Illmo. Sr. Dr. D. Bernabé Piedrabuena, obispo de Catamarca, decía, dirigiéndose al R. P. Superior de la Compañía de Córdoba: «Algo más que un duelo de familia es el que hoy enluta a esa casa; lo es para esa sociedad toda y aun más; pues si la acción importantísima del venerado sacerdote se desenvolvía de manera más intensa en esa ciudad, y en su clase trabajadora, la radiación de ella alcanzaba horizontes más extensos. Los que tuvimos la suerte de tratarle, recibir sus consejos, y merecer su amable consideración, no olvidaremos al religioso hijo de San Ignacio, de celo difícil de igualar, cuanto menos de superar, y cuyas virtudes y austeridad veíanse animadas de una atrayente jovialidad».

De Chile se recibió el siguiente telegrama: «Sr. Presidente de la Asociación de Artesanos de San José: Lamento el fallecimiento de mi amigo querido, el Rdo. P. Hilario Fernández. Acompaño en su pesar a los obre-

ros de Córdoba, y me uno a sus fervorosas oraciones.
J. Ignacio González, *Arzobispo* de Santiago de Chile.

He llegado al término de mi viaje, a través de la vida simpática y afanosa del P. Hilario Fernández.

Aun cuando estoy plenamente convencido de que no he desempeñado mi cometido sino con mucha imperfección, ni trazado sino con sobrados borrones la imagen que me había propuesto dibujar, con todo doy gracias a Dios de haber tenido ocasión de dedicarle algún estudio particular, pues él me ha hecho ver aplicadas prácticamente una vez más, las doctrinas sociales de la Iglesia al mundo de hoy, demostrando de un modo victorioso la posibilidad y la eficacia de su acción.

Cuando la ciencia sociológica cristiana diserta en la materia; más aún: cuando gravísimos documentos pontificios arrojan torrentes de viva luz y trazan segurísimos derroteros sobre las cuestiones de la economía social contemporánea, cierto como encogimiento y aun estupor parecen apoderarse todavía de algunos espíritus; la paralización invade sus miembros, y el miedo a lo desconocido hiela su corazón.

Tan lógica como es la deducción, o el paso de los principios a las consecuencias, y sin embargo les parece un imposible.

En los principios cristianos se hallan encerradas todas, absolutamente todas, las consecuencias restauradoras o regeneradoras del mundo social, y casi no se atreven a creerlo.

Empero cuando a lo que demuestra la razón teórica, se allega la demostración experimental, ya no es posible la indecisión.

He aquí lo que se desprende de los hechos alta-

mente educativos y persuasivos del P. Hilario Fernández.

Al pueblo le demuestran por milésima vez, que sólo las verdades dogmáticas y los principios morales del Catolicismo, aceptados en toda su extensión y profundidad pueden salvarle; y a las clases dirigentes del pueblo, que en estas mismas enseñanzas y leyes morales, tienen todo lo que necesitan para cumplir con su elevada y urgente misión, con tal de que las vivan ellos intensamente en sí propios, es decir, con tal de ser ellos mismos *hombres según el Evangelio*, antes de pretender formar tales a los demás.

La Historia de la Iglesia, como se ha dicho, es una especie de himno en acción, dedicado a la liberación y elevación de los pequeños, de los humildes, de los pobres, de los abatidos, en una palabra, de los esclavos, de cualquiera de las innumerables esclavitudes, intelectuales, morales, legales o sociales, que han oprimido a la mísera humanidad. Cada paso de avance de esa inmortal Hija del Calvario, cada estrofa de su hermoso himno libertador ha hecho caer una cadena, ha deshecho un dogal.

Nuestro P. Hilario Fernández ha tenido la dicha envidiable de contribuir por su parte, a hacer resonar ese himno de gloria a Dios, y de paz para las almas de buena voluntad, en estas hermosas regiones del Mundo de Colón, librando del error y del mal a innumerables hijos del pueblo, y engrosando los ejércitos de los cruzados de hoy.

¡Gloria a él! ¡Aprendamos de él!

PROTESTA

El autor, sujetándose al decreto de Urbano VIII, declara que todo cuanto se narra en esta obra, no merece otra fe que la que se funda en la autoridad humana.

APÉNDICE

I

Discursos pronunciados en el entierro del R. P. Hilario Fernández

DEL DR. JUAN F. CAFFERATA

«Soy un soldado de la Compañía que cae en el campo de batalla», tales fueron, señores, las palabras de este humilde, al recibir la visita de un amigo momentos antes de su postrer despedida! Ellas sintetizan el pasado y podrían servir en el presente de epitafio en su tumba; para contar a los hijos de Córdoba, lo que aquella leyenda espartana al visitante de las Termópilas: «caminante, vé a decir a vuestro pueblo que hemos muerto por detenderlo».

Así lo encontró su hora, firme, en su puesto, pensando en sus predilectos, los obreros; cuando ya flaqueaban las fuerzas, temblaba en sus manos la vejez, y el busto se encorvaba al peso de tanta labor!

No seré yo quien haga la apología de este varón!

Su obra es testimonio más elocuente que mi palabra. Cuando el viajero visita en Londres la catedral de San Pablo, y piensa en el genio creador de esa maravilla, sus ojos tropiezan con una inscripción que dice: «Si quieres saber quién era, mira en derredor».

Así respondiera yo también al extranjero que interrogara por estos despojos; y lo conduciría a través de este pueblo hasta esas casas para obreros que él levantó con tanto sacrificio, le mostraría esa obra modelo de organización que florece con el nombre de Artesanos de San José, le señalaría al proletario regenerado, a la viuda consolada, al niño, al huérfano redimidos, le abriría el corazón de tantos necesitados y en todas partes hallaría grabado su recuerdo y su nombre.

A nadie, como a él, cuadróle la sentencia que ha epilogado la vida de los beneméritos: pasó sus días haciendo el bien!

Era modesto como el que más; si fuera dado al hombre interrumpir el reposo de la muerte, viéramos aún el gesto paternal imponiendo silencio a este último y pobre elogio!

Era un carácter; varonil bajo el sayal; pasionista de su causa; hombre de nervio y de empuje; siempre a la vanguardia de los suyos!

Y era también un corazón; tras la sotana severa de Loyola que parece adormecer el sentimiento a fuerza de renunciarse en absoluto, sentíase palpitar la víscera noble que imprimía a la mano efusiones fraternales; a la voz modulaciones, siempre generosa; a lo ojos, miradas de sincero atecto.

Por eso, todos sin excepción, venimos con el espíritu contristado a darle el adiós solemne en esta casa de la paz y del silencio, que ha de otrendar a sus restos el descanso de tantas fatigas, mientras sube el espíritu á recibir el premio de los buenos...

Sea, señores, este homenaje de las almas que confunde en un solo sentimiento al pueblo de Córdoba; esta comunión en el dolor, ante la tumba abierta del modesto jesuíta; la sentencia evangélica cumpliéndose una vez más a través de los siglos: bienaventurados los humildes, los que luchan, los misericordiosos; porque cuando llegue la hora de la justicia, serán ensalzados!

Padre Fernández: en nombre de los Artesanos de San José, de su Comisión Protectora del Patronato de Presos y en el mío, os doy el último adiós!

DEL SR. DUTARI RODRIGUEZ

El triste plañir de las campanas del templo de los Jesuítas, sacudió bruscamente en la madrugada de ayer el corazón de Córdoba, anunciándole la dolorosa nueva que enluta a nuestro pueblo.

Pocas veces han desaparecido aquí hombres tan beneméritos como el Padre Fernández, en el largo transcurso de un tercio de siglo a que se elevan mis recuerdos.

Los sollozos y quejidos que han brotado espontáneamente del pecho de las multitudes, en presencia de este cadáver, son el mejor elojio del extinto y la más expléndida corona con que pudiera honrársele. El corazón del pueblo no se engaña, y sus ojos sólo vierten lágrimas por los varones superiores y servidores insignes.

Hace apenas dos lustros que el Padre Fernández llegó a neustro país. Venía del otro lado de la Cordillera Andina buscando la perfección de la vida en su idolatrada Compañía de Jesús. Allí había sido un apóstol, algo más, un general aguerrido de las milicias del bien, en accidentadas y memorables campañas.

Habían sido allí sus camaradas, personajes tan eminentes como Casanova, Jara, como González el actual arzobispo chileno —y para no citar otros—como Carlos Walker Martínez, el caballero de extirpes legendarias, al parecer extinguidas en estos tiempos de enervante materialismo y de míseros egoísmo, el estadista eminente que fuera orgullo de su patria y a quien la Argentina, a la que quería con sincero afecto, debe en gran parte el bien incomparable de la paz, en cuyo heraldo se constituyó mientras fué el alma de la histórica presidencia de Federico Errázuriz.

Cuando el Padre Fernández llegó a Córdoba, parecía tener derecho a un relativo descanso. La nieve blanqueaba ya sus cabellos, y sus espaldas se presentaban como oprimidas y agobiadas por el peso de las gloriosas y largas fatigas del pasado. Nadie habría creído que un sacerdote secular en tales condiciones buscase en el claustro otra cosa que la tranquilidad y el reposo. Pero nada de eso. El no hacía sino ponerse nuevas armaduras para lanzarse de nuevo, en otro teatro, con entusiasmos y ardores juveniles, a la arena del combate.

Era un convencido de que en la actualidad el clero debe «salir de las sacristías», ir al pueblo, según las sabias enseñanzas de León XIII; y con tal divisa inició la misión que le señalaba ahora la obediencia.

Vosotros sabéis, señores, como la ha cumplido en un corto período. Mientras el Padre Fernández evangelizaba por todos los rincones de la provincia de Córdoba y por una buena parte de las provincias argentinas, llevando el calor de la fe a los corazones, en alas de su insinuante y expresiva palabra, todavía se daba tiempo para restaurar la vieja Asociación de los Josefinos, fundada por el inolvidable P. Carlucci, otro varón de extirpe superior, y para colocarla en ese pie de prosperidad asombrosa con que ahora la vemos y que constituye algo así como una tabla de salvación para nuestra sociedad, ante la catástrote amenazadora del socialismo impío.

Y no se contentaba con esto. Sabía que para conservar al pueblo hay que darle no sólo buenas palabras, sino también curarle sus dolores, sus angustias y sus miserias, que son cada día más apremiantes, a medida que avanzamos en civilización y cultura; porque viendo el esplendor, la hartura y la comodidad de los ricos, también ansía para sí una migaja de bienestar en el banquete de la vida.

De allí su obra magna y trascendental, la que le ha de sobrevivir por años y años a través de las edades; la que hará que su nombre sea bendito por los hijos de los hijos de los padres y madres que lloran ahora sobre su tumba. Me refiero a las casas de los obreros, que con visión de sociólogo realizó él, aquí, antes que nadie en nuestro país, para honra de los ínclitos hijos de Loyola, cuyo unitorme vestía con orgullo, para gloria de Córdoba y para felicidad de centenares de familias pobres que encontraron en el Padre Fernández su ayuda, su sostén y su providencia.

No es del caso ensalzar los beneficios de esa obra. Basta

enunciarla. Basta saber que a los seis años de iniciada, merced a la labor de su fundador, cuenta ya con dos barrios florecientes, formados por un puñado de limpias, sanas y hermosas casitas, donde el obrero se hace propietario sin sacrificios, donde experimenta las dulzuras del hogar critiano, donde se vivifican las energías de la raza varonil de nuestro criollo legendario, y se mantienen vivas la fe y las virtudes que lo hicieron héroe y mártir, cuando la religión y la patria se lo exigieron.

Fundada sobre bases sólidas, esa obra está llamada a tener el desarrollo del copo de nieve que se desprende de lo alto de la montaña, y que poco a poco se va transformando en la masa gigantesca destinada a tecundizar los campos, al derretirse por el contacto de los tibios rayos del sol de la primavera. Las casas de obreros del Padre Fernández torzosamente tendrán que extenderse por su propia virtualidad, en todos los ámbitos de esta capital, resolviendo así uno de los grandes problemas de la economía contemporánea.

¡Loor y gloria perdurable, pues, a su benemérito fundador, que continuará así enjugando las lágrimas de los pobres y de los desheredados de la vida, aun después de sus días!

Por lo demás, no intentaré hacer el elogio de su santidad, de su saber, de su singular don de gentes, cualidades que hacían de él un hombre superior, un verdadero «conductor de pueblos», usando de una trase del insuperable Estrada. Nuestra sociedad conoce esos dotes excelsos, y son testigos de ellos todos sus componentes, desde el encumbrado político hasta el más modesto ciudadano que frecuentemente acudían a recibir sus experimentados consejos, cuya rara virtud sobre los espíritus se asemejaba a la del rocío cuando cae sobre la planta débil y marchita.

Yo sólo quiero deshojar sobre su tumba las siemprevivas de de mi afecto, como secretario que he sido del Padre Fernández, en su carácter de presidente de la comisión del Asilo de Niños Desvalidos, institución benéfica en cuya representación me cabe el honor de hablar y a la que el muerto acababa de incorporarse con todos los entusiasmos de su espíritu generoso, con todos los ardores y calideces de su amor por los pobres y por los desheredados de la vida. Si Córdoba pierde en él al benefactor insigne de los obreros y si los Josefinos al padre más lícito, para el Asilo de Niños Desvalidos, esta desaparición importa el derrumbamiento de su columna más vigorosa.

Padre Fernández: desde el cielo velad por vuestras obras. Os habéis ido antes de tiempo y todavía necesitan de vuestros cuidados. Cuidad del Asilo. Los niños que allí se educan son los obreros de mañana, es decir, los predilectos de vuestro corazón. Cuidad para que sean los obreros cristianos, como vos los queríais; cuidad de vuestros pobres que os bendicen y que os loran inconsolables, y no os olvidéis de vuestros amigos, de aquellos a quienes marcábais la ruta del deber y que estamos también aquí, con el alma destrozada de dolor.

Padre Fernández: sed ahora desde el cielo el Santo protector de todos!

Señores·

En cumplimiento de una hermosa misión, que me ha sido conferida por la congregación de Josefinas de esta capital, vengo a depositar sobre la tumba del preclaro hijo de Loyola, R. P. Hilario Fernández, la corona de siemprevivas, con que las sociedades y los pueblos vinculan el nombre de sus hijos predilectos, para veneración y ejemplo de las futuras generaciones, llamadas a gozar de los resplandores de su genio.

Porque, señores, el Padre Fernández entra en el número de esos varones extraordinarios que aparecen a raros intervalos en el escenario del mundo y que dotados del poder material e inteligente de la humanidad, son escogidos por la Providencia para cambiar la faz de las sociedades y los pueblos.

Examinad su actuación en las distintas sociedades do ejerciera su sagrado ministerio, y veréis cómo en alma de todas ellas ha dejado huellas imborrables de su paso, porque su virtud acrisolada y su talento perfilado, elegante y fino, se impusieron, a pesar suyo, aun a los propios enemigos de su religión y de su Dios.

Es en Chile, donde como conferenciante, como director de un establecimiento piadoso de ejercicios y tomando parte en las cuestiones sociales, que a menudo conmueven los cimientos de las modernas sociedades, donde empieza a destacarse arrogante la figura del extinto hasta el punto de que su separación produjo un verdadero desgarramiento social, al que no fueron ajenas las más altas autoridades políticas de la nación hermana.

Pasa luego a Montevideo, donde reconcentra todas las actividades de su genio y de su espíritu selecto, para combatir los avances del sectarismo, al que infiere una colosal derrota, haciendo dispersar sus elementos, que se llaman al más absoluto silencio.

Victoriosamente despedido y aclamado por el pueblo uruguayo, es mandado por sus superiores a esta ciudad, en donde hacen más de ocho años que palpamos los benéficos efectos de su acción decidida, en los órdenes religioso y social, porque Fernández ha pertenecido a la pléyade de aquellos hombres que apenas salidos de la esfera privada, se imponen por las fuerzas vivas de su talento y de su virtud unidos.

Apenas asentado en ésta, se hace cargo de la dirección espiritual de la Cárcel Penitenciaría y Asilo del Buen Pastor y de la Sociedad de Josefinos, acometiendo, con la audacia propia de los genios, la ruda empresa de regenerar el elemento social proletario, reorganizando al efecto la Sociedad Protectora de San José, cuyos progresos de todos conocidos constituyen el más elevado exponente de la victoria alcanzada merced a sus superiores cualidades.

Como orador sagrado, se imponía por la universalidad de sus conocimientos, exquisita pureza del lenguaje y exactitud de su talento, siendo muchos los que, arrastrados por la lógica de sus razonamientos, se convirtieron y abrazaron la religión católica.

Pero donde se nos presenta de cuerpo entero la figura del augusto extinto, destacándose con relieve sin igual, es en el desempeño de su sagrado ministerio, de amor y caridad evangélicos, de civilización, de paz y de progreso, que al decir de un orador, abarca todos los estados y condiciones de la humana vida, todas las clases e instituciones sociales.

Por eso es que habéis visto acudir al pueblo todo de Córdoba, sin distinción de clases, a elevar una plegaria al Altísimo, por el que en vida las ilustró con sus ejemplos y edificó con sus virtudes; por el que se sacrificó por la gloria de Dios y salvación de las almas, hasta el momento mismo de inclinar su frente hacia el abismo, para gozar de la eternidad esperada.

Por ello es que la Sociedad de Josefinas, uniendo sus votos a los de todos, ha querido por mi intermedio significar, aunque en desaliñadas frases, sentimientos de honda condolencia, la irreparable pérdida del que fué su director espiritual.

II

ARTÍCULOS NECROLÓGICOS

EL R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

Córdoba está de duelo por la muerte de un extranjero. El P. Fernández, protector insigne de la clase obrera, conferencista ilustre y eficaz, sacerdote ejemplar y sabio, consejero de todos, ha caído rendido al peso de sus trabajos, más que de sus años.

La sociedad entera, todas las clases sociales, han ido a porfía a rendir homenajes de respeto y de cariño ante el féretro de ese humilde jesuíta, en reconocimiento de los grandes servicios prestados a los católicos sin distinción de clases.

Han llenado el templo de la Compañía de Jesús, durante todo el día, el clero que veneraba al anciano sacerdote modelo de celo y de las más preciadas virtudes sacerdotales; las damas de nuestra aristocracia que pierden al sabio y prudente director de su vida espiritual; los caballeros de todo rango que habían encontrado en la palabra del venerable anciano la fuerza necesaria para ordenar cristianamente su vida y la luz para resolver las dificultades; y han concurrido también a dar el último beso de gratitud a esa mano generosa los obreros y las obreras a quienes consagró la mejor parte de sus extraordinarias energías ese extranjero abnegado y caritativo: nuncio de paz para muchos hogares, ángel tutelar de muchos jóvenes y providencia visible para todos.

En verdad que Córdoba le debía estas manifestaciones de gratitud y de admiración, porque siendo extranjero, se dedicó a hacerle el bien en todo orden.

* *

Hace trece años llegaba a Córdoba un sacerdote jesuíta novicio venido de Chile; era ya un hombre entrado en años, de fisonomía inteligente y fuerte, de porte varonil y franco, de palabra mesurada pero cálida, de maneras cultas y llanas. Ocupó al poco tiempo

la cátedra sagrada para dar una serie de conferencias, y al segundo día el templo lleno de caballeros indicaba el atractivo de su palabra de apóstol sobre los ánimos de los que escucharan su primer sermón. Se preguntaba por el nombre del desconocido, no con el interés de una mera curiosidad, sino con el deseo de saber quién era ese orador que con naturalidad inimitable llevaba a los ánimos el convencimiento, y revelaba sin dificultades un conocimiento profundo del corazón humano.

Se supo así que era un sacerdote español, que después de haber dirigido treinta años en Chile las Sociedades de Josefinos y la Casa de Ejercicios, había ingresado en la Compañía de Jesús para continuar su apostolado bajo la bandera del gran Ignacio de Loyola.

La vida del R. P. Fernández en Chile es digna de ser recordada como ejemplo.

Ordenado de sacerdote a la edad de veintitrés años, dejó su patria y se trasladó a Chile para ejercer su sagrado ministerio. A poco de estar ahí fundó la Asociación Obrera de San José, que propagó no sólo en Santiago, donde llegó a contar hasta 5.000 asociados, sino en toda la república, que él recorrió varias veces en su cruzada humanitaria. Ninguna asociación de socorros mutuos adquirió allí tan amplio desarrollo y tan sólida y duradera organización. Tenía como colaboradores en su empresa a varios sacerdotes distinguidos y con ellos pensó alguna vez constituir una congregación consagrada por entero a las obras sociales.

Fué tal su ascendiente sobre los obreros, que cuando el gobierno del Presidente Santa María inició la campaña anticatólica, los josefinos bajo las órdenes de ese clérigo extranjero sostuvieron la lucha en las urnas sacando tres diputados por la capital; y en Valparaíso, en Concepción y otras ciudades los josefinos fueron contingente importantísimo para la Unión Católica que consiguió al fin poner a raya la política sectaria; por lo cual el Fiscal pidió una vez abusivamente la prisión de ese sacerdote que conspiraba contra el gobierno.

Ni bastaba esta empresa para satisfacer el celo del virtuoso sacerdote: el Illmo. Arzobispo de Santiago nombróle Director de la Casa de Ejercicios de esa ciudad, y él desempeñó con tanta abnegación y acierto el delicado cargo, que al ingresar en la Compañía el Prelado declárole benemérito especial de la casa, y ofrecióle que si algún día quería volver a Santiago tendría en ella habitación y renta como jubilación merecida por sus largos y desinteresados trabajos.

Sería inexplicable el ascendiente adquirido por él ante los hombres de estado y las altas dignidades eclesiásticas como ante el pueblo, si no se le atribuye a las virtudes sacerdotales tan descollantes que le adornaran. Era un varón humilde y manso, pero de carácter tan bien templado, que nadie en su presencia se encontraba más hombre que él, por la firmeza de sus convicciones, la tenacidad en sus empresas, la rectitud en su conducta y la libertad apostólica con que trataba a los grandes como a los pequeños. Sabía dar consejo a un Arzobispo o a un Ministro de Estado con la misma sinceridad y franqueza con que corregía a una pobre obrera; y si

alguna vez su palabra parecía dura era simplemente porque en esta época los hombres no estamos acostumbrados a que se nos corrija sin ambages.

Admiraron también en Chile el ejemplar desinterés de un hombre de tanto trabajo y que administraba tan grandes sumas de dinero, y sin embargo cuando ingresó a la Compañía de Jesús, después de 30 años no traía nada, porque nada tenía. Dos viajes hizo de Chile a España: el primero se lo costeó generosamente un amigo o admirador que no quiso dar su nombre ni al mismo obsequiado, cuyo amor a la pobreza era invencible; y el segundo lo hizo sin prevenir a nadie, por temor que se le hiciera el mismo ofrecimiento. Otra vez una persona piadosa quiso donarle una finca y el desinteresado sacerdote la disuadó, induciéndola a darla al Arzobispado, que hoy obtiene de esa propiedad más de cien mil pesos de renta. Y entonces el P. Fernández podía adquirir porque era sacerdote secular.

* *

Aquí en Córdoba su actuación y sus obras son bien conocidas y admiradas. Director de la «Asociación de Artesanos de San José», y los Josefinos, no sólo ha impulsado eficacísimamente sus progresos en el orden espiritual, sino que ha impreso en ellas un espíritu nuevo amplificando su acción en el orden económico. A él se debe el magnífico local social inaugurado este año con el aplauso de todo el pueblo, que no llega a comprender cómo ha podido la sociedad de obreros pobres, sin echar mano de los medios comunes, realizar una obra de tanto costo.

A él se deben las modernas e higiénicas habitaciones para obreros que se levantan en cuatro barrios distintos de esta ciudad; adelanto notable como hecho y como lección. Y obra suya por fin es la Comisión Protectora de la clase obrera, que tantos beneficios ha hecho y tantas esperanzas funda para el porvenir.

Tenía además proyectado un Banco de Préstamo para los obreros, y había comenzado ya a buscar accionistas entre los hombres de fortuna, que seguramente habrían secundado su empresa humanitaria.

Para instruir a los maestros en sus deberes y fomentar en ellos el espíritu de unión con fines educativos, fundó y dirigió la «Asociación del Divino Maestro», que promete ya excelentes frutos.

Entre tantos trabajos de su propia iniciativa, tuvo aun tiempo suficiente para desempeñar los cargos de Presidente de la Comisión del Asilo de Niños Desvalidos y de miembro de la Comisión Protectora de los presos.

Tarea demasiado larga para llenarla en un artículo de diario sería mencionar todo lo que ha iniciado y llevado a término este celoso jesuíta en el estrecho término de once años que ha permanecido entre nosotros: baste decir que ha promovido una acción social intensa en favor de las clases desheredadas, que les ha dedicado sus energías y sus desvelos sin fatigarse jamás, ni por la variedad de los asuntos ni por la impertinencia de los unos o el desdén de los otros; sin desanimarse por las dificultades que a otros parecían insuperables, y sin precipitarse obstinadamente con imprudente entu-

siasmo. Hombre de fe y de carácter a toda prueba tenía inquebrantable esperanza en el éxito de sus empresas, y aunque sabía mudar prudentemente de consejo, no se arredraba por las contrariedades ni cedía en ningún caso el terreno conquistado.

* *

El P. Fernández nació en España el 14 de junio de 1845. Se ordenó de sacerdote a los 23 años de edad y pasó a Chile, donde ejerció su ministerio hasta el 6 de julio de 1899 que vino a esta ciudad e ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús. Concluído el noviciado, pasó a Montevideo, donde permaneció dos años. De vuelta a Córdoba ha permanecido aquí hasta su muerte.

Córdoba. — "Los Principios"

EL P. HILARIO FERNÁNDEZ, J. S.

† Ayer en Córdoba (República Argentina)

Julio 13 de 1912.

Ha descansado, por fin, en el Señor un luchador infatigable de la buena causa, un predicador que predicó las virtudes no sólo con el argumento vivo y ardiente de la palabra, sino también con el argumento mudo, pero elocuentísimo del ejemplo. El Padre Hilario Fernández ha muerto.

Valparaíso pudo admirar sus virtudes durante aquellos años en que el Illmo. y Rvdmo. Arzobispo de Santiago, doctor don Juan Ignacio González Eyzaguirre, era párroco en aquella ciudad.

En aquel medio indiferente y hostil a la religión, el celo del Padre Fernández, sus múltiples obras religiosas y sociales, la austeridad de su vida, el ardor de su propaganda parecían animados del fuego divino que en otras edades inflamó a los primeros apóstoles.

Pero si por su rigurosa virtud y su constancia inquebrantable evocaba la figura y penetrante inteligencia y la cultura vastísima de que estaba dotado, era el hombre moderno, al corriente de las grandes batallas que es preciso librar y atento a todos los nuevos horizontes que la acción cristiana persigue en esta sociedad.

De origen español, llegó a la ciudad de Valparaíso y desde el primer momento púsose a la obra con ardoroso entusiasmo.

Convencido de que es preciso ir ante todo al pueblo, comenzó por organizar la Sociedad de Obreros de San José, cuyos benéficos frutos no necesitamos encarecer.

A su generosa iniciativa adquirieron gran prosperidad las Casas

de Ejercicios, donde acostumbraba dar retiros que eran muy concurridos.

Poseía en la palabra un atractivo especial que encantaba y seducía. Su voz suave, rica en inflexiones, su acción expresiva, llena de elegancia y nobleza, daban a sus sermones un prestigio fascinador.

Su influencia sobre las almas era maravillosa. Hizo conversiones muy sonadas, conquistándose al mismo tiempo que nuevos prosélitos, afectos profundos que lo acompañaron toda la vida.

En el trato íntimo se hacía querer desde el primer instante por su amable simpatía de carácter.

Irradiaba bondad.

Entre los pobres parecía hallarse en su elemento; hablaba con cada uno en particular; los reconocía y sabía decirles a todos esa palabra justa que halaga y encanta. Adivinaba sus necesidades, y los socorría empleando infinitas delicadezas de procedimiento.

Era un corazón inmenso; lo daba todo, sin reservarse nada, ni una hora de descanso, ni la más pequeña satisfacción.

Mientras estuvo aquí, hace dos años, durante quince días predicó casi un centenar de veces, pues parecía dotado del don de multiplicarse.

Después de su apostolado popular en Chile, entró a la Compañía de Jesús, y en aquella disciplina, donde la obediencia total es la primera ley, él, acostumbrado a mandar y a moverse libremente, se sometió a la obediencia con humildad paciente y ejemplar.

Para él la muerte ha sido como un gran reposo, como el término natural y deseado de este doloroso camino de la vida.

Ya ha recibido el premio, ya se encuentra allá a donde todos nos dirigimos...

X

Santiago de Chile.—"La Unión"

JUSTO HOMENAJE

"El Domingo próximo, el Rvdmo. señor Arzobispo de Santiago dirá una Misa en las Agustinas por el alma del R. P. Fernández, en la cual comulgarán los obreros de San José".

26 de Julio de 1912.

Se va a rendir un homenaje justo en la más amplia extensión de la palabra. Hace poco descansó en el Señor el que fué el R. P. don Hilario Fernández, la figura del ilustre sacerdote de origen español, que hizo de Chile su segunda patria, que vivió en nuestro suelo sus mejores años y que sembró y recogió en él opimos fru-

tos; es sobradamente conocido de nuestra sociedad. Fresca aun, vive su memoria en muchos hogares que recuerdan con cariño la inteligencia clara, la dilatada cultura, la palabra elocuente, la austeridad rígida en los hábitos, la virtud profunda y, por encima de todas esas dotes singulares, el corazón grande, abierto siempre a todas las pesadumbres del sacerdote humano que, durante medio siglo, fué luchador tesonero de la buena causa, apóstol de la caridad y amigo íntimo y sincero de los desvalidos, de los pobres y de los obreros. Tal era el R. P. Fernández.

Es justo esparcir sobre su sepultura algunas flores que simbolicen la gratitud.

* *

La ciudad de Valparaíso fué el terreno en donde el P. Fernández comenzó primeramente a ejercer su apostolado, y allí encontró vasto campo que cultivar. Aun se recuerda en el vecino puerto el celo del P. Fernández. Predicaba, no una, sino varias veces al día, daba misiones, dirigía corridas de ejercicios, auxiliaba a los enfermos, ayudaba a los parrocos y multiplicándose en obras de caridad y de celo, despertaba con su palabra y con su ejemplo el espíritu adormecido de los habitantes del vecino puerto, y con ello renacía la religión y la piedad.

Cabe al P. Fernández la honra de haber echado las bases de una obra salvadora para el pueblo: la Sociedad de Obreros de San José. No hacemos caudal de su previsión que adivinaba la solución de problemas que debían presentarse años más tarde, con síntomas de graves enfermedades sociales.

A la cuestión obrera dedicó el P. Fernández todas sus energías, su tesonero trabajo. A ella lo impulsaba más que los cálculos fríos enderezados a buscar el remedio de una enfermedad social, la caridad aprendida del maestro Jesucristo. Poseía un corazón eminentemente caritativo. Se olvidaba en absoluto de sí mismo, vivía solamente para los demás y en especial para los desheredados de la fortuna de la tierra; habría sido el mismo apóstol de los pobres en cualquier tiempo que hubiera vivido, porque lo arrastraba hacia el pobre la caridad, y la caridad no requiere épocas determinadas para su ejercicio. Esa fué la causa de la gran empresa llevada a cabo por el P. Fernández.

* *

Es labor considerable la formación de una sociedad obrera. No es fácil la tarea, porque el terreno es muy inculto. Buscar al pobre, visitarlo en su vivienda sucia y desmantelada, averiguar sus necesidades materiales para remediarlas o aliviarlas, sondear después las miserias del alma, bregar junto con el obrero contra sus inclinaciones viciosas, desterrar de los hogares el juego, la embriaguez, llevarlo al cumplimiento de sus deberes religiosos, inculcarle hábitos de ahorro, de trabajo, convencerlo, en fin, que debe copiar en sí mismo el modelo propuesto: el santo carpintero de Nazareth, y repetir esta obra lenta y penosa con todos sus detalles día a día, y año tras año, hasta contar en las filas de los Obreros de San José 25.000 socios, es una acción de sacrificio y moralización que, con cualquier

criterio que se la considere, tiene que imponerse y conquistar aplausos y gratitud. Esa fué la obra del P. Fernández.

* *

En tarea tan ardua y tan vasta, tuvo por compañero al que hoy día es dignísimo Arzobispo de Santiago, don Juan Ignacio González E., quien, entre sus grandes méritos, cuenta en lugar preferente el haber dedicado largos y fructuosos años de trabajo, cuantiosas sumas de dinero y aun su propia salud en beneficio de la clase obrera. Y porque juntos trabajaron en obra de tan vastas proporciones, y porque fué el Illmo. y Revdmo. Arzobispo señor González Eyzaguirre quien heredó del Padre Fernández la Sociedad Obreros de San José, por eso ha querido el digno Metropolitano ser el primero en honrar la memoria del glorioso extinto, su inolvidable compañero de labores apostólicas.

De todas las formas de ejercer el apostolado, el Padre Fernández escogió la más amplia, la más provechosa, la mas genuinamente cristiana.

Predicó el Evangelio como su Maestro Jesús, con la palabra y con el ejemplo y nunca perdió de vista que el sacerdocio de N. S. fué sacerdocio ejercido con particular predilección en beneficio de los pobres.

La vida del Padre Fernández servirá de ejemplo a los venideros y recordarán su memoria muchos agradecidos con el recuerdo cristiano, en que siempre va envuelto una oración: una plegaria!

X. X.

Santiago de Chile. — "La Unión"

R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

HOY, EN ESTA CIUDAD

Una brevísima enfermedad ha llevado a la tumba, en la madrugada de hoy, al R. P. Hilario Fernández.

Renunciamos a la innecesaria tarea de hacer una biografía del extinto. Su virtud evangélica y su acción de apostol están diluídas en el ambiente mismo en que actuó. Se las toca, se las siente, como si fuesen realidades, con una corporalidad concreta, visible, tangible.

Fué un soldado valeroso y eficiente de la legión que dejó en el mundo para consuelo de afligidos, para guía de conciencias y dirección de empresas morales el ínclito San Ignacio de Loyola.

El padre Fernández no era una especie de patriarca: era un sa-

cerdote popularizado por su acción diligente, por su celo, por su amor cristiano, por su caridad social. Era un huésped en su convento. Allí permanecía lo estrictamente necesario para cumplir con las obligaciones y reglas de la disciplina jesuíta, pues su ansia viva de practicar el bien en cuantas formas y grados es dado imaginarlo, lo empujaba a la calle, al arrabal, al conventillo, a los hospicios, a las cárceles, donde quiera que su presencia, su palabra y su consejo pudiesen corregir una inconducta, atacar un vicio, suavizar una querella o infundir una esperanza.

Todos lo hemos visto cruzar por nuestras calles con el paso mesurado, el rostro siempre sonriente, el continente grave y austero, y al sentirlo de cerca nadie habrá intentado sino rendirle homenaje de admiración a tanta respetabilidad moral.

Fué un digno sucesor de aquel santo y sabio jesuíta que se llamó padre Carlucci. Tomó a su cargo la dirección de los artesanos de San José que éste había fundado y en esa dirección realizó una acción social tan benéfica y tan intensa que las clases trabajadoras del pueblo de Córdoba han de perpetuarle un sentimiento de inmensa gratitud.

Allí, en esa noble tarea, volcó todo su espíritu, todo su amor, todo su celo el padre Fernández. Y hoy día más de dos mil artesanos josefinos constituyen la falange que su acción perseverante diera como provechoso resultado inmediato.

Tal es, en síntesis, la personalidad del sacerdote que acaba de bajar a la tumba.

Nos inclinamos respetuosos ante ella y nos asociamos a la consternación pública que ha producido el infausto e irreparable suceso.

* *

Aunque se tenía el propósito de inhumar los restos del virtuoso extinto en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, a última hora se ha dispuesto hacerlo en el Panteón de los Josefinos, en el Cementerio de San Jerónimo, mañana, a las 9,30 a. m., después de una misa de cuerpo presente que se oficiará en la Compañía, a las 8.

Córdoba. — *"El Comercio"*

Rdo. P. HILARIO FERNÁNDEZ, S. J.

† AYER, EN CÓRDOBA

La Compañía de Jesús acaba de perder a uno de sus buenos miembros y la ciudad de Córdoba ha visto desaparecer casi inesperadamente a uno de sus más abnegados apóstoles.

El Padre Hilario Fernández ha muerto, y el solo anuncio

de esta irreparable desgracia ha tenido el arte sublime de consternar a toda una provincia, testigo presencial de la obra altamente humanitaria realizada por este gran jesuíta.

La Asociación de los Josefinos en Córdoba que aun llora a su fundador, el querido P. Carlucci, vuelven hoy a reunirse en torno de los inanimados restos del P. Fernández que, como aquél, supo hacerse todo para todos, velar por el pobre, aconsejar a unos y dirigir a muchos por la senda del bien.

Hombre de un prestigio absoluto, la palabra del P. Fernández se aceptaba sin discusión, porque además de su inteligencia privilegiada, estaba rodeado de una aureola de santidad tan brillante y tan marcada, que lo elvaba sobre la totalidad de los hombres, convirtiéndole en un ser necesario para la vida moral de aquella provincia que le tuvo en su seno tantos años.

Apóstol como un Padre Auweiler, sencillo y austero como el inolvidable Padre Guarda, genio emprendedor como aquel santo jesuíta que se llamó el Padre Sató, el Padre Fernández tenía entrada en todos los hogares de Córdoba y una sonrisa de él tenía más fuerza que un luengo discurso con que pretenden muchos arrastrar las masas y llevarlas a la convicción de utilitarismos personales.

Incansable obrero del bien, él disponía de tiempo para todos, por eso hay tantos pobres y tantos desgraciados en Córdoba que riegan con sus lágrimas sus inmortales despojos; por eso, desde la clase encumbrada hasta la más humilde, se ha dado cita esta mañana en la casa de la Compañía de aquella ciudad, para testimoniar de una manera elocuente el profundo sentimiento que les origina esta desgracia.

Hombres de esta talla no debieran morir nunca. Hay siempre de parte nuestra un egoísmo que se explica, puesto que al vincularnos con estos espíritus superiores nos cuesta aceptar una separación que nunca debiera pronunciarse.

Pero la tierra no debe ser una cárcel prolongada para estos que desde que nacen los reclama el cielo. Y es lo que ha sucedido.

Cargado de frutos el árbol se ha inclinado al peso de sus méritos y sin duda hoy debe ser un día de júbilo para los bienaventurados al ver llegar a este virtuoso jesuíta que ha pasado la vida «benefaciendo et sanado omnes».

Dichoso de él que rogará por nosotros que le lloramos; felices los padres de la Compañía que al presentarle nuestras sinceras condolencias podemos añadir la frase bíblica: el Padre Fernández ha muerto; pero dichoso este morir porque «optimam partem elegit, et non auferetur ab eo».

Buenos Aires. — "El Pueblo"

MUERTE DE UN APÓSTOL

† R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

PADRE DE LOS OBREROS

Acaba de fallecer en la cuidad de Córdoba este insigne hijo de Loyola, talento superior y abnegado apóstol de la Iglesia Católica.

Su paso por la tierra ha sido tan fecundo y tan benéfico que nuestra modesta pluma es incapaz de bosquejar siquiera los relieves más salientes de esta personalidad que, como un astro, nos deslumbra y confunde. El hondo sentimiento y la profunda impresión sólo nos dan tiempo para exteriorizar lágrimas y plegarias nacidas ardientes y tumultuosas en nuestro corazón dolorido y apenado por la gran pérdida.

Otra pluma y otro cerebro seguramente llegue a perfilar la personalidad culminante de este grande hombre que baja a la tumba, y puede decirnos lo que su alma encerraba de grande y sublime; nosotros sólo alcanzamos a admirar sus virtudes, la nobleza de su magnánimo corazón y la vida benefactora que pasó floreciendo y fecundando inmortales obras en gloria de Dios y beneficios de los hombres.

«El Padre Fernández», como popularmente se le llamaba, era nombre que corría por todas partes y que pronunciaban con respeto los labios. Ante su figura venerable, su grave andar, la noble expresión de su rostro y su cabeza erguida por grandes pensamientos, coronada de inmaculada nieve que el paso de los años habían ido acumulando como trofeos de gloria, todo prejuicio desaparecía, toda cabeza se inclinaba y todo corazón le ofrendaba sus saludos y simpatías...

Era que pasaba una luz irradiando y fecundando!

* *

La biografía del Padre Fernández no es de las comunes: es mucho más; es la biografía de pueblos y de instituciones que bajo su acción han florecido para el progreso y la civilización.

Chile y la Argentina, repúblicas de sus caros afectos, ostentan en su seno las obras de este grande apóstol; ellas fructifican de sus entrañas, sus trabajos y sus desvelos, especialmente por la clase obrera, de la cual se le titula «Padre». El Uruguay, en obras políticas y sociales le es deudor también de gratitud como es de su gran amigo el ilustre Zorrilla de San Martín, de quien dijera el Padre Fernández «era pequeño en estatura pero grande en talento». Estas tres repúblicas han participado, pues, y pueden dar testimonio de su ciencia y de la acción de su brazo, cerebro y fuerza grandilocuentes que, contra los prejuicios de los que nada hacen en bien de la humanidad y todo lo critican y repudian — ponen de

alto relieve lo que puede hacer un humilde «fraile», de los sensatos admirado y de los ignorantes combatido.

Pero donde más se siente y palpita la obra de este varón ilustre, es donde le vemos bajar con su corazón abierto hasta los desheredados de la suerte, hablarles paternalmente, consolarles en sus desgracias, tenderles una mano de hermano y olvidarse de sí mismo para remediar sus necesidades.

En grande y singular honra hemos tenido al acompañarle en algunas de sus jiras apostólicas. En ellas le hemos visto infatigable y afanoso buscar a la oveja descarriada, sacarle dulcemente de los zarzales del vicio, dignificarla con su palabra y sus ejemplos y llevarla al rebaño de la paz y de la virtud, no descuidando antes de proporcionarle casa para su abrigo y hasta pan para sus hijos!

En Córdoba, su obra está a la vista: ha tormado numerosos barrios de casas para obreros; la sociedad de «Artesanos de San José» — josefinos — tan benemérita como grande, encontró en él a su más decidido protector, y sus inmensos y artísticos salones sociales, sus bibliotecas y terrenos para los pobres dan cuenta de su inagotable caridad y de su profundo amor hacia la clase proletaria. Alguna vez ya lo dijimos, que el Padre Fernández fué el primero que inició y contribuyó a la solución del «arduo problema social», implantando en nuestra república la construcción de casas para obreros donde pudieran vivir cómoda y cristianamente como corresponde a todo buen ciudadano.

Como sociólogo y hombre de ciencia es popular su tama. Ahí están por varias repúblicas, por varias provincias, ciudades y pueblos personas y personalidades que dan testimonio de su privilegiado talento. A Río Cuarto también le ha cabido el honor de escucharle y de admirarlo en sus filosóficas y magistrales conferencias, y a todos los que nos honramos con su amistad, sus sabios consejos y sublimes enseñanzas.

Paso al apóstol católico: plegarias y flores para su tumba, recuerdo y estímulo de sus virtudes; palmas y gloria de Dios para su alma!

Río Cuarto. — "El Orden"

R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

Frescas están aún las adelfas que cubrieron su tumba; las lágrimas del amor y de la amistad, tampoco se han secado; porque fué justo, su recuerdo será eterno...

A semejanza del Caudillo de Judá, su pueblo rindióle su homenaje. El pueblo cristiano tiene para sus héroes no sólo coronas y flores; tiene un pedazo de cielo para gravar su nombre!

A imitación de su Maestro, el Padre Fernández pasó por la

tierra haciendo el bien. En el talento del rico como en la ignorancia del pobre, arrojó un puñado de luz; la abundancia del primero y la indigencia del segundo niveláronse con sus consejos: la caridad entonces subió muchos codos sobre el egoísmo.

Porque tuvo conciencia del deber, tuvo fuerzas de gigante. Conocía al mundo y obraba de acuerdo a sus convicciones. Fué vidente y previsor.

«Fuera de la religión cristiana, sólo hay ignorancia de Dios», sabíalo bien, y acompañó al filosófico raciocinio con la práctica del convencido. Salvó al obrero de la garra del error que todo lo despedaza; confundió la verba audaz del agitador; infundió a las masas el respeto a las instituciones; no descuidó la ilustración de las conciencias.

La ciencia humana le era familiar: hijo de la luz no temía a la sombra. Dirigió al cerebro pensante marcándole derroteros luminosos; tenía aliento de cóndor y las nubes no estorbaban su paso.

Merced a sus trabajos, cabezas ilustradas en campo opuesto, entraron a su religión.

Porque tuvo carácter, confirmó muchas veces su frase lapidaria: «el hijo de su madre, jamás se arrepentirá por haber dejado de decir la verdad».

Su vida fué ejemplo. El púlpito fué su cátedra: desde ella enseñó ilustrando. Su palabra era convincente; sentía hondo y decía alto. Su pensamiento campeaba soberanamente: alas poderosas cerníanse en sus auditorios rasgando aires ciceronianos y empujando ideas hacia las alturas. Porque fué virtuoso, tenía un alma grande. En las de sus semejantes volcó siempre un poco de Dios, regenerando y convirtiendo; porque fué bueno, su corazón encerraba amores paternates.

Una vida así empleada en honra de Dios y en beneficio de los hombres, no concluye en el sepulcro: el tiempo y los acontecimientos humanos prolónganla en los fastos de la inmortalidad.

Vida y obras de las almas fuertes sirven de estímulo a los que luchan por conseguir ideales supremos.

DEMETRIO J. ROLDÁN

Río Cuarto. — *"El Orden"*

EL R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

El fallecimiento de ese benemérito sacerdote, cuyo espíritu estaba modelado en el corazón de aquel cuyos sentimientos para con el pueblo están reflejados en aquella frase del Evangelio: «me compadezco de esa turba», señalando las multitudes que le seguían, ha conmovido a Córdoba y consternado al obrero, cuyas lágrimas al humedecer la mano yerta que besaban por última vez constituyen la mejor apoteosis y tejen la mejor corona del padre Fernández.

El extinto nació en España el año 1845.

Ordenado sacerdote á la edad de 23 años, pasó el océano y fijó su residencia en Chile.

En la vecina república, el presbítero Fernández ejerció su ministerio con actividad y celo extraordinario, captándose, sin pretenderlo, las simpatías y admiración del gran Arzobispo Casanova.

Fué fundador de la asociación «Obreros Josefinos», que contó en sus filas 5000 obreros, lo que significaba substraer otros tantos hijos del pueblo, de los errores que se infiltran en todas las clases sociales, y colocarlos a una distancia inaccesible a los falsos apóstoles del pueblo.

Esos mismos obreros dirigidos por el presbítero Fernández. —en momentos en que en Chile soplaban vientos adversos a la Religión por allá, por las altas esferas del gobierno—aportaron un valioso contingente electoral en Concepción, Valparaíso y otras ciudades a la Unión Católica, partido que consiguió moderar los avances del sectarismo oficial.

Era muy natural que la acción fecunda y avasalladora del clérigo Fernández suscitara iras contra él mismo.

La dirección de la Casa de Ejercicios que le fué encomendada por el mencionado Arzobispo, abrió nuevo y vasto escenario al laborioso sacerdote, y fué ocasión de que una aureola más ciñera su noble y altiva frente.

Después de 30 años de labor constante y proficua, pasó de Chile a Córdoba el año 1899, pobre, con esa pobreza evangélica que tanto amó, e ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, creyendo tal vez encontrar un oasis que proporcionara fresca sombra y reparador descanso al viajero del tiempo que con los ojos fijos en la eternidad había recorrido un camino de 30 años con el sello de las virtudes sacerdotales, practicadas con austeridad, en la frente, y haciendo el bien a su paso, a semejanza del Maestro.

Encanecida la cabeza a la edad de 57 años y sometido a la vida y disciplina de novicio, el Padre Fernández ofrecía una de las más edificantes fases de su vida ejemplar.

Haciendo paréntesis a su vida contemplativa, subió por primera vez, llevado por la obediencia, al púlpito de la Compañía, y se reveló como conferencista avezado y apóstol, llamando, sin pretenderlo ni desearlo, la atención de Córdoba, que puso desde entonces sus ojos en el Padre Fernández y le rodeó de sus sinceras simpatías y de su justa admiración.

Terminado el noviciado, llevado por la sublime virtud de la obediencia, pasó al Uruguay, regresando pronto, traído por la misma virtud evangélica que él abrazó en edad madura, a Córdoba, donde debía pasar los últimos 11 años de su vida fecunda.

Imposible es ni siquiera esbozar en nuestras estrechas columnas la atención descollante y la obra intensa y de vastísimas proyecciones desarrollada por el Padre Fernández en tan cortos años.

Al frente de los Josefinos continuó la empresa del inolvidable P. Carlucci y le dió nuevo impulso y nuevas ramificaciones en concordancia con las exigencias de nuestros días y encaminadas a mejorar la situación del proletario y a solucionar el problema obrero.

Y cúpole la gloria y el mérito de iniciar y hacer avanzar la

obra eminentemente social y caritativa de dotar al obrero de casas cómodas que consultan las exigencias de la higiene y de la moralidad. Los «Barrios Josefinos» en el Pueblo Nuevo y en la Nueva Córdoba son monumentos que perpetuarán la memoria del Padre Fernández, juntamente con su singular fisonomía de padre y protector del obrero; y la posteridad encontrará justificada la veneración de la clase proletaria hacia el Padre Fernández.

De extraordinaria actividad, no se dejaba absorber por sus múltiples empresas; y por eso se le veía en la cátedra sagrada ilustrando las inteligencias, robusteciendo las voluntades, afianzando la verdad con argumentación contundente y pulverizando los errores; en el confexionario, dirigiendo y consolando las conciencias; en las casas de ejercicios y en el retiro de la comunidades religiosas ora conquistando al pecador, ora santificando al justo.

Devorado su espíritu por ardorosa sed de hacer el bien, extendió a la campaña su acción tan intensa como benéfica.

Llevando en el centro de su corazón al obrero cuya suerte le preocupaba constantemente, en la campaña, a más de llevar los beneficios del ejercicio de su ministerio y de su palabra apostólica, persuasiva, suave unas veces, enérgica otras, pero siempre impregnada de unción y convincencia, llevaba iniciativas que pronto— mediante el concurso eficiente de él mismo — se traducían en obras, en instituciones florecientes. Díganlo sino Villa María, Alta Gracia y Bell-Ville que cuentan con sociedades católicas de socorros mutuos — cuya fundación se debe en parte muy principal al P. Fernández — quien aportó su experiencia y su ilustración a la confección de los estatutos de las mismas.

Bell-Ville, y de un modo muy especial la Sociedad Católica de Socorros Mutuos, tienen una deuda de gratitud para con el Padre Fernández.

También la tiene «*La Unión*», y la paga en la parte que puede asociándose al duelo producido por la muerte del Padre Fernández y dedicando este modesto artículo al apóstol de ardoroso celo, al padre y protector del obrero, al sociólogo y publicista, al orador y conferencista, al amigo bondadoso, ingenuo y sincero, al sacerdote ejemplar, de voluntad y temple de acero y de carácter inquebrantable, al denodado soldado de la causa católica, al jesuíta digno hijo de Ignacio de Loyola, al que en vida se llamó Padre Hilario Fernández, cuya memoria será bendecida de generación en generación, mientras en el cielo repite las palabras del apóstol: «He peleado bien las batallas del Señor; he terminado mi carrera; he guardado la fe, y he aquí que mi frente ha sido ceñida con la corona de justicia».

Bell-Ville. "La Unión"

R. P. HILARIO FERNÁNDEZ

† EL 13. EN CORDOBA

La Compañía de Jesús está de duelo; el apostolado cristiano ha perdido un brazo fuerte.

Sabio, elocuente, emprendedor y tesorero, usó para gloria del Señor sus altos dotes y talento.

Sólo Dios sabe las almas que han vuelto al camino de la fe por su palabra llena de fuego, enérgica y convincente.

Fundó en aquella ciudad casas para obreros, adaptándose a los sociólogos plañideros sobre la carestía del alquiler, que es un dogal de los pueblos. La Sociedad Obreros de San José guardará su nombre como el de un gran bienhechor.

Llegará un día que la historia de América le consagre una página gloriosa por un hecho hoy de muy pocos conocido. En aquellos días sombríos, cuando se emplazaba para un día funesto la guerra con Chile, el P. Fernández tuvo en bien de la paz y concordia de las dos naciones hermanas, una participación brillante y digna de un gran político. Gozaba en aquel tiempo de gran consideración y amistad de los hombres de gobierno de la nación chilena y pudo influir con la prudencia y consejo que requería la difícil situación. Lo dije, son pocos los que este hecho conocen... ¡Ah! una de tantas glorias que se esfuman como lejanas estrellas que escapan a los ojos vulgares y a las lentes comunes... llevaba un hábito de fraile y era jesuíta!... Dios premiará su labor y el pueblo le hará justicia. Paz en la tumba del apóstol.—P. M. O.

Catamarca.—"Stella"

AL PROTECTOR DEL OBRERO

R. P. H. FERNÁNDEZ

Apóstol de Jesús, como El sublime.
impónese la dura penitencia
de penetrar del hombre en la conciencia
y fustigar el mal que al mundo oprime.
Busca al pobre que sufre, y lo redime
aliviando su mísera indigencia;
busca al rico, e implora su clemencia
para enjugar el llanto del que gime!
Amansa a la exaltada muchedumbre.
que se agita revuelta en fieros males...
anegándola en dulce mansedumbre:
y aplaca los instintos terrenales
como Jesús en la sublime cumbre...
con bienaventuranzas celestiales!

MARIANO C[illegible]LL

III

HOMENAJE

a la memoria del R. P. Fernández

Los amigos y admiradores del benemérito Padre Hilario Fernández, en el deseo de tributar un justiciero homenaje a la memoria del ilustre extinto, han resuelto construir un busto de bronce con su respectiva placa, para ser colocado en la parte exterior del edificio de los Artesanos de San José, y a ese fin se han pedido catálogos a varias casas de Buenos Aires, entre ellas la de Gotuzzo, que construyera el busto del Padre Carlucci, que se ostenta en la escuela fundada por este benemérito jesuíta, en la calle Independencia.

Tan buena acogida ha tenido la idea, que en menos de 24 horas se han subscripto más de mil pesos, como se verá por la lista que más abajo publicamos, quedando desde la fecha abierta la subscripción a fin de que las personas que deseen adherirse y contribuir a ella, lo hagan en la casa de la secretaria de la Asociación de Josefinas, señorita Marta Capdevila Amenábar, Calle Caseros número 88.

Aplaudimos sin reservas el justiciero homenaje que se pretende tributar, y no dudamos que seguirán produciéndose las adhesiones con la misma buena voluntad con que han empezado.

He aquí la nónima de los subscriptores anotados:

Sr. Escolástico Mayorca	$	100.—
Un admirador del Padre Fernández	»	100.
Temístocles Castellano	»	50.—
Ceferino de la Lastra	»	50.—
Manuel Perea Nuñoz	»	100.—
Antonio Nores	»	50.—
Begnino Páez	»	50.—
Juan F. Cafferata	»	50.—
Federico Sánchez Bateler	»	50.
Rogelio Martínez	»	50.—
Félix Garzón Maceda	»	50.
Fernando M. Aliaga	»	50.—
Julio F. Aliaga	»	50.—
Heriberto Martínez	»	50.—
	$	850.—

De la vuelta	$ 850.—
Rafae García Montaño	50.—
Aquilino Laje	50.—
Antonio Rivero	50.—
Fernando L. Giménez	40.—
Vicente Castro	30.—
S. Dutari Rodríguez	25.—
Enrique Martínez	25.—
Ignacio E. Ferrer	25.—
Marcelino Berrotarán	25.—
Rafael Moyano López	25.—
Feliciano Barbosa	20.—
Nicolás Garzón Maceda	20.—
Alfredo Martínez	20.—
José Ignacio Bas	20.—
Manuel Rey	20.—
Suma total	$ 1.295.—

Córdoba. — "Los Principios"

El acto del homenaje (13 de Julio de 1913)

Ante una numerosa concurrencia, que acudió a rendir el tributo de recuerdos, admiración y cariño al benemérito sacerdote, se verificó el domingo por la tarde la inauguración de la placa en el exterior del salón de los Artesanos de San José, perpetuando la memoria del R. P. Hilario Fernández, con motivo del primer aniversario de su fallecimiento.

El acto se llevó a cabo rodeado de la solemnidad y realce que le daban el aprecio y veneración de todos hacia el inolvidable jesuíta, y la renovación, por así decirlo, al evocar su venerado recuerdo, del dolor que produjera su lamentada desaparición.

Asistieron S. S. Illma. monseñor Zenón Bustos, numerosísimas damas y caballeros de nuestra sociedad distinguida, y gran número de obreros josefinos.

Descubierta la placa, pronunciaron discursos, inspirados todos en el recuerdo del querido muerto, los señores doctor Estanislao D. Berrotarán, en nombre de la Comisión Pro-placa; doctor Ignacio E. Ferrer, en el de la Comisión Protectora; Segundo Dutari Rodríguez, en el del Patronato de Presos y Asilo de Niños Desvalidos; Tomás Arnaldes, en el de los josefinos; y, finalmente, el Superior de la Compañía, R. P. Barber, agradeciendo el homenaje.

La banda de música de los Niños Desvalidos ejecutó piezas apropiadas durante el acto.

Al pie de esta crónica damos algunos de los discursos pronunciados.

El gobernador doctor Cárcano que había prometido concurrir

al acto, excusó su inasistencia con el siguiente telegrama, desde Ascochinga, adonde partiera el domingo por la mañana:

Ascochinga, Julio 13 — 2.30 p. m. — Padre Barber. Compañía de Jesús. — Córdoba.

Hace un momento que llegamos a Ascochinga: imposible volver a la hora indicada. Lamento no poder concurrir al justiciero homenaje que se tributa al Padre Fernández, recompensando así, acción que fué todo beneficio para la provincia.

Saludo. — CARCANO.

LOS DISCURSOS

DEL DR. ESTANISLAO BERROTARÁN

Señoras, Señores:

Vengo representando la Comisión Popular constituída a raíz del fallecimiento de un varón que si no brilló en los anales parlamentarios, ni formó en el núcleo de los políticos, ni lucieron sus hombros charreteras militares, sin embargo supo hacer destacar su personalidad en la cúspide donde sólo llegan los privilegiados de la naturaleza, donde la fuerza física pierde su valor y sólo la actitud moral tiene su apreciación, dando vuelo a la inteligencia creadora y majestad sublime a la voluntad para encaminar los actos humanos.

Ya lo sabéis, es el hecho justiciero de consagrar para siempre la memoria del esclarecido Hilario Fernández el que nos ha congregado esta tarde para hacer efectiva en hermosa realidad la gratitud del pueblo cordobés hacia el que en todos los órdenes morales de la vida fué por espacio de una década su faro luminoso, en cuya grandiosa irradiación se destacaban la fe y la caridad, aquella alentando sus actos, sin esperanza de lucro terreno, y ésta encendiendo sus afectos tiernos y cariñosos que prodigara sin distinción, tanto al poderoso como al desheredado de la fortuna, obligando a aquéllos con unción evangélica a ser los protectores de éstos ya fuesen libres o encarcelados, grandes o chicos; su espíritu les comprendía todos.

Como medios de hacer prácticas sus concepciones organiza en esta ciudad la Comisión Protectora de Obreros, consiguiendo con su auxilio y de los poderes públicos, que se lo prestan eficaz, construir sesenta casas cómodas e higiénicas que luego alquila a sus pobres en condiciones ventajosas con la seguridad de llegar a ser propietarios sin grandes ni apremiantes erogaciones, forman-

do así barrios obreros provistos de escuelas donde se eduque la inteligencia y nutra la voluntad en la verdadera ciencia para constituir ciudadanos útiles y dignos servidores de Dios y la Patria.

Da vida al patronato de presos con el objeto de conseguir el mejoramiento de los que privados de la libertad purgan, en el aislamiento de los halagos del mundo, la trasgresión a las leyes que la sociedad, cuidando por su conservación y perfeccionamiento ha impuesto a sus asociados, ejerciendo derechos legítimos que primaria y privativamente le corresponden.

Funda la sociedad del Divino Maestro, para entre las que se dedican al noble y sacrificado magisterio a hacer prácticas las enseñanzas de Aquél que desde la cima del Gólgota las proclamara a la faz del mundo.

Dirige con sin igual prudencia y abnegación el Asilo de Niños Desvalidos, albergue de los que «huérfanos de los encantos familiares, sin techo que los cobije, alimento que conforte sus aterídos miembros, sin medios de encaminar sus energías en las primicias de la vida» llegan a sus puertas en demanda de amor, pan y oficio que les permita luego desenvolver sus actividades en la convivencia social.

Bajo su dirección las asociaciones de Josefinos y Josefinas ven acrecentarse en número extraordinario sus miembros al propio tiempo que organiza de modo a satisfacer las exigencias de sus asociados los servicios de médicos, botica, viático durante las enfermedades, etc.

Pero, eran estrechos para su espíritu emprendedor los límites de esta ciudad; no podía ella sola circunscribir su acción, tenía que buscar al obrero de toda la provincia, prestarle su atención y hacerle objeto de sus cuidados y vemos que Villa María, Alta Gracia, Belle-Ville, Villa Dolores, Santa Rosa y Jesús María, le cuentan entre los benefactores de la clase proletaria por las fundaciones que en cada uno de esos pueblos verifica.

Señores: Voy a descorrer el velo que oculta la placa que perdurará el recuerdo del inolvidable hijo de Loyola y apóstol de los obreros; queda ella a vuestro cuidado, a vosotros os toca guardarla como parte integrante de los monumentos que forman la historia nacional y enseñan a las generaciones que siempre se premia la rectitud de carácter, el ser abnegado por el prójimo obedeciendo a la aspiración por el engrandecimiento creciente de la patria, inspirado en el sublime concepto de gloria al Hacedor Supremo.

He terminado.

Illmo. señor Obispo:

Señores:

Hace hoy un año que, congregados amigos y admiradores, depositábamos en la tumba los despojos del que, con el nombre de Hilario Fernández, fué un afable caballero, de corazón sin doblez ni mancilla; fué un batallador jesuíta, orador elegante, versado y castizo; y, mucho más que eso: fué un discípulo de Cristo, apóstol de su nombre y su doctrina.

Al rememorarle, se experimenta de nuevo la sensación del vacío que dejara entre nosotros y vuelve a nuestra imaginación su austera presencia de mirada cariñosa, su palabra llena de afecto, y la noble hidalguía de su trato, a la vez digno y humilde.

Su espíritu elevado dejó huella luminosa de su paso y asentó las bases de lo que habría de llamarse el «socialismo evangélico» o «socialismo cristiano», no sólo con el discurso razonado y elocuente, sino con la obra concreta, con hechos que, llevados a la práctica, son monumento imperecedero para su nombre y para este pueblo de Córdoba.

No os cause asombro mi lenguaje al hermanar esas dos palabras: «socialismo cristiano».

El que haya leído con atención los libros insuperados del Nuevo Testamento habrá encontrado cosa vieja esa faz simpática de la teoría socialista que busca la manera de obtener que el que tiene mucho dé parte de sus bienes al que nada tiene.

Lo que ahora se pregona como teoría nueva, como anhelo contemporáneo de los declamadores sectarios—de esos que tienen la protección del proletario tan cerca de los labios como lejos del corazón—también es doctrina cristiana; es objetivo que persiguió el Evangelio y lo vieron practicado los Apóstoles; pero por medios muy diferentes.

Mientras los ácratas actuales «exigen» con el puñal y la dinamita, con la mentira y la diatriba, que el acaudalado, el terrateniente y el burgués entreguen una parte de sus bienes para atender las necesidades del obrero; el Evangelio, la doctrina de la Iglesia, pide por Dios y por derecho natural la entrega voluntaria de los bienes de los poderosos para aliviar y mejorar a los necesitados y a los pobres.

Es la historia, en los «Hechos de los Apóstoles», la que ha dejado constancia de haberse practicado esa doctrina en estos términos textuales del cap. IV, ver. 32-37:

«Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma—habría entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía—sino que tenían las cosas en común. Los apóstoles con gran valor daban testimonio de la Resurección de Jesucristo, Señor Nuestro. Y en todos los fieles resplandecía la gracia con abundancia. Así es que no habría entre ellos persona necesitada, pues todos los que tenían posesiones y casas, vendiéndolas traían

el precio de ellas—y lo ponían a los pies de los apóstoles—el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno. De esta manera Bernabé—que era levita y natural de Chipre—vendió una heredad que tenía y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles».

Ahí tenéis una lección, una lección admirable, que quizás no conocíais. Y si eso practicaban los cristianos, por amor de Dios, en tiempo de los apóstoles, es evidente que, en los sistemas practicados por socialistas y anarquistas sólo hay de nuevo—ya que no el fin propuesto o confesado—la forma irracional, inhumana y egoísta con que quieren implantar por medio del crimen y el error lo que puede y debe ser fruto del amor, la verdad y la virtud.

Comprendiólo muy bien nuestro llorado Padre Fernández, y por eso practicó sin descanso, abnegado y celoso, el socialismo cristiano.

Y en verdad que si me acompañáis a reflexionar, podríamos preguntarnos: ¿Qué hizo este varón preclaro al dedicarse al sacerdocio y al adquirir como soldado un puesto de combate en la Compañía de Jesús? Acumular un tesoro inagotable de fe, de ilustración, de caridad y de todas las virtudes, no para acrecentar su patrimonio, sino para ponerlo al servicio de los necesitados, enseñando donde había que enseñar, y llevando la luz y la paz, la redención moral y material a todos los hogares, donde su acción pudo alcanzar. En una palabra, lo que hizo fué practicar el socialismo cristiano.

¿Y cuál fué su ministerio social?

Reflejar desde la cátedra sagrada, y sobre todas las clases, las verdades sublimes del Evangelio; y, especialmente, prodigarse ilustrando a los obreros para inculcarles las nociones claras sobre el objeto de la vida, de la moral en las costumbres, del orden, de la higiene, de la economía y del trabajo, para obtener así la redención eficaz del proletario en un ambiente de paz y de virtud; que hiciera honor a su patria y a su fe, en las cuales tenemos, a no dudarlo, una fraternidad indestructible y perfecta. En una palabra, vuelvo a repetirlo, lo que hizo fué practicar el socialismo cristiano.

Y, como dijo el Maestro, dan testimonio irrecusable, de que le guiaba la verdad en su apostolado fecundo, sus obras trascendentales y buenas: los barrios para obreros, viviendas económicas, la comisión protectora de artesanos, las asociaciones de mutuo socorro, el protectorado de presos y la simpatía, el afecto y la veneración que supo conquistarse en todas las esferas de la vida, en todas las instituciones y en todas las almas nobles del pueblo.

Por eso la Comisión Protectora de los Artesanos de San José, haciéndose intérprete de los sentimientos y deseos de la sociedad de Córdoba, ha querido legar a las generaciones posteriores este ejemplo luminoso de virtud a la vez que el testimonio de su grande reconocimiento y admiración; y los ha hecho fundir en bronce, como símbolo para que sigan irradiando luces, y enseñando a los que le vean, el valor imponderable de la fe, de la gracia y la virtud. No le olvidemos; inspirémonos en él para ejercitar nuestras actividades y su espíritu velará desde el cielo

porque sus obras continúen su desarrollo y crecimiento siempre fieles al propósito evangélico que las fundara, para mayor gloria de Dios.

He dicho.

DEL SR. DUTARI RODRIGUEZ

Illmo. Señor:

Señoras:

Señores:

Córdoba representada por todas sus clases sociales se halla reunida alrededor de este modesto monumento, para consagrar la memoria de uno de sus benefactores más insignes, y abrirle las puertas de la inmortalidad gloriosa; anticipándose con toda justicia a los fallos tardíos de la historia, porque su talla de hombre superior se ha impuesto a la conciencia pública con la muda elocuencia de los hechos.

La sencilla inscripción que lleva esa placa es toda una apología; y caso raro, apología singular, a tal punto que desde los días lejanos de don Jerónimo Luis de Cabrera a nadie como al P. Fernández, podemos llamar «el padre de los pobres» y «el protector de la clase obrera». Córdoba tiene hombres esclarecidos en todas las manifestaciones de la humana actividad; pero la obra del P. Fernández es única.

Consiste en su eficacísima acción social, puesta de relieve como en grandes y hermosos medallones en esa sociedad de josefinos, a la que él infundió nuevos alientos, cuando parecía que no iba a sobrevivir a los días del inolvidable Carlucci, y en sus dos barrios obreros, de hermosas y limpias casitas, destinados a desarrollarse en forma considerable a través de las edades y a vivir la vida de Córdoba en el futuro, con todas las vicisitudes inherentes al rodar acompasado y ciclópeo del tiempo; perpetuando siempre la memoria de su fundador preclaro.

El P. Fernández tuvo la visión de la época. Sintió que el pueblo se alejaba de los templos, porque la materialidad de la existencia le hace olvidar las esperanzas del más allá; lo vió marcharse a pasos agigantados a los campos del sectarismo, donde se le brinda con el halago de utópicas nivelaciones y mentidos repartos en el festín de la vida; y —apóstol denodado de Cristo— salió de las sacristías, según un concepto de León XIII y corrió a las calles, a las plazas y a las fábricas, a fin de reconquistar para su Dios y para su fe, las legiones desfallecientes.

Y allí lo tenéis, luchando a brazo partido, en gigantescos combates, en aras del ideal católico. No levanta iglesias, porque cree con un obispo insigne que ha pasado la hora de edificarlas. La hora actual es de preparar los soldados y las armas que defiendan

las existencias, cuando venga a destruirlas la piqueta de la impiedad que se avecina en todos los pueblos latinos. Claro está que la tesis no alcanza a la fachada de ese soberbio monumento de la Compañía, valiosa joya nacional y reliquia de otras edades, que hace honor a Córdoba y que Córdoba se propone ahora concluir en aras de un sentimiento de exquisita cultura. El P. Fernández quiere reconstruir los templos vivos de Dios, como llaman los teólogos al hombre; quiere llevar la fe y la esperanza a las almas muertas. La caridad es su medio, su acción, su armadura.

El comprende con visión de sociólogo, que la salud de las almas requiere un organismo sano; que para la alegría del corazón, antídoto de las malas pasiones, son indispensables el bienestar y el goce de las comodidades que brinda el progreso; que el hogar con sus tibios halagos y dulces sonrisas es enemigo invencible de la taberna y del amor licencioso; que el alcoholismo y el libertinaje constituyen la peor gangrena del pobre obrero, verdadera lepra por cuya causa se vuelve en la flor de la edad achacoso y enfermo. El veía las consecuencias de este mal: los hijos raquíticos y escrofulosos y los consiguientes peligros para la raza. Nos alarmamos de la enorme mortalidad infantil y de los estragos de la tuberculosis en nuestra Córdoba a pesar de su clima delicioso y su purísimo ambiente oxígenado y tonificante; pero, señores, no es un problema médico el que entrañan estas cuestiones: es de sociología elemental y simple.

Demos casa al obrero, en vez del rancho de promiscuidad repugnante; démosle casa propia, casa que le atraiga y retenga con sus halagos, y cerraremos así muchas celdas de la cárcel y muchos garitos y lupanares pestosos e inmorales. Así robusteceremos y levantaremos a nuestro criollo, el hijo de los «cívicos» de las proezas legendarias, haciéndole fuerte de espíritu y sano de organismo, ciudadano consciente de sus deberes, conocedor de sus derechos y digno de los esplendores de la libertad, en vez del esclavo de las malas tendencias partidistas y bajas pasiones que se valen de él como de un instrumento ciego, para el logro de sus mezquinos propósitos.

El P. Fernández compenetrado de estos problemas, comunes a todos los pueblos, y con cuya solución no han acertado todavía ni siquiera las naciones más adelantadas de Europa, se propuso resolverlo en Córdoba, antes que nadie se hubiere preocupado seriamente de él en nuestro país—¡bendita sea la sangre del héroe manchego que llevan en las venas los hijos de la noble Hiberia!—se propuso revelarlo sin más recursos que la fe y la constancia, factores de las mayores maravillas, aunque de ordinario en este mundo escéptico, que se queda boquiabierto ante las supercherías de las brujas y de los charlatanes, esas fuerzas misteriosas son miradas con burlonas sonrisas de desdén, hasta que no les ve imponerse por el éxito y por su triunfo.

Y allí tenéis las lindas casas de obreros del P. Fernández, bella utopía hace pocos años y hermosa realidad en el día, donde viven felices y contentos varios centenares de personas que serán mañana, si llega el caso, héroes de la religión y de la patria, porque

sienten cariño por estas entidades sublimes que iluminaron el espíritu grande y generoso de aquél.

Ellos no abandonarán jamás la falange josefina, porque allí han encontrado el bienestar; y siendo josefinos serán buenos cristianos, y siendo buenos cristianos serán hombres honrados y buenos patriotas. Ya lo dijo un célebre orador: «¡Ah, cuán dulce y cara es la patria a todo corazón cristiano!»

He allí, señores, la redención del proletariado, la conservación de la raza, la extinción de los odios de clase, el alejamiento del obrero de las sectas inspiradoras del crimen. He allí la solución del pavoroso problema social, que agita a los pueblos modernos, haciendo crisis con harta frecuencia en medio de los desmanes de las turbas irritadas y la explosión de la dinamita aterradora.

Esas casas, recién levantadas, llegan ya al crecido número de sesenta y dos; forman dos barrios florecientes e higiénicos de la ciudad y reportan un evidente progreso edilicio. Ellas están destinadas a desarrollarse y ensancharse por su propia virtualidad, a la manera de la bola de nieve desprendida de lo alto de la montaña, pequeña en su primer arrastre e inmensa cuando ha hecho su camino hasta llegar a la llanura. Con las modestas cuotas que se perciben mensualmente por el pago de las mismas, se va formando el fondo para nuevas construcciones, de modo que pueden multiplicarse cada día más y más, en progresión geométrica, hasta conseguir incalculable y colosal desarrollo con el andar del tiempo. Y entonces cuánta no será la gloria de su fundador y cuántos los servicios de su obra trascendental! Por eso el nombre del Padre Fernández pasará a la historia con resplandores no menos brillantes de los que coronan las sienes de Trejo, Duarte, Salguero, y otros benefactores insignes de Córdoba, justamente inmortalizados por la fama.

Con tales augurios yo le aclamo en este día, en nombre del Asilo de Niños Desvalidos, cuya representación traigo a esta tribuna; en nombre de esa institución también desvalida pero no por eso menos benéfica adonde él, llevado en alas del amor por el pobre y el menesteroso acababa de extender su manto protector, precisamente en el momento en que la muerte implacable nos lo arrebataba.

Las esperanzas perdidas son como las hojas desprendidas de un árbol. Vendrán otras a sustituirlas con el suave calor del sol de la primavera, pero las hojas caídas no vuelven más. Por eso yo no puedo pensar, sino como de una ilusión marchitada, con pena profunda, a donde habría llegado el Asilo con la dirección del P. Fernández. En su caridad sin límites hubiera encontrado medios, sin duda, para ensanchar los reducidos horizontes de la institución, de modo que pudiese arrebatar al vicio y al crimen a tantas pobres criaturas abandonadas que vagan por las calles y que van derecho camino de la cárcel, por el delito de ser hijos del desamparo, de la miseria y del infortunio.

¡Oh! si Dios tocara el corazón de nuestros ricos e inspirara a nuestros hombres de gobierno! ¡Cuánto bien no haría el Asilo, si en vez de desenvolverse en la indigencia, como ahora, con peligro inminente cada día de tener que clausurar las puertas y

arrojar a la calle a sus ochenta protegidos; si en vez de la boardilla donde funciona, tuviese casa amplia y recursos bastantes para recoger, amparar y dar enseñanza profesional a todos los niños desheredados de Córdoba! Imaginad el beneficio inmenso que aportaría entonces a la sociedad! ¡Oh!, señores, si se lograra este desiderátum, en día no remoto veríamos cerrarse muchas celdas de nuestras cárceles hoy abarrotadas, y no habría necesidad de arbitrar recursos para ensancharlas o crear otras nuevas.

R. P. Fernández: vos que sois un santo, escuchad ahora esta plegaria que os dirijo en pro del asilo. Haced el milagro de allegarle la protección del estado y de los hombres de fortuna, que le son indispensables para desenvolverse y llenar cumplidamente su misión transcedental. ¡Oidme, Santo Padre Fernández, ya que fuísteis el padre de los pobres, y ya que el Asilo mereció vuestras predilecciones singulares!

Señores: Para esbozar tan sólo el panegírico del P. Fernández, habría que hablar de sus virtudes, de su santidad, de su saber, de su admirable don de gentes, de su caridad singular que le daba recursos para ayudar al pobre en todas las necesidades de la vida; de su mágico poder seductor sobre las masas que se agrupaban en torno suyo y seguían ciegamente las sanas inspiraciones de quien resultaba así, sin quererlo, caudillo formidable; del conferencista eximio que se multiplicaba, llevando a todas partes y a toda clase de auditorios las enseñanzas del Evangelio, en alas de una palabra ilustrada, atrayente y encantadora; de la acción eficaz desarrollada durante el período de medio siglo en las múltiples esferas de la activida sacerdotal; de la brillante actuación político-social que le cupo en la vecina república del otro lado de los Andes, mientras no estuvo sometido a la disciplina del jesuíta; del religioso austero enamorado de la Compañía y de las severas reglas a que se atara con fervores de novicio, ya anciano, en los últimos años de su vida; habría que pintar al P. Fernández anecdótico, siempre alegre, jovial y oportuno; animado en todos los momentos del más sano buen humor; espiritual, chistoso y ocurrente en la conversación; enemigo de los incapaces, inútiles y estériles que creen llenar sus deberes de católicos a sólo fuertes golpes de pecho; y en cambio amigo de las almas grandes, así fuesen viejos y empedernidos pecadodores, a los cuales indefectiblemente concluía por atraer siempre al camino de la virtud. Muchos de los presentes recordarán a buen seguro aquel pintoresco episodio que retrata sus éxitos, cuando embarcado de viaje a Europa junto con una alegre compañía de vaudeville, en pocos días logró que se confesaran y rezaran piadosamente el rosario todas las noches, en un oratorio improvisado a bordo, las actrices, coristas y bailarinas que pensaban hacer la gran travesía, a costas del que creyeron un fraile campechano y bonachón. Las pobres pecadoras habíanse vuelto Magdalenas.

La silueta más sencilla del Padre Fernández requeriría un cuadro con todas esas múltiples facetas, cuadro magno que no es mi propósito intentar, por no caber en el reducido marco de un discurso ocasional como el mío, tendiente sólo a llenar el cometido que me ha traído a esta tribuna, cual es el de ofrendar en nombre del Asilo, las modestas violetas de la gratitud, del afecto y de

la admiración, en el día de su apoteosis, al que fué «Padre de los pobres y protector de la clase obrera», y a quien Córdoba reconocida rinde este grande y merecido homenaje.

He dicho.

DEL SR. TOMÁS ARNALDES

Illmo. Señor Obispo.

Honorable Comisión Pro-Placa.

Honorable Comisión Protectora.

Consocios: Señoras:

Circunstancias extraordinarias nos reunen nuevamente en este local.

Poco más de un año, el 23 de Abril lo hizo, lleno de alegría y reconocimiento de los Josefinos, inauguraba sus nuevos y hermosos salones la primera autoridad de la provincia que regía en aquel entonces, el dignísimo doctor Félix T. Garzón, amigo y protector nuestro, acompañado de las mismas autoridades que hoy rodean a S. S. Illma., demostrando la simpatía especial a nuestra Asociación.

El doctor Gorostarzu, venido expresamente de la capital Federal, nuestro generoso presidente el doctor Otero Capdevila y el Superior de la Compañía de Jesús Rdo. P. Barber, dieron la nota brillante a aquella fiesta digna por todos conceptos del que se celebraba, del virtuoso entre los virtuosos, del preclaro entre los preclaros, del humilde entre los más humildes, del de la encarnación de la verdadera caridad, por fin, señores, del Protector de la clase obrera, como dice esa sencilla placa que el pueblo de Córdoba costea y que acabáis de descubrir, Excmo. Señor, de nuestro querido e inolvidable Padre Fernández.

No sabéis cuanto bien nos proporcionáis al tejer y unir esas pasionarias formando la sentida corona que dedicáis a nuestro amado Protector.

El obrero es modesto, humilde, hasta rudo; no sabemos expresar como vosotros, en profundas frases, nuestro sentir, pero si hablaran nuestros nobles corazones, veríais el torrente de generosas manifestaciones a todos aquellos que honrándose, tributan al esclarecido Padre Fernández los honores merecidos a su benéfica e indescriptible actuación, para colocar al obrero en el rango moral y material que él ambicionaba.

La clase obrera era su constante preocupación, sus insomnios, su constante labor; su correspondencia con altos dignatarios, no tenía más objeto que sus amados obreros y había que verle en

la intimidad, las manifestaciones de contento cuando resolvía alguno de la infinidad de proyectos que aquella cabeza privilegiada concebía, proporcionando algo más a la clase trabajadora, no extrañando aquellas frases del Rvdo. P. Cherta que «el Padre Fernández no era más que para las grandes obras».

Muchos han repetido lo que nuestro buen Padre Fernández decía: «Esta Casa Social es mi última obra, cuando la concluya moriré»; no, Excmo. Señor, no tenía que expirar aquel anciano querido, para que en él terminaran sus grandes obras, pues cada día de existencia una nueva obra añadía, a las innumerables realizadas.

¿Cuáles? Aquellas que no son casas para obreros, edificadas en la Nueva Córdoba y Pueblo Nuevo, ni espaciosos y soberbios salones para solaz de sus amados Josefinos, convertidos también en escuela nocturna para su instrucción y que él no pudo ver funcionar.

Son las obras más caritativas que persona alguna puede ambicionar y que el corazón sin igual de nuestro Padre Fernández, realizaba con esa delicadeza, con ese don especial de las almas elevadas, en el hogar del caído, en el del pobre vergonzante.

Si como yo, Señor Excmo., hubiérais participado de la satisfacción grande que reflejaba aquella simpática fisonomía al realizar una de esas grandes obras (que a diario se sucedían), preguntar con todo cariño por el señor o señora de la casa, anunciarse como persona de familia, ver la extrañeza de tal visita, entrar, después... no sé lo que pasaba, pero sí diré, que a despedirlo salía toda la familia con semblante risueño, los consuelos de su persuasiva palabra, habían hecho renacer en aquellos corazones atribulados, la esperanza y sus manos generosas habían apagado por muchos días la miseria de aquel hogar; entonces diríais como yo: su obra última no son estos salones, su última obra es de la humanidad.

Una de ellas, en que tuve que actuar personalmente, me hizo ver a mi buen Padre con todos los caracteres del Angel Protector.

Como todas las noches, estábamos trabajando; recuerdo que eran las ocho y me dictaba párrafos elocuentísimos de una carta a una alta personalidad de la República vecina; llama a la puerta el buen hermano Serra y le dice: «Padre, un caballero desea hablarle». —«Dígamelo en verso, hermano»; pues era uno de sus gustos en poner en apuros al paciente hermano Serra.

Obedeció, y en verso comunicó la visita, y con la alegría de un niño, y en retribución, en la misma forma, contestó que entrara.

Al verle, me retiré; poco duró la visita, lo que sé, es que aquel caballero que con temor entró, salía besando efusivamente sus nobles manos.

Inmediatamente me dijo: «vaya, tome un coche y cómpreme seis frazadas»; me permití objetarle la hora que era; —«no importa, hace mucho frío y preciso esas mantas»; las traje, subió en el coche y no supe nada más, pero tened la seguridad que aquellas habían servido para abrigar la familia del caballero.

¡Ah! si fuera a relatar la infinidad de casos de su inagotable cardad, en que he actuado durante los ocho años que me hizo la alta honra de dispensarme con su confianza, veríais que esas her-

mosas y expresivas palabras, «Padre de los pobres», esculpidas en bronce en esta lápida, son las que por su imponderable caridad debían perpetuar su inolvidable memoria.

Recuerdos grandes e imborrables tengo de nuestro llorado Padre Fernández, pero la de la semana trágica para los Josefinos y Josefinas, que empezó el viernes 5 de julio y terminó el siguiente viernes 12 del año pasado, difícil se borre de la memoria de los Josefinos, pues ella arrancó un pedazo de nuestro corazón.

No haciendo caso a su estado delicado—pues sólo por obediencia se cuidaba—quiso cumplir un compromiso con los padres de una niña que profesaba en las Esclavas del Corazón de Jesús, el día 5, cuya plática la tenía a su cargo.

Le acompañé en su última salida y de las muchas veces que le vi enfermo, nunca me impresionó tanto.

Tráigame un coche cerrado, me dijo, pues estoy muy malito, felizmente voy a morir; ya es hora que le dé cuenta a Dios de mis actos.

Al oirle en el púlpito, quedé asombrado, no era aquella voz débil, no era aquel semblente caído, parecía que la Providencia había hecho desaparecer momentáneamente la terrible enfermedad, para que su evangélica palabra despidiera del mundo a la nueva esposa del Señor.

Poco duró la esperanza, pues al llegar a la casa, cayó para no levantarse más el venerado anciano, el gran luchador por la causa obrera y a la cual le había dedicado todo su gran saber, todo su su magnánimo corazón, toda su vida.

Los esfuerzos de la ciencia y de la amistad que no querían que desapareciera tan querido enfermo, resultaron inútiles, pues bien decía el P. Barber: «San Ignacio es terrible: cuando llama a uno de sus hijos a su lado, es inexorable»; y desgraciadamente tenía que suceder, el viernes 12 lo tenía a su lado San Ignacio, sin tener en cuenta aquella sentida exclamación del Superior de la Compañía: «muere en momentos difíciles, cuando tanta falta hace».

Momentos verdaderamente difíciles, y los que alguna ingerencia teníamos en la Asociación Artesanos de San José, veíamos el derrumbe espantoso de nuestra Sociedad, en su desaparición muy parecido a aquellos buques que muerto el capitán por inesperada descarga eléctrica, pierde el rumbo, precipitándose en encalada roca.

Pero los tripulantes son creyentes, y la Divina Providencia que no puede abandonar una obra realizada para mayor Gloria de Dios, proporciona el hábil piloto que con sabia experiencia había reclamado el capitán, previendo su no muy lejano fin.

Me refiero, Excmo. Señor, a nuestro joven y querido director Rdo. P. Fernando Vives.

Con razón, señor, nuestro P. Fernández era el primero en dar a conocer las relevantes dotes que le adornan, exhortándonos a que en él viéramos al jesuíta de talento, al preparado esencialmente en las cuestiones sociales, a que lo quisiéramos como a él. Pero el P. Vives con su modestia natural no quería tomar parte activa en la Asociación por el respeto y cariño que le tenía al director espiritual de su niñez.

Llegado el terrible desenlace, y como nuevo director, se puso

al frente de los Josefinos y feliz hora—en medio de la desgracia—pues cuando la decepción en todos nosotros había cundido, reunidos la mayor parte de los socios en la capilla de Lourdes a oir la plática de costumbre al otro domingo del entierro de nuestro malogrado Padre Fernández, su palabra llena de persuasión, el recuerdo sentido que hizo de nuestro Padre, la sinceridad de sus manifestaciones, le congratularon en un momento todos los corazones, entregándonos espontáneamente a él y dando gracias a Dios por habernos proporcionado un nuevo director que había tenido la dicha de recibir las últimas palabras del Padre Fernández, como si fuera su testamento que le legara, diciéndole: «Padre, su Reverencia es el centro donde van a converger todos los puntos, esté siempre a la cabeza de las evoluciones modernas».

Como el que más, el Padre Vives sentirá no encontrarse entre nosotros para rendir su tributo al Padre Fernández, pero desde alta mar donde se encuentra de regreso para ésta en su viaje de estudio, creed, señor Excmo., que acompaña con todo corazón con sus oraciones el primer aniversario de la muerte de nuestro llorado y querido P. H. Fernández.

Y en nombre de él, y de la Asociación de Nuestra Señora de Lourdes y Artesanos de San José, no me queda más que agradecer al Ilustrísimo señor Obispo, a la Honorable Comisión Pro-Placa, a las demás autoridades, a la sociedad y pueblo de Córdoba, el agradecimiento más sincero por haber honrado con su presencia este acto de tan alta significación en memoria de nuestro protector el inolvidable P. H. Fernández, y tened la seguridad, señor, de que el agradecimiento del obrero, es sincero.

DEL R. P. BARBER

Illmo. y Rmo. señor Obispo: honorable Comisión: benemérita Asociación de Josefinos y Josefinas: Católico pueblo:

Siendo yo en el orden y en el mérito, el último de los oradores para llevar la voz en esta simpática demostración, no me toca otra labor que la de recoger las variadas y bellas flores, que veo esparcidas en sus bien meditados discursos; o si queréis más bien, condensar los haces de luz que han irradiado en su alrededor para formar una preciosa corona con que orlar la frente del noble y llorado extinto. Séame sin embargo permitido añadir a todas estas flores otra modesta flor, que no pudo ser observada en el R. P. Fernández por nadie mejor que por nosotros, que tuvimos la dicha de vivir con él, bajo un mismo techo y alentar en un mismo medio de existencia.

Refiérome, señores, a cierta noble sencillez de carácter que le hacía incapaz hasta cierto punto de sospechar mal de nadie, de donde provenía que fácilmente se dejase impresionar por la

relación de las miserias ajenas, no descansando hasta verlas remediadas, y que más de una vez fuese víctima por esta causa de innobles engaños, y de ahí se originaba también la poca cuenta que él tenía en el trato de su propia persona, contentándose a este respecto con cualquier cosa, con un simple bocado de pan, con un vaso de leche después de varias horas de trabajo y en lo más agudo de sus frecuentes achaques.

Pero a todos estos conceptos aquí vertidos en honra del justamente llorado Padre, debo agregar otro concepto en honra vuestra, ¡oh, nobles cordobeses! Desde el seno de esta grandiosa manifestacion yo debo levantar la voz de la gratitud en nombre de la Compañía, a quien represento, para agradeceros este inapreciable homenaje de respeto y cariño que acabáis de tributar no menos que al justamente llorado P. Fernández, a mi amada Religión la Compañía de Jesús. En época no lejana y en ocasión parecida a la presente, en la cual rendíamos un tributo de respeto y de amor a la venerada memoria del P. Cayetano Carlucci, apóstol de la clase obrera como el P. Fernández y su antecesor en esta tarea tan agradable a Dios como provechosa a la sociedad, tuve la satisfacción de alabar vuestra noble actitud y de ponderar los muchos lazos de unión y de cariño que unen a la Compañía con vuestro pueblo. Pude decir entonces como puedo repetir ahora; que casi desde los albores de vuestra ciudad, se vió alentar a su lado la Compañía, tierna también como ella, viviendo y marchando juntas hacia sus respectivos destinos; compartiendo juntas sus tristezas y gozando juntas sus alegrías. Fué aquélla un eslabón más de la cadena de amor que estrecha ambas entidades: es esto otro anillo de oro agregado a la preciosa cadena; y espero en Dios que sea el día de mañana y el día de siempre el que nos proporcione el mutuo placer de agregar a los anteriores, nuevos anillos de amor y de gratitud hasta el postrer desmayo de los siglos. Sea, pues, esta mi última palabra. En nombre de la Compañía y del ilustre extinto cuya memoria pretendemos perpetuar en este bronce, doy las más expresivas gracias, por tan afectuosa manifestación al noble pueblo cordobés, tan dignamente representado por su primera autoridad eclesiástica, por la Honorable Comisión, promotora de este espléndido homenaje, por la benemérita Asociación de Josefinos y Josefinas, por los brillantes oradores que me han precedido en el uso de la palabra, y por el restante pueblo que nos rodea; a todos los cuales, repito, doy las más expresivas gracias en nombre del ilustre extinto y de la Compañía.

He dicho.

A. M. D. G.

ÍNDICE

ÍNDICE

Pág.

Carta del Dr. Juan F. Cafferata al autor.... v

PARTE PRIMERA

El futuro Capitán

CAPÍTULO I. — Una fiesta aguada. — La cárcel *ad portas*. — ¿Quién era Hilario? — D. Santiago Fernández y Beltrán. — Angel en la piedad y caudillo en las travesuras. — El pequeño servidor de los pobres. — A estudiar. — La vocación del lirio. — ¿Por qué huyó de la cárcel? — Un suspiro por el claustro..... 11

CAPÍTULO II. — El Seminario de Logroño. — La hacienda de Bucalemu. — D. Pedro Fernández Balmaseda. — El Arzobispo de Santiago de Chile en Logroño. — Vida de estudiante. — Cambio de frente. — Ahogándose en el Ebro. — El nuevo sacerdote. — Bachiller *nemine discrepante*..... 20

CAPÍTULO III. — El patronato lego. — La Condesa Viuda de Bornos. — El nuevo Coadjutor. — Primer apostolado. — La revolución de septiembre de 1868. — Desconciertos. — Los caminos de la Providencia. — Hacia las playas de Chile..... 28

PARTE SEGUNDA

Campaña chilena

CAPÍTULO I. — Mirada retrospectiva a la historia de Chile. — La obra del regalismo y del liberalismo. — En plena esclavitud. — Los grandes prelados chilenos. — Una epopeya libertadora..... 33

CAPÍTULO II. — Primeros pasos de D. Hilario en Chile. — El misionero de Bucalemu. — Mueren sus padres. — Capellán en el Buen Pastor. — Primeras relaciones. — Catemu. — Preceptor de D. Jorge Huidobro. — Caída fatal..... 37

CAPÍTULO III. — La Compañía de Jesús y sus obras sociales en América. — Las Casas de Ejercicios en Chile. — San José. — La Casa de San Juan.— D. Hilario, director de San Juan. — Acrecentamiento de influencia social. — D. Hilario y la juventud. — Por la fe y la libertad..... 45

CAPÍTULO IV. — La hora de la prueba. — Tiranías gubernamentales. — El Delegado Apostólico Monseñor Del Frate. — El resurgimiento de un pueblo. — La Unión Católica. — Fecundísima labor. — Ley de cementerios. — Acción general de D. Hilario. — Auroras y dianas de libertad. 56

CAPÍTULO V. — Apostolado Popular. — La doble acción de D. Hilario. — Dos elementos constitutivos de la sociedad chilena. — La clase humilde.— El ideal sociológico de D. Hilario. — La Sociedad "Obreros de San José". — Espíritu y Organización. — Labor extensa e intensa de Don Hilario. — El cólera de 1887. — Derroches de actividad..... 68

CAPÍTULO VI. — Frutos sociales. — Elevación moral del pueblo. — Organización y actuación de las fuerzas católicas. — Testimonios del adversario. — Testimonios de la Iglesia Chilena. — La Asamblea general de 1898. — La población "León XIII". — Perpetuidad de la obra de Don Hilario..... 83

CAPÍTULO VII. — Ministerio de la palabra. — Carácter de la predicación de D. Hilario.—Los temas de sus discursos.—Su eficacia en el púlpito.— Claridad de lenguaje..... 90

CAPÍTULO VIII. — Obras diversas. — Reforma católica en Valparaíso. — Las maestras. — La Sociedad de la Inmaculada Concepción. — El templo de la Gratitud Nacional. — La Hermandad de Dolores..... 98

CAPÍTULO IX. — El confesor. — Método de D. Hilario. — Predilección por los pobres. — Las misiones rurales. — Poesía y fruto de estas misiones. — Excursiones. — Jahuel. — Puente del Inca 106

CAPÍTULO X. — D. Hilario era español. — No se olvidó de su patria. — La Sociedad Española de Beneficencia. — Los coléricos en 1887. — Con ocasión de la guerra con Cuba. — El refugio de sus compatriotas. — Un gran servicio prestado a España..... 116

CAPÍTULO XI. — Un asunto enojoso. — Por hacer el bien. — El pleito de los frejoles. — Poderes amplísimos de D. Hilario. — Mal suceso del negocio. — Calumnias e insultos contra D. Hilario. — Defensa brillante.— Condena del calumniador. — Sentencia final..... 121

CAPÍTULO XII. — Virtudes especiales de D. Hilario. — Desprendimiento. — Modestia y piedad. — Sencillez en el trato. — Humildad. — Valor.—Respeto a los Prelados. — Vocación de D. Hilario a la Compañía de Jesús. — ¿Por qué no era admitido en ella? — La pacificación de dos naciones. — El adiós a Chile 128

PARTE TERCERA

Campaña Argentina

CAPÍTULO I. — D. Hilario en Buenos Aires. — Conferencias en Montevideo. — Entrada en la Compañía de Jesús. — El P. Fernández. — Córdoba del Tucumán. — El noviciado. — La infancia espiritual del claustro. — Virtudes del nuevo estado. — Programa de vida. — Otra vez al púlpito..... 147

CAPÍTULO II. — Período de transición. — ¿Por qué el P. Fernández alargó el noviciado? — Apostolado en Montevideo. — Es enviado a Mendoza.— Pasa definitivamente a Córdoba..... 160

Pág.

CAPÍTULO III. — Prosiguen en Córdoba las obras apostólicas de la antigua Compañía. — El P. Carlucci. — La Asociación Josefina. — Su espíritu de piedad. — El P. Fernández toma la dirección de la obra. — Carácter económico que le imprime. — Resultados..... 165

CAPÍTULO IV. — Movimiento progresivo en las obras del P. Fernández. — Necesidad de casas para obreros. — Actividad constructora del Padre. — La Comisión Protectora. — El primer barrio obrero en «Pueblo Nuevo». — Más construcciones por cuenta del gobierno. — El barrio de Nueva Córdoba 171

CAPÍTULO V. —Socorros mutuos. — La prensa entre los josefinos. — Fiestas y regocijos. — Grandioso salón social. — Expansión de la obra cordobesa por diferentes puntos. — El pequeño ahorro. — Las huelgas y el P. Fernández..... 185

CAPÍTULO VI. — Otras obras de celo y apostolado. — La Asociación del Divino Maestro. — El Asilo de Niños Desvalidos. — El Patronato de Presos..... 195

CAPÍTULO VII. — Ojeada general. — Cabida con las clases elevadas. — Influencia universal. — Confianza del P. Fernández en la Divina Providencia. — Generosidad. — Actividad increíble. — Tropiezos en el camino. — Virtudes heroicas. — Amor del P. Fernández a la Compañía de Jesús..... 203

CAPÍTULO VIII. — El distintivo del P. Fernández. — Su amabilidad. — Su facilidad en ganar corazones para llevarlos a Jesucristo. — Escenas de viaje. — Junto al lecho del moribundo. — Gracia para consolar..... 218

CAPÍTULO IX. — El tránsito a la vida. — Último viaje a Chile del P. Fernández. — Los estudiantes del «Montserrat». — El postrer obsequio a San Ignacio. — Presentimientos del cercano fin. — Una plática difícil. — Enfermedad rápida. — La muerte del justo. — Conmoción extraordinaria de Córdoba en las exequias y en el entierro del P. Fernández. — Enseñanzas de una vida..... 225

APÉNDICE

I. — Discursos pronunciados en el entierro del R. P. Hilario Fernández.... III

II. — Artículos necrológicos..... IX

III. — Homenaje a la memoria del R. P. Fernández..... XXIV

A. M. D. G.

INFORMATION CONSERVATION, INC.